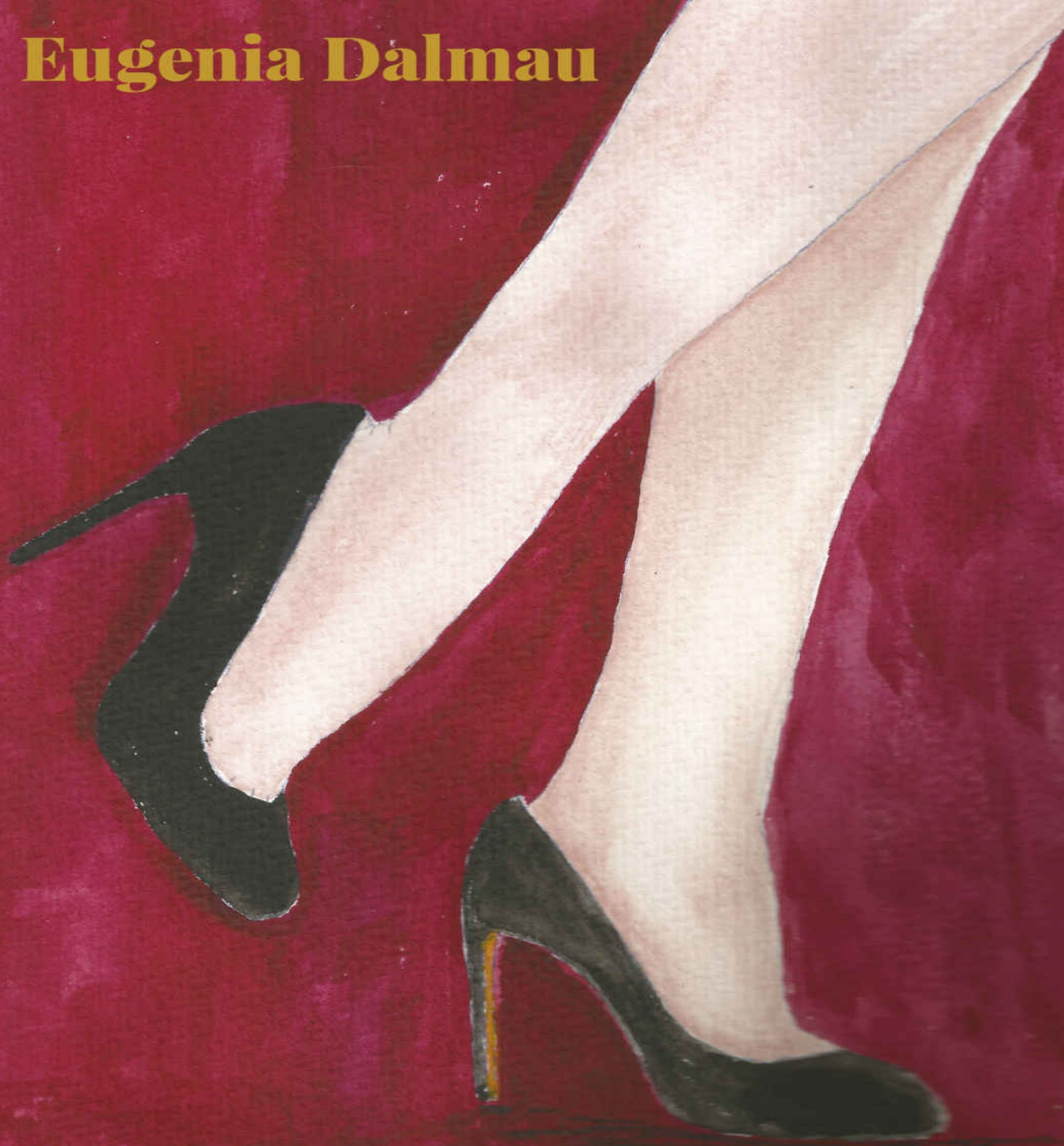


Eugenia Dalmau



**EL PECADO QUE MATÓ A
CAROLINA MARTÍN**

EL PECADO
QUE MATÓ A
CAROLINA
MARTÍN

EUGENIA DALMAU MARTÍNEZ

Todos los personajes de esta novela son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

©Eugenia Dalmau. 2017.

Imagen de cubierta:

©Blanca Martínez Delgado.

El paso de la tentación. Acuarela 30x18cm. 2017.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la escritora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a www.eugeniadalmau.es si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Natalia, Martina y Pompeyo.
Y para mis padres.

Prólogo

Primavera de 2017

SEIS MESES DESPUÉS DE ENCONTRAR EL CADÁVER

Desde que el escándalo estalló y saltó a los medios de comunicación, mi vida se ha convertido en una pesadilla. Todavía me pongo tenso al doblar cualquier esquina, temo que algún avispado esté ahí, esperando, dispuesto a abordarme. Pero lo peor ha sido el teléfono. Durante el año que llevo viviendo en Madrid nunca había recibido tantas llamadas tan impertinentes y poco interesantes como en los últimos meses; números irreconocibles en la pantalla de mi móvil se han sucedido sin tregua. Cuando aún no estaba acostumbrado al asedio y cual ingenuo corderillo apretaba el botón verde de aceptar, las preguntas golpeaban como puñetazos en mis oídos: «Subinspector Serra, ¿ha sido suicidio o asesinato? ¿Qué cree que pasará ahora? ¡Por favor, Manuel, no cuelgue!» Las primeras veces, antes de cortar la comunicación, tenía el detalle de decir tres palabras: «No estoy autorizado». Después, ni eso.

Doy gracias a que cada día que pasa alguno se da por vencido; ya saben que no voy a contestar. Pero no debo bajar la guardia porque los periodistas siempre están al acecho y el caso de Carolina Martín, que entre el inspector y yo, y por las peculiaridades de los sospechosos, hemos coincidido en llamar: «El caso de los pecados capitales», ha sido uno de los más jugosos y que más interés ha despertado en los últimos tiempos. Conseguir la exclusiva, relatando los detalles más escabrosos suministrados por el subinspector de policía encargado de la investigación, supondría la

consagración de quien lo consiguiera. Pero eso no va a suceder.

Supongo que me asaltan a mí porque, aparentemente, resulto presa fácil: deportivas y cazadora de cuero, estatura media, moreno y sobre todo, joven. Y eso, erróneamente para algunos, equivale a pardillo; pero pueden pensar lo que quieran porque jamás me iría de la lengua. Primero, por mi lealtad al cuerpo al que pertenezco y segundo, porque tras tantos meses impregnándome de Carolina he llegado a sentir algo especial por ella. Nunca había conocido a alguien tan íntimamente y con tanta intensidad. Lo sé todo acerca de esa mujer y eso, sin jamás haberla visto con vida. Me siento tan unido a ella que sería incapaz de traicionarla.

Pero para saber lo que solo unos pocos sabemos, y a muchos les gustaría conocer, habría que empezar por el principio y volver a las navidades pasadas, cuando era un recién llegado en comisaría y no se me pasaba por la cabeza que pudiera trabajar a las órdenes del inspector Jaime Reyes.

26 de diciembre de 2016

1
JAIME

—Inspector Reyes, «El Súper» le llama a su despacho —le avisó Angelines, la jefa de secretarías del departamento de Homicidios, elevando el tono para hacerse oír entre el griterío de voces que retumbaba en la sala, mientras se acercaba a la mesa del inspector.

Era una amplia habitación rectangular donde cabían sobradamente las diez mesas dispuestas en línea. Estaban separadas por paneles lo suficientemente altos como para no ver al compañero si te encontrabas sentado, pero que permitían atisbar el conjunto de cabezas si te ponías en pie. La del inspector Reyes se encontraba un poco más separada del resto, en una de las esquinas, junto a la ventana. El único biombo con el que contaba eran las inmensas pilas de papeles e informes que bordeaban el perímetro de su mesa.

Jaime Reyes levantó la cabeza y mientras abandonaba su puesto, pude leer sus labios y entender que murmuraba: «¿Qué cojones pasará ahora? Todavía no son las diez de la mañana y no me dejan ni respirar».

Yo estaba pendiente de sus movimientos, Angelines también me había avisado de que el comisario reclamaba mi presencia y tratando de pasar desapercibido, me acerqué a la puerta a esperar mi turno. Me fue imposible no escuchar la conversación.

—Jaime, buenos días, cierra la puerta y siéntate —lo invitó el

comisario López—. Necesito que vayas cerca de la Federación de golf, no está muy lejos de aquí, a la urbanización Los Cerezos. Han encontrado a una mujer muerta en su casa... Y poco más te puedo decir.

—¿Asesinato? ¿Homicidio? —conjeturó— A ver si se trata de una ancianita a quien el Señor ha llamado a su gloria y nuestra brigada pinta un carajo en Los Cerezos —quiso saber el inspector con desgana—. Comisario, estamos a 26 de diciembre, con un frío que pela, y tengo un montón de trabajo atrasado, espero que eso de ir a Los Cerezos no sea una pérdida de tiempo —hizo una pausa y añadió—. De hecho, no he visto un cerezo en Madrid en los 59 años que llevo en este mundo.

—No te quejes que aún es pronto para saberlo y tal vez este sea el caso que estabas esperando —le respondió en tono cordial—. Los agentes que nos acaban de dar el aviso han explicado que ha sido una vecina, a quien parece que le gusta fisgar, la que les ha dado la voz de alarma. Cuando se han presentado en el domicilio, ya los estaba esperando en el porche de la casa de la víctima. La vecina responde al nombre de Pilar y afirma que la fallecida se llamaba Carolina Martín y que tenía 41 años, aunque parece que tenga muchos menos, según palabras textuales de Pilar, que nos transmiten los policías que han hablado con ella —puntualizó López—. Los nuestros no ven indicios de violencia, a excepción de una lamparita en el suelo —y continuó el comisario—. Por lo demás, todo apunta a un infarto, pero la testigo insiste en que la chica se encontraba muy bien y que a ella le parece muy extraño que haya muerto —y prosiguió—. Acabamos de avisar al juez y va a acudir el médico forense para el levantamiento del cadáver. Date una vuelta por allí a ver si encuentras algo fuera de lo normal, y si es necesario que acudan más agentes para inspeccionar y tomar huellas. Si alguien es bueno para estas cosas, ese eres tú.

—Sí, el mejor y el único que hay por aquí en estas fechas. Está media plantilla de vacaciones —replicó Jaime con voz cansina—. Entonces me voy solo. Fuentes y Gómez han tenido que salir por otro caso.

—No, no —le corrigió el comisario—. Ve con Serra. Estará encantado y así que vaya chupando calle.

—¡¿Con el novato?! —exclamó el inspector Reyes con voz de

asombro— ¿¿Manolito?! Prefiero ir solo comisario, de verdad. Hoy no estoy de humor para responder a todas las preguntitas que se le van a ocurrir por el camino —Le escuché resoplar, pero calló; supuse que Reyes sabía que cuando al comisario se le metía una idea en la cabeza, ni el mismísimo Jesucristo podría quitársela, así que optó por no insistir.

—Jaime, quizá sea una inspección rutinaria y os volvéis enseguida... El chico necesita rodaje y aprender el oficio y, por supuesto, no va a tener mejor maestro que tú —lo aduló—. No olvides que a ti también te tuvieron que aguantar. Además, como tú dices, no hay nadie más. ¡Anda!, llévatelo — Más que una petición fue una orden—. Y mantenme informado si hay alguna novedad.

Como intuí que la conversación se había dado por finalizada, me aparté con rapidez y para disimular mi impaciencia me puse a charlar con un compañero. Así pude observar como el inspector, con cara de fastidio, salía para recoger su abrigo, su bufanda, su bloc de notas y a mí. Ya no tuve que pasar por el despacho del comisario.

El trayecto no transcurrió tal cual el inspector Reyes había vaticinado. Aunque yo estaba entusiasmado y dando gracias porque me hubiesen seleccionado para acompañarlo, no hice ni el más mínimo gesto ni pronuncié una palabra de más que pudiese delatarme, solo lo justo que dicta la cortesía.

Jaime Reyes permanecía en silencio mientras yo me moría de ganas de entablar conversación. Él era toda una institución en el cuerpo, se decía que sabía resolver un caso partiendo de una colilla, aunque de colillas debía de saber un rato, pues no había dejado de fumar desde que habíamos subido al Peugeot 307 de color gris que el departamento había puesto de forma permanente a su disposición.

Lo que yo sabía de él era lo que se comentaba en la comisaría y lo que Angelines, esa mujer menuda y pizpireta, que llevaba tantos años en el cuerpo que si se le preguntaba por el tiempo que llevaba trabajando en el departamento siempre respondía que ella había nacido ahí, me chismorreaba en plan confidencial. Que Jaime Reyes era uno de los mejores: sagaz e inteligente, meticulado, incansable y, sobre todo, ambicioso. Su carrera ascendía como un cohete, pero a raíz de la muerte de su mujer y su hijo hacía

unos 15 años toda su ambición se desvaneció y, aunque seguía trabajando con el mismo interés, prefería permanecer en la sombra y con cuanta menos gente se relacionara, mejor. Se había convertido en un ser solitario.

Angelines y las mujeres más veteranas de la comisaría coincidían en que el inspector Reyes había sido todo un galán: alto, morenazo, con cara de pícaro, siempre vestido de manera impecable, pelo engominado con raya muy marcada. Zalamero con un toque de distinción. Era un hombre por el que todas suspiraban.

A mí, que todavía no había cruzado ni una sola palabra con él, me costaba entrever a ese donjuán que les hacía guiños a las mujeres y las volvía locas. Es cierto que todavía conservaba rastros de algunas de aquellas cualidades: ni un gramo de grasa y una poderosa mata de pelo, pero su color negro ya había dado paso al gris y de vez en cuando algún mechón perdía su compostura. Los hombros tenían cierta tendencia a caer hacia delante dentro de la mal planchada camisa y algún agujero, por el quemazo de un descuidado cigarro, se dejaba ver en su abrigo. Era evidente que había perdido todo interés por su apariencia y se había transformado en un ser taciturno.

—Jefe, ¿qué ha pasado? ¿Se han cargado a alguien? —le pregunté por decir algo, obviamente yo ya lo sabía.

—Así que tú eres Manolito, «el novato» —dijo a modo de respuesta con voz pausada.

—Sí.

Podría haberme extendido más, pero preferí no hacerlo porque mi intuición y Angelines así me lo aconsejaron.

—Una mujer —dijo el inspector al cabo de un rato—. Parece que es un infarto, pero la vecina insiste en decir que la han matado. Ahora veremos si es una pérdida de tiempo o no —Y al cabo de un minuto continuó—. Aunque, si la testigo afirma que le parece raro que le haya dado un infarto, por algo será.

—Sí, jefe —me atreví a murmurar.

Y a partir de ahí, silencio sepulcral. Resultaba evidente que el inspector Reyes era un hombre de menos palabras que yo.

Tuvimos mucha suerte, porque desde el distrito de Hortaleza en el que nos encontrábamos y cogiendo la M-40, en veinte minutos nos plantamos en Los Cerezos. No sé si hubiese aguantado mucho más en el interior de ese vehículo envuelto en grises tinieblas; se hubiese podido cortar con un machete el humo que habían fabricado los ocho cigarrillos que conté, se había fumado el inspector. Con la calefacción al máximo y sin poder bajar la ventanilla, como él no la bajaba yo por respeto tampoco, la atmósfera ahí dentro era irrespirable. Recé a todos los santos de mi madre para no morir ni de asfixia ni de cáncer de pulmón. Me debieron de escuchar porque lo normal es que hubiésemos tardado más de media hora debido al tráfico de Madrid, que de por sí ya es un suplicio, pero, si añadimos las fechas navideñas, se convierte en un infierno.

La urbanización era un sitio muy cuidado. Habían plantado árboles por todas las calles y, aunque algunos por el frío estaban pelados, contrastaban con el césped perfectamente cortado de las parcelas y del campo de golf, que se encontraba justo en el centro. A pesar de las bajas temperaturas, se veían grupos de chavales con sus bicicletas y niñas saltando a la comba. Me acordé de mi madre, a ella le hubiese parecido el lugar ideal para mí, y no, como ella decía, el apartamento alquilado en ese barrio plagado de bares y gente de mal vivir que era la castiza Plaza de Santa Ana, donde yo me sentía en la gloria. Pero, probablemente, cualquiera de esas casas de Los Cerezos no hubiese podido pagarla ni en tres vidas.

Siguiendo las indicaciones de Google Maps enseguida encontramos el chalet al que nos dirigíamos y ya, desde el principio de la calle, distinguimos el coche patrulla. Era el único que había aparcado, por lo que dedujimos que aún no había llegado nadie más y que todos los habitantes poseían garaje.

Se trataba de un adosado grande de dos plantas rodeado de jardín privado. Toda la parcela se encontraba circundada por un seto de escasa altura y para acceder a la puerta de la vivienda tenías que andar unos veinte metros por unas traviesas de madera que hacían las veces de sendero.

Allí nos estaban esperando dos agentes uniformados junto con una

señora, en evidente estado de agitación, que parecía no dar crédito a todo lo que estaba sucediendo. Jaime Reyes apagó el cigarrillo en un cenicero de bolsillo y se hizo cargo de la situación.

—Buenos días —saludó—. Somos el inspector Hernández y el inspector Fernández —Y miró de reojo a los dos policías haciendo, lo que me pareció, un guiño. Me quedé atónito, pero deduje que lo hizo porque no quería dar su verdadero nombre por si la testigo largaba más de lo necesario, de esa forma no podrían identificarlo—. Vamos dentro a echar un vistazo.

—¡Cómo los inspectores de Tintín! ¡Qué casualidad! —exclamó la mujer— A mi hijo le encantaban sus historias y se las comprábamos todas. ¿Las ha leído, inspector Hernández? A mí me gustaba mucho mirar los dibujos. De hecho, en casa tengo toda la colección. Mi hijo se casó y no se la quiso llevar y eso que, mire usted, yo le insisto porque para mí ocupa muchísimo sitio —y ella todavía nos estaría contando su vida si Reyes no la hubiese cortado en seco de una forma tan elegante.

—Mire, ¿señora...?

—Pilar, Pilar Torres —respondió ella expectante y sin parar de tocarse el pelo, recién salido de la peluquería.

—Mire, Pilar, necesito que se vaya usted a casa acompañada por los agentes, por supuesto, y que se tome algo así... como una tila, porque después vamos a ir nosotros a que nos cuente todo lo que sabe. Su declaración puede ser de vital importancia y debe encontrarse lo más lúcida posible para ayudarnos a esclarecer los hechos. Usted puede ser una pieza clave —le explicó el inspector lentamente, sin apartar su mirada y haciéndola sentir importante, mientras ella no paraba de asentir con la cabeza.

—Usted no se preocupe que yo se lo voy a contar todo. A Carolina la han matado, de eso estoy segura. Una chica tan mona y tan simpática... De infarto, nada —sollozó.

—Ahora, espérenos tranquila que esto nos va a llevar su tiempo.

—¿Tendré que ir a comisaría a declarar? ¿Estaré mucho rato? He quedado con unas amigas para jugar a la canasta después de comer y, si no llego, las tengo que avisar porque no puedo dejar a mi compañera sin pareja.

—No se inquiete, que llegará a tiempo —la tranquilizó.

Y giró 180 grados para entrar en la casa; yo me puse detrás de él.

—Jefe, ¡qué bien se ha deshecho de ella!. Esa mujer nos hubiera tenido toda la mañana ahí fuera —le lisonjeé con una sonrisa. Pero él se paró en seco y se volvió hacia mí.

—No te equivoques, Manolito, todo lo que le he dicho es verdad. Esa mujer conocía a la víctima y se ve a la legua que es lista y espabilada. Si está en lo cierto, nos va a ser de mucha utilidad —me sermoneó.

—Si tiene usted razón, pero como la he visto tan parlanchina y, no sé, parece que no es muy mayor, pero si tiene un hijo casado que leía Tintín... ¿setenta, setenta y cinco años? —me disculpé.

—Bien pensado, porque su apariencia es la de alguien más joven, pero se nota que se cuida y se la ve muy activa. Y no olvides que sabe más el diablo por viejo que por diablo. Y esta mujer va a hacer lo imposible por contárnoslo todo. En fin, veamos qué ha pasado aquí. Ponte los guantes —me recordó el protocolo— en las manos y los plásticos, en los pies.

2 CAROLINA

La casa era un santuario del buen gusto, muebles modernos salpicados de objetos antiguos. Cálida y acogedora. El decorador y la decoración habrían costado una fortuna. Colores blancos, grises y beis —Me vino a la cabeza mi compañera de Criminología; la misma que, cuando me sentí enamorado hasta la médula y parte del encéfalo, ya me estaba contando sus penas sobre otro. Ella aseguraba que utilizando esos tonos ya te habías convertido en un genio del interiorismo.

Nos dirigimos hacia el salón y allí, tumbado en el sofá, yacía recostado contra su lado izquierdo el cuerpo sin vida de una mujer. El brazo derecho extendido, en el dedo anular brillaba un anillo de diamantes con forma de camelia; el brazo izquierdo, escondido y flexionado, cubriéndose la garganta con la mano. El cabello castaño claro le tapaba el rostro. Llevaba puesto un ceñido vestido negro que mostraba un cuerpo delgado de precisas proporciones y unos zapatos de tacón del mismo color; en las suelas figuraba la inscripción, en letras doradas y en relieve, de Prada. Las cuentas de un collar de perlas rodaban entre el suelo y el sofá.

—Parece que hemos tenido suerte, somos los primeros en llegar y, si Pilar no ha tocado nada, el escenario está limpio —dijo Jaime como para sí. Y alzando más la voz y dirigiéndose a mí, preguntó—. ¿Qué notas raro? —Se encontraba escrutando el cadáver.

A mí no me apetecía mucho acercarme al cadáver —Aunque jamás lo confesaría abiertamente, los muertos eran lo único que no me gustaba de ser policía—, pero, sin que se diese cuenta, respiré hondo, me agaché y me puse a inspeccionarla intentando no tocar nada hasta que llegara la científica.

—¡Una uña! Jefe, le falta un trozo de uña —exclamé en señal de triunfo—. Lleva una manicura casi perfecta, pero la uña del dedo índice de la mano derecha está rota y se ve la carne. La mano izquierda está tapada por el pelo y prefiero no tocar —y continué—. Bueno, eso, y la sortija que lleva, ¡menudo pedrusco hay en el centro! ¡Ah! —proferí— Y la lamparita que está en el suelo, el cable está roto. Yo diría que de tanto estirar acabó por romperse.

—Buenas observaciones —me felicitó mientras hacía una llamada para pedir refuerzos que analizaran el escenario—. Pero yo me refiero a que si no notas que los pies te queman y al mismo tiempo sientes un frío del carajo.

—Sí, pero las ventanas están abiertas y Madrid, en el mes de diciembre, no es precisamente el Caribe. Y la calefacción va por el suelo —le precisé.

—Y si tú estás tranquilamente en tu casa, con la calefacción al límite, ¿para qué abres las ventanas? —me lo preguntaba a mí, pero en realidad la interrogación se la estaba haciendo a sí mismo.

—Puede que las haya abierto la vecina. Ha entrado y por si acaso el olor...

—Si las ha abierto Pilar, ahora lo sabremos. Pero no habría sido por el olor. Este bonito cadáver aún presenta *rigor mortis* —me explicaba mientras le apartaba un poco el pelo— y todavía no ha comenzado el proceso de descomposición. Supongo que llevará muerta dos días, puede que tres, ya que con este frío todo se conserva mejor.

—Entonces, si no ha sido la vecina, puede que al encontrarse mal y empezar a sentir que se ahogaba, fuese corriendo a abrir las ventanas para tomar aire.

—¡Ah! ¡Que se ahogaba! Ya no es un infarto, porque en un infarto lo

que duele es el pecho. Así que, según tú, alguien se encuentra mal porque se está ahogando y se va corriendo a abrir todas las ventanas, en lugar de abrir una y quedarse ahí, intentando recuperar el aliento. ¿No sería más lógico llamar por teléfono a urgencias?

—Igual estaba comiendo y se atragantó, o ella solita se ha tomado algo... Además, parece que sí intentó llamar, jefe, la dirección del brazo extendido es hacia la mesita donde estaba la lamparita y donde hay un teléfono.

Continué varios minutos con mis explicaciones, pero la llegada del equipo de la científica nos interrumpió. Nos separamos del cadáver y fuimos a mirar las fotos que había situadas estratégicamente por la casa. En casi todas aparecía una chica castaña con reflejos dorados, y ambos coincidimos en que se trataba de Carolina. En una jugando al golf, en otra junto al mar, con amigos, con los que supusimos sus padres. En todas aparecía sonriendo; dos atractivos hoyuelos se marcaban en sus mejillas y unos alegres ojos color miel nos observaban desde los marcos.

—¡Qué chica tan guapa! —me atreví a comentar— Es verdad que parece mucho más joven. Bueno, a lo mejor las fotos tienen años y engañan.

—Y llena de vida... —me respondió Jaime— Y algunas son actuales; fíjate en esta que está con amigas, se ven al fondo los carteles de propaganda de las últimas elecciones; y ese, yo diría que es Albert Rivera —Hizo una pausa y se frotó el mentón—. Creo que Pilar tiene razón y a esta mujer no le ha dado un infarto —comentó.

Continuamos nuestra inspección y subimos al piso de arriba. Entramos en el dormitorio, grande y espacioso, presidido por una enorme foto en blanco y negro de una casa rodeada de pinos sobre un acantilado. La instantánea había sido tomada desde el mar, y parte de la espuma al chocar contra las rocas aparecía en la imagen.

Debajo de la ventana, dos gigantescas maletas; comprobamos que vacías. Encima de la cama, un bolso negro y rectangular con la inscripción Hermès. El cajón superior de la mesita de noche estaba abierto. Los dos juntamos nuestras cabezas para mirar en su interior. Aparentemente no había

nada extraordinario: una botella de perfume de Narciso Rodríguez, unas pulseras, unas gafas de sol y el libro *La conjura de los necios*.

Abrimos los armarios y, a parte de un montón de ropa y zapatos caros dispuestos en un orden marcial, todo daba sensación de normalidad. Lo mismo ocurrió con el baño y el resto de la casa.

—O esta mujer era un desastre, que no parece viendo cómo está todo de cuidado, o alguien vino con mucha prisa a buscar algo que encontró —dijo Jaime en voz alta—. No parece lógico dejarse abierto el cajón de la mesita.

—¿Y qué opina de las maletas, jefe? ¿Acababa de llegar o se iba? Con el orden que hay aquí y el espacio que le sobra, seguro que no las tendría a la vista.

—Es posible que quien viniese a por ese algo tuviese mucha urgencia por llegar antes de que ella se marchase —musitó.

—Deberíamos echar un vistazo al bolso, a ver si está el móvil y nos da alguna pista —propuse.

—Sí, pero más tarde. Cuando tomen las huellas lo llevarán a comisaría y allí podremos verlo todo con más detenimiento. Ahora debemos hablar con la vecina.

Y cerró lentamente la puerta de la habitación.

—¿Quiere que le diga lo que pienso? —le pregunté mientras bajábamos las escaleras.

—¡Hombre!, Manolito, dímelo de una vez que lo llevo esperando toda la mañana —Y se quedó mirándome fijamente—. Te escucho.

—¡Ché!, pues —Me había puesto un poco nervioso.

— ¿Ché? — me interrumpió— ¿Eres de Valencia? —y soltó una carcajada.

—Sí, y a mucha honra. De un pueblo que se llama Paiporta, pero desde que estoy en Madrid intento decir *Ché* el menor número de veces posible —y también me reí.

—Tranquilo, hace muchos años tuve una novia valenciana y siempre

lo decía. A mí me gustaba mucho aquella chica, pero, al final, me dejó por otro... *Ché*. Pero —continuó él—, cuéntame lo que ibas a decir que pensabas.

—Pienso que Carolina discutió con alguien, probablemente un varón, porque así vestida seguro que iba a salir; y uno de los dos, me inclino a pensar que fue ella, cogió la lamparita, que fue lo primero que encontró para defenderse, y ahí se le rompió la uña. La estaban estrangulando, se llevó las manos al cuello y acabó por arrancarse el collar. En el último momento estiró el brazo para coger el teléfono y pedir ayuda. Entonces, él subió al dormitorio, cogió lo que quería y se fue.

—Sí, algo así... Pero hay muchas lagunas. No se aprecian marcas en el cuello y cuando se estrangula a alguien, no tiene tiempo de tumbarse, estirar el brazo y llamar por teléfono. Aunque igual fue el asesino quien la colocó así —y prosiguió diciendo—. Falta saber día y hora de la muerte, pero en estas fechas la gente se arregla para salir y, sobre todo, está lo de las ventanas. ¿Para qué abrir las ventanas y la calefacción tan alta? Lo que tenemos hasta ahora es: una mujer muerta, sin hijos, y soltera o divorciada.

—Igual el marido está fuera.

—Manolito —dijo en tono fatigoso—, estamos en Navidad, fechas para estar en familia... Y aquí no hay nadie más. Ha sido la vecina la que se ha dado cuenta. Además, ¿has visto la foto de alguien que te haya dado la impresión de ser su pareja? Y niños, ¿has visto fotos de algún niño? —reflexionó— Pero, ciertamente, hay una cosa extraña: ningún familiar parece haberla echado de menos... Tendremos que ver si ha habido alguna denuncia por desaparición, a lo mejor viven fuera... Anda —y poniendo en mi mano su cuaderno y su bolígrafo, me invitó con determinación—, toma buena nota de todo y no pierdas detalle. Vamos a hablar con la vecina que de bastante más nos vamos a enterar.

Y sacó un pitillo que se fumó en el trayecto de una casa a otra.

3 PILAR

Pilar Torres se encontraba en la cocina de su casa, charlando con los agentes de policía. Desde allí se podía divisar el dúplex de Carolina. Ambos domicilios estaban separados por los respectivos jardines y la carretera que se encontraba en el medio. Calculé unos cincuenta metros.

La pobre mujer pasaba del chiste fácil al llanto irrefrenable con una facilidad pasmosa. Se encontraba visiblemente afectada. Nos ofreció una taza de café, que aceptamos agradecidos, y Jaime Reyes entró en acción, sentándose junto a ella alrededor de la mesa de la cocina.

—Esta urbanización es muy agradable y bastante nueva, ¿no? Y con tanto jardín y tantos árboles... Pero no he visto ningún cerezo. ¿Por qué se llama así? —El inspector empezó la entrevista con una cuestión que relajó a la angustiada testigo.

—Sí, sí —dijo ella dando un sorbo a su café—. No llegaré a los veinte años. La construyó Guillermo Grau, ¿sabe? Sí, el constructor, el del petróleo, el de los bancos. En fin, el millonario —y continuó—. Mi marido, que en paz descansa, y eso, que descansa, porque a mí me dio muy mala vida. Yo estaba muy harta de él, ¿sabe? Era militar, teniente coronel, y nos llevaba a todos por el camino de la amargura —Jaime y yo nos miramos con desesperación—. Ahora estoy muy bien aquí, pero cuando él vivía, me sentía muy aislada. Menos mal que estaba el campo de golf y así fue como aprendí a jugar, algo

tenía que hacer yo. Los chicos se iban haciendo mayores y en cuanto podían, se iban.

Volvió a dar otro sorbo a su café. Yo veía que nos desviábamos del tema y supuse que el inspector también, porque aprovechó la ocasión para intervenir.

—Volviendo a la urbanización...

—¡Ay, sí, sí! Que se llama Los Cerezos porque parece ser que el señor Grau iba de pequeño a un pueblo de Teruel que se llamaba así y, por lo visto, fue muy feliz —noté que el inspector la iba a cortar, pero entonces ella dijo—. Todo esto lo sé porque me lo contó Carolina Martín, esto la gente no lo sabe.

Jaime y yo nos miramos con cara de alivio.

—Veamos, Pilar, vamos a intentar ir al principio. ¿Para qué fue a casa de Carolina?

—Pues porque el día 24, que era Nochebuena, yo me iba a cenar a casa de mi hija que vive en el centro de Madrid, en la calle Hermanos Bécquer, ¿sabe? Todos los años hacemos lo mismo. Me quedo a dormir en su casa porque el 25 lo celebramos en casa de mi otro hijo, y eso que siempre he insistido para que vengan todos aquí y encargarme yo de la comida, que a mí me parece más lógico, pero ellos no quieren porque dicen que es mucha faena para mí sola, pero eso no es cierto porque yo llamo a la asistenta y asunto arreglado.

Hizo una pausa para coger la taza de café y el inspector aprovechó la coyuntura.

—Continúe, por favor —la invitó Jaime—, acuérdesse que tiene la partida de cartas.

—¡Ay! ¡Es verdad! Pero podemos continuar mañana; o llamo y no voy —se ofreció.

—No, tranquila, que podemos acabar en un rato. Decía algo sobre Carolina y Nochebuena.

—Bueno, pues que cuando salí para ir a casa de mi hija, me di cuenta

de que Carolina se había dejado todas las ventanas abiertas de par en par. En ese momento pensé que se habría ido a toda prisa a celebrar la Nochebuena. Ayer, desde casa de mi hijo, me acordé y la llamé para ver cómo estaba porque, con lo friolera que es la pobrecilla, seguro que al volver se habría encontrado la casa helada. Pero no me lo cogió. Cuando regresé era tan tarde y estaba tan cansada que no me fijé, la verdad. Pero esta mañana me he levantado, me he vuelto a acordar y al ver que todo seguía abierto, he decidido acercarme a ver qué pasaba —y se calló y empezó a llorar.

—Tranquilícese, lo está haciendo muy bien y nos está ayudando muchísimo —la apaciguó Jaime acariciándole el brazo—. Continúe, ¿cómo entró?

—Me puse un batín y ya desde su jardín empecé a gritar su nombre. Me estaba empezando a preocupar. Así que cogí la llave de emergencia que sé que esconde debajo de la piedra que está junto a aquel pino —Y señaló con el dedo el lugar—. Y entré.

—¿Tocó algo, Pilar? Por favor, piénselo bien. ¿La tocó a ella? —insistió el inspector.

—No, no. He visto muchas películas y sé que no hay que tocar nada.

—Entonces, ¿cómo pudo estar segura de que estaba muerta y no desmayada, por ejemplo? —indagó Jaime—. Si hubiera sido yo, seguro que la hubiese tocado para cerciorarme...

—Bueno, sí, me acerqué a ella y le susurré su nombre en el oído. Como no contestaba, intenté pegar mi oreja a su corazón, pero, entonces, le toqué el brazo, y estaba tan frío y rígido que me quedé paralizada del escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Salí corriendo, llamé a emergencias y esperé hasta que llegaron estos agentes tan amables —nos relató de carrerilla.

—Bien hecho —la felicitó e insistió— ¿Está segura de que no cambió la posición del cadáver, la mano o algo más? Igual, al acercarse, cambió algo de sitio.

—¡Que no, que no!, inspector. Yo ya no la toqué más ¡Dios me libre! Ya tuve que vestir a mi difunto marido y yo, de muertos, cuanto menos

mejor.

Iba a abrir la boca para continuar contándonos algo, sospeché que alguna anécdota de muertos, cuando Jaime se le adelantó.

—La creo, no se preocupe —la sosegó—. ¿A qué hora dice que se marchó la noche del 24 a casa de su hija?

Yo me preparé con el bloc y el bolígrafo en mano.

—Pues eran las ocho de la tarde. Me hubiera gustado ir un poco antes, a ayudar, pero estoy enganchada a una serie que acaba a las siete y cuarto, y entre que acabé de arreglarme, se me hicieron las ocho.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Carolina con vida?

—Antes de ayer, sobre las dos y media de la tarde. Me levantó la mano desde su casa, pero no pude hablar con ella. Yo me hubiese acercado a saludarla para felicitarle las fiestas, pero como vi que ella se alejaba de la ventana, imaginé que se iría a comer. Pensé que ya me pasaría antes de irme, pero, como ya le he dicho, se me hizo tarde y no pasé.

—¿Y no vio entrar o salir a nadie de la casa? ¿Algún coche? —siguió preguntando Jaime.

—Por la puerta no vi entrar a nadie y desde aquí no puedo ver los vehículos. Ella tiene el garaje por la parte trasera de la casa.

—Entonces, pudo salir alguno y usted no verlo.

—Eso es... *Umm*.

—¿Y ese *umm*, Pilar?

—Es que no lo puedo ver desde aquí, desde la cocina. Pero hay un punto desde el salón en el que, durante unos segundos, sí que puedo distinguir algo.

—¿Y distinguió algo? —preguntó Reyes con cierta impaciencia.

—Pues cuando se acabó la serie, miré distraídamente por la ventana y me pareció que entraba un coche grande de color negro. Pero podría ser azul o no sé bien. Es que a esas horas ya es de noche y no se lo puedo decir con seguridad.

—Muchas gracias, Pilar, ha sido usted muy amable —y continuó el inspector, ya para dar por zanjado el tema—. Eso fue todo lo que vio, ¿no?

—Pues, no sé...

—¿Vio algo más? —le sonrió el inspector con infinita resignación.

—Estos días hay más trajín del normal por todas partes. Gente que va a casas de familiares y esas cosas. Y supongo que por eso había varios coches aparcados por la acera. Pero me llamó la atención, cuando ya salía, una moto que estaba justo ahí enfrente, en la entrada de la casa de Carolina. Di por hecho que se trataría de alguno de sus amigos. Es que tiene muchos amigos, ¿sabe? ¡Hasta el mismísimo Guillermo Grau viene a verla de vez en cuando! —exclamó.

—¡¿Guillermo Grau?! —voceó el inspector, y se interrumpió— Un momento, ¿cómo era la moto?

—La moto... no sé, grande. Es que no entiendo de motos; yo me negué en rotundo a comprarles una a mis hijos, son peligrosísimas y...

Se vio cortada por la voz de Jaime.

—Mire, Pilar, cuénteme todo lo que sepa sobre Carolina Martín.

Jaime Reyes había decidido ser práctico y que la buena señora diera rienda suelta a toda su verborrea.

—Vale —y empezó su perorata—. Carolina y yo ya éramos vecinas, pero empezamos a tratarnos más hará unos diez años. Había un campeonato de golf y Álvaro nos presentó porque era por parejas y dijo que las dos estábamos al mismo nivel. Y ganamos. A partir de ahí quedábamos mucho para jugar —Pilar nos miró con cara de preguntar: «¿Lo estoy haciendo bien?», y como seguíamos muy pendientes de ella, decidió continuar—. Es, bueno, era una chica monísima, un encanto. No dejaba indiferente a nadie; y a Álvaro menos, aunque ese veía unas faldas y se volvía loco. Carolina hablaba un montón de idiomas y tenía la carrera de Económicas y Derecho. Era la secretaria personal de Guillermo Grau y por eso viajaba tanto y siempre estaba en reuniones. A veces yo le preguntaba dónde invertir y cosas así y, aunque Carolina me aseguraba que existía el secreto profesional, al

final acababa con un: «Pero yo compraría...», y me lo decía. Era una chica estupenda —y rompió a llorar.

—Tranquila —el inspector la abrazó—, entiendo cómo se siente, pero tiene que responder a las preguntas para poder atrapar al cabrón que le ha hecho esto, si es que, efectivamente, la han matado.

—Y yo estoy segura de que lamentablemente así ha sido —y siguió sollozando.

—Una última pregunta por hoy: ¿quién es ese Álvaro?

—Álvaro Jiménez. Era el director del campo de golf y, bueno, de toda la urbanización hasta hará unos tres o cuatro años. Estuvo trabajando para Guillermo Grau, como Carolina, por eso se conocían. Ahora sigue con el señor Grau, pero creo que como asesor.

—Espere, otra pregunta —dijo el inspector levantándose de la silla— : ¿y la familia de Carolina?

—Sus padres viven, pero el pobre hombre está muy mayor y la madre sufre de Alzheimer. Tiene una hermana, Elena, que vive con su novio en una casa de la sierra, en Guadarrama, creo.

—Y no tiene trato con ellos —Jaime lo dio por sentado.

—Todo lo contrario —le corrigió la mujer—. Se llevan todos divinamente. Muchos domingos han venido a comer aquí y, fíjese, con su pobre madre que ya no se entera de nada y ella hablándole como si tal cosa. Y con su hermana, ¡vaya si se porta bien! No se podrán quejar, no, ¡menudo chollo tienen con ella Elena y el novio! Es una chica estupenda, se lo digo yo.

Jaime levantó los hombros en señal de no entender nada.

—Ha sido un verdadero placer charlar con usted, y nos está siendo de gran utilidad. Seguramente la vamos a volver a necesitar. Este es mi móvil— y le tendió un papel, a modo de tarjeta, donde se leía inspector Hernández y un número de teléfono. Todo escrito con rotulador—, por si recuerda algo que ahora mismo se le pasa por alto. De todas formas —prosiguió—, todavía es pronto para pronunciarse en un sentido u otro respecto a la muerte, así que cuento con su absoluta discreción —Y mantuvo durante un segundo la mano

de Pilar entre las suyas—. Gracias.

—¡Que pocos hombres quedan como usted, inspector! —A la buena señora, los ojos le brillaban de excitación.

Cuando me despedí de ella, me dio un pequeño estirón y me dijo al oído: «Este hombre es de los que ya no hay, si yo tuviese diez años menos... Si puede, que le de sus camisas y usted me las trae que yo se las plancho».

Por cómo se quedó observando al inspector, noté que las palabras de Jaime Reyes le habían calado hondo y la habían hecho sentir importante. El inspector la tenía en el bolsillo, y yo ya empezaba a comprender el magnetismo que este podía llegar a ejercer, no solo en las mujeres, a mí también me estaba empezando a afectar. El tipo me estaba cayendo bien y comenzaba a reconocer cierta admiración.

—Jefe, enhorabuena, veo que sabe cómo manejarse.

Y me atreví a darle un suave golpe en el brazo. Él se apartó. Me arrepentí, me había precipitado; había sido demasiado pronto. Habíamos compartido tantas horas juntos y tenía tantas ganas de que fuésemos compañeros que se me había olvidado que hasta esa mañana no había cruzado palabra con él. Decidí quedarme un poco más retirado. Pero entonces él se giró y me endilgó otra palmada en el hombro más sonora y fuerte que la mía. Me quedé estupefacto. Al inspector le gustaba la guasa.

—¡Ché, Manolito! Vámonos a comer que se nos ha hecho muy tarde y aún tenemos que planificar todo el trabajo.

Me guiñó un ojo entretanto sacaba el teléfono. Habló con el comisario y le informó de que, sin descartar el suicidio, el asunto apuntaba a asesinato. Se imponía una investigación, pero resolvieron que se llevaría a cabo con mucha cautela hasta tener la confirmación definitiva de la autopsia.

Cogió el paquete de tabaco, se encendió un cigarrillo, y yo me quedé absorto mientras veía alejarse el furgón que trasladaba el cuerpo de Carolina Martín al Instituto Anatómico Forense.

27 de diciembre de 2016

4

GUILLERMO

Nos habíamos pasado la tarde anterior haciendo cábalas, basándonos en las pistas que teníamos, sobre lo que podría haber sucedido. Tan pronto decidíamos que había sido un asesinato, como barajábamos la posibilidad de que la chica hubiese decidido poner fin a sus días, aunque el inspector pronto se deshacía de esta opción y repetía: «No, no... La uña, la lámpara, las maletas, ¡las ventanas!» La idea de infarto fue desechada por Jaime desde el principio; demasiados indicios como para tratarse de un simple ictus.

Pero de momento no teníamos nada más. El cuerpo estaba en manos del forense y hasta pasados un par de días no podíamos presionarlo para que nos diera más información. Todavía estaban tomando las huellas del bolso y su contenido; ya nos habían informado de que no habían encontrado ningún móvil y de que su última localización fue en Los Cerezos. A eso había que añadir que los compañeros aún se estaban encargando de buscar y avisar a los parientes, previa comprobación de la ausencia de cualquier denuncia por desaparición, y comunicarles lo que hasta ese momento se trataba de una «muerte en extrañas circunstancias».

El siguiente paso era decidir si visitábamos antes a Guillermo Grau o a los familiares de Carolina. Nos decidimos por el primero, los padres y hermana de Carolina se encontrarían en estado de shock, y mi superior consideró que lo mejor era dejarlos tranquilos y que digiriesen su dolor.

Esa gélida mañana decidí cambiar mi cazadora de cuero por un práctico y caliente plumífero. El inspector llevaba el mismo abrigo, quizás con algún quemazo más. Subimos con rapidez al coche frotándonos las manos. Jaime Reyes arrancó el motor y puso la calefacción, encendió otro de sus cigarrillos y exhalando una tupida bocanada, enfilamos hacia el Paseo del Prado, donde se encontraba el edificio de oficinas de Grau&Co.

—¡Ché, qué frío hace! —dijo con sorna el inspector oteando el horizonte y, sin darme oportunidad de intervenir, prosiguió— Veamos que nos cuenta este fulano con fama de cantamañanas.

—¿Cantamañanas? ¿Guillermo Grau? —exclamé perplejo— Pero, jefe, ¿no es uno de los hombres más ricos de España? Siempre que lo he visto en fotos sale con los personajes más influyentes del país, nobleza incluida.

—Pero tú, Manolito, ¿por qué no te preparas un poco cuando sabes que vas a visitar a un informador que es tan conocido? ¿No se te ha ocurrido pensar que podemos ir por delante de él y saber qué preguntas hacer? ¡Con lo fácil que es buscar en Internet! Cuando terminemos, te metes en la red y escribes el nombre de Carolina Martín, a ver qué te sale —No fue una reprimenda, fue más bien una colleja psicológica, aunque de igual modo me dejó mudo de vergüenza, y él continuó—. Bueno, no hace falta, ya lo he hecho yo por los dos y, a parte de un montón de cargos que ocupaba en empresas de este individuo, ni rastro. Ni Facebook ni Twitter ni nada parecido. Chica lista...

—Lo siento —me atreví a balbucear y cambié de tema—, ¿por qué dice que es un cantamañanas?

—Porque, por lo visto, además de tener más millones que el Tío Gilito, este tipo acumula un montón de compromisos económicos que no quiere pagar. Podría hacerlo, pero como se ha sabido rodear de gente que le sabe asesorar, se escabulle de los pagos o al menos sabe cómo aplazarlos. ¿No te suena una urbanización que construyeron cerca de Aranjuez? Pues ahí está, muerta de la risa y con un montón de acreedores que no cobran ni a tiros. El campo de golf, creo que este tío está obsesionado con el golf, es lo único que está en funcionamiento, pero está lleno de deudas. Todo está puesto a nombre de otros. Y lo peor es que dinero no le falta y no me

preguntas cómo, pero se escaquea. Ni los bancos han podido con él.

—O sea, lo que se conoce mundialmente como un «jeta».

—Ahí estamos, Manolito, ahí estamos.

Nos estarían esperando, pues nada más presentarnos en la recepción, una señorita muy amable nos indicó que podíamos subir a la octava planta y haciendo un movimiento de cabeza, se presentó un miembro de seguridad que nos acompañó hasta la misma puerta del despacho, dio unos golpecitos, abrió y se esfumó. Supuse que la recepcionista ya le habría avisado de nuestra llegada.

Volví a pensar en mi madre, aquellos muebles sí que le hubiesen parecido de categoría, y no como los míos que eran todos de Ikea. Roble macizo y gruesa moqueta, paredes forradas de madera. Toda una oda al Barroco. De lo que se hubiese quejado era de lo mismo que yo: del intenso olor a puro que invadía el ambiente. Miré a Jaime Reyes con cara de repugnancia, no soportaba aquel hedor y él, con las cejas, me hizo un gesto para que me aguantara.

Frente a la gran cristalera, y puesta de perfil, se encontraba situada una oronda y confortable butaca de cuero marrón de la que sobresalía una forma redonda que, sospeché, era la enorme barriga de Guillermo Grau. Al sentir nuestra presencia se levantó ayudado por el motor que el butacón llevaba incorporado y que lo empujaba, cual lanzadera, hasta colocarlo prácticamente erguido. Verlo ahí, de pie, me permitió apreciar en toda su magnitud la rechoncha mole que era aquel ser humano. Ni siquiera podía ver el cinturón que se intuía por debajo del seboso michelín que se le descolgaba sobre caderas y abdomen. En verdad los fotógrafos habían sido benévolos con aquel hombre. Siempre había pensado que aquel individuo tenía la cabeza un poco pequeña, pero la realidad era que lo descomunal era su tronco. Suerte tenía de seguir conservando, aunque con bastantes entradas, su grisácea cabellera.

Nos saludó con aspecto de llevar todo el día llorando y nos tendió la mano izquierda, la derecha seguía sujetando el Cohiba.

—Ya me han avisado de que iban ustedes a venir por aquí. Y sé que se

trata de la pobre Carolina —Y se quitó, apartándose las gafas con uno de sus dedos, que más parecían morcillas, una lágrima que estaba a punto de caerle —. ¿En qué puedo ayudarles?

—Buenos días, señor Grau. Somos el inspector Reyes y el subinspector Serra. Nos gustaría hacerle unas preguntas acerca de su relación con la fallecida —se presentó educadamente mi superior.

—Yo no tengo inconveniente, pero desconocía que este fuese el procedimiento habitual cuando alguien muere en su casa —comentó mientras dejaba el puro en el cenicero y sacaba del mueble bar una botella de whisky.

Nos invitó a sentarnos en las sillas colocadas tras su gran mesa de despacho, donde había una foto de una elegante y estilizada señora que, di por hecho, se trataba de su mujer. Creí que también iba a sentarse y así hizo, pero antes se acercó a otro armario y sacó unos aperitivos para acompañar la bebida. Jaime sacó uno de sus cigarrillos y con un gesto pidió permiso para encenderlo; Grau accedió asintiendo con la cabeza.

—Pues así es hasta que se esclarecen las causas de la muerte... No podemos descartar el suicidio —Reyes aún no quería pronunciar la palabra asesinato—. Todavía estamos pendientes del resultado de la autopsia. Ya sabe, en estos casos, el dictamen del forense es imprescindible —le explicó Jaime en tono tranquilizador.

—¡Oh, vaya! Sí... Lo entiendo perfectamente —Aparentaba desconcierto—. Es verdad que últimamente parecía un poco cansada y decía que no se encontraba muy bien... ¡Es que no me podía ni imaginar que realmente estuviera tan mal! —y rompió a llorar como un niño— Si lo hubiese sabido, la hubiese llevado a un centro de esos para descansar y tranquilizar el espíritu —Y sacó un pañuelo con las iniciales GG bordadas en una esquina para enjugarse las lágrimas.

Se hizo un silencio incómodo donde solo se escuchaba los gruñidos del señor Grau al sorberse los mocos. Decidí intervenir para romper la embarazosa situación, pero Jaime se dio cuenta y me pegó una patadita para que no abriese la boca y dejase continuar al entrevistado hasta que se encontrase preparado.

—Los últimos meses estaba muy nerviosa —Continuó sin soltar el pañuelo e hipando de cuando en cuando—. Igual se levantaba y se marchaba corriendo en medio de una reunión, volvía a los quince minutos y aparecía más relajada —Cogió un puñado de cacahuets que engulló y dio un trago al whisky—. Yo pensaba que estaría atravesando alguna crisis personal y le aconsejaba que se fuera unos días a jugar al golf con Carlota. Carlota es mi sobrina —se interrumpió—, las unía una antigua amistad y compartían la afición por ese deporte. Pero ella me llegó a decir que se marchaba.

Ya no pudo continuar más y volvió a echarse a llorar y a comer. El puro seguía soltando el humo desde el cenicero.

—¿Se marchaba? ¿A dónde?

Las palabras salieron a bocajarro de mi garganta, sin poder evitarlo. El inspector puso cara de ir a cortarme el cuello, agaché la mirada en señal de disculpa. De todas formas, el señor Grau no se dio ni cuenta, estaba en su mundo de lamentaciones.

—Hace unos quince días me dijo que se marchaba a Londres, a trabajar en una galería de arte, ahora mismo no recuerdo el nombre, no puedo pensar con claridad —Gotas de sudor brillaban en la frente de Guillermo—. Yo, por supuesto, no la creí. Lo achaqué todo al estrés... El 24, a última hora de la mañana, se pasó por aquí medio histérica, diciendo tonterías sobre la limpieza y que teníamos que hablar, que era importantísimo; pero Susana, mi esposa, me estaba esperando bajo y no me podía entretener, ya sabe usted cómo se ponen las mujeres, y más en Nochebuena. Carolina me hizo jurarle que la llamaría a cualquier hora. Pero por la tarde Susana me anunció que Carolina venía a cenar, así que lo dejé estar. Como al final no vino, yo les juro a ustedes que la llamé al día siguiente varias veces, pero ya no me contestó. No le di importancia porque, como ya les he dicho, últimamente estaba tan irritable que pensé que se había enfadado y que ya se le pasaría... Y ahora ¡ya no podré hablar con ella nunca más! —Y volvió a deshacerse en lágrimas.

O aquel hombre era un actor de Oscar, o realmente estaba muy afectado. Para mí ya habíamos acabado, tenía ganas de salir de aquella estancia cargada de humo y olor a alcohol, me parecía que poca información

más podía aportarnos. Pero el inspector no era de mi mismo parecer.

—¿En qué consistía exactamente el trabajo de Carolina? —le preguntó Reyes.

—Cuando empezó a trabajar para mí, hará unos doce años, la contraté como secretaria personal, pero es una chica tan competente y lista que con el tiempo se fue convirtiendo en lo que ahora es: mi mano derecha —Y continuó sudando, bebiendo, comiendo y llorando—. Hace tiempo que no tomo una sola decisión sin contar con su opinión. Es la mejor asesora financiera que usted pueda conocer. La mitad de los negocios que he emprendido en los últimos años se los debo a ella. El éxito de la textil de Igualada es todo suyo... ¡Y la quiero tanto! —sollozó— Si no llega a ser porque mi mujer me ha empujado a venir esta mañana, me hubiera quedado en casa sin levantarme de la cama y así, un día tras otro...

—¿Cree que cuando esté en condiciones podrá decirnos el nombre de la galería en la que Carolina le dijo que pensaba trabajar?

—Por supuesto, si lo recuerdo, no dude que mi secretaria lo llamará para decírselo... Pero es esa tan famosa que está en Londres. Si yo mismo he comprado cosas en sus subastas y conozco mucho a su dueño; y Carolina también. Ahora no me sale el nombre, pregúntenle a mi asistente cuando salgan y les dirá —y prosiguió—. Pero qué quieren que les diga, igual se lo inventó. Yo no la creí... ¡Igual que tampoco me puedo creer que esté muerta! — Y las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia en sus ojos.

En ese momento nos vimos interrumpidos por el sonido de la puerta. Jaime y yo nos giramos por instinto.

—¡Uy! Perdona, papá, no sabía que estabas reunido.

El hombre hizo amago de retirarse.

—No, no... Espera. Quería hablar contigo —El hijo se acercó a nosotros y el señor Grau hizo las presentaciones—. Bernardo, estos señores son inspectores de policía, han venido a hablar de Carolina —Nos tendió la mano con firmeza y dijo: «Bernardo Grau», y su padre continuó—. Quiero que te encargues de todo lo concerniente al funeral. ¿Has avisado a Carlota? ¿Y a Mercedes?

—Sí, papá, no te preocupes. Todo estará arreglado. Anoche hablé con mis primas y están destrozadas —dijo con cara de tristeza.

—Bueno —les cortó el inspector educadamente—, recuerden que primero hay que finalizar con la autopsia y tal vez se alargue unos días. Les tendremos informados.

Bernardo nos volvió a tender la mano como despedida y salió como un rayo por la puerta, como si nuestra presencia le fuese a provocar urticaria.

—¿Y su hijo? —quiso saber Jaime— ¿También trabaja aquí?

—Sí. Va haciendo sus cosas...

—¿Haciendo sus cosas? Pero ¿tiene un puesto de alta dirección? —indagó Reyes.

—Inspector, ¿tiene usted hijos?

—Sí —dijo a secas Jaime Reyes.

—¿Lleva grabadora?

—No —respondió tajante.

Yo dejé mi cuaderno encima de la mesa.

—Entonces, seguro que me entiende si le explico que uno sabe distinguir perfectamente cuando alguien es brillante o no lo es, pero, si ese alguien es tu hijo, y no es brillante, tú vas a pintarlo de dorado y le vas a poner una capa, o dos, de barniz y, contestando a su pregunta, Bernardo es un alto directivo de Grau&Co.

Mientras nos dio la explicación no moqueó ni un instante. Jaime y yo pusimos cara de tumbas y el inspector cambió de tercio.

— ¿Y su sobrina Carlota? ¿También trabaja con usted?

—No, ella es pintora y se dedica a vender sus cuadros.

A Jaime le hubiese encantado seguir haciendo más preguntas, pero como no sabíamos la causa efectiva de la muerte y frente al evidente estado de ansiedad del entrevistado, preferimos no seguir indagando más y retirarnos de la escena. Bastante bien nos había ido hasta el momento. Nos despedimos cortésmente, recogimos la nota con el nombre de la galería y bajamos a la

calle. Ambos nos alegramos, yo de poder aspirar el helado viento de Madrid y Jaime, de disfrutar de su pitillo en «campo abierto».

—¡Vaya mole humana! —no podía quitarme de la cabeza su inmensa barriga que llenaba sin parar—, ¿cree que estaba enamorado de la chica? —proseguí trastabillándome de tantas ideas que me rondaban— ¿Y lo del hijo? ¡Menuda forma tan elegante de llamarlo inútil!

Y si yo hubiese tenido el valor o la confianza suficiente, le hubiera preguntado al inspector por su propio hijo, pero no tenía ni lo uno ni lo otro. Aunque ganas por saber no me faltaban.

—No subestimes a nadie, Manolito, este tipo es muy inteligente. No te creas que ha llegado hasta donde lo ha hecho por su cara bonita. Si nos ha dicho lo de su hijo, ha sido para quitárselo de encima. ¿Por qué? Ni idea, pero no te preocupes que ya lo averiguaremos. Y respecto a la chica, diría que efectivamente sí que la quería, pero no creo que de la forma que tú piensas. Me da la impresión de que es algo más parecido al amor paternal, pero no sé... todavía.

—Entonces, ¿cuál va a ser nuestro siguiente paso? ¿Vamos a visitar a la hermana?

—Sí, pero lo que más me gustaría es tener en las manos el informe del forense. Con eso ya sabremos por qué ha fallecido. Mañana a primera hora iremos a verlo a que nos cuente lo que tiene y —prosiguió— el bolso, hay que saber qué contiene y si tiene iPad u ordenador. De momento —me ordenó—, ya puedes ir llamando a los ingleses para comprobar si es cierto que Carolina se iba a ir con ellos.

LA GULA

La Naturaleza quiso que Guillermo viera la luz por primera vez en la comarca burgalesa de La Lora. Que aquel diminuto bebé sobreviviese fue para todos un milagro. Era tan extraordinariamente esmirriado y se le veía tan desvalido que hasta la comadrona pensó que no pasaría de aquella noche. Lo que ninguno podía ni imaginarse era la inmensa fortaleza con la que aquel pequeño ser había sido dotado y el peso, en todos los sentidos, que habría de alcanzar.

A los seis meses su madre lo atiborraba de longanizas secas que aquella criatura devoraba a lametazos hasta quedar entre sus manitas la pegajosa piel sobrante. Muchas pensaban que la Mercedes estaba loca, que aquel niño corría el peligro de ahogarse, pero lo cierto es que a él nunca le pasó nada; y el embutido pasó a formar parte de su dieta diaria. Aun así, el niño no alcanzaba la talla deseada por sus padres.

En la escuela recibió varios apodos que hacían referencia a su escasa estatura, pero el que definitivamente triunfó fue el de «Canijo» y, aunque al principio le fastidió porque captaba el tono de burla con que todos lo decían, aprendió a llevarlo con mucha dignidad y lo aceptó como propio hasta el punto de que, cuando sus compañeros le preguntaban algo que siempre comenzaba o finalizaba con canijo, él ya ni siquiera se daba cuenta, pues sabía de sobra que aquel apelativo había dejado de ser algo despectivo para convertirse en, simplemente, su nombre. Pero este cambio no había sido un regalo, más bien fue fruto de su inteligencia y tesón. Su capacidad de

persuasión estaba tan desarrollada que fue capaz de reblandecer el corazón de aquella enjuta y seca mujer de ojos marcados por la dureza de la vida, que era su madre, para que le comprase caramelos que en aquella época de posguerra eran un lujo para la mayoría de bolsillos. Después los intercambiaba con el resto de alumnos por trozos de pan, que si llevaban algo dentro mejor, o por algún otro tipo de sólido que le resultase mucho más alimenticio y sabroso.

De esta forma se ganó el respeto del resto de niños del pueblo, y a los nueve años ya se había convertido en el líder de lo que él llamaba: «Mi banda». Los organizaba para que recogiesen de sus casas o de donde fuera todo aquello que les pareciese que ya no valía. Él lo seleccionaba cuidadosamente y cuando pasaba el chatarrero, conseguía una o dos pesetas, dependiendo del valor de la mercancía. Compraba golosinas que repartía entre todos, asegurándose de quedarse con una parte mayor del botín, pues para algo él era la cabeza pensante.

Aprendió, al igual que su hermano, a no dejarse nada en el plato, aunque aquellos estuviesen rebosantes hasta los topes, si no quería que su madre le propinase un sonoro guantazo. Si alguna vez se le ocurría comentar: «Madre, ya no quiero más», la Mercedes le respondía en tono amenazante: «¡Todo, te he dicho que todo!... Y si no, ya sabes...». Ella había conocido lo que era pasar verdadera hambre y no iba a consentir que en su casa se desperdiciase ni una miga. Así, el estómago de Guillermo se fue acostumbrando a ingerir copiosas cantidades de comida, y muy poco a poco se fue ensanchando. Cuando escuchaba que sus vecinas le decían: «Mercedes, ¡qué rollizo tienes al zagal!», ella se llenaba de orgullo; así tenía que ser un chico sano.

A los catorce años se dio por finalizada su etapa de estudiante, y no le quedó más remedio que ayudar a su padre en las labores del campo. El trigo, la cebada, las alubias y las patatas no le interesaban lo más mínimo. Solo deseaba encontrar tiempo y esconderse, si su madre lo descubría le iba a caer una buena y que lo llamase vago sería lo de menos, para poder leer los libros que compraba con el dinero que lograba sisar a la Mercedes y que adquiriría cuando con alguna excusa le permitían que alguien lo acercase a Burgos.

Al mismo tiempo fue adquiriendo la costumbre de comer algo siempre

que se ponía nervioso o tenía alguna preocupación. Iba dejando, por los lugares en los que solía refugiarse y fuera de la vista, embutidos secos o comida de cualquier otro tipo por si en un momento dado la necesitaba con urgencia. Su estómago se ensanchaba un poco más.

En sus planes no entraba continuar con la tradición familiar y seguir cultivando la tierra. Tenía miras más altas. Por eso, para él fue una bendición cuando lo llamaron a filas. Lo habían destinado a Zaragoza y desde que lo supo se dedicó a pronunciar, para sí y con entusiasmo, el nombre de aquella ciudad. De esa capital solo conocía la estación de autobuses; de cuando llegaba de Burgos para coger el siguiente autocar que los trasladaba a Teruel, para después desplazarse al pueblo de su madre, Los Cerezos, donde vivían sus abuelos y donde de niño solía pasar los meses de verano.

El día de su partida su padre ni tan siquiera pudo despedirlo, hacía horas que se había marchado al campo. Su madre le dio un rápido beso en el zaguán y diciéndole: «Vuelve hecho un hombre», continuó con sus labores. El que sí lo acompañó al autobús e insistió en llevarle el macuto, henchido de orgullo, y lo abrazó antes de subir, fue su hermano, Bernardo, quien además del nombre de su padre había heredado su afición por los cultivos. Siempre fue evidente que su hermano y él no compartían las mismas inquietudes.

Mientras lo estaban tallando, y su espesa mata de pelo era ya un recuerdo, el doctor le aconsejó que no aumentase de peso: «Te encuentras en el límite, muchacho —y le aclaró—. No es que peses más de lo normal a tu edad, pero sí que eres más bajito. Cuida tu alimentación —y gritó—. Siguiendo».

Empezaron por llamarle «El Bola», pero como esa historia ya se la conocía, se puso manos a la obra y decidió organizar un concurso, que pretendía emular a Paul Newman en *La leyenda del Indomable*, que consistía en ver quién era capaz de engullir más huevos duros en una hora. Él hubiese preferido que fueran morcillas de Burgos, pero supuso que esa opción no iba a contar con mucha aceptación, así que finalmente propuso los huevos. Diez fueron los participantes y, aunque Guillermo solo alcanzó los treinta y cinco fue, por amplia diferencia y bajo los gritos de ánimo de: «¡Bola, Bola!», el ganador. Su popularidad se expandió como un incendio forestal y se convirtió

en el personaje del cuartel. Todos querían estar con él y escuchar sus divertidas proezas que, si no habían existido, él inventaba. Las invitaciones le llovían como aguas torrenciales y se atragantaba de cerveza y humo hasta decir basta. Todos estos agasajos le venían muy bien porque, aunque su madre le iba enviando de tanto en tanto comida y alguna camisa, jamás vio una perra gorda. La mili supuso para Guillermo una época fantástica que le ayudó a mantenerse en la convicción de que su futuro no se encontraba en el ámbito rural.

Pero sin estudios y sin dinero se vio abocado a regresar al pueblo. Allí nada había cambiado, y tuvo que volver a trabajar con su padre de sol a sol. A su hermano parecía no importarle y se le veía bastante satisfecho con su vida, pero Guillermo se sentía atrapado y no sabía cómo salir de esa situación. Los libros, que le llegaron a quitar el sueño, ya no le eran suficiente, y tuvieron que pasar tres eternos años hasta el día en que se cruzó con la nueva maestra.

De pelo negro y figura estilizada como una espiga, con una vivacidad en los ojos que hablaban por sí solos y contoneando ligeramente las caderas al andar, Guillermo quedó deslumbrado. Le hizo tal gracia que aquella señorita caminase con tacones de aguja por aquellas empedradas calles que no pudo evitar emitir un largo y sonoro silbido. Le vino a la cabeza una gacela de movimientos elegantes y gráciles. Y esa gacela iba a ser para él.

Al principio Susana, que así se llamaba, fue reacia a sus galanteos. No se atrevía a confesárselo abiertamente para no herir sus sentimientos; a Guillermo le sobraban unos kilos, pero eso tenía solución. El auténtico problema residía en que era muy bajito para ella, y ese defecto lo veía insalvable. Se moriría de la vergüenza si los vieran juntos por ahí. Lo que Susana desconocía era que la perseverancia y la tenacidad eran virtudes que adornaban la personalidad de Guillermo. «¡Morena, cástate conmigo que vas a ser mi reina!», le proponía todos los días, obsequiándola con nueces o flores de espliego, y siempre conseguía arrancarle una sonrisa. Le contaba las historias más inverosímiles y disparatadas que se le ocurrían y ella no paraba de reír. Pero un día, ya no se presentó; ni el otro ni el siguiente, y ella se dio cuenta de que lo echaba en falta. Y así, con inteligencia y tesón, fue como

conquistó el corazón de Susana que, en cuanto lo volvió a ver, dijo: «Sí».

Una mañana de agosto, como cada mañana, Guillermo bajó a los campos junto a su padre y su hermano. Su padre se colocó el sombrero de paja porque decía que el sol iba a apretar y era mejor prevenir. Y era cierto; el sofocante calor hacía que tuviese que parar de cuando en cuando para echar un buen trago de agua del botijo que en días como ese siempre llevaba con él. Guillermo estaba en su bancal, acalorado y feliz, pensando en su inminente boda. Cuando levantó un momento la cabeza para retirarse el sudor, solo le dio tiempo a ver como su padre se desplomaba sobre la polvorienta tierra. Chilló:«¡Bernardo!», no supo bien si por su padre o por su hermano, y salió disparado en su dirección. Se agachó, pero ya era tarde, el hombre había muerto sobre la tierra de la que había vivido.

La boda fue de lo más íntima y austera. Susana le propuso retrasarla, pero Guillermo se negó, quería tener a su esposa junto a él lo antes posible. Para su madre, toda de negro, la ceremonia fue un funeral, aunque no se le escapó ni una lágrima ni un lamento. Era una mujer curtida por la vida, acostumbrada a aceptar todo lo que le viniera. Su hermano Bernardo y los pocos familiares de Susana que se habían acercado hicieron lo imposible por animar el evento, pero sin mucho éxito. Con el tiempo Guillermo se arrepintió de aquella decisión, pues sabía, aunque ella nunca se lo reprochó, que esa no era la boda con la que Susana había soñado.

En herencia le tocaron la mitad de las tierras de su padre, la otra parte sería para su hermano. Y la providencia quiso que aquellos parajes, que él siempre había considerado un infierno, se convirtieran en su gloria. Aquellas tierras guardaban uno de los tesoros más codiciados por la humanidad, el petróleo. Por increíble que pudiera parecer, había petróleo bajo sus pies.

Rápidamente se deshizo de ellas vendiéndolas a una compañía inglesa por un precio desorbitado. Con tal cantidad de dinero en el bolsillo y en el banco emprendió nuevos negocios que le eran más atractivos. Con su inteligencia, su tesón, su capacidad de trabajo y su nueva riqueza, sabía que no iba a fallar. Se supo rodear de gente competente que seleccionaba personalmente, «Pocos, pero buenos», solía decir, y empezó a construir el imperio que lo llevó a instalarse en Madrid y que acabaría por convertirlo en

uno de los hombres más ricos del país.

Se inscribió en cursos, estudiaba por las noches e interiorizaba todo lo aprendido mientras desayunaba. Necesitaba estar a la altura de su nueva posición y no iba a consentir que ningún empleado supiera más que él. Pero eso le generaba tensión, tantos cambios, tanta gente nueva y el temor al fracaso; se ponía nervioso y necesitaba comer. Susana intentaba vigilarlo y aparentemente se controlaba, pero a escondidas, como ya había hecho en el pasado, sacaba la comida de su escondrijo y daba rienda suelta a su voraz apetito. A eso había que añadir los incontables compromisos que debía atender y que suponían beber y fumar sin control. Su estómago se iba ensanchando todavía más.

Para acabar de completar su felicidad y, aunque se hicieron esperar más de lo previsto, su amada Susana le dio lo que más ansiaba en este mundo: hijos. Primero llegó Bernardo, en recuerdo a su padre, y luego, Guillermo, a quien todos llamaron Willy. La familia ya estaba al completo.

Esos años fueron los más intensos y alegres de su vida. Los negocios prosperaban y se sentía motivado para seguir ampliando. Llegaba a casa y tenía dos preciosos niños que se le tiraban al cuello en cuanto lo veían aparecer por la puerta o, la mayoría de las veces, los veía dormir plácidamente de tan tarde que llegaba. Y, por supuesto, su mayor soporte, su compañera, su mujer. Sabía que sin ella todo hubiese sido diferente.

Susana, por su parte, se fue adaptando a su nueva posición poco a poco. Había dejado de ser aquella maestra de pueblo, ilusionada por transmitir sus conocimientos a aquellos díscolos alumnos llenos de mocos, y había dejado de ser Susana para pasar a ser la señora de Guillermo Grau, con todas sus implicaciones. Asistía a reuniones de caridad, la invitaban a tomar el té y acompañaba a su marido a cenas de compromiso; podía ir de compras y disponer de cuanto hiciera falta sin tener que dar explicaciones. Guillermo siempre había sido generoso y quería que a su esposa no le faltara de nada. Y no es que aquella vida le disgustase, simplemente, ya no se sentía tan útil como antes, y no quería que aquella nueva rutina la deslumbrase y le hiciese olvidar sus raíces.

Los chicos fueron creciendo y con ellos, los problemas. Bernardo era

el que más quebraderos de cabeza les daba. Cuando tenían que sacarlo de alguna situación embarazosa que había trascendido y se veían obligados a dar una explicación, sus padres sonreían con condescendencia y repetían: «A veces es un poco conflictivo, pero es la edad». Y Guillermo sentía la urgente necesidad de llenar su estómago. Picar algo y beber entre horas se fue convirtiendo en algo habitual; como habitual era que lo hiciese a espaldas de Susana.

Y pasaron algunos años más hasta que recibió la estocada definitiva que acabó por convertir a Guillermo en un enfermo de obesidad mórbida. Fue un uno de enero, del que se iba a cumplir el decimotercer aniversario, cuando lo llamaron por teléfono para comunicarle que su hijo Willy acababa de fallecer en accidente de tráfico. Guillermo casi se volvió loco, hacía seis meses que había perdido a su hermano y ahora le tocaba a su hijo.

Ni siquiera pudo acudir al entierro debido a la alta sedación que lo mantenía entero. Guillermo había puesto todas sus esperanzas en aquel brillante joven que había heredado los rasgos físicos y la alegría de su madre, y la inteligencia y tesón de su padre. Él era el elegido para continuar su gran obra, el hijo que nunca le había fallado y en ese momento, y sin previo aviso, lo había dejado. Nunca habían existido en boca de Guillermo adjetivos suficientes para describir a su hijo, como tampoco los había en ese instante para describir su dolor. Sabía que había cometido pecados inconfesables, llegar hasta donde lo había hecho era imposible si no caía alguien más en el camino, pero la presencia de su querido hijo lo mantenía a raya y le hacía tener cuidado para que los daños colaterales fueran mínimos. Willy lo ayudaba a redimirse. Pero ahora se había quedado solo y Guillermo tenía la certeza de que debería ser implacable si pretendía mantenerse en su puesto. Ya no habría perdón. La comida se convirtió en su refugio privado y la gula, en una forma de auto castigo.

El golpe para Susana fue de igual o mayor magnitud, pero aprendió a sobrellevarlo con resignación, y pasados los primeros meses trató de aparentar una normalidad que nunca regresó. Guillermo comía, bebía y fumaba a cualquier hora y en cualquier lugar. Ya no le importaba si su mujer estaba o no presente. Los rastros de aquel hombre divertido y educado, que

tanto la hicieron reír, se fueron desvaneciendo con el tiempo y fueron apareciendo los rasgos del depredador compulsivo, en más de una acepción, en que se estaba convirtiendo.

En el entierro de su madre Guillermo llegó a sacarse unos cacahuets del bolsillo y allí, mientras tapaban el nicho de la desdichada, se puso a comer. Ese preciso momento fue el punto de inflexión en el que Susana pasó de la indiferencia al más absoluto de los desprecios. Su marido era, sin lugar a dudas, la persona más parecida a un cerdo que ella recordase.

Lo único que lamenta Susana es que, de vez en cuando, Guillermo aún la busca por las noches, y ella se ve obligada a cerrar los ojos y forzarse a pensar en algún recuerdo agradable de los tiempos pasados. De otro modo, no podría soportarlo. Su marido le provoca verdadero asco.

Pero él empieza a roncar y aparece la misma pesadilla que se le repite cada noche. Tiene mucha hambre, necesita encontrar una presa de forma inminente. Ve un jabato y se abalanza sobre él. Lo despedaza a mordiscos y se bebe la sangre chorreante. Cuando termina, la tierra le roza la panza. Se arrastra hasta el río y su reflejo en las aguas le muestra su realidad. Es un jabalí.

28 de diciembre de 2016

5

FRANCISCO

Aquella mañana madrugué un poco más de lo habitual. Había quedado con Jaime que nos veríamos en el Anatómico Forense a primera hora y antes quería pasarme por la comisaría y, de paso, darme tiempo para asumir el momento *horribilis* que me suponía pasar por la morgue.

Llegué puntual, como me gusta serlo, y el inspector ya estaba allí, departiendo con el que deduje, sería el forense, Francisco Montes, por la bata que llevaba enfundada y quien, por su blanca y bien cuidada barba, imaginé que llevaba muchos años en el oficio; quizás tantos como Jaime, pues por la familiaridad con la que se trataban parecían conocerse de bastante tiempo atrás.

Me acerqué y los saludé, interrumpiendo la conversación. Ellos respondieron al unísono sin ni siquiera dirigirme una mirada y continuaron hablando como si yo no existiera.

—Ya te lo he dicho, Jaime, tengo un montón de cadáveres por abrir —le explicaba el forense—. ¿Sabes la cantidad de indigentes que me están llegando con el frío que hace? Eso, por no hablar de los suicidios navideños.

—Sí, todo eso ya lo sé —intentaba convencerlo Reyes—, pero aquí estamos hablando de asesinato y necesito tener tu informe para que lo corrobore y dejar de trabajar a oscuras.

—Bueno, pues así ya sabes por qué se la han cargado en Navidad —le

respondió Francisco con maledicencia.

—¿Por qué?

—Porque en Navidad todo el mundo está de vacaciones y las autopsias se demoran una barbaridad. En fin, las autopsias y todo lo que no sean tiendas para que gastes —y continuó—. Y si tú no fueras como eres, también estarías de vacaciones.

—Y agosto —intervine yo. Los dos se quedaron mirándome—. Quiero decir que en el mes de agosto también se paraliza todo.

—Efectivamente, muchacho —me respondió el forense con aprobación—. Uno ya no se puede morir ni en agosto ni en Navidad. Y ponerse enfermo, mucho menos.

—Todo lo que tú quieras, Francisco, pero yo no me trago que no le hayas echado un vistazo al cuerpo —replicó Jaime.

—Hombre, Jaime, ¡pues claro! —y soltó una carcajada— En cuanto me dijeron que aquella mujer venía de tu parte, fue lo primero que hice. Pero no querrías que te lo pusiera tan fácil; así, llegar y besar el santo —Y se escuchó otra sonora risotada.

—Pues ya me estás largando todo lo que sepas —y el inspector también se rió. Yo me puse alerta para no perderme detalle.

—Partamos de la base de que todavía no la he abierto y todo lo que diga se basa en una primera inspección ocular y, por tanto, es extraoficial —Se puso serio y comenzó con su diagnóstico—. Cuando me la trajeron aquí, no llevaba ni dos días muerta. Falleció el día 24 entre las seis y las nueve de la noche. Tenía hematomas en los dos brazos, hechos desde atrás. No están muy marcados, lo que me lleva a pensar que se los podría haber hecho un novio muy cariñoso.

—O sea, lo que nos intentas decir es que alguien la sujetó por detrás, sea el novio o el asesino —puntualizó el inspector.

—Eso es. Lo que ocurre es que la mayoría de las uñas están ligeramente astilladas y una de ellas, la del dedo índice de la mano derecha, se llegó a partir por la mitad. Y entonces ya no creo que el novio fuese tan

cariñoso, a menos que fuesen sadomasoquistas. Como tú siempre dices, no hay que descartar ninguna posibilidad. Pero... tampoco había rastros de semen. Y como el sexo no fuera sadomasoquista y tántrico, ya no se me ocurren más posibilidades.

—Entonces, según tú, ¿podríamos hablar ya de al menos homicidio? —le preguntó con curiosidad Reyes.

—Desde luego, una muerte natural no ha sido. Pero no solo por eso...

Y dejó un halo de misterio en el ambiente.

—Va, sigue que no me pienso poner de rodillas —le instó con apremio.

—Esa chica ha muerto por asfixia, así que ya te estoy diciendo la causa de la muerte: fallo respiratorio, pero no la han asfixiado con las manos. Eso lo sé porque no tiene ni una sola marca en el cuello y porque ya son muchos años los que llevo aquí. Si no fuese porque cayó en tus manos y en las mías, podría haber pasado fácilmente por un infarto —y prosiguió—. Cuando le eché un ojo a la boca, me fijé en el aspecto de las mucosas y además, las pupilas... y eso que yo percibo... Juraría que a esa mujer la han envenenado.

—¿Envenenada?! —exclamé sorprendido.

—¿Cómo? ¿Con qué? —preguntó Reyes.

—Todavía no lo sé. Aparentemente no cumple ninguno de los parámetros que rigen los efectos de estas sustancias. Tal vez se atiborró de píldoras, pero no me da esa impresión. Hasta que no tengamos los resultados de toxicología no te puedo decir nada más.

—Francisco, te ruego, por favor, que los pidas ya, y que tú también te pongas manos a la obra. En fin, lo que trato de pedirte es que me cueles —suplicó el inspector.

—Lo siento, Jaime, pero eso es imposible... Los pedí ayer y escribí en la solicitud, con mi puño y letra: URGENTE. Y en cuanto a mí, ¿cuándo no has sido tú lo primero para mí?! —Soltó otra risotada y le endilgó una palmada en la espalda— Pero ya sabes que los resultados de toxicología se

demoran y habrás de tener un poco de paciencia. Les meteré prisa, calcula dos semanas, antes es imposible.

Nos despedimos, no sin antes de que Jaime consiguiera la promesa del forense de que lo informara de cualquier avance. Al salir de aquel, para mí, siniestro lugar me sentí más relajado, pero esa calma me duró poco al ver el Peugeot aparcado en la misma puerta. Nos íbamos a Guadarrama a visitar a la hermana de Carolina, y solo de pensar que tenía como mínimo cuarenta y cinco minutos por delante para impregnarme del asfixiante humo, junto con la sofocante calefacción, se me pusieron los pelos como escarpías. Estoy convencido de que Jaime notó mi titubeo al subir al coche, porque enseguida se puso a hablar.

—Manolito, si quieres, puedes bajar la ventanilla —me invitó.

Como si tuviese un resorte en la mano, apreté rápidamente el botón.

—No paro de darle vueltas a lo que nos ha dicho el forense —El humo del cigarro de Jaime salía por mi ventanilla—. Si has envenenado a alguien, ¿para qué te molestas en luchar si se va a morir de todas maneras? ¿Y si con quién tuvo la pelea no sabía que la chica ya estaba envenenada? ¿Un ladrón, quizás? ¿Y si tenía un novio violento al que se le fue la mano? ¿Y si ella se tomó la famosa píldora del suicidio?

Mi mente era un hervidero de ideas. Sabía que no debía de hacerle tantas preguntas y tan rápido, pero necesitaba exteriorizar todo lo que se me pasaba por el cerebro y la única persona que estaba a mi lado era él.

—Todo es posible... por ahora. Pero sigue —me animó para mi sorpresa— porque, a veces, lo más descabellado es lo más coherente, y me viene bien.

Sin yo saberlo, en la cabeza del inspector había nacido una nueva perspectiva.

—*Ché*, jefe, es que pueden haber pasado tantas cosas... Y no tenemos nada.

—*Ché*, Manolito, no te desesperes. Acabamos de empezar y sí que tenemos algo. Tenemos a una mujer que ha muerto envenenada en su casa

porque, si Francisco nos ha dicho que lo cree, es que está convencido de que así es; se mueve por las altas esferas y seguramente rodeada de mucha gente que no la quiere bien. Tenemos un coche y una moto en su domicilio. Y todo lo vamos a encontrar —El inspector estaba muy seguro.

—Tenemos algo más... —quise crear un halo de misterio, pero como el inspector no me contestó, decidí continuar como si nada— Esta mañana he llamado a los ingleses, a los de las subastas de arte.

—Hombre, Manolo, ¡qué alegría me das! —Parecía verdad— ¿Y?

—Pues que era cierto que Carolina se iba con ellos. Lo único es, me ha parecido entender, que en un principio la esperaban el día 27 de diciembre, pero que les avisó en el último momento que lo posponía hasta el 10 de enero.

—¿Por qué dices que te pareció entender? ¿Llamaste tú personalmente? ¿No utilizaste a la traductora? —me preguntó extrañado.

—La traductora no estaba y confié en mi inglés de Paiporta —dije girando la cabeza hacia la derecha.

Me quedé sorprendido ante la inmensidad del blanco paisaje, únicamente la punta saliente de una roca había pasado desapercibida a la nevada. Sentí como si estuviésemos atravesando un mar de sal. Un águila real sobrevoló el cielo; lo asocié a una señal de fortuna.

—¡Eres un *crack*! —no sabía si se burlaba o realmente me estaba felicitando— ¿Lo has contrastado con la compañía aérea?

—Sí, todo encaja. Carolina canceló su vuelo del 26 de diciembre y lo pospuso al 9 de enero; los cambios los efectuó el día 23, sobre las diez y media de la noche.

—O sea, que a la chica le surgió un problema que le hizo cancelar su viaje con tan solo tres días de antelación —Y durante un segundo se quedó en silencio—. ¿Qué sucedió, Carolina? —Y dejó la cuestión flotando en el aire, como si esperase una respuesta de ella.

En ese momento el inspector frenó en seco. Pensé que me iba a dar un abrazo como premio a mi buen hacer. Pero bajando del coche y ordenándome

hacer lo mismo, me dijo con decisión:

—Ve cogiendo las cadenas que con esta nieve no vamos a poder seguir.

ELENA Y PEDRO

Nos entretuvimos poniendo las cadenas y fuimos más despacio debido a la nieve que caía en pequeños copos, así que nos costó casi hora y media llegar a nuestro destino; no obstante, el panorama era tan impactante por su grandiosidad que no me di cuenta del tiempo que transcurría. En cualquier caso, tuvimos que darle de nuevo las gracias a Google Maps; encontrar aquel caserío en medio de las montañas, ubicado en uno de los intrincados caminos que se van bifurcando de la M-623 que une Guadarrama con Navacerrada, fue una auténtica odisea que nos hubiera supuesto perder toda la mañana. Pero lo cierto es que llegar al punto final de nuestro trayecto se lo debimos, cual Pulgarcitos siguiendo las migas de pan, al humo que vimos que salía de entre los pinos.

Al bajar del coche me alegré de haber cogido el gorro de lana que había tejido mi madre, al menos mis orejas estaban a buen recaudo, y me permití el lujo de levantar la cabeza para admirar la belleza de aquel paraje. A pesar de que era un día triste y oscuro, y el silencio que allí se respiraba era nuestro único compañero, la tupida mezcla de robles, encinas y pinos bañados en un blanco impoluto, que cercaban aquella casa de piedra que parecía sacada de un cuento de hadas, lo transformaba todo en una auténtica maravilla. Me sentí transportado a otro mundo, como si Madrid se encontrase a miles de kilómetros; a pesar del frío gélido, me envolvió una agradable sensación de calidez.

Empujamos la pequeña verja que daba acceso a lo que se suponía, era el jardín y nos dimos cuenta de que allí la nieve había alcanzado al menos cuarenta centímetros, y de que tendríamos que ir rápido y con mucho tiento para no ir hundiéndonos a cada paso.

—Jefe, parece que aquí no se ha molestado nadie en coger una pala y apartar un poco la nieve para hacer un caminito —susurré al oído de Jaime—. Tampoco creo que cueste tanto, yo lo hubiera hecho —y continué—. Podríamos pensar que lo limpiaron ayer por la noche y que hoy ha caído una impresionante nevada, pero usted y yo sabemos que no es así.

—Será que no salen mucho —murmuró—. Tiene que haber gente para todo.

—Pues mucho, no sé, pero alguien sí, porque ahí delante hay pisadas y un par de colillas. Tiene usted suerte, en esta casa se fuma y no necesita utilizar su cenicero portátil —Y a punto estuve de guiñarle un ojo.

Llegamos como pudimos hasta el porche y llamamos al timbre que no sonó, así que me disponía a golpear con los nudillos cuando Jaime estiró de un cordel que colgaba de una columna y sonó una campanilla. Enseguida escuchamos: «Voy», y allí, en el zaguán, se nos apareció la figura de Elena Martín.

—El timbre no funciona —se disculpó—. No hemos puesto en marcha el generador que está en aquella caseta —Y apuntó con la cabeza hacia un pequeño cuartucho gris situado a unos diez metros— y ahora mismo no tenemos electricidad.

No podía negar quién era su hermana. Imposible adivinar quién era la mayor y quién la más joven. El mismo color de pelo y la misma forma ovalada de la cara. Los ojos eran más oscuros y, aunque quizás su estatura fuera un poco inferior y sus caderas ligeramente más anchas, la mayoría coincidiría en que provenían del mismo padre y la misma madre. Nos recibió con unos vaqueros desgastados y un suéter de lana negro de cuello vuelto que le tapaba hasta las manos. Su cara transmitía angustia y desolación.

—Pasen, por favor, siéntense aquí, cerca de la chimenea y entrarán en calor.

Ya me iba a sentar en el desvencijado sofá que se intuía al reflejo del fuego, pues era la única luz que nos alumbraba, pero Jaime fue más educado y primero nos presentó.

—Buenos días, señorita Martín. Somos los inspectores Reyes y Serra —ya no especificó que yo era subinspector—, y queremos darle nuestro más sentido pésame y agradecerle su amabilidad por atendernos en tan duros momentos.

Entonces nos sentamos porque vimos que ella se recostaba, en posición fetal, sobre un sillón cubierto por una tela de flores ya pasada de moda. Discretamente saqué la agenda y un lápiz.

El aire era rancio y miré a mi alrededor, entre la penumbra. Había unos cuantos ceniceros dispuestos estratégicamente llenos de colillas de varios días y algunos gatos se paseaban por la estancia como si tal cosa. Noté algo que me presionaba el glúteo y me levanté unos pocos centímetros del asiento, metí la mano y saqué unas cáscaras de nueces de entre las juntas de los almohadones. Especulé sobre cuánto tiempo haría que por allí no pasaba una escoba.

—La verdad, cuando me preguntaron si podían venir a hablar conmigo, no me importó, yo no tengo ningún inconveniente. Pero comprendan que tampoco entiendo mucho para qué han venido. A mi hermana le ha dado un infarto y a mí lo único que me apetece es no hacer nada y llorar —Y las lágrimas empezaron a cubrir sus ojos. Se le acercó un gato y ella lo acogió en su regazo y se puso a acariciarlo—. Me encantan los gatos, siempre están ahí cuando los necesitas, y apenas te dan trabajo —musitó mirando al pequeño felino.

—Lo entendemos perfectamente, señorita Martín, pero no creemos que se trate de un ictus; en realidad, no sabemos qué le ha hecho pensar que ha sido así, y este es el protocolo habitual cuando no se tienen unos resultados definitivos de la autopsia —se excusó Jaime—. Además, nos ha llamado poderosamente la atención que ningún familiar la haya buscado hasta que la hemos encontrado nosotros, así que comprenda que es nuestra obligación venir a preguntar.

—¡Dios mío! —exclamó llevándose la mano a la garganta— Cuando me llamaron y me dijeron que mi hermana había fallecido en casa, pensé que ese había sido el motivo, no se me ocurrió pensar en ninguna otra posibilidad —Y prosiguió entre lágrimas—. Por favor, llámenme Elena, se me hace muy raro lo de señorita Martín —nos habló con voz lastimera y como concentrada en otra cosa.

—Entonces, Elena, siendo Navidad. ¿por qué nadie de su familia puso una denuncia por desaparición? ¿Se llevaban ustedes mal? ¿No había relación? ¿No pasaban la Nochebuena en familia?

Reyes ya sabía alguna de las respuestas gracias a Pilar, pero prefería escucharlas en boca de la joven.

—Para nada, inspector, todos nos adoramos , y Carol y yo estamos muy unidas desde siempre —empezó a comentar Elena mientras se estiraba, aunque pareciese imposible, las ya larguísimas mangas de su jersey. El gato se restregaba en él—. Mi madre padece Alzheimer desde hace ya unos años, la mayoría de las veces ni nos conoce. ¡Es una pena tan grande! Y mi pobre padre está tan mayor que ni cuenta. Él aún no sabe que Carolina ha muerto y de momento no se lo pienso decir —Paró para enjugarse las lágrimas con el suéter—. En Nochebuena voy a casa de mi novio y Carol hace ya años que prefiere quedarse sola en casa. Los Martín celebramos el día de Navidad.

—¿Y usted? —le preguntó Jaime—, ¿no estaba preocupada?

—La verdad es que no. Vino a verme el miércoles de la semana pasada y me dijo que se marchaba a Londres. Nos invitó a comer y comentó que pasaría el día de Navidad con nosotros, como hemos hecho toda la vida. Al no presentarse la llamé un par de veces por teléfono. Como no respondió, di por hecho que habría adelantado el vuelo y que ya estaría de camino a Inglaterra. Ella me llegó a decir que, si se agobiaba, se marcharía antes. Pensé que ya me devolvería la llamada al llegar.

—Entonces, la última vez que vio a su hermana con vida fue el día 21 de diciembre. ¿Correcto?

Mientras ella calculaba mentalmente la fecha, el inspector aprovechó la pausa para pedir permiso y encenderse un pitillo; con el tufo a colilla

putrefacta y a animal encerrado que ya se respiraba en la casa, supuso que no le molestaría a nadie.

—Adelante, por favor. Lo que le agradecería muchísimo es que me invitara a fumar. Me he quedado sin tabaco y hasta que Pedro no vuelva, estoy perdida —Intentó poner una sonrisa, pero le salió una mueca esperpéntica—. Y sí, aunque hablamos por teléfono, ese día fue el último que la vi.

—Por supuesto, faltaría más. Coja los que quiera —Y dejó el paquete encima de una mesa auxiliar por la que correteaba una pequeña araña. Y continuó—. Entonces, su hermana era una persona impulsiva que tomaba decisiones rápidas y sin consultar.

—Para nada, ella era muy meticulosa y ordenada. En cualquier otra circunstancia me hubiese puesto muy nerviosa, pero esta vez fue diferente — Y exhaló una bocanada de humo.

—¿Por qué? ¿Estaba su hermana más nerviosa de lo normal estas últimas semanas?

—Yo no estaba preocupada porque ella tenía muchas ganas de irse. Me dijo que quería empezar cuanto antes una nueva vida, lejos de Madrid. Y en cuanto a si Carol estaba nerviosa, era todo lo contrario, estaba radiante y tranquila. Con las ideas muy claras.

—¿Le consta que tuviese algún desengaño amoroso o le hubiese pasado algo con su novio? No sé, algo que la empujase a salir huyendo. Piense, Elena, igual los tiros van por ahí.

Jaime trataba de averiguar si la fallecida tenía alguna relación sentimental.

—Desengaño, seguro que no. Me lo hubiese contado —Y aplastó la colilla contra el cenicero. Se le notaba agotada.

—Entonces, sí que hay un novio —afirmó el inspector.

—... No, no ¡Qué va! Novios tampoco.

La respuesta se hizo esperar un segundo más del adecuado. Elena se puso a acariciar de nuevo al minino.

—Quizás tuvo algún problema en el trabajo o discutió con alguna amiga —Jaime dejó flotando sus reflexiones, pero al no recibir comentario se decidió a ayudarla—. ¿Cómo se llevaba con Guillermo Grau? ¿Y con su hijo?

—Guillermo trataba a Carolina como si fuese su propia hija y en cuanto a Bernardo, la relación era bastante fría y distante, nunca comentaba nada de él y, si alguna vez llegaba a hacerlo, lo hacía con desprecio.

Elena estaba poco habladora y el inspector lo intentó por otro frente.

—¿Y qué nos puede decir de las sobrinas de Guillermo Grau? ¿No son amigas de su hermana?

Elena se removió y se irguió en el sofá. Reyes había tocado una clavija correcta.

—¡Ah, menudas brujas! —exclamó. Y volvió a estirarse las mangas— Carolina las aguanta más que yo; a ella no le queda más remedio. Yo no tengo paciencia para sus tonterías. Son unas engreídas estúpidas. De jóvenes salíamos muchas veces juntas, pero para mí, esas dos, cuanto más lejos mejor —En ese momento Elena se había olvidado de que su hermana estaba muerta, su actitud era otra al hablar de aquellas dos mujeres—. Con Carlota jugaba al golf bastante a menudo y además, las dos viven en Los Cerezos. A Mercedes se la tiene que tragar en los eventos, ya sabe, por Miguel —Y se encendió otro cigarro.

—Lo siento, pero no sabemos quién es Miguel.

—El señor marqués don Miguel Gómez-Cuervo de Guevara. Amén de financiero y famoso político. El hombre del momento —Lo expresó todo con una pomposidad engolada que denotaba desdén.

—¡Ché! —solté yo— ¿El secretario general del Partido Construimos? Esa gente se está haciendo fuerte en Madrid. Vaya si están dando guerra. Si siguen así, acabarán ganando las próximas elecciones —reflexioné entusiasmado, solo de pensar en la ínfima posibilidad de conocer a aquel tipo.

—Lo que significará más poder para el ya todopoderoso señor Grau —y nos aclaró—. El marqués Miguel Gómez-Cuervo de Guevara es una marioneta de Guillermo Grau. Y esto no lo digo yo, esto ha salido de boca de

Carol, y estoy completamente segura de que así es.

Hablar de los Grau había insuflado una inesperada energía en Elena. Estábamos deseosos de que nos informara de todos los entresijos de aquella familia porque, quizás, conocerlos fuese crucial para el caso. Y si no lo era, al menos yo aplacaba mi morbosa curiosidad.

Pero la intimidad del momento se vio interrumpida por el rugido de un motor que se aproximaba. La moto se paró y quedó aparcada junto al Peugeot. El motorista llegó a la casa mediante grandes y rápidas zancadas para evitar hundirse en la nieve, tal y como habíamos hecho nosotros.

Sin levantarse del sofá Elena exclamó con alegría: «¡Pedro!». El chico se puso una bolsa de papel entre las piernas y se quitó los guantes, dejó el casco en el suelo, junto a la puerta, y se sacudió la nieve del plumífero, en el que aparecía el anagrama de una marca francesa. Se quitó la bolsa de las rodillas y se dirigió a la cocina. Salió con un cartón de tabaco y lo abrió para sacar una cajetilla. El resto lo puso encima de la repisa de la polvorienta chimenea. Los ojos de Elena chispearon en señal de asombro. Inmediatamente se acercó a su novia, la besó con cariño y le acarició la cara. El chico era fornido y bien parecido. Los vaqueros también estaban desgastados, y guarecía sus pies dentro de unas botas forradas de pelo, donde se podía leer: *Ugg*, como las de su novia. Colgado a la espalda, como si de una guitarra se tratara, llevaba un jamón de unos 7 Kilos. Elena hizo las presentaciones.

—Este es Pedro Muñoz, mi novio. Vivimos juntos desde hace más de quince años. Gracias a él puedo soportar estos momentos —Y se deshizo en lágrimas.

Él la volvió a llenar de besos y mimos y no se separó de su lado. Se quedó apoyado en el reposabrazos de la butaca.

—No los esperábamos tan pronto. Pensaba que vendrían esta tarde — El chico parecía un poco nervioso y desconcertado.

—Pues nos ha costado llegar más de lo previsto. Si no fuera por la nieve, hubiésemos llegado antes —dije yo para volver a entrar en situación —. Estábamos comentando sobre la familia Grau. Parece que tenían mucha

relación con su cuñada.

—No, si no hay ningún problema, cualquier hora es buena —nos sonrió y prosiguió—. Los Grau, una familia interesante, nosotros también los conocemos mucho, bueno, mejor dicho, los conocíamos. No pertenecemos a su nivel y el desinterés es mutuo.

—¿Y eso? —lo interrumpió Elena, dirigiendo la mirada al jamón y al cartón de tabaco, desviando así la conversación sobre los Grau.

—Te quería dar una sorpresa. He ganado la rifa de Supercor y mira lo que nos ha tocado. Para que te animes un poquito —Y volvió a besarla.

El inspector interrumpió la escena.

—Perdone, ¿podría darme un vaso de agua? Tengo la garganta seca de tanto fumar. Como verá, no hemos parado —Y señaló el cenicero más cercano.

—Pues aquí he traído más refuerzos —nos aclaró Pedro fijando su vista en el cartón de tabaco— y ahora mismo le traigo el agua. Y si prefiere, podemos ofrecerle una tila, pero tendrá que ser fría, no podemos calentarla.

Hizo ademán de levantarse del apoyabrazos del sillón, pero Jaime fue más rápido.

—No se preocupe, he visto que la cocina está justo por esa puerta y puedo cogerlo yo mismo. Es mejor que usted se quede junto a su novia, ella le necesita más —Y no le dio más opción.

—Los vasos están en el armarito que está encima de la pila —Le indicó Elena alzando la voz.

Jaime salió con el vaso en la mano y me di cuenta de que, mientras hablaba, apenas daba sorbos. La conversación estaba dejando de ser transcendente. El inspector se acabó el agua de un trago y ya supe que daba por finalizada nuestra visita.

—Les agradezco infinitamente su colaboración —Y alargó la mano para estrechárselas a ambos—. Y a usted, Elena, le deseo mucho ánimo en tan difíciles momentos.

Ellos nos despidieron educadamente, pero no nos acompañaron hasta la puerta. Se quedaron allí, juntos, en aquel viejo sillón. Concluí que para aquella pareja levantarse y dar seis pasos supondría una pesada tarea para sus perezosos cuerpos.

Necesitaba comentar con Jaime un montón de cosas, pero no quise parecer impaciente y esperé a estar dentro del coche para lanzar mis preguntas. Sabía que tenía que ir poco a poco para no ponerlo nervioso. Aguanté hasta que rugió el motor.

—¿Para qué quería entrar en la cocina?

—Porque ese fue el primer lugar al que se dirigió Pedro cuando llegó —Y se quedó sumido en sus pensamientos.

—Normal. Llevaba una bolsa que pesaba y tenía que dejarla en algún sitio. Aunque, bien pensado, con lo desastrado y sucio que estaba todo, la podía haber dejado en el suelo, junto al casco.

—Pues eso mismo, si todo estaba por el medio y se molesta en llevar una bolsa a la cocina, es porque no esperaba encontrarnos allí, e hizo lo imposible para que no la viésemos.

—¡Por Dios! Dígame de una vez qué había —le supliqué.

—No llegué a verlo —dijo con disgusto.

—¡Qué lástima!, podría habernos sido de gran utilidad saber qué contenía —me lamenté.

—Pero, Manolito, ¿crees que soy capaz de beberme algo en un vaso mugriento para nada? —y empezó a reírse— Vale, vale... Había una botella de champagne Dom Perignon. Creo que la botella más barata no baja de los 150 euros. ¿Qué te parece? Se muere la cuñada y él trae a casa un 5 Jotas y una botella de champagne del caro —Y añadió—. Que les gusta lo bueno es evidente y que no les gusta limpiar, también.

—El chico dijo que le había tocado en una rifa. Igual tuvo suerte. Aunque la cazadora que llevaba y las botas, le digo yo que del mercadillo no parecen —y continué con mis reflexiones—. Quizá Pedro tenía pensado pedirle en matrimonio y los manjares los llevaba para celebrarlo.

—¿De verdad piensas que a ese tipo se le va a ocurrir pedirle que se case con él en un momento como este? Sería un imbécil —Y se quedó en silencio, pensando.

—Jefe, antes me ha dicho que diga en voz alta todo lo que se me ocurra, por muy descabellado que parezca, y eso es lo que estoy haciendo.

—Perdona, Manolo, tienes razón, y es más que probable que ese chico sea un inútil.

—¿Y se ha fijado en cómo le han brillado los ojos a Elena cuando ha visto el cartón de tabaco? Estaba encantada.

—Lo que estaba era sorprendida —me corrigió—. Se estaba preguntando de dónde habría sacado el dinero. Esos dos no tienen ni para pipas... ni pinta de tener ganas de pegar un palo al agua.

—¿No le ha dado la sensación de que Elena ha intentado desviar el tema cuando Pedro nos iba a hablar de los Grau, o son imaginaciones mías?

—No, no te has imaginado nada. Yo he pensado lo mismo —Y paró el coche—. Baja, entra ahí y entérate si ha habido una rifa y en caso afirmativo, que lo dudo, a quién le ha tocado. Yo te espero aquí fumando un pitillo.

Al mirar por la ventanilla pude leer el nombre del establecimiento: Supercor. Había estado tan enfrascado en la conversación que no me fijé en cómo Jaime puso la dirección en Google Maps. Sí que escuché las indicaciones de la señorita que iba diciendo izquierda y derecha, pero di por supuesto que nos estaba dirigiendo a ese restaurante que Reyes afirmaba que hacían unos chuletones para chuparse los dedos.

Regresé corriendo al coche por el frío que hacía y por la noticia que tenía que darle.

—¡Jefe, jefe! La cajera que me lo ha dicho, asegura que en los cinco años que lleva trabajando ahí no han hecho ni una sola rifa, y menos de Jamones 5 Jotas y Dom Perignones.

—De todo esto deducimos que el chico miente y que ella esconde algo —me reveló mordisqueándose el labio inferior.

—¿Por qué dice que ella nos esconde algo?

—Porque ha tardado más de lo necesario en responder a la cuestión de si había un novio y por el asombro que ha demostrado al ver el excesivo gasto del novio. Si a eso le sumamos que no quería hablar de los Grau delante de él, es que nos quiere ocultar algo. Esto se va animando, Manolito, esto se va animando —Arrancó el automóvil—. ¡Vamos por esos chuletones!

LA PEREZA

Cuando Elena nació sus padres la recibieron como una bendición. Era un bebé rubio y precioso que apenas lloraba y les permitía dormir casi todas las noches de un tirón. Ni un cólico ni un hambriento quejido nocturno ni una bronquiolitis ni idas y venidas a urgencias. Todo lo contrario que su otra hija, Carolina, que acababa de cumplir los dos años y era un niña enfermiza y débil que requería de muchas atenciones y cuidados.

Pero la señora Martín estaba feliz con sus dos niñas. Dos hermanas, pensaba, justo lo que ella siempre había deseado. Sabía que después de Elena ya no vendrían más hijos; y no por falta de ganas, a ella le encantaban los niños, pero con el sueldo de director de sucursal de banco de su marido no podían permitirse afrontar el coste de la refinada educación que tenía pensada para sus hijas. Su meta era que las niñas se convirtieran en un par de licenciadas y que pudieran sustentarse por sí mismas, sin necesidad de pasarse los días fregando la casa y yendo y viniendo del supermercado sin cobrar una peseta por hacerlo.

Las matricularon en un colegio alemán con clases de francés y a la salida acudían a una prestigiosa academia de danza. Los sábados tocaba clases particulares de piano y los domingos, tenis. Pero las esperanzas que la señora Martín había puesto en su hija pequeña empezaron a verse truncadas cuando a los nueve años Elena se negó a dar un paso más de baile. Argumentaba que le dolían los dedos de los pies al ponerse en puntas y que ella, por ahí, no estaba dispuesta a pasar, y eso que la profesora aseguraba

que tenía muy buenas aptitudes para el ballet. Lo mismo le fue ocurriendo con la música y el tenis. Nada la satisfacía. Solo le gustaba quedarse tirada en la cama leyendo tebeos o ver en la tele alguna de sus series favoritas. Justo lo opuesto a Carolina, quien tuvo que abandonar sus aficiones debido a una providencial operación de amígdalas, ya que, tras mucho peregrinar, por fin encontraron a un doctor que fue quien descubrió que las tenía llenas de pus; eso le provocaba un foco reumático, culpable de los continuos dolores de cabeza que le impedían llevar una vida normal. La pobre niña había estado soportando la presencia del practicante día sí y día también desde que nació. Una vez recuperada retomó todas sus actividades y se convirtió en un ser lleno de vida e ilusiones.

Las dos hermanas iban creciendo y las diferencias en cuanto a carácter también. Elena era un desastre y al no pasar los exámenes que se exigían para poder continuar, tuvieron que cambiarla de colegio. La preocupación de los señores Martín iba en aumento. Así que, sin pensarlo dos veces, la madre la obligó a ir a un psiquiatra para que la sometiese a unas pruebas de inteligencia; pensaba que, tal vez, el problema de su hija pequeña se debiese a una falta de capacidad contra la que no se podía luchar. Los resultados fueron esclarecedores, el doctor fue sincero y contundente: «El coeficiente intelectual de Elena está en la media. Su bajo rendimiento se debe a un problema de falta de atención que, en ciertos casos, proviene de problemas subyacentes. En el caso de su hija se debe, simple y llanamente, a que es una vaga», y la madre tuvo que rendirse ante la evidencia. Jamás recogía la ropa que tiraba al suelo cuando se cambiaba, no guardaba los libros en la estantería, se podían encontrar sus zapatos en los lugares más insospechados y era incapaz de echar una mano en las tareas más insignificantes. Y lo peor era que, se veía a las claras, a ella no le importaba vivir en medio de semejante desorden. Muchas veces era Carolina quien, para tapar a su hermana y evitarle una bronca, lo iba poniendo todo en su lugar.

Elena se pasaba las tardes hablando por teléfono con las amigas y dándoles consejos acerca de cualquier tema. Le gustaba salir con ellas y tomarse interminables cafés. De cuando en cuando salía con algún chico, pero la cosa solía durar poco. «Me aburro soberanamente», decía.

Cuando Elena empezó a fumar a escondidas en el dormitorio, Carolina decidió que había llegado el momento de dormir separadas, y para ello sus padres le habilitaron otra de las habitaciones que quedaban libres. Pero ya se había creado tal vínculo entre ellas que Carolina se sentía en la obligación de proteger a su hermana. Quizás ella hubiera sido más débil a nivel físico, pero Elena lo era mucho más a nivel psicológico, y por eso continuó haciéndole los deberes y evitando que sus padres pudieran regañarla. Elena le estaba agradecida y admiraba a su hermana por su tesón y porque, como siempre le decía, era alguien especial que llegaría lejos. Carolina le hablaba de sus proyectos de futuro y su hermana la escuchaba con atención y le repetía: «Hermanita, ten cuidado, eres asquerosamente perfecta y eso a la mayoría no le gusta». Elena sabía que había un mundo entre ellas dos, pero se sentía orgullosa de la luz que emanaba de Carolina. Ella nunca quiso ser como su hermana, lo que quería era que la dejaran tranquila. Pero lo innegable era que las dos hermanas se querían.

Cuando Elena superó en septiembre el examen de selectividad, tras repetir COU, su madre y su hermana la animaron para que estudiase Psicología. Le decían que era lo que más le iba, que era muy válida asesorando y que, además, le encantaba escuchar. Al final consiguieron convencerla y se matriculó.

Para entonces Carolina ya estaba estudiando Económicas y Derecho al mismo tiempo e iba curso por año con notas sobresalientes. Y su inteligencia y su atractivo innato para el sexo masculino la fueron poniendo en el centro de las miradas envidiosas. Pero ella ni siquiera se daba cuenta y seguía prestando sus apuntes con una sonrisa en los labios. Con eso, lo único que conseguía era aumentar los celos de sus congéneres femeninas, quienes siempre comentaban entre ellas, con maledicencia y a sus espaldas: «Es tan ideal». Pero Carolina seguía confiando ciegamente en las que consideraba sus amigas.

La mayor de las hermanas Martín se encontraba en el penúltimo año de carrera y estaba concentrada en su examen final de Fiscales, cuando su mejor amiga, Adela, que estaba sentada dos lugares a su derecha en el banco, los del medio siempre obligaban a que quedasen vacíos, le suplicó en un

murmullo que le permitiera copiar: «Pásame la práctica, por favor». Ella no lo dudó y con valentía y destreza le pasó una de sus hojas. Adela la puso debajo de las suyas y empezó a escribir con avidez.

A la hora de devolver la página Adela no fue tan rápida como lo había sido Carolina, y el profesor que vigilaba se puso delante de ella y le espetó: «Señorita, está usted copiando. Por favor, abandone el aula». Adela se levantó y señalando con un acusatorio dedo a su amiga, exclamó: «Ella también ha copiado». Un sudor frío recorrió la nuca de Carolina, se había quedado petrificada. El profesor repitió, esta vez dirigiendo su mirada a Carolina: «Por favor, señorita, abandone usted también el aula», y sin molestarse en defenderse, bajó las escaleras y salió por la puerta.

Jamás salió un «lo siento» o un «perdona» de boca de su compañera. Adela siguió actuando como si nada hubiese pasado y Carolina hizo lo mismo. A ese episodio le siguieron otros. Sus amigas celebraron una fiesta a la que habían invitado a unos chicos, por supuesto prescindieron de la presencia de Carolina. A los pocos días ella se enteró y, a pesar de que unas se escudaban en las otras diciendo: «Creía que te lo había dicho Adela», ella sabía que no era cierto. Las cosas estaban cambiando en el mundo de las maravillas en el que había vivido Carolina, y ese mundo empezaba a tambalearse. Con aquellas decepciones aprendió su primera lección de vida: cuanto menos confiara en los demás, mejor le iría. Únicamente se lo contó a su hermana quien, repantigada sobre la cama, la escuchaba con indignación y la reprendió: «Ellas unas cabronas, pero tú, una ingenua. Espabila».

Carolina sacó notable en septiembre y aprovechó la oportunidad que le surgió de estudiar un curso de arte en Italia. No tenía nada que ver con lo suyo, pero siempre había sentido inclinación por todo aquello que significase creatividad. Alejarse de todos y de todo durante unos meses sería un revulsivo que le ayudaría a cicatrizar las heridas. El año que le faltaba para licenciarse podía esperar.

Elena, por su parte, decidió abandonar sus estudios el segundo año. Prácticamente no aprobó ninguna, solo las que realmente le gustaban; pero aquellas asignaturas que suponían codos y concentración se le atragantaban como huesos de aceituna. Pero Psicología sí que le sirvió para algo, ahí

conoció al que ella siempre calificaría como «el hombre de su vida». Pedro Muñoz era un chico bien parecido, a quien le apasionaba el deporte y la ropa de marca. Jugaba al fútbol, se tiraba en paracaídas y participaba en carreras de motos. Provenía de una familia acomodada que lo empujó a estudiar en contra de su voluntad. Él no les perdonaba aquella losa que habían puesto sobre sus hombros. Había aprobado la selectividad al tercer intento y por descarte, no vocación, eligió esa carrera. Conocer a Elena le supuso la reconciliación definitiva con los suyos. Con ella estaba feliz y supo, desde el momento en que intercambiaron la primera palabra, que había encontrado su media naranja.

Siempre iban los dos solos y en lugar de asistir a las clases, se metían invariablemente en la misma cafetería y allí, entre cigarro y cigarro, se les pasaban las horas como minutos hablando de las mil cosas que tenían que decirse. Así transcurrieron dos años, pero aceptando que los estudios les suponían una pérdida de tiempo, decidieron abandonarlos a la par.

La primera idea que se les ocurrió fue montar una empresa de búsqueda de tesoros submarinos. Estaban convencidos de que aquel sector estaba poco explorado y que necesitaba una ínfima inversión: alquilar un barco y unos equipos de buceo, y a partir de ahí todo iría sobre ruedas. Barajaron la posibilidad de irse a Tarifa, después optaron por Cartagena, pero al final se decantaron por Denia. Estaba mucho más cerca y les venía más cómodo. Ambas familias se echaron las manos a la cabeza cuando escucharon aquel descabellado proyecto. Pero Pedro fue con el cuento a su abuela, que sabía que no le iba a decir que no, y consiguió la financiación.

Aquella primera empresa fue un auténtico desastre, aunque en una cosa habían acertado: no perdieron mucho dinero. A los tres meses ya estaban de vuelta en Madrid.

Trabajaron de camareros en una hamburguesería, pero a los cuatro días Elena sufrió un esguince en el pie y se lo hizo escayolar; quería estar segura de que le iba a curar bien, no fuese a sufrir consecuencias irreparables. La baja sería de cuatro semanas y Pedro no la iba a abandonar en tan difícil trance. Los dueños del restaurante prefirieron darles el finiquito.

Pero estos primeros fracasos no los desanimaron. Todo el mundo

comete errores y lo importante era aprender la lección. Tenían que encontrar algo de lo que de verdad supieran y que les gustara. Tenían que ser sus propios jefes.

Y así surgió la idea de montar un taller de reparación de vehículos. «A todo el mundo se le estropea el coche o la moto y si hay alguien que sepa de eso, soy yo», decía un entusiasmado Pedro. Convinieron en que Elena se encargaría de llevar la contabilidad y atender el teléfono, y Pedro pondría a punto toda máquina con ruedas que entrara por la puerta. Y sobre todo hicieron hincapié en el precio; tenían que ser los más competitivos de la zona para que el taller se les llenara de clientes. Para empezar contaban con un puñado de familiares y amigos.

Lo primero que hicieron fue alquilar un bajo en Vallecas, siempre contando con la ayuda de la abuela del chico, que ellos manifestaban, era un chollo. Se fundamentaron en que precisamente ya había funcionado como taller, y ya contaba con un montón de maquinaria y herramientas que les iban a ser de gran utilidad. Rápidamente adquirieron una súper moderna cafetera para que las mañanas se les hicieran más llevaderas y una mesa con cuatro sillas donde poder sentarse a disfrutar de ese merecido café.

El primer día Pedro ya vio que sería necesario contar con la ayuda de algún operario que entendiera de mecánica un poco más que él. Pedro era el número uno en conocer marcas y potencias de todo tipo de vehículos, pero, tal vez, para las reparaciones más complicadas necesitara algo más de personal. En el barrio le hablaron de: «Juanito manos de rayo», con el que quizás pudiera llegar a algún acuerdo. Acabó por contratarlo junto a dos colegas que, Juanito aseguró, trabajaban más rápido que la velocidad de la luz y eran capaces de arrancar cualquier coche, sin necesidad de tener las llaves puestas.

Pedro estaba muy satisfecho con sus nuevas adquisiciones, pues esa ayuda extra le suponía ganarse un tiempo libre que le venía de perlas para darse un respiro y poder descansar un poco de su ajetreada vida laboral. Elena empezó a trabajar muy ilusionada, pero a medida que pasaban los días se fue dando cuenta de que le costaba un poco hacerse con los números y lidiar con los cada vez más numerosos clientes insatisfechos, que

preguntaban cuándo iban a tener su coche listo o se quejaban de fallos en la reparación. Propuso buscar una secretaria a la que, por supuesto, ella iba a supervisar.

Así que tenían un negocio propio, que marchaba sobre ruedas, que les permitía levantarse a las diez de la mañana y llegar justo a saborear aquel delicioso café que preparaba su máquina maravillosa.

Pasado un año las pérdidas eran elevadas y solo los muy buenos amigos repetían en aquel taller. Pero ellos aseguraban que los comienzos siempre eran complicados y no tenían por qué cejar en su empeño.

Un día los avisaron de que la abuela de Pedro estaba muy enferma; se le habían encharcado los pulmones y no lo superaría. Cuando llegaron al hospital, la bendita mujer ya había fallecido, dejando a su nieto en herencia el piso del Paseo de La Habana donde ella había residido; ahí fue donde se instaló la pareja durante unos años. Su idea inicial era pasar unos meses, lo que tardaran en venderlo y con el dinero que sacaran deshacerse del taller, que no acababa de arrancar, y eso les daría para tirar una larga temporada y tiempo para pensar, con tranquilidad, en un nuevo proyecto. Contando con la aprobación de la familia de Pedro decidieron que, una vez la venta se hubiera hecho efectiva, se mudarían a la casa de campo que los padres de él tenían en Guadarrama. Pero la transacción y el traspaso del taller tardaron un poco más de lo previsto.

La mañana que Elena recibió la llorosa llamada de su madre, explicándole que hacía ya tres meses que el banco había hecho reducción de personal y se había llevado a su padre por delante, casi le da un ataque. La pobre mujer le contaba entre sollozos que no les había dicho nada para no preocuparlas, pero que si lo hacía ahora era porque su marido había cogido tal depresión que estaba acabando también con ella.

Elena, ni corta ni perezosa, llamó inmediatamente a su hermana. Necesitaba que Carolina volviese. A ella todo el problema se le hacía un mundo: «No paro de trabajar. Del taller a casa y de casa al taller. No hago otra cosa», y lloraba.

A la semana siguiente Carolina ya estaba en Madrid. Habían

transcurrido tres años desde que se fue a Florencia. Mientras acababa el curso en Italia, donde descubrió que todo lo relacionado con el arte era su verdadera vocación, la becó una prestigiosa empresa londinense dedicada a las subastas de arte y antigüedades. Y allí se fue sin pensárselo dos veces. Disfrutaba tanto rodeada de tanta belleza y estaba adquiriendo tantos conocimientos que se sentía plenamente feliz.

Como quería acabar la carrera, se hizo con los apuntes y los libros que necesitaba y acudía a Madrid a examinarse. La empresa jamás le puso ninguna objeción, es más, esperaban que una vez finalizado su periodo de prácticas se quedase definitivamente con ellos. Y ella así pensaba hacer, hasta que recibió la llamada de Elena. Eso trastocó todos sus planes.

La depresión de su padre era realmente más aguda de lo que hubiese imaginado. Algunas noches se despertaban y lo encontraban en el terrado, a punto de saltar desde la azotea; otras, en la cocina, con un cuchillo en la mano. La mayor parte del tiempo lo pasaba llorando, y ni la medicación ni el psiquiatra parecía que le hicieran efecto. No podía dejar a su madre sola con ese peso. Habló con el jefe de personal en Inglaterra y la tranquilizó diciéndole que podía acabar su formación en Madrid, en una galería colaboradora, y que, en cualquier caso, siempre podría volver a trabajar con ellos.

Se quedó en Madrid, terminó los tres meses que le faltaban y comenzó a ejercer de experta en arte en la galería madrileña. Y ahí fue cuando apareció Carlota Grau, aquella chica de cara avinagrada que aspiraba a convertirse, a cualquier precio, en una pintora de éxito.

Carolina trató de introducir a su hermana en su nueva vida porque pensaba que Pedro y Elena estaban un poco solos. Estos acudían con ella a las fiestas y eventos con el objetivo de acompañarla; creían que se sentía fuera de lugar. Lo cierto es que ambas hermanas estaban equivocadas. Elena y Pedro estaban a gusto con su vida y no necesitaban a nadie más; la forma de divertirse de aquella gente y sus conversaciones les parecían vacías y estúpidas. Carolina, por su parte, se sentía como pez en el agua, para ella era un trabajo y no tenía la menor intención de intimar con la mayoría de aquellos personajes que se movían por apariencia e interés.

Un año después, tras meses y meses de tratamiento y paciencia, el señor Martín empezó a ver la luz y la vida de más colores. Comenzó a salir de paseo con su esposa y a dormir toda la noche, sin necesidad de subirse a la azotea. La calma volvió a instalarse en el domicilio de los Martín.

Y, por fin, con un par de años de retraso, llegó el día en que se firmó la esperada venta. Pedro obtuvo una buena suma, e inmediatamente bajaron la persiana del negocio. Junto a su amada Elena se trasladaron a Guadarrama. Todos pensaban que sonarían campanas de boda, pero ellos se encargaron de anunciar que, de momento, no podía ser. Una mudanza y todo el papeleo que suponía el cierre del negocio los llevaba por la calle de la amargura; estaban demasiado agotados, y pensar en organizar una boda les daba mucha pereza. Ya lo harían más adelante, una vez estuvieran cómodamente instalados. Pero esa comodidad hacía años que había llegado y todavía no habían dado el paso, como tampoco habían conseguido mantener un empleo que les durase más de seis meses; según sus palabras, los exprimían en todos.

En cuanto a hijos, siempre tuvieron claro que era una responsabilidad que ellos no podían asumir, aunque alguna noche Elena se despierta porque le parece escuchar el llanto de un niño, entonces se acurruca junto a Pedro, se tranquiliza y se vuelve a dormir. Pero él no se da ni cuenta, en ese momento se está cumpliendo su sueño de hacerse con el Ferrari más potente y rápido del mercado. Lo está rozando con la yema de sus dedos. Ya es suyo.

29 de diciembre de 2016

7

BERNARDO

Eran las nueve y media y entré como un rayo en la comisaría. Había quedado con el inspector a las ocho y media y debía estar que trinaba. Me había quedado dormido y eso era imperdonable. En cuanto vi a Angelines, le pregunté por él.

—Buenos días, Angelines —la saludé con apremio—, ¿has visto al inspector?

—Buenos días, novato —me respondió con una sonrisa— Está en una de las salas del sótano, siempre ha dicho que ahí piensa mejor, pero yo sé que es porque es el único sitio donde se hace la vista gorda con el tabaco... Y ya te puedes ir buscando una buena excusa porque ha preguntado por ti tres veces —me aconsejó elevando la voz para que la escuchara. Yo ya me había alejado corriendo hacia las escaleras.

—¡La tengo, Angelines, la tengo! —grité. Y el eco de mi voz se perdió entre las paredes.

Entré sin llamar en la sala y encontré a Jaime sentado frente a una mesa rectangular, con un montoncito de papeles en blanco sobre ella y girando un bolígrafo entre sus dedos. Estaba concentrado en algún punto.

—Jefe, jefe —dije casi sin aliento.

Un pico del cuello de su camisa estaba doblado hacia adentro.

—*Ché*, Manolito —pareció despertar de un letargo—, ¿has dormido bien?

—No, ayer estuve despierto hasta las tantas porque...

—¡Sí que lo siento! —me cortó en tono autoritario, pero calmado. Y continuó— Te dije ayer que iríamos a ver a la tal Carlota y que antes prepararíamos un poco la entrevista.

—Lo sé, lo sé, pero creo que va a haber cambio de planes —E hice una pausa por si el inspector tenía algo que objetar, pero se quedó mirándome para que continuase—. Verá, ayer por la tarde me fui a casa y, como usted me ha enseñado, me puse a hacer deberes, o sea, que me metí en Internet y se me ocurrió buscar a Bernardo Grau —Y me quedé callado por si tenía algo que replicar.

—¡Sigue! —casi me aulló.

—Pues que, en las primeras páginas, todo lo que salía eran cosas de sus cargos y de su padre y temas así, pero seguí leyendo hasta que vi algo que me llamó la atención. Y aquí viene lo bueno —La expectación de Jaime era máxima—. La noticia era del 2005. La primera mujer de Bernardo se divorció de él porque lo acusó de malos tratos y le concedieron una orden de alejamiento.

—¡Vaya, Manolo! Bien hecho.

—Un momento, que aún hay más. Como tengo una amiga que trabaja en los juzgados, la llamé y todavía la pillé allí. Una suerte. Me hizo el favor de pasarme la sentencia por correo, así que me puse a echarle un vistazo. Lo juzgaron y fue absuelto. ¿Y a ver si adivina quién fue el testigo principal de la defensa? —Puse cara de triunfo.

—Déjate de jueguecitos y dímelo ya.

Lo estaba consiguiendo, el inspector se estaba impacientando.

—*Tchan, tchan, tchan* —Hice un intento de entrechocar platillos—. La señorita: Carolina Martín.

—Me dejas anonadado.

—No he terminado —Le estaba contagiando mi entusiasmo—. Decidí ponerme en contacto con la ex mujer de Bernardo. Así que avisé a los compañeros que aún estaban trabajando para que localizaran a una tal Blanca Mendoza; y aquí tengo que aplaudir a todo el cuerpo, porque a las tres horas me pasaron toda la información.

—Sigue, por favor. Me tienes en vilo —casi me suplicó.

—Actualmente vive en Miami, así que, aunque yo estaba medio dormido, ella estaba lozana y con ganas de largar. Me contó que Bernardo la molía a palos cada vez que se cabreaba; la última vez le rompió tres costillas y una oreja reventada, amén de un cuerpo lleno de moratones. Pero que el mayor dolor fue el moral; el juicio lo tenía ganado, Carolina iba a testificar en su favor porque parece ser que había visto mucho, pero la cuestión es que, en el último momento, cambió y se fue con la defensa. Nunca más volvieron a dirigirse la palabra, pero después de aquello recibió un ramo de flores con una tarjeta que simplemente ponía: «Perdón», y le ingresaron en su cuenta un millón de euros desde otra, imposible de localizar, y en el concepto ponía: «Lárgate». Ella supone que las flores serían de Carolina, pero del dinero no tiene ni idea. Asegura que se lo podían haber ahorrado porque pensaba irse de todas formas. Según ella, Bernardo es muy violento y pensar en él todavía le provoca escalofríos.

Tras aquel monólogo se me había quedado la boca seca y eché de menos un buen trago de agua, pero allí no había ninguna botella.

—Luego te pongo la medalla. Ahora tenemos que pensar en cómo abordar a ese pájaro. ¡Será cabrón! —Puso cara de desprecio y luego me apretó el brazo con fuerza. Yo lo interpreté como una señal de que estaba orgulloso de mí— Con razón salió corriendo de aquella habitación. No quiere ver un policía ni en pintura.

—Supongo que estará en su despacho. Vamos para allá —sugerí.

—No. Tenemos que ser más cautos y no llamar la atención. Aunque sea un hijo de puta, todavía no sabemos si tiene relación con el caso y si quiere nos puede enviar a freír monas. Además, prefiero que no sepa que vamos y pillarlo desprevenido.

—¿Por qué no vamos y de camino lo pensamos?

—Vamos y a ver qué se nos ocurre —Agarró el abrigo y salimos.

Al llegar al edificio se metió por la calle perpendicular y luego giró a la derecha. Quería ir por detrás para ver el garaje, e hizo amago de entrar. Enseguida apareció un hombre que nos dio el alto.

—Perdonen, pero este es un parking privado; sin acreditación no pueden aparcar —nos informó amablemente.

—¡Oh, vaya! Bernardo Grau nos dijo que podríamos dejar el coche sin problemas —le respondió Jaime aparentando sorpresa.

—Bueno, si vienen de parte del señor Grau, es otra cosa. Entonces, pueden pasar —Pero Reyes no apretó el acelerador para introducirse.

—En realidad, tenemos una cita con él, pero dentro de una hora, ¿sabe? Y es posible que todavía no haya llegado —mintió.

—Sí, sí que está. Mire, ahí tiene la moto aparcada —Y señaló una flamante BMW R-1200 de color plata.

—¡Uy, en moto! Con el frío que hace. A mí ni se me ocurriría —Y Reyes cruzó los brazos y empezó a frotárselos.

—Eso mismo le digo yo a él. Pudiendo coger el coche en estos días... Pero me dice que hay tanto tráfico y que como vive cerca, ahí en el Retiro, prefiere abrigarse bien y ahorrárselo, el tráfico, claro.

—¡Es simpático este Bernardo! —afirmó el inspector con admiración. Quería saber la opinión del garajista.

—Mucho, yo le diría que el que más. Siempre saludando y chismorreándome cosas. Es un tipo muy divertido y cuenta unos chistes buenísimos —el hombre estaba aburrido y tenía ganas de palique—, y sus chascarrillos son los mejores que he oído en mi vida.

—¿Y, por casualidad, no sabrá usted si sale a tomar algo por aquí? Lo digo por si aparecemos ahora y lo interrumpimos. No sé, igual es mejor esperar a la hora de la cita.

—Sí, él suele salir a eso de las doce y se toma algo en el bar que está

justo en la esquina de la acera de enfrente.

Bajé del coche y el garajista me indicó el local. Volví a subir.

—Pues muchas gracias, caballero. Casi mejor volvemos luego, así no le molestamos. Bernardo es un hombre tan ocupado —Y puso el automóvil en marcha—. Gracias de nuevo.

—Como quieran. Yo aquí estaré —Y levantó la mano para despedirnos. Nosotros hicimos lo mismo.

Quedaba un cuarto de hora y el inspector sugirió que dejáramos el Peugeot y esperásemos dentro de la cafetería tomando algo, a ver si teníamos suerte y aparecía el individuo. Nos apostamos en la barra y pedimos un par de cervezas sin alcohol para hacer tiempo. Cuando pasaban cinco minutos de las doce, vimos que se abría la puerta del bar. Allí estaba. Bernardo tenía buena planta, pero le faltaba un poco de altura; le calculé sobre el metro setenta de estatura y unos cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años. Conservaba su espesa mata de pelo oscuro, sin una cana; imaginé que así sería su padre, treinta años antes y con 60 kilos menos.

Se quitó el mullido plumífero y dejó a la vista el impecable y caro traje que llevaba puesto, supuse que estaba hecho a medida por la perfección con que le sentaba. Se fue a sentar en una de las mesas que se encontraban en la entrada, frente a la cristalera, y se puso a leer tranquilamente el periódico que llevaba consigo. Jaime pagó discretamente nuestras consumiciones y nos dispusimos a salir.

—¡Uy, Manolo, mira! ¡Qué casualidad! —dijo en voz alta para que Bernardo se diese cuenta de nuestra presencia y dirigiéndose a él, le preguntó — Bernardo Grau, ¿no? Estuvimos el otro día con su padre, no sé si nos recordará. Usted entró un momento, pero tenía prisa.

—Sí, por supuesto que me acuerdo —Y forzó una sonrisa.

El inspector le tendió la mano y el otro se la estrechó. A continuación hice lo mismo. La pierna de Bernardo comenzó a tiritar.

—¿Le importa que nos sentemos? Ya que el azar ha querido que nuestros caminos se crucen tan pronto, por algo será —Y mientras nos

sentábamos Reyes, en un alarde de hipocresía, continuó—. ¿Sabe? Siempre he creído en el destino.

Por supuesto que a Bernardo Grau le importaba que nos sentásemos con él, pero Jaime no le dio opción y ya estaba atrapado.

—No, claro, siéntense —Intentaba disimular su desconcierto—. ¿Qué quieren tomar? Yo me iba a pedir un *relaxing cup of* café con leche —En otro momento a Jaime y a mí el chiste nos hubiese parecido gracioso, pero en ese, lo que estábamos era muy concentrados y sin ganas de bromas. Aun así, nos reímos, y Bernardo continuó—. ¿Y cómo ustedes por aquí?

—Pues nada, teníamos que poner unas multas por aquí cerca y como ya habíamos terminado con esos pájaros, qué vaya tipos, de lo peorcito que anda suelto por Madrid —Y aparentando confianza, añadió—. Si pudiera, se lo contaría ahora mismo, pero mi secreto profesional me lo impide. Le daría hasta sus nombres, porque estoy seguro de que los conoce —La pierna derecha de Bernardo había dejado de trotar para empezar a galopar. Lo que yo no tenía claro era si de nervios o de intriga, pero supuse que era por lo primero—. Lo que le decía, que como habíamos terminado, decidimos tomarnos unas cervezas y entrar en calor, y el destino nos ha traído hasta aquí.

Me quedé admirado de la imaginación que tenía el inspector y del cinismo del que llegaba a hacer gala con tanta naturalidad.

—Sí que es casualidad, la verdad. Bueno, aunque yo también creo en el azar. Últimamente parece que la muerte me pisa los talones, pero hasta la fecha he podido esquivarla —Se puso serio—. En la última montería una bala me pasó rozando la oreja, si no me llego a agachar a coger unos cartuchos, me la hubieran colado en la frente... En fin, ya que han terminado su servicio, me permitirán que los invite a algo.

Declinamos la invitación, pero el señor Grau insistió tanto que pedimos una ronda de cañas. Él obvió su café con leche y se unió a nosotros.

—¿Y qué podría decirnos sobre la señorita Martín? ¿Tenía alguna relación con ella? —El inspector comenzó a hacer su trabajo.

—Muchísima —dijo con énfasis—. Trabajábamos juntos en todos los

proyectos. Ella no tomaba ni una sola decisión sin contar con mi visto bueno. Ya saben, donde hay patrón, no manda marinero —nos sonrió pavoneándose y prosiguió—. Además, somos de los que nos vamos a tomar algo después del trabajo, si hay tiempo, por supuesto. Y, por favor, tuteadme —El tipo se estaba empezando a relajar.

—¡Ah! Creía que era tu padre el que tenía la última palabra —puntualizó Jaime.

—Bueno, eso es técnicamente. En la práctica soy yo el responsable. Mi padre está un poco mayor y ya sabéis... lo del abuelito —y se puso a tararear la canción *Abuelito dime tú*, de la serie *Heidi*.

No pudimos reprimir una estruendosa risotada que casi me hace tirar la caña al suelo y a Jaime perder el equilibrio de la silla, provocando que todas las cabezas se girasen en nuestra dirección. La situación era verdaderamente absurda. Estábamos entrevistando a un posible sospechoso de asesinato, que había sido acusado de malos tratos, y él nos estaba cantando. Pero lo mejor era que el tío tenía gracia y cuando se percató de que todos nos miraban, llamó a la camarera y pidió unas aceitunas y unas almendras para acompañar.

—¿Y qué más nos puedes decir sobre ella? ¿Salía con alguien? Si teníais tan buena relación, seguro que algo te habrá contado —Jaime ya le hablaba como si fuesen colegas de toda la vida.

—Conmigo seguro que no, ¡eso le hubiese gustado a ella! —Nos guiñó un ojo y pidió otra cerveza, nosotros nos abstuvimos, las que teníamos estaban prácticamente intactas— Es broma, es broma —y continuó—. Tenía sus líos por ahí, pero nada serio. Ella me contaba alguna cosa, pero, como la verdad es que a mí no me interesaba su vida, no le prestaba demasiada atención. Además, yo me tomaba algo rápido y me marchaba zumbando a casa, ya sabéis, mi mujer me mata si llego tarde. Ellos se quedaban más rato tomando copas.

—¿Ellos? —preguntamos intrigados Jaime y yo a la vez.

—Sí, ella y Álvaro Jiménez. Álvaro es el director adjunto de la nueva planta textil en Igualada. Fui yo quien lo colocó en ese puesto, un tío muy

válido. Se pasa la vida yendo y viniendo de Barcelona. Ahora está aquí por las Navidades, pero en cuanto finalicen, ya le toca el ir y venir. Estoy muy orgulloso de su trabajo —Y dio otro trago.

Mentalmente repasé aquel nombre y mi mirada se cruzó con la del inspector al recordar cuándo lo habíamos escuchado. Fue Pilar quien nos habló de él.

—Y de la relación de Carolina con tu prima Carlota, ¿qué nos puedes contar?

—Pues lo que le puedo decir es —Y se puso a cantar *Amigos para siempre*, la canción de *Los Manolos* que triunfó en el año 92, al tiempo que movía sus hombros y daba unas palmadas siguiendo el ritmo con las manos.

Esa vez contuve la respiración tapándome la nariz y me tragué la carcajada. El inspector tuvo que sujetar el vaso con las dos manos para que no saltase la espuma con sus hipidos.

—Bernardo, eres un cachondo mental.

Jaime lo decía en serio porque era la pura verdad. Aquel tipo era alegre y divertido como unas campanillas. Era el amigo perfecto para irte de fiesta.

—Ahora en serio —dijo Grau retomando la compostura—, son carne y uña. Son excelentes amigas; Carlota fue quien nos la presentó hace ya muchos años.

—Pero creo que últimamente Carolina no se encontraba muy bien y salía menos, ¿no? Tú lo sabrás seguro porque estando tan unidos...

Jaime le acababa de trasladar el comentario que nos hizo Guillermo Grau sobre el nerviosismo de Carolina, pero notamos que Bernardo se quedó descolocado.

—Bueno... un poco, pero nada grave —No sabía qué decir; no tenía ni idea de lo que le estábamos hablando.

—Yo creía que se encontraba muy mal y por eso dejaba la compañía y se marchaba a residir al extranjero —añadió Jaime.

—¡Uy! ¡Qué va! Eso era un bulo que corría por ahí.

Su cara era un interrogante y hubiese estado encantado de preguntarnos él a nosotros. Si la relación entre Carolina y Bernardo era tan estrecha, ¿por qué desconocía una información tan relevante acerca de ella? Algo me chirriaba.

—Y ya que estamos, ¿cuándo la viste por última vez? —Lo interrogó el inspector. Bernardo pareció pensar.

—El 23 por la tarde, no recuerdo la hora con exactitud. Tal vez las siete y media, sobre esa hora acabamos una reunión... Pero ¿por qué necesitan saberlo? Mi padre me ha dicho que parece que se suicidó —El joven Grau se puso a la defensiva.

—No hemos descartado ninguna posibilidad —Jaime lo miró directamente a los ojos.

—¡Por Dios! ¡Igual quieren acabar con todos nosotros! —Estaba alterado y con los dedos repiqueteó sobre la mesa.

—Y hablando de otra cosa, estuviste casado con anterioridad, ¿no?

Un rictus de tensión se reflejó en el rostro de Grau.

—Bueno, sí —titubeó—, pero eso ya es agua pasada que no mueve molinos —La pierna derecha empezó a coger velocidad y su cuerpo comenzó a vibrar.

—Sí, eso está claro, pero sería interesante conocer tu versión de por qué, tu entonces esposa, te pidió el divorcio —Imaginé que Jaime todavía no quería meter profundamente el dedo en la llaga.

—¿Es mi vida privada tan interesante para vosotros? —El tono de la piel de su rostro empezó a subir de color.

—No, Bernardo, tranquilo, es simple curiosidad. Pero si a mí me hubiesen acusado de malos tratos, al menos me gustaría dar mi versión. Más que nada para tener la oportunidad de defenderme —Reyes lo estaba tanteando. Quería ver su reacción.

—¡Porque es una hija de puta mentirosa! ¡Yo no le he pegado ni al

defensa jugando al fútbol! —Su cara iba pasando del rosa al rojo y la carótida se le iba marcando en el cuello.

—Bueno, si no fuiste tú, alguien lo hizo. Hemos visto las fotos y son espeluznantes.

—¡La muy perra se tiraba a otro! ¡A ese! ¡Qué le pregunten a ese!

Las manos se le iban cerrando y los nudillos se hacían más prominentes a medida que subía el tono de voz. La gente del bar cuchicheaba a nuestras espaldas.

—¡Ah, sí! —dijo Jaime—, que Carolina dijo que no podías haber sido tú porque estabas con ella.

Bernardo ya estaba fuera de sí y asestó un fuerte puñetazo contra la mesa.

—¡Esa furcia se estaba follando a otro! Y fue él quien le dio su merecido. ¡Qué se joda! ¡Esa cerda tuvo su San Martín!

La hinchada arteria le latía a un ritmo trepidante y las manos ya se habían convertido en puños. Ahí el inspector pensó: «A por todas».

—Bernardo, ¿coaccionaste a Carolina para que testificase en tu defensa?

—¡Hijo de perra! —Y ya rojo de ira, con las venas del cuello marcadas en la piel, se abalanzó, puños en alto, hacia el inspector.

Algunos clientes me ayudaron a separarlo, yo solo no hubiese podido. Se había transformado en un toro de lidia con una fuerza descontrolada. Y si no llega a ser por aquellos valientes, Jaime hubiese salido muy mal parado.

No nos dieron opción a despedirnos, simplemente nos invitaron a abandonar la cafetería. Y allí se quedaron con Bernardo, quien al ser un habitual del local tenía ciertos derechos sobre nosotros.

Yo me puse al volante y nos dirigimos al centro de salud Alameda para que le cosieran la ceja. En su estado, todavía fue capaz de arrebatarme la agenda y escribir unas notas sobre la conversación mantenida.

—¡Ché! ¿Cómo se le ha ocurrido cabrear tanto a ese tío? —lo reprendí

— De todas formas, me ha recordado a Dr. Jekyll y Mr. Hide. Parecía tan afable y simpático. ¡Vaya chasco!

—Sí, muy afable y simpático, como la mayoría de maltratadores —E hizo una pausa—. Ahora ya he visto lo que necesitaba ver, y estoy de acuerdo con su ex mujer: Bernardo Grau es un tipo peligroso, capaz de cualquier cosa cuando le ciega la ira —sentenció.

LA IRA

Si Guillermo Grau hubiese sabido todos los quebraderos de cabeza que le iba a dar su primogénito, quizás hubiese preferido pasar al segundo hijo directamente.

Bernardo fue un niño conflictivo desde su más tierna infancia. En la guardería siempre era el que tenía la mano más larga, y llegó a enviar a dos de sus pequeños compañeros directos a urgencias; a uno, por el tremendo mordisco que le dio en plena cara, que consiguió arrancarle un trozo de carne, y a otro, por estrellarlo de cabeza contra la pared y dejarlo inconsciente. Ya no le dieron la oportunidad de enviar a ninguno más, porque sus padres se vieron obligados a cambiarlo de centro.

En el colegio británico en el que lo matricularon las cosas no fueron muy diferentes. Siempre estaba metido en bullas que acababan en las manos. Sin embargo, había una cosa curiosa: tenía seguidores hasta debajo de las piedras y si les hubiesen preguntado por qué, ellos hubiesen contestado, sin dudarle un segundo, porque Bernardo era el chico más cachondo y divertido del mundo.

Su madre se veía obligada a pasarse todas las semanas por el despacho del director para discutir sobre qué hacer con aquel, como solía llamarlo el primero, «indomable muchachito». Este cariñoso adjetivo lo utilizaba delante de Susana porque, decirle a aquella estupenda señora lo realmente agresivo que llegaba a ser su hijo, le hubiese supuesto un gran disgusto a ella y una gran pérdida de fondos a él. Y este último motivo fue la causa de que

Bernardo acabase sus estudios en el mismo colegio donde los empezó, porque razones para una expulsión no faltaron. De todas formas, el director tuvo que rendirse ante la evidencia que le comentaba la madre cuando hablaban de él: «Sí, sí, tiene muy mal carácter, pero cuando se le pasa, es un niño encantador y cariñoso».

Sus padres estaban desconcertados. Bernardo era un chico alegre y parlanchín y, aunque sus notas eran mediocres, conseguía pasar de curso sin problemas. Obedecía sin rechistar y contaba con un montón de amigos, pero, si por alguna de aquellas se le contrariaba o había algo que no encajara bien, se ponía rojo y perdía el control de sus actos. Los platos que rompió fueron lo de menos. Los problemas más graves comenzaron en la adolescencia, cuando le propinó una bofetada a una de las asistentes porque dijo que no le había planchado bien los pantalones.

Cada mordisco, puñetazo, bofetada y empujón que propinaba su hijo, les costaba a los señores Grau un ojo de la cara. Tenían que tapar bocas como fuera, si no querían verse envueltos en interminables juicios. Eran el ejemplo claro de que poderoso caballero es don Dinero y como las víctimas lo sabían, intentaban sacar tajada de los incidentes.

Susana trataba de afrontar la situación hablando con su marido, pero Guillermo prefería evadirse y mirar para otro lado. «Son cosas de la edad. Se le pasará en un par de años», le decía a su esposa. Pero ella, que no podía hacer la vista gorda, intentó convencer a su hijo para llevarlo a un psicólogo. Cuando osó comentárselo al chico, este empezó a gritarle: «¡Estás loca o qué!», y le levantó la mano y la dirigió hacia la cara de Susana con rabia, pero en el último segundo cambió la trayectoria y estalló el puño contra el sillón orejero, que era lo que más cerca tenía. Su madre dio gracias al cielo por la reacción de su hijo, no por el dolor físico que le hubiese provocado aquel golpe, sino porque vio un rayo de esperanza en la salvación de Bernardo. Todavía podía recapacitar. Y, aunque no tenía la menor intención de relatar aquel incidente a nadie, la realidad era que durante un par de segundos había sentido miedo.

Un año antes de empezar la facultad Bernardo anunció a sus padres que era militante del Frente Nacional. Muchos de sus conocidos, e incluso

ellos mismos, comulgaban con esa ideología conservadora. Así que les pareció una buena decisión que el chico tuviese inquietudes políticas que le ayudasen a canalizar sus arrebatos de energía y, por qué negarlo, de que pasara más tiempo fuera de casa.

Le gustaba peinarse con la raya al lado y echarse mucho fijador; como detalle final se pegó una banderita de España en el cierre del reloj. Empezó a salir mucho más por las noches y regresaba a altas horas de la mañana. Al principio lo creyeron cuando juraba que se reunía con los otros chicos para comentar cómo dirigir el partido, pero cuando una noche no apareció y los llamaron para comunicarles que su hijo estaba en el cuartelillo, detenido por agresión, se les cayó el mundo encima.

Cuando se acercaron a recogerlo tenía la cara hinchada con algún resto de sangre y un incisivo partido. La Guardia Civil les explicó que Bernardo era uno de los jóvenes que se había radicalizado por la extrema derecha; que otro grupo de chavales lo había hecho por la extrema izquierda y que, en realidad, ninguno de esos dos bandos estaba por la política. Lo que les gustaba era buscar camorra, unas veces eran estos los que provocaban cantando *El Cara al Sol* y otras, eran los de extrema izquierda con *La Internacional*, con el objetivo de enfrentarse y montar auténticas batallas campales, que era como de verdad disfrutaban.

Susana no daba crédito a lo que le estaban contando, pero tuvo que enfrentarse a la evidencia cuando le mostraron el puño americano que le habían requisado a su hijo.

Intentaron prohibirle las salidas, pero fue lo mismo que darse cabezadas contra un muro. Alegaba: «Ya soy mayor de edad», y entraba y salía a placer, volviendo con algún que otro hematoma; lo que ya sabían, suponía otro pequeño desembolso. Pero quitando esos desagradables episodios, Bernardo le hacía arrumacos y le contaba chascarrillos a su madre que le hacían olvidar el problema que latía en el interior de su hijo.

En segundo de Derecho, que fue la carrera que escogió, conoció a la que fue su primera novia. Solo le duró una semana. La conquista fue emocionante: flores y detalles, risas y chistes. La chica estaba encantada con él. Pero el primer sábado que la presentó a sus amigos y se fueron a una

discoteca donde se tomaron unas copas, decidieron cambiar su posición y bajar al otro piso; ella se quejó porque decía que aquello era un agobio de la gente que había y que prefería no moverse. Bernardo empezó a insistirle y a ponerse rojo. Como ella no cedía, él no tuvo más remedio que propinarle un fuerte empujón, de tal calibre, que la chica cayó rodando escaleras abajo. Unas fueron a recoger a la pobre magullada quien, por suerte, no se rompió nada y los otros, a tranquilizarlo a él. Aquella jovencita jamás quiso saber más de Bernardo Grau.

En el último año de carrera, a él le costó siete terminarla, conoció a Paloma y se enamoró perdidamente de ella. Al principio todo fue bien; ella siempre se reía a su lado y él la colmaba de atenciones y regalos. Regalos que a Bernardo le gustaba exhibir delante de su numeroso grupo de amigos. Pero empezó a volverse posesivo: «¿Con quién has estado esta tarde? ¿Por qué no me has llamado? ¿Dónde has ido?». En un primer momento a ella le hizo gracia porque tener un poco de celos era normal si había amor. Pero cuando empezó a darse cuenta de que la seguía con el coche mientras estaba con sus amigas o lo descubría merodeando por su casa cuando a ella se le ocurría mirar por la ventana, empezó a agobiarse y a sentir miedo. La posesión había dado paso a la obsesión. El día que la llamó «puta», y llegó a pegarle una bofetada porque la había visto hablando con otro chico, Paloma decidió poner punto final a la relación. Se armó de valor, porque él no se lo iba a poner fácil, y sin más, en las escaleras de la Universidad, le dijo que lo abandonaba. Ella quería acabar rápido con aquello, pero él no la dejaba, y estuvieron discutiendo durante más de tres horas. Bernardo se negaba a asumirlo y no paraba de suplicar. Paloma estaba exhausta y como vio que no tenía otra salida, se fue corriendo, y gritándole: «Déjame en paz», desapareció. Montó en su coche y mientras recorría la ciudad no paraba de repetirse: «Ya está, no tengo miedo. Ya está, no tengo miedo». Hasta que miró por el retrovisor y lo vio ahí, en su golf rojo, mirándola fijamente con ojos de loco. El corazón de Paloma se puso a latir a mil por hora y las manos comenzaron a sudarle —«No tengo miedo» «No tengo miedo»—. Llegó al parking, que se encontraba a una manzana de su casa, dejó el coche lo más rápido que pudo y salió volando en busca de su refugio. Pero no tenía escapatoria, allí estaba él, en su portal —«No tengo miedo» «No tengo miedo»— y con voz firme, le

dijo: «Bernardo, vete y déjame tranquila. Ya no te quiero». El chico se apartó y la dejó pasar. Ella abrió la cerradura y se metió en la portería. Pero él tuvo la precaución de poner el pie antes de que la puerta se cerrase y cuando Paloma se iba a meter en el ascensor, Bernardo la alcanzó con un par de rápidas zancadas. La empujó dentro y bloqueándola con su cuerpo, le puso la mano izquierda sobre la garganta y la derecha en la cabeza, estirándole un poco el pelo: «Dime que me quieres» «No», y estampó la cabeza de Paloma contra la pared del ascensor, se iba poniendo más rojo: «Dime que me quieres» «No», y esta vez no solo fue la cabeza, también empezó a apretarle el cuello: «Dime que me quieres» «No», y apretó un poco más: «Dime que me quieres» «Sí, sí. Te quiero», y la liberó y empezó a besarla: «Ves como sí que me quieres. Te ha dado una rabieta, pero ya se te ha pasado».

La vida de Paloma se convirtió en una auténtica pesadilla. Ella intentando alejarse de él y él acosándola sin tregua. Si se iba de viaje a algún sitio, Bernardo terminaba por localizarla. Si se iba a tomar algo con amigos, él aparecía allí. Cogía el coche y el de detrás era él. Finalmente decidió poner tierra de por medio e irse una larga temporada a Estados Unidos. Bernardo la buscó, pero ella ya se había encargado de dejar muchas pistas falsas para que él no pudiese localizar su paradero. La obsesión de Bernardo por Paloma duró varios años, pero, al fin, ella tuvo la gran suerte de que él encontrase otra víctima.

Bernardo conoció a Blanca Mendoza, todavía con el recuerdo de Paloma intacto, pero tras tantos años transcurridos decidió que la vida debía continuar y aprender a vivir con su pasado. Como temía perder a su nueva novia, no dudó en pedirle matrimonio a los pocos meses de conocerse, no sin antes volver a llamar a Paloma para ver si existía la remota posibilidad de retomar su relación. Después de tanto tiempo a Paloma aún le temblaron las piernas cuando escuchó su voz, le dio la enhorabuena y colgó rápidamente.

La muerte de su hermano Willy estuvo a punto de truncar su objetivo. Su madre le suplicó que esperase algo más de un año porque ella estaba deshecha y no tenía ganas de celebraciones, pero ese era demasiado tiempo para él, no podía arriesgarse a perder a Blanca, y se casaron en septiembre, nueve meses después del accidente. Para Susana fue un doloroso suplicio.

Solo podía pensar en el hijo que ya no estaba ni volvería; y si en algún momento su mente volaba a otro lugar, era para dirigirse a los recuerdos de su propia boda, aquella que, en realidad, fue el funeral por su suegro.

El matrimonio duró lo que duran las cuatro estaciones juntas. Harta de insultos y palizas, Blanca pidió el divorcio acusándolo de malos tratos. Durante varios meses consiguió una orden de alejamiento, pero cuando llegó el juicio, Bernardo salió victorioso. *In dubio pro reo*. Falta de pruebas incriminatorias gracias al testimonio de Carolina, quien declaró bajo juramento que Bernardo estuvo con ella cuando Blanca sufrió el terrible accidente.

A pesar de que Carolina cometió perjurio, Bernardo no sintió gratitud. Ella, con sus ideas luminosas y sus brillantes estrategias, se había convertido en el ojito derecho de su padre, y sentirse un segundón lo llenaba de rabia. Y cuando lo pensaba, si no había nadie cerca, le daba un puñetazo a la pared.

Pasados cinco años Bernardo encontró otra víctima, Laura, y se casó con ella. Tenía que darle un heredero y ella se lo dio. Pero el destino quiso que el niño naciera con síndrome de Down, cosa que Bernardo no encajó bien, e internamente repudió a aquel indefenso bebé.

Todavía hoy, cuando le ciega la ira, le recuerda a su esposa que no siguió sus instrucciones: «Te dije que te hicieras la amniocentesis», y ella, en voz muy baja, le responde: «Me dijeron que no estaba en el grupo de riesgo», y cubriéndose la cara se prepara para recibir el primer golpe.

A veces, cuando está solo en su despacho, sin ni siquiera darse cuenta, va cerrando los puños hasta apretarlos tan fuerte que las marcas de las uñas se le quedan impresas en las palmas y su piel se torna tan roja que parece recién llegado del infierno. Su cara es la representación de la locura. Está pensando. Solo espera que su padre sea sensato a la hora de nombrar a su sucesor.

8

JAIME

Después de picar algo por ahí le sugerí a Jaime que se marchase a casa. Solo había necesitado dos puntos, pero tenía el ojo hinchado y amoratado y su aspecto en general era bastante lamentable. La camisa, que antes solo estaba arrugada, se había convertido en un guiñapo ensangrentado. Le propuse que pospusiéramos nuestra visita a Carlota Grau para la mañana siguiente. Él estuvo de acuerdo en cuanto a lo que a la entrevista se refería, pero se negó en rotundo a volver a su casa: «Golpes más duros me ha dado la vida y siempre he hecho mi trabajo». Así que nos encaminamos a la comisaría, el sitio perfecto para poner en orden nuestras ideas.

Fuimos directamente a la sala del sótano, el lugar favorito de Jaime. Hizo caso omiso de los comentarios jocosos de los compañeros, que no paraban de exclamar a nuestro paso cosas como: «Inspector, ¡qué ojos tan bonitos tiene!» «El morado siempre ha sido su color favorito, ¿verdad, inspector?». Todos tenían conocimiento del incidente y era su particular forma de expresar su solidaridad. En la comisaría Jaime era una institución y todos sabían que se arriesgaba a lo que fuera con tal de coger a un asesino.

Llegamos a la estancia y nos proveímos de cuadernos, bolígrafos y lápices de diferentes colores; Jaime me subrayó la importancia de anotar todo y no permitir que fuese solo la memoria la encargada de recordar. Los colores serían los que nos ayudarían a interrelacionar situaciones, personas y

cosas.

—Podríamos empezar por escribir cada uno todo lo que nos haya parecido de mayor relevancia o que nos haya llamado la atención, y luego lo ponemos en común; seguro que hay cosas que a mí se me han pasado por alto y a ti no, y viceversa —iba diciendo Reyes, cuando Angelines apareció sin llamar y se colocó delante de nosotros, con ojillos chispeantes y los brazos escondidos detrás de la espalda.

—Buenas tardes, ¡vaya cara le han puesto! —Y volvió a empezar— Buenas tardes, señores —Puso una sonrisa suspicaz y sacando los brazos de su escondite, depositó encima de la mesa un bolso negro y rectangular—. Aquí les dejo el regalo que estaban esperando —Y se quedó allí, de pie, a la expectativa—. No los he visto pasar, pero me he enterado de que estaban aquí y he venido rauda y veloz.

—¡Vaya, Angelines! ¡Qué agradable sorpresa! —exclamó Reyes sosteniendo levemente el bolso entre sus manos— ¿Y el bolso?

—¿Cómo dice?

—Sí, es fácil, ¿qué significa el bolso si para mí el regalo eres tú? —Y le ofreció una enorme sonrisa.

—¡Ay, inspector! Es usted un adulator —Ella estaba encantada—. El bolso lo han traído los chicos de la científica. Dicen que todas las huellas pertenecen a Carolina Martín y que en el interior no hay nada interesante. ¡Lástima que no esté el móvil! Está fuera de cobertura. Mala suerte.

—¿Y del resto de huellas de la casa?

—¡Uy! Dicen que hay más pisadas que en la playa de Gandía en agosto y que va a ser imposible llegar a conclusiones, al menos en una larga temporada. En la llave que cogió la vecina la única impresión dactilar es la de Pilar Torres —Y se dio la vuelta dispuesta a salir por donde había entrado, pero se quedó parada y volvió a mirarnos—. ¡Ah! Pero sí que hay algo más. La mesita de noche no tiene tirador y quien la abrió, estirando con un dedo el cajón, dejó media huella dactilar impresa en él. Media huella no es suficiente para localizarlo, pero, inspector, si encuentra a alguien cuya media huella coincida, lo habrá pescado —y finalizó diciendo—. Como el príncipe

buscando a Cenicienta con el zapato en la mano.

—¡Un momento! —Reyes la frenó en seco y ella se giró automáticamente.

—Pero que sea solo uno porque no soporto el olor a tabaco que hace en esta sala —Y arrugó la nariz.

—¿Y la uña de la chica? ¿La han encontrado? —Jaime se quedó expectante.

—¡Ah! La uña por la que usted preguntó. Nada de nada. Los chicos dicen que registraron todo centímetro a centímetro y que ahí no estaba —Y volvió a girarse en dirección a la salida.

—¡Angelines, espera! —La mujer dio un giro de 180 grados y resopló — Que no te he dicho lo guapa que estás hoy y que te favorece el corte de pelo —Jaime estaba de buen humor.

—¡Es usted un insolente!

Se dio la vuelta, pero me dio tiempo a ver su rostro de satisfacción y su sonrisa. Era cierto, Angelines se había cortado el pelo. Y cerró la puerta lentamente.

—Una de las mejores —Reyes comentó con admiración—. Es de las más veteranas y se las sabe todas. Sería una magnífica inspectora —Lo que era innegable era la complicidad que existía entre ellos; se conocían muy bien.

Apartamos los cuadernos en una esquina de la mesa y Jaime se puso a acariciar el bolso.

—Hermès —y lo repitió dos veces—. Una de las marcas de lujo más caras del mercado. Creo que el precio de este modelo ronda los 5.000 euros; eso, si no te lo hacen por encargo. Y este parece ser uno de tantos de la colección que vimos en su casa. ¡Menudos muebles! ¿Da para tanto el sueldo de ejecutiva? —las reflexiones las hacía para sí, pero las pronunciaba en voz alta— ¿Recuerdas cuándo nos dijo Pilar que Carolina se mudó a la urbanización?

—Exactamente dijo que intimaron más hará unos 10 años —contesté

repasando mis notas—, lo cual significa que ya llevaría un tiempo allí.

—Entonces, ella no tendría ni treinta —Y se quedó pensativo.

—Pudo pedir una hipoteca y probablemente aún la estará pagando.

—Vale, bien —Y cambió de tercio—. Pasemos a ver el contenido de este Hermès.

Y fue sacando uno a uno todos los objetos que había dentro y los fue depositando encima de la mesa: un pintalabios, un paquete de clínex, unas llaves, otro pintalabios, una cartera a juego con el bolso, unas gomas de pelo, un botecito con pastillas de jengibre, una funda de gafas vacía, una caja de paracetamol y otras llaves. Había un bolsillo cerrado con cremallera en el interior, lo palpó y aparentemente no había nada, pero para asegurarse la abrió y metió la mano. Extrajo un blanco papelito cuadrado, del tamaño de un pósit, donde había escrito un número y bajo, a la derecha, lo que parecía una firma. Me abalancé hacia el papel como un poseso, pero Jaime me paró, me aconsejó que fuésemos primero con lo fácil.

—Empecemos con los pintalabios: marca cara. Uno rojo y otro rosa claro. Supondremos que, según la ocasión, se ponía uno u otro. Para mí, irrelevantes. ¿Tú qué dices, Manolito?

—Pues que para ser una mujer que se mueve en esos círculos y se relaciona con tanta gente, lleva pocos cosméticos —y seguí con mi explicación—. Conozco chicas que llevan todas sus pinturas de guerra en el bolso: maquillaje, colorete, rímel y yo qué sé más.

—Buena observación, Manolo. Carolina era una chica que no se maquillaba mucho —Y dejó las barras de labios en otra esquina de la mesa—. Sigamos: el paquete de clínex. Irrelevante ¿Tú?

—Irrelevante.

—Dos juegos de llaves. Llaveros caros. Unas son del coche. En el otro hay dos llaves. De su casa ¿y?

—No sabemos si tiene cerradura, pero podrían ser de su despacho —supuse yo—. Si fuesen de otra casa o de su apartamento, si lo tiene, lo normal no es llevarlas en el bolso, es mejor dejarlas en el coche o en tu domicilio. No

vas a ir cargando con ellas tontamente.

—Bien. Lo dejaré en el medio porque habrá que comprobar que sean de su coche, de su casa y del despacho. Sigamos —y cogió la cartera y la abrió—: documentación, tarjetas de crédito y —se puso a contar— 150 euros.

—Quien se la cargó, no creo que lo hiciese por dinero. Si no, le hubiese robado el pedrusco que llevaba en el dedo.

—Para mí la cartera es irrelevante, pero la voy a dejar en el centro para que se rastreen los movimientos de las tarjetas —Y cogió las gomas del pelo—. Irrelevantes.

—Irrelevantes —asentí.

—Siguiente: Funda de gafas. De cuero y aún conserva dentro la tela que ponen para que las limpies. Irrelevante. Lo único que hace es confirmar lo que ya sabemos, que esta mujer tenía gustos caros.

—Sí, irrelevante. Además, recuerdo que las gafas estaban en la mesilla de noche, por eso la funda está vacía.

—Caja de paracetamol —prosiguió Jaime—. En otras circunstancias pasarían a formar parte de los irrelevantes, pero Guillermo Grau nos dijo que se encontraba mal.

—Pero su hermana nos dijo que estaba perfectamente —lo contradije.

—Por eso ya no dejan de ser irrelevantes —y las situó en otra esquina de la mesa—. Relevante —Y cogió el bote de pastillas de jengibre—. Jengibre comprado en una herboristería, ¿para qué utilizaría Carolina unas pastillas de raíz de jengibre?

—A mí me suena a comida china, pero en pastillas, ni idea. Espere un momento —Saqué el móvil y me metí en Internet—. Le leo: Propiedades del jengibre. Tradicionalmente se ha usado para afecciones intestinales, y sigue con una retahíla de enfermedades intestinales. Evita mareos y vómitos. Eficaz contra la aparición de úlceras como la de duodeno y contra la gastritis —Y paré porque vi que todo estaba relacionado con el aparato digestivo—. Si la estaban envenenado, se encontraría mal del estómago y si creía en la medicina tradicional china, se fue a la herboristería para que le dieran algo

natural que la aliviara.

—Lo evidente es que si lo llevaba en el bolso, era porque se lo tomaba. Y si se lo tomaba, era porque no se encontraba bien —y continuó—. Entonces, ¿por qué nos dice Elena que su hermana se encontraba como una rosa?

—Porque mintió y Guillermo Grau dijo la verdad. Bueno, y Bernardo dijo que también estaba bien, aunque yo creo que a ese lo dejamos fuera de juego cuando le comentamos que la chica se iba; no tenía ni idea de la vida de Carolina.

—Muy relevante —Y colocó el bote junto al paracetamol—. Pasemos al papelito de marras: 2 4 6 0 8 y la firma, que yo intuyo que eso es una C y lo que hay dentro parece una M y al final parece una N.

Había juntado mi silla a la de él y tenía mi cabeza pegada a la suya.

—Sí, a mí también me parece eso. ¿Suponemos que es la firma de Carolina?

—Lo podemos comprobar fácilmente, pero en principio vamos a suponer que sí lo es. De lo que no tenemos ni idea es de lo que significan esos números.

—Un número de teléfono no puede ser, faltan cifras. *Umm...* ¿Un código de caja fuerte o algo parecido? —A mi cerebro le iba a empezar a salir humo.

—Podría ser un código, pero lo normal es que las cifras sean pares, o sea, cuatro, seis u ocho números, y aquí hay cinco —Y se centró en la rúbrica—. Manolito, ¿por qué firmas algo?

—Pues firmas en el banco y cosas relacionadas con él. En la notaria. Cuando te inscribes en algo...

—En el fondo lo que haces es certificar que estás de acuerdo —Se recostó en la silla y miró hacia el techo enfocando su vista en algún punto—. ¿Con qué estabas de acuerdo, Carolina?

—¿Y, si realmente, es lo que es?

—¿Qué quieres decir?

—Que es su firma en algún banco extranjero—zanjé.

—Entonces estarían escritos con letra, no con números —me corrigió.

—Pero igual ella lo llevaba escrito en números por su propia comodidad, así lo tenía a mano para recordarlo en caso de apuro —y reflexioné—. Quizás lo había dejado en el bolso porque se marchaba a Londres y lo iba a necesitar en breve. Tal vez era una chica despistada.

—No es descabellado, pero no me imagino a esta mujer olvidándose de unas cifras tan importantes, y menos apuntarlas y meterlas en el bolso, que es susceptible de que te lo roben en cualquier momento. La veo demasiado ordenada —bostezó. Yo también estaba cansado—. Vamos a consultarlo esta noche con la almohada. La lástima es no tener el móvil. Si lo tuviésemos, daríamos un paso de gigante —Puso cara de frustración.

—Imagino que se lo llevaría quienquiera que abrió el cajón. Pero, bien pensado, no conozco a nadie que guarde el móvil dentro de un cajón —consideré— y menos, una mujer.

—Entonces, ¿piensas que lo llevaba en el bolso? —Me miró con suspicacia—. Recuerda que nos acaban de decir que las únicas huellas eran de Carolina.

—Ya, pero se me hace raro pensar que una mujer llegue a su casa, deje el bolso encima de la cama, donde lo lógico es que lleve su móvil, y saque el teléfono y lo guarde en la mesita de noche. Me chirría, jefe.

—¿Entonces? —me siguió interrogando.

—Pues el asesino llevaba guantes o el bolso estaba ya abierto y simplemente metió la mano y se lo llevó —Estaba francamente exhausto y los planteamientos se me estaban borrando.

—Hay otra opción.

—¿Cuál? —pregunté intrigado.

—Que el móvil no estuviese ni en el bolso ni en la mesita —Y se quedó en silencio—. Lo llevaba con ella y el asesino se lo llevó de

«recuerdo».

—Hoy no lo vamos a averiguar y, como dice mi madre, mañana será otro día —y añadí—. A ver si, por fin, conocemos a la famosa Carlota.

—Por cierto, si puedes, te invito a comer el domingo. Es Año Nuevo y eso hay que celebrarlo.

No me miró, en ese momento le estaba sacando fotos a todos los artículos que se encontraban encima de la mesa y se disponía a colocarlos de nuevo en el interior del bolso.

—Claro, será un placer.

Pude haberle dicho que no. Le había prometido a mi madre que ese fin de semana iría a Valencia y estaría con ella. El día de Año Nuevo era especial para nosotros y le gustaba que fuésemos toda la familia a comer a su casa. Siempre nos preparaba unos canelones deliciosos y, por si fuera poco, había quedado con mis amigos de toda la vida para celebrar la Nochevieja. Estaba seguro de que a mi madre le iba a sentar fatal y todavía no sabía cómo iba a decírselo. Sin embargo, ella no se iba a sentir sola, siempre estaba rodeada de gente: si no eran sus primas, eran sus vecinas del pueblo y, si no, mis hermanas para que se quedara con sus hijos. De quien sabía que la soledad iba a ser su acompañante era Jaime, y me sentía incapaz de abandonarlo. No me arrepentí de mi decisión, pero me juré que el 6 de enero estaría en Valencia.

30 de diciembre de 2016

9
ÁLVARO

Me había pasado la mitad de la noche dando vueltas en la cama, pensando en cómo encajaban todas las pruebas que teníamos hasta el momento. Solo habíamos entrevistado a unos cuantos testigos relacionados con la fallecida y parecían no ponerse de acuerdo en todo. Las cosas no cuadraban. Lo único que estaba claro era que Carolina pensaba dejar Madrid, pero aún estaba por desentrañar el motivo que la había llevado a retrasar su viaje tan precipitadamente. Me encontraba sumido en un mar de interrogantes y no podía quitarme de la cabeza la imagen de la mujer.

Como estaba claro que Morfeo ya no me iba a acoger entre sus brazos, decidí madrugar y llegar un poco antes. En lugar de dirigirme a mi mesa de despacho, me encaminé a lo que ya se estaba convirtiendo en nuestra sala privada de operaciones. Allí estaba Jaime, pero había algo diferente en él y no pude evitar hacérselo notar. Lo saludé alegremente y me quedé mirándolo de arriba abajo.

—¿Cómo va ese ojo? —Lo tenía menos hinchado, pero más morado. Y proseguí con mi cuestionario— ¿Camisa nueva?

Llevaba puesta una camisa blanca a rayas azules perfectamente planchada. Me fijé en el abrigo que colgaba del perchero y era otro, sin manchas ni agujeros.

—¡Ché, Manolito!, ¿has venido a recuperar la hora de ayer? —Hizo caso omiso a mi comentario sobre la camisa.

—No he podido pegar ojo. Y lo que me faltaba era el número ese. Se me han ocurrido un montón de cosas.

—¿A qué esperas? Cuéntame —me animó.

—¿Una fecha? 24 de junio del 2008. Algo importante que pasara ese día.

—¿Y qué pasó ese día? Estoy seguro de que lo has mirado.

Lo expresó sonriéndome y me acerqué un poco más a él. Entonces me di cuenta de que bajo el tufo del tabaco olía a colonia. ¡El inspector se había puesto colonia!

—Sí, así es. Lo que le pasara a Carolina no puedo saberlo, pero he visto una noticia que me ha llamado la atención. Casualmente la galería inglesa a la que Carolina se iba a trasladar vendió un Monet por 51 millones de euros. No sé si tendrá relación con el caso.

—Yo tampoco. Vete tú a saber —Y dio una calada a su cigarro.

—Luego me he dado cuenta de que, efectivamente, hay cinco cifras, pero todos los números son pares y están todos: 0 2 4 6 y 8. Tampoco sé si esto puede servir de mucho.

—Lo que veo es que te estás estrujando el cerebro y por ahí vamos bien —Y exhaló una bocanada de humo.

Estuvimos un rato disertando sobre números, pastillas y llaves. Nos venía bien para poner nuestras ideas en común y para hacer tiempo hasta que se hiciera una hora prudente para hacerle una visita a Carlota Grau. Ya nos íbamos a levantar de las sillas cuando unos discretos golpecitos sonaron en la puerta.

—Buenos días —Allí se nos presentó Angelines, con su fingida pose de señorita altiva, vestida con un suéter marrón de cuello vuelto y una falda de cuadros que le tapaba las rodillas. Cerró la puerta—. Tienen visita. Un tal: Álvaro Jiménez. ¿Le digo que pase?

—¡Uy! ¡Qué bien! —exclamó Reyes— No nos hacen ni ir a nosotros, vienen ellos solitos. Sí, Angelines, gracias. Que baje y que nos cuente.

—No, si ya está aquí bajo. Como me he imaginado que iba a decir que sí, me he tomado la libertad de traerlo conmigo para ahorrar tiempo — Parpadeó varias veces y puso cara de inocencia.

Volvió a abrir la puerta y se apartó para dejar paso a un hombre de unos cuarenta y cinco años, muy bien vestido. Pero lo primero que llamó mi atención fueron sus ojos verdes, con unas pestañas tan largas y oscuras que me vinieron a la cabeza los parabrisas de mi coche.

—Mi nombre es Álvaro Jiménez —Se presentó estrechándonos la mano. Su voz era la de alguien muy seguro de sí mismo.

—Siéntese, por favor —lo invitó el inspector—. Usted nos dirá — prosiguió Jaime amablemente. Yo me dispuse a tomar buena nota de todo cuanto allí se dijera.

—Supongo que les parecerá extraña mi presencia aquí, pero tras el incidente de ayer con Bernardo, que ya veo como le ha puesto el ojo, he preferido venir yo mismo a contar mi versión de los hechos. Al fin y al cabo, ustedes hubiesen venido a verme y, sinceramente, prefiero que las cosas se hagan de la manera más confidencial posible —Por sus gestos y su forma de hablar, se notaba que Álvaro estaba acostumbrado a tratar con gente.

—¡Ah, sí! El incidente con Bernardo. Muy desagradable. Le traicionaron los nervios. ¿Se lo contó él? —Reyes pretendía tirarle de la lengua.

—En realidad no, pero esas noticias corren como un polvorín. Y claro, que Bernardo Grau le pegue al inspector de policía que está investigando la muerte de Carolina es todo un notición. No se habla de otra cosa en todo el edificio.

—¿Y quién le ha dicho que estamos investigando la muerte de Carolina? —El tono de Jaime era de sorpresa.

—No sé, todos lo decían. No le puedo dar un nombre en concreto.

—Da igual, no tiene importancia. Como bien ha dicho, nosotros nos

hubiésemos pasado a verle y le agradecemos, sinceramente, que haya sido usted quien ha venido primero —En el fondo Jaime estaba deseoso de que aquel hombre con cara de pícaro nos contase por qué nos visitaba—. Por favor, le escuchamos.

—Inspectores, confío en su discreción —Tenía cara de sinvergüenza gracioso.

—En todo lo que dependa de nosotros, así será —prometió Jaime.

—Les voy a hablar de hombre a hombre —Y se inclinó hacia nosotros para crear un ambiente más íntimo. Como el inspector también lo hizo, yo los copié —. Tuvimos una aventura —susurró mirando de reojo a ambos lados.

—¿Una aventura? ¿Con quién? ¿Usted y Bernardo Grau? —El inspector sabía muy bien cómo hacerse el tonto.

—¡No, hombre, por Dios! Con Carolina.

—Una mujer muy guapa. ¡Vaya suerte la suya! —Jaime quería aparentar frivolidad para que Álvaro se relajase y se expresase libremente.

—Más que eso. ¡Era un auténtico bombón! —Y cerró los ojos como recordando algo placentero.

—¡Una tía buena! —exclamó Reyes. Y mirándome, me preguntó— ¿No fue así como lo expresó Bernardo? —mintió.

—Sí, sí —respondí veloz—. Eso fue lo que dijo.

—Pues era una tía buena con clase, sí. Y menudas piernas —Enarcó una ceja.

—Y ya puestos —Jaime se inclinó un poco más hacia él—, ¿cómo andaba de, ya sabe, esto? —E hizo un gesto bravucón indicando los pechos. Yo me quedé estupefacto, las artimañas del inspector no dejaban de sorprenderme.

—No tenía excesiva cantidad, pero la calidad, pata negra —Y sonrió —. Del culo le podría decir lo mismo, prieto y duro —Y volvió a elevar la ceja.

—¡Qué fortuna la suya! Lo que hubiese dado yo por estar con una jaca

como esa —y Reyes soltó una risotada. Me pegó una disimulada patadita y yo también me reí.

—Pues no se la pueden ni imaginar en la cama. ¡Menuda leona! Practicamos todas las posturas que puedan soñar, y más —El tipo estaba disfrutando contando sus hazañas—. ¡Qué fin de semana!

—Entonces, ¿solo pudo disfrutar usted de ese cuerpo serrano un fin de semana? —Jaime puso cara de tristeza— A nosotros, que nos hubiese gustado escuchar toda su historia con detalle. Piense que estamos aquí, aburridos. En esta comisaría no tenemos tías como esa, compréndalo.

—Si es por eso, no se preocupe. Yo le puedo contar todas las historias de las tías que me tiro. He pasado por la cama de la mitad de las mujeres que trabajan en el edificio —y emitió un silbido—, pero con Carolina solo fue un fin de semana —Y alzó los hombros con resignación.

—O sea, no se puede quejar de su suerte con las mujeres —afirmó Reyes.

—Así es, no me puedo quejar. Me he llegado a tirar a una policía. Espero que no ande por aquí —Y puso cara de pícaro.

—¿Y por qué solo un fin de semana? ¿Por ella o por usted?

—Lo cierto es que fue ella la que no quiso repetir y es extraño, porque todas quieren —Juntó las manos.

—¿Nos podría contar cómo y cuándo sucedió el encuentro? Nos tiene usted tan intrigados.

Y Álvaro comenzó con su relato.

—Era un jueves de principios de octubre. Nos encontrábamos en una de esas reuniones largas y tediosas; Carolina estaba sentada enfrente de mí y de cuando en cuando se levantaba a por café o a por cualquier otra cosa. Llevaba una camisa blanca muy ajustada, desabrochada hasta el tercer botón. Le asomaba el canalillo y eso a mí me pone mucho. Además, llevaba una falda negra muy apretada con unos tacones, que menudas piernas. Verla así era una provocación y me estaba poniendo malo. Así que cuando volvió a su asiento, decidí intentarlo de nuevo y...

—¿Intentarlo de nuevo? —le cortó Reyes.

—Sí, es que a Carolina la conozco, perdón, conocía desde hace muchísimos años y siempre he hecho lo imposible por echar un polvo con ella. Pero nunca aceptó; supongo que sabía que no iba a dejar a mi mujer —aclaró.

—Por favor, siga que le he interrumpido.

—Bueno, pues se me ocurrió coger el móvil y empezar a enviarle WhatsApp gratuitos. Supongo que la idea le pareció ocurrente, porque me funcionó. Recuerdo su cara cuando, al sonar el pitido en su teléfono, le echó una ojeada y vio que era yo. Puso una sonrisa y empezamos a intercambiar mensajes. Todos allí, metidos en la reunión, y ella y yo, en nuestro mundo, poniendo cara de póquer para que el resto no se diera cuenta. Teníamos que preparar un informe para la semana siguiente y de repente, en uno de sus WhatsApp, me escribió: «¿Te vienes a pasar el finde a Javea y lo hacemos juntos?». La respuesta ya se la pueden imaginar. Y si quieren les cuento todo lo que hicimos allí; les adelanto que el informe no fue —Y nos volvió a regalar una de sus pícaras sonrisas.

—Hombre, eso no nos lo queremos perder, pero lo dejamos para el final, como los postres, que siempre son lo mejor —y le preguntó—. ¿Y qué pasó después?

—Nada, cosa que no entiendo. Durante el viaje de vuelta se la veía muy contenta y no paraba de decirme que teníamos que repetir. Al principio me hacía algún guiño y cosas así, pero a partir de noviembre me comentó que se lo había pensado mejor y que lo dejáramos estar.

—¿Estaba rara o cree que se encontraba mal?

—No sé muy bien qué decirle. Yo estoy cada dos por tres yendo y viniendo de Barcelona. Pero puede ser que sí, me inclino a pensar que sí.

—Por cierto, cuando estuvieron en Javea, ¿dónde se alojaron? ¿Alquilieron algo?

—No, qué va. Fuimos a su casa. ¡Menudo chaletazo tiene! En un acantilado, pero a escasos metros del mar, cerca del Cabo de la Nao.

Impresionante —y continuó—. ¿Quieren que les cuente lo que hicimos allí?

Me vino a la cabeza la foto que estaba en el dormitorio de Carolina.

—Al final, al final. Ya que tenemos la suerte de contar con su presencia, antes quiero que nos comente la relación con su jefe.

—Con Guillermo me llevo bien, pero a quien tengo, perdón, tenía que rendir cuentas era a Carolina. Todavía no he asumido que esté muerta. Ella fue la que diseñó todo el proyecto y la que me escogió como director. Es cierto que la última palabra siempre la tiene Guillermo, pero si Carolina dice sí, es muy raro que Guillermo diga no.

—Me refería a Bernardo, nos dijo que él era su jefe.

—Sí y no. Verán, me acompaña de vez en cuando a Igualada, pero es para cubrir las apariencias. Yo no sé a qué tipo de pacto llegarían Carolina y Guillermo para que ella consintiera que Bernardo fuese la cabeza visible y se creyese que pinta algo. Toda la idea y su desarrollo fueron de ella. Convenció a Guillermo de que debíamos ampliar con la industria textil; que debíamos arriesgarnos, ya que las cadenas de moda, que con anterioridad acudían a los mercados orientales, estaban cambiando su estrategia; que Asia estaba perdiendo competitividad, y eso era una ventaja que nosotros debíamos aprovechar. Y no se equivocó, nos va muy bien. Pero las órdenes directas de Guillermo eran que todo tenía que ser supervisado por Carolina.

—¿Y cómo es su relación con Bernardo?

—Buena, no tenemos enfrentamientos —Parecía que no tenía más que decir.

—¿Y la relación entre Bernardo y Carolina?

—Esa ya es otra historia. Carolina solo le dirigía la palabra lo estrictamente necesario. Bueno, y ahora que lo pienso, igual sí que había un poco de tensión en el ambiente —Y apoyó la barbilla sobre su mano.

—¿Por qué dice eso? —le preguntó Jaime.

—Porque la semana pasada, sí, era la semana pasada porque yo llegué el viernes 23 por la mañana para pasar la Navidad en Madrid, y fue ese día —y prosiguió—. Tenía que hablar con Guillermo y llamé a su despacho, di un

solo golpe en la puerta, no esperé contestación y abrí. Vi a Carolina apretándose la mano contra la mejilla y escuché las palabras que Bernardo le decía a su padre: «Lo he hecho porque estaba muy nerviosa». Inmediatamente cerré la puerta, pero me quedé allí fuera y enseguida salió Bernardo, muy acalorado, murmurando algo de unos hermanitos de los huevos.

—¿Y no lo comentó con Carolina o Bernardo?

—Yo no meto la nariz ahí donde me la pueden partir —Y enarcó las dos cejas.

—¿Y qué cree que pasará con su trabajo ahora que Carolina ya no está? —Se notó que esa cuestión sorprendió a Álvaro, pues abrió los ojos más de lo normal y sus espesas pestañas se me aparecieron más largas— ¿A quién tendrá que rendir cuentas, al padre o al hijo?

—Ni se me había ocurrido esa pregunta —resopló—. Pues va a ser un lío porque también están Miguel y Fernando —y volvió a resoplar.

—¿Quiénes son? —quiso saber el inspector, aunque el nombre de Miguel ya me era familiar.

—Los maridos de las sobrinas de Guillermo: de Mercedes y Carlota —Y se quedó pensando—. ¡Vaya pitote vamos a tener! Hay rumores de que Guillermo pensaba regalarles un paquete importante de acciones a sus sobrinas, pero no lo tengo confirmado.

—Álvaro, le agradecemos que se haya acercado a darnos su versión —dijo el inspector levantándose del asiento, dando así por concluida la reunión—. Si le necesitamos, o a usted se le ocurre algo que pueda ser interesante, estamos en contacto.

—Por supuesto —asintió Álvaro estrechándonos las manos—, y recuerden que solo les pido discreción, no me gustaría que esta historia llegase a oídos de mi mujer.

—Ya le hemos dicho que haremos todo lo que esté en nuestra mano para que así sea.

—Gracias —Y se despidió.

—¡Ah!, una última cosa —Jaime se dirigió a él con jovialidad—, ¿cuándo fue la última vez que vio a Carolina?

Álvaro se quedó desconcertado.

—Fue la tarde del 23 sobre las ocho u ocho y cuarto. Yo ya me iba para casa y le felicité las fiestas.

Reyes le volvió a agradecer su colaboración, Álvaro movió la cabeza afirmativamente y se marchó. El inspector y yo nos quedamos a solas y allí, de pie, nos miramos el uno al otro tratando de intuir qué rondaba por la mente del contrario.

—Manolito, tú ¿qué opinas? —Se me adelantó.

—Que es un grosero con pinta de señor... Pero un tipo listo — comenté.

—En eso estamos de acuerdo.

—Pues parecía que usted lo estaba pasando en grande —Y enarqué una ceja imitando a Álvaro.

—Es que cada uno tiene su particular manera de congraciarse con los demás; y esta es la mía —Me dio una palmada en el brazo—. Pero ¿qué piensas sobre un tío que, sin más, se nos presenta aquí a contarnos sus aventuras sexuales?

—Que no quiere que su mujer se entere y prefiere venir antes de que vayamos nosotros, y se enteren el resto de empleados.

—Lo de la mujer, puede. Aunque con lo salido que está este tipo, dudo mucho que su esposa no lo sepa ya. En cuanto a los demás, lo que más le gusta al señor Jiménez es que se enteren —y concluyó—. Con lo que más disfruta este tío es contando sus historias de cama.

—¿Y entonces?

—Nadie sabía de lo que estábamos hablando y Bernardo no le ha contado nada. Lo que creo es que se acojonó al enterarse de que Bernardo había pegado a un policía, porque dio por hecho que estaba siendo interrogando por la muerte de Carolina, ¿por qué? —me preguntó.

—Porque su subconsciente le ha traicionado.

—Y, si le ha traicionado, es porque su «Pepito Grillo» no lo deja descansar. Álvaro Jiménez también nos oculta algo.

LA LUJURIA

Las comadronas que asistieron en el parto de Álvaro se quedaron admiradas cuando tras limpiar su cuerpecito quedaron al descubierto aquellas largas e inusuales pestañas que adornaban sus ojos. Fue el comentario del día en el hospital, todas las enfermeras se pasaban a verlo con cualquier excusa y salían boquiabiertas. Cuando cumplió el año sus padres ya estaban seguros de que los ojos serían verdes, como los de su abuelo. Su madre lo paseaba orgullosa para poder disfrutar de los cuchicheos que se decían a sus espaldas acerca de los ojos de su pequeño y la cara de pillo que los acompañaban.

Lo cierto era que poseía tal expresividad en el rostro que sin palabras parecía que hablase. Levantaba una ceja y sus ojillos verdes adquirían un brillo especial que te conquistaban sin remedio. Si cometía una travesura, torcía los labios y el gracioso hoyuelo que aparecía junto a su boca hacía imposible un castigo; siempre supo cuál era la expresión adecuada en cada circunstancia. Lo innegable era que llevaba la palabra pícaro escrita en la cara.

Solo existía un problema para su madre. Desde que cumplió los dos años Álvaro adquirió la costumbre de tocarse el pene en cualquier lugar y situación, fuera público o privado. Como se dio cuenta de que aquello iba cada vez a más, acudió sofocada al pediatra en busca de ayuda. Este la tranquilizó argumentando que era la edad normal en que los niños empiezan a explorar su cuerpo, y que no distinguen entre el pie o el pene. Pero esta explicación no impidió que la mujer, siempre que se cruzaba en la calle con

alguna conocida y se paraba a hablar, intentara coger de la mano a su hijo para que dejara de tocarse. En la guardería su juego favorito era el de médicos y cuando lo bajaban al parque era el primero en intentar besar a alguna niña que estuviese cerca. Volvía victorioso si esa tarde había conseguido verle las braguitas a alguna incauta.

Con seis años empezó a cursar sus estudios en un colegio de curas. Su madre no recuerda haber pasado más vergüenza que el día del festival de fin de curso. Todos los niños debían cantar una canción y él ni siquiera se molestó en mover los labios, se cogió el miembro y empezó a mover la mano al son de la música. Se escuchaban risas apagadas por todas partes. En cuanto terminó la actuación, sus padres lo recogieron y desaparecieron rápidamente para ahorrarse los jocosos comentarios que les esperaban.

El día que encontró unas manchas sospechosas en las sábanas de su hijo la madre de Álvaro sufrió un ataque de ansiedad. Ni siquiera había cumplido los once años. El pediatra reconoció que era un poco pronto para empezar a eyacular, pero que tampoco era un signo de alarma; había niños precoces en muchas otras áreas y esta era una más. A partir de ese momento su hijo se convirtió en el chico más limpio de todo el colegio, llegaba a ducharse tres veces diarias y cuando ella le preguntaba por qué necesitaba lavarse tan a menudo, Álvaro le respondía que tenía mucho calor y le ponía una de aquellas caras con las que su madre se derretía, aunque tuviera que cambiarle la ropa de cama a diario. Lo que a la buena señora no se le pasó jamás por la mente era que su niño aprovechaba aquella lluvia de agua para masturbarse.

A los trece años iba con chicos mayores que él. La explicación que daba a su madre era que los niños de su edad eran muy infantiles y que no le interesaban sus estúpidos juegos. Y eso era verdad; a Álvaro le parecía infinitamente más didáctico todo lo que le enseñaban aquellas revistas pornográficas que sus nuevas amistades le proporcionaban.

Un viernes la señora Jiménez le comunicó a su hijo que volvería tarde porque tenía una reunión donde explicaban el funcionamiento de la *Thermomix*. Al llegar al lugar de la cita la sacaron de su error al recordarle que la fecha se había pospuesto a la semana siguiente. Se despidió repitiendo

que vaya cabeza la suya y se volvió directa a casa. El panorama con el que se encontró al abrir la puerta del salón siempre lo recordará como aterrador. Todo era oscuridad, excepto por el resplandor que partía del televisor. Un grupo de adolescentes, como luciérnagas pegadas a una luminaria, con los pantalones bajados, gimiendo de gusto ante una escena que no solo le pareció obscena y soez, aquello era asqueroso. De su boca salió un grito que sonó desesperado y dio un paso al frente, con tan mala suerte que resbaló con uno de los papeles de periódico con que los jóvenes habían forrado todo el salón. Y allí, dolorida física y moralmente, aún tuvo fuerzas para chillar: «¡Pandilla de degenerados! ¡Marchaos a vuestras casas!».

El psicólogo al que llevaron a Álvaro de inmediato le dijo a su madre: «Esa afición de su hijo por el sexo es fruto de algún tipo de ansiedad que sufre el chico. Debemos averiguar qué es lo que le pasa y el problema se resolverá». La señora Jiménez quiso confiar en esas palabras y se pasaba los días preguntándole: «Álvaro, ¿te pasa algo, hijo?». Él le ponía uno de sus gestos zalameros y daba la callada por respuesta. No se atrevía a decirle simplemente la verdad: las mujeres lo volvían loco.

A los quince años tuvo, con una prostituta, su primera relación sexual. Era sábado por la tarde y ya había oscurecido. Álvaro creía que irían a casa de algún colega, pero lo que hicieron fue coger el coche y encaminarse a la Casa de Campo, lugar en el que sabían que encontrarían lo que buscaban. En la carretera se veían coches aparcados a uno y otro lado de la calzada. Iban muy despacio y cuando vieron a una chica de enormes pechos que estaba desocupada, estacionaron junto a ella. Álvaro atendía en silencio cómo sus compañeros pactaban un precio. Cuando se cerró el acuerdo, sus tres acompañantes se bajaron del automóvil y le dijeron: «Toda tuya. Tienes quince minutos». Salió victorioso y feliz de su bautismo. Sus amigos lo felicitaron propinándole cariñosos puñetazos por el tronco y con comentarios de: «Ya eres un hombre». Fue el mejor regalo que le pudieron hacer.

Cuando comenzó el Curso de Orientación Universitaria, la providencia quiso que se jubilara el profesor de inglés y en su lugar apareciera una señorita de muy buen ver que, a pesar de que doblaba la edad de sus alumnos, era en verdad llamativa y exuberante. Las ajustadas blusas y

las faldas de tubo con que le gustaba vestir supusieron una revolución en aquel colegio de curas. Álvaro, por supuesto, fue el primero en sucumbir a sus encantos; soñaba con ella día y noche, sobre todo por las noches, y pronto su mente urdió un plan para tener entre sus brazos a aquel pedazo de hembra.

Salía el último para, con cualquier excusa, poder estar con ella. Todos sus exámenes de inglés acababan con un: «Cristina, I love you», o términos similares. Empezaron a tener charlas más frecuentes de lo normal en el despacho de ella. Allí, Álvaro ponía en funcionamiento todas sus dotes de seducción y aquellos gestos innatos junto con sus ojitos picarones, que tan bien le habían resultado con su madre, empezaron a dar sus frutos con la profesora. Se veían fuera del horario escolar, en cualquier bar, lejos de miradas conocidas, hasta que la relación fue a más y buscaron una mayor intimidad. Acordaron ir a casa de ella cada vez que su marido estuviese de viaje. Pero, como el dinero, el amor tampoco se puede esconder y una tarde la señora Jiménez, que estaba harta de ver entrar y salir a su hijo sin darle explicaciones, lo abordó; tras la consabida discusión el chico, harto de mentiras, le confesó a su madre, entre gritos y chillidos, lo enamorado que estaba de Cristina, incluyendo todo lujo de detalles, y que ni se le pasara por la cabeza pensar que la iba a dejar.

Los padres, indignados, acudieron al colegio a exponer sus quejas. El revuelo que se montó entre los curas fue monumental. A ella le costó un divorcio y una expulsión; a él, con dieciocho años, le supuso uno de los mejores años de su vida. Álvaro y su ex profesora se fueron a vivir juntos.

Él comenzó la carrera de periodismo y ella tuvo suerte y encontró trabajo impartiendo clases de inglés en una escuela de preescolar que combinaba dando clases particulares. El primer año que convivieron bajo el mismo techo Álvaro le fue prácticamente fiel, pues sí que existió algún que otro encuentro esporádico con prostitutas. Pero el segundo año Cristina ya no le fue suficiente y tuvo que ampliar el número de relaciones. Cuando ella se enteró, su convivencia se dio por concluida.

Álvaro, quien también pensaba en su futuro profesional, era un joven con recursos y puso en práctica sus habilidades sociales para rodearse de aquellas compañías que le podían reportar jugosas relaciones. Su objetivo era

codearse con los hijos de personajes influyentes que le pudiesen ayudar a conseguir un puesto de relevancia en alguna empresa de renombre. Así fue como apareció en su vida Carmita del Real, hija de familia de postín, cuya mejor amiga era Carlota, sobrina del millonario Guillermo Grau.

La conquista de Carmita fue pan comido para él. Unas sonrisas y unas miradas descaradas, y ella cayó fundida como el metal. Sabía decirle todas las palabras que a ella le gustaba oír en los momentos más oportunos. Y cuando se despedían, él, acompañándola en el ascensor, le daba el más tierno de los besos y la dejaba en la misma puerta de su casa. Después se iba a un local de alterne cercano del que ya era habitual.

Pero Carmita era la envidia de sus amigas cuando les contaba lo maravilloso que era Álvaro y los detalles tan bonitos que tenía con ella.

No había terminado sus estudios y ya lo colocaron de adjunto del director creativo de una reconocida empresa de publicidad; el marketing era lo que realmente le gustaba. Cuando ya llevaba cuatro años en el puesto, él mismo ya se vislumbraba como el futuro sucesor de su jefe. Y todo indicaba que así iba a suceder, hasta que el destino quiso jugarle una mala pasada.

Iba con Carmita paseando, cogidos de la mano, a tomarse algo por ahí y ella le comentó si estaba constipado, que le notaba la voz ronca. Él le dijo que podía ser, que hacía ya un par de semanas que le dolía la garganta y que no acababa de encontrarse bien. Ella le tocó el cuello y le palpó un bultito.

Aconsejado por su madre, quien estaba segura de que su hijo tenía bocio, pidió cita en el endocrino. El médico le aseguró que aquello se trataba de un ganglio que era necesario extirpar, y lo envió al cirujano para que le diese fecha para la operación. Cuando el cirujano echó un vistazo al Tac que Álvaro le extendió, puso cara de preocupación y le dijo sin más preámbulos: «Te voy a dar mi más sincera opinión. Esto no parece un ganglio y no le veo buena pinta». Necesitaba que se sometiera a más pruebas y lo apabulló con un montón de volantes que Álvaro intentó descifrar más tarde: tomografías TEP y TC, Imagen Resonancia Magnética, Biopsia y Prueba VPH. Esto fue lo que logró entender.

Un mes más tarde, y acompañado por Carmita y su madre, volvió con

todos los resultados. El médico se tomó su tiempo mientras estudiaba todas las radiografías e informes. Al fin, levantó la cabeza e intentando ser lo más profesional posible, le dijo: «Lo siento. Tienes cáncer de orofaringe provocado por el virus del papiloma humano. Necesitas un oncólogo». Lo tranquilizó asegurándole que cuando el cáncer de garganta era provocado por este virus, el índice de recuperación era más elevado que el provocado por el tabaco. Los tres se quedaron en estado de shock y ni siquiera les salían las palabras. Una por cada lado apretaba con fuerza las manos del chico.

El oncólogo le informó de que el tumor se encontraba en sus primeros estadios, lo cual era una buena noticia, y que lo mejor era extirparlo y someterse a radioterapia. Él asentía como si no estuviera en este mundo. Carmita y la señora Jiménez fueron las que se hicieron cargo de la situación e iban tomando nota de todo lo que decía el doctor. Antes de despedirse el especialista le preguntó si podía hablar con él a solas, pero Álvaro respondió que en todo lo que tuviera que decirle podían estar presentes su madre y su novia. Y entonces soltó la fatídica pregunta: «¿Ha mantenido relaciones sexuales orales?». Ambas mujeres respondieron por él con un exaltado: «Nooo». Álvaro no abrió la boca y salieron por la puerta, pero en menos de un minuto el chico estaba de vuelta. Había enviado a sus acompañantes a realizar el papeleo para la intervención y aprovechó para regresar, contar la verdad y reconocer que la respuesta era: «Sí». El oncólogo le explicó que aquel tipo de cáncer tardaba muchos años en desarrollarse y que no era frecuente observarlo en una persona tan joven.

Álvaro estaba convencido de que tras la intervención podría recuperar su ritmo de vida normal, pero sus constantes visitas al hospital para someterse a radioterapia, sumado a los efectos de la misma, le hicieron quedarse postrado en la cama más tiempo del que había imaginado. El cansancio permanente que padecía le impedía levantarse y cuando empezaron a caerse los primeros cabellos, la depresión y el decaimiento se apoderaron de su razón.

Pero Carmita jamás desfalleció, iba todos los días a verlo y lo llenaba de besos y mimos. Le aguantaba su malhumor, sus desplantes, sus lloros y sus quejas. Y cuando transcurrido un año le dieron el alta, salieron a

celebrarlo por todo lo alto. Álvaro pensó que ese era el momento perfecto y le pidió a Carmita que se casara con él. Ella se abalanzó en sus brazos y, por supuesto, aceptó.

Durante el tiempo que estuvo postrado las cosas habían cambiado en el trabajo y habían contratado a otro en su lugar. Pero, casualmente, el tío de la mejor amiga de Carmita acababa de terminar las obras de su nueva urbanización, Los Cerezos, y necesitaban un director que se encargase de ultimar las ventas de las casas y de solucionar todos los problemas que surgen cuando se pone en marcha cualquier negocio. Además estaba el campo de golf, necesitaban a alguien con don de gentes que lo promocionara y lo potenciase. Álvaro daba el perfil y fue el elegido.

Y ahí estuvo casi una década, hasta que un lío de faldas que se le fue de las manos dio al traste con su ascendente carrera en Los Cerezos. Carolina Martín lo reubicó en otro puesto más lejano a aquella urbanización. Carmita, quien estaba loca de amor por su marido, perdonó la nueva traición, como había hecho y haría siempre; él lo era todo para ella y cuando estaban juntos sabía cómo hacerla sentir la mujer más especial sobre la faz de la tierra. Álvaro y su familia se mudaron al Barrio de Salamanca y empezó a viajar a Barcelona tres veces por semana.

Su mente siempre le fue fiel a su mujer, pero a su cuerpo no podía controlarlo, y por su cama pasaban todas aquellas incautas que creían en el amor verdadero; y las que no creían, también.

Antes de la madrugada se despierta empapado en sudor. Siempre se le repite la misma pesadilla: está en el baño, frente al lavabo, y a través del espejo ve aparecer unas manos de mujer que se acercan por detrás hacia su torso desnudo. Le acarician el vientre y suben al pecho. Cierra los ojos de placer. Las manos llegan al cuello y empiezan a apretárselo, cada vez con más fuerza. No puede respirar. Abre los ojos. Las manos desaparecen y tiene la boca muy seca, necesita beber. Se lanza sobre el grifo y lo abre. Su boca está tan cerca del chorro que ya se encuentra dispuesto a dar un largo trago, pero el agua se torna negra y huele a putrefacto. El agua está envenenada. Ya no puede volver a conciliar el sueño.

10

SALANDER

Eran casi las dos de la tarde y se me ocurrió sugerirle que nos fuésemos por el centro a comer algo. Nos vendría bien salir de allí y despejarnos un poco. De paso, pensé que no estaría de más dejar la puerta abierta para que se ventilara la estancia y echar un poco de ambientador. Él estuvo de acuerdo, también estaba cansado y necesitaba que le diera el aire. Cogimos el coche y acordamos que después iríamos a hacerle una visita a Carlota Grau. Nos dirigíamos sin rumbo fijo. Pudimos habernos encaminado hacia la zona de Serrano, normalmente mucho más tranquila, pero estábamos tan enfrascados en nuestra conversación que cuando nos dimos cuenta estábamos envueltos en el monumental atasco que se había formado en la calle Alcalá a la altura del Casino. ¡Olvidé que el ayuntamiento había procedido a cortar algunas calles del centro! Tras media hora arrancando y frenando conseguimos llegar al parking más cercano a la Puerta del Sol y para nuestra sorpresa y alborozo, todavía quedaba algún hueco libre.

Al salir a la calle me arrepentí de mi idea nefasta. ¡Cómo se me había ocurrido elegir aquella zona un viernes de Navidad! Aquello era un hervidero de gente que se movía entre empujones y algún que otro insulto. Obviamos acercarnos por la Plaza Mayor, con el mercadito navideño en plena ebullición, aquello debía ser un mar humano. Preferimos dar un rodeo y picar algo en el Mercado de San Miguel que, aunque a buen seguro también estaría

atestado hasta la bandera, al menos podríamos tomar algo y largarnos cuanto antes.

Tras sufrir diversas colas para seleccionar lo que más nos apetecía de entre la infinita variedad de canapés, delicatessen y embutidos que ofrecían los diferentes puestos de alimentación, nos acoplamos en una de las altas mesas centrales que ya estaba ocupada por una simpática pareja de alemanes, a quienes no les importó compartir con nosotros aquel pedazo de madera. Nos tomamos un par de copas de vino que nos ofreció un dispuesto camarero y salimos de allí como gatos escaldados.

Nos encaminamos, de nuevo entre empujones, hacia el parking y nos paramos, pues cada paso que dábamos era una odisea, junto a la emblemática estatua de El Oso y el Madroño.

Entre la multitud me quedé quieto mirando hacia un lugar en concreto. Acababa de tener una inspiración y Jaime debió darse cuenta de que algo rondaba por mi cerebro porque, por instinto, también giró la cabeza en la misma dirección.

—¿Qué te pasa? —me preguntó volviéndose a mirarme— ¿Se te acaba de aparecer la Virgen o qué?

Puse mis manos sobre sus hombros y lo fui rotando con suavidad hasta girarlo 180 grados. Allí, frente a nosotros, se erigía orgulloso el rehabilitado edificio donde hasta hacía bien poco habían morado las famosas letras de *Tío Pepe*. Ahora, en su fachada blanca y amarillo pálido, ondeaba en el primer piso una bandera negra con una blanca y mordida manzana en el centro. Era la Apple Store. Se volvió a mirarme y sin palabras supe que quería descifrar lo que se me estaba ocurriendo.

—Al ver la tienda me ha venido a la cabeza el móvil de Carolina...

—¿Y? Si no tiene señal, no podemos hacer nada.

—Ya, pero Angelines dijo que estaba fuera de cobertura, y eso no es lo mismo que decir que le han quitado la batería —comenté con un deje de esperanza— ¿Y si ahora estuviese localizable?

—¡El que se lo haya llevado no va a ser tan gilipollas! —exclamó,

pero se calló y empezó a rascarse el mentón. Luego volvió a hablar— Y, aunque lo encontrásemos y se tratara de un iPhone, no tenemos las claves de Carolina y Apple no nos iba a ayudar a desbloquearlo —Su voz sonó abatida—. Por temas de privacidad y seguridad se mantienen en sus trece de que ellos tampoco pueden acceder a los códigos; es muy posible que exista una puerta trasera, pero lo niegan. Aseguran que el sistema operativo iOS es inviolable, hasta para ellos mismos.

—Pero, jefe, viendo el nivel de Carolina, seguro que el móvil es de última generación, y no sería de extrañar que se desbloquee con la huella dactilar... ¡Y esa sí que la tenemos!

Con una media sonrisa en los labios, se dirigió a mí. Su cara de frustración había desaparecido.

—Bueno, por intentarlo, no perdemos nada. Volvamos a comisaría — Dio un par de pasos en dirección al parking, pero de repente frenó y estirándome del brazo, me hizo cambiar el sentido de la marcha— ¿Sabes que una de las mejores cosas que te puede pasar es la de tener amigos hasta en las cloacas más inmundas?

—¿Dónde vamos? —Yo no tenía ni la más remota idea de qué se le habría ocurrido.

—Al camino más corto. ¿No querías entrar en Apple? Pues entremos.

Mientras esquivábamos peatones y cruzábamos la calle me fue contando que Alexandro, a quien él había rebautizado como «Salander», era un antiguo conocido que le debía un favor. Se trataba de un italiano que hacía algunos años habían pillado en una redada que se llevó a cabo contra unos mafiosos rusos acusados de malversación de fondos y blanqueo de capitales. Salander estuvo implicado en la complicada estafa informática. El inspector fue el encargado de su interrogatorio, y ahí se enteró de que el joven había trabajado en Italia junto a un grupo de *hackers* que se dedicaban, de forma legal, al espionaje mundial. A medida que el chico se iba explicando Jaime comprendió que aquel no era un mal tipo y que, debido a su juventud y a sus ansias de triunfo, se había visto deslumbrado por el dinero fácil de los rusos. Así que se decidió a ayudarlo para que le cayese la pena mínima y se

dedicase a otros asuntos menos delictivos. El último trabajo que Reyes recordaba era en Apple, aunque era posible que esa no fuera la tienda en cuestión.

—Por cierto —me comentó levantado una ceja, haciendo que me acordara de Álvaro Jiménez—, Salander es el mejor *hacker* que he conocido en mi vida. Por eso lo llamé así, porque me recordó a la chica de la saga *Millennium*.

Si en el exterior había gente, la tienda parecía el balcón del Ayuntamiento de Valencia a las dos de la tarde a punto de comenzar la *masclètà*. Jaime y yo, saltándonos todo el protocolo de espera, abordamos a una de las jóvenes empleadas que se distinguía por su camiseta azul con el logo en blanco y que en ese momento estaba tratando con unos clientes. La interrumpimos.

—Perdone, señorita. Estoy buscando a Alexandro Conti. ¿Sabe si se encuentra aquí?

—Sí, está atendiendo; debe esperar su turno.

Jaime le dio las gracias, pero ya no importaba; ella ya no nos escuchaba y nosotros habíamos cambiado de dirección para buscar a Alexandro.

—Allí, en los ordenadores —Me indicó Jaime, dándome un empujón para que no me perdiera entre la multitud.

Miré y pude distinguir a un hombre de un metro setenta, de unos treinta años, quizá alguno menos, con un corte de pelo tipo cepillo y barba de tres días. Al acercarnos comprobé que llevaba un *piercing* en la oreja derecha. Parecía ser un tipo dicharachero porque no paraba de hablar y sonreír, y tenía embelesada a la pareja que atendía. Jaime, haciendo como que se interesaba por un portátil, se puso a su lado para que el otro pudiese verlo. Un *ricтус* de tensión se reflejó en la mirada de Alexandro y movió los dedos de las manos como si estuviese tocando el piano; tuve claro que ya sabía de la presencia del inspector.

En ese momento los clientes le estaban haciendo una pregunta, pero el hombre, con un marcado acento italiano, les contestó: «Este ordenador es una

maravilla, pero lo mejor es que vuelvan a su casa y lo piensen tranquilamente. Es mucho dinero y no es cuestión de precipitarse, hasta Reyes queda una semana», y se deshizo de ellos.

Nos acercamos a él, pero antes de que alguno de nosotros pudiera pronunciar palabra una señora se puso a increparnos:

—¡Perdonen, pero ahora me toca mí! ¡Ya estoy harta de que se me cuelen! Llevo una hora esperando. ¡Menuda cara!

—Verá, estos señores estaban antes que usted. Han cogido turno y se han ido a tomar un café. Ya me habían avisado —le explicó Alexandro mientras rebuscaba algo en uno de los cajones—. Pero, por la espera y porque se lo merece, le regalo una de nuestras bolsas que también sirve de mochila. Y le prometo que la siguiente en ser atendida será usted.

Pareció que la mujer se quedó satisfecha y Alexandro se centró en nosotros.

—¡Hombre, Salander, cuánto tiempo sin saber de ti! Parece que te va muy bien.

—Jaime, ¿era necesario que te presentases en mi lugar de trabajo? —Alexandro se había colocado las manos sobre la cadera— Aquí, gracias a ti, nadie sabe de mi pasado.

—No pareces extrañado de verme. Espero que no andes metiéndote en líos de mafias —Por la forma en que lo miró, supuse que Jaime intuía que aquel italiano no solo trabajaba en Apple—. He venido con mi compañero porque necesitamos de tus habilidades... para trabajar —Y entornando los ojos, añadió—. Y no me refiero, precisamente, a tu encantador trato con los clientes.

Alexandro se tocó la nuca y se la masajeó unos instantes. Luego hizo un gesto para que lo siguiésemos y abriéndonos paso entre la gente que se apiñaba sobre los dispositivos, nos llevó a la sala de personal.

—Aquí tenemos mayor privacidad, todos los compañeros están atendiendo —y sin rodeos nos preguntó—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Queremos que nos ayudes con un móvil.

—¿Tengo que descryptar un móvil? —replicó Alexandro sin dejar que Jaime acabase de explicarse.

—Primero tenemos que encontrarlo —Jaime levantó los hombros y añadió—. Y no sabemos si tiene batería.

—¿Y para localizarlo me necesitáis a mí? Eso lo puede hacer la policía —se quejó—. Creí que se trataría de algo así como el caso de San Bernardino. Aunque si lo que tengo que hacer es volcar la información de un iPhone bloqueado, mejor os vais con los de Cellebrite. Yo tardaría mucho más.

Se estaba refiriendo al atentado que había ocurrido hacía un año en Estados Unidos, donde un hombre había matado a catorce personas y herido a otras diecisiete. El asesino, de origen árabe, había muerto, y ante la duda de si se trataba de un atentado terrorista, el FBI había tratado de hacerse con la información de su móvil. Apple se negó a colaborar y comenzaron una batalla judicial, pero finalmente los federales acudieron a una empresa israelí, llamada Cellebrite, para desbloquearlo; pagaron 900.000 dólares.

—Tienes razón, pero tú nos has venido más a mano —y sin dar opción a réplica, le preguntó—. ¿Cuánto tardas? Lo necesitamos para ayer.

—Dame media hora. Acabo el turno en quince minutos y me pongo. Nos vemos en la estatua del Oso y el Madroño.

Le dimos los datos de Carolina y nos giramos para encaminarnos a la salida, pero nos dio tiempo a escuchar que Alexandro comentaba para sí: «Per una stupidità come questa mi cercano?» —No hablaba italiano, pero la palabra «stupidità» la entendí a la perfección, así que imaginé que le parecía una estupidez lo que le estábamos pidiendo, y deduje que Salander se tenía en alta estima.

Salimos y nos apretujamos en la barra del primer local que encontramos. Pedimos unos cafés para hacer tiempo y estuvimos hablando de otros temas para olvidarnos de lo difícil que era encontrar el dispositivo. Al poco rato eché un vistazo al reloj y vi que faltaban cinco minutos. Se lo dije a Jaime y con rapidez dio un último sorbo a la pequeña taza.

A la hora concertada ya estábamos junto a la estatua, pero ni rastro de

Salander. Cinco minutos después estábamos nerviosos y el inspector me dijo que entrásemos en la tienda y que lo buscásemos allí; probablemente, con la de gente que había, se le habría alargado el turno.

No se equivocó, enseguida lo vimos haciendo aspavientos y charlando animadamente con un par de adolescentes; los tres dirigían su mirada hacia un ordenador y parecían estar pasándolo en grande. Antes de que llegásemos levantó la cabeza y nos vio. Puso la mejor de sus sonrisas y empezó a llamar nuestra atención.

—¡Jaime, corre, ven! Les estaba explicando a estos chicos algunas aplicaciones de la computadora y me ha venido bien para buscar tu móvil. Tienes el iPhone 6S con la batería al mínimo.

En un momento, y con una jovial caradura que me hizo sonreír, nos acababa de dar un montón de información.

Nos acercamos raudos a la pantalla y los tres se apartaron para cedernos el sitio y permitirnos fisgar. Dos puntos parpadeaban sobre el extenso mapa de Madrid. Hicimos que acercara la imagen del primero. Era la urbanización Los Cerezos. Supusimos que se trataba de la casa de Carolina. Pero Salander nos informó de que ese dispositivo era el iPad, el móvil era el otro punto. «El otro, amplía el otro», lo atosigó Jaime. Y ante nuestros ojos se fue dibujando la silueta de la A-3.

—¡Es el vertedero de Valdemingómez! —exclamó Jaime excitado— Manolo —me ordenó con voz autoritaria—, llama a Angelines, al comisario y a quien haga falta y que envíen diez patrullas si es necesario. Que paren todo, que no lo incineren o lo conviertan en chatarra. Tenemos que conseguir ese teléfono —y completamente exaltado, exigió—. ¡Y el iPad!, que lo cojan inmediatamente. ¡¿Qué hace todavía ese aparato ahí?! —Aunque el inspector lo decía gritando, gracias al murmullo que había, los otros tres no acabaron de entender lo que decía.

Fui yo quien marcó el número de teléfono, pero, como un poseído, el inspector me lo quitó de las manos y fue quien se encargó de dar las instrucciones pertinentes a todos los implicados. Mientras lo hacía escuché como Alexandro les daba una explicación a los adolescentes: «Mi tío está un

poco mayor y tiró el móvil a la basura», y los tres soltaron una carcajada.

Cuando todo estuvo bajo control, Jaime, fingiendo severidad pero lleno de satisfacción, se dirigió hacia el italiano.

—Salander —le dijo como despedida—, hoy es tu día de suerte y no te voy a preguntar a qué te dedicas en tu tiempo libre —y girándose en dirección a la puerta, añadió—. Si cuando lo encontremos, la pantalla táctil no funciona, volveremos.

Alexandro no dijo nada. Con cara de guasa, se llevó el pulgar y el índice de una mano a la boca y los apretó sobre ella para indicarnos que estaba sellada; la otra la levantó para moverla y decirnos adiós. Nosotros salimos rezando para que pudiesen localizar el teléfono sano y salvo lo antes posible. Tenían que peinar la zona y eso requería su tiempo. Teníamos que esperar.

—¡Vamos a conseguir el móvil! —exclamé victorioso, bajando las escaleras que daban acceso al parking— No me puedo creer que hayamos tenido tanta suerte. El teléfono de Carolina ¡estaba conectado! —No podía parar de hacer comentarios. Mi mente era un torbellino de ideas a punto de estallar— En el momento en que el criminal se lo llevó estaría con la batería al 100%, luego lo tiraría en alguna basura sin cobertura y, gracias a eso, ha aguantado cargado hasta el vertedero —y seguí preguntando—. ¿Cree que será suficiente para pillar al asesino?

—No sé si será suficiente, pero nos va a dar mucha información —Tras pensar unos segundos continuó—. Alguien se molestó en llevarse el móvil y tirarlo en algún contenedor. ¿Por qué?

—Para que llegase al vertedero y ahí lo hicieran añicos.

—Entonces, algo contendrá que nos va a dar muchas pistas. El asesino está en ese teléfono, y tú y yo lo vamos a descubrir.

Se encendió un cigarro y puso el coche en marcha.

31 de diciembre de 2016

11

MERCEDES Y MIGUEL

Era sábado y último día del año. Hasta la noche anterior estuve convencido de que ese día me lo iba a pasar remoloneando y preparando la Nochevieja con los chicos del cuerpo que habían organizado una fiesta, pero nada estaba más lejos de la realidad.

Me había armado de valor y a última hora de la tarde llamé a mi madre para confirmarle que no iba a ser posible pasar el día de Año Nuevo con ella, como hubiese sido mi deseo, y como preferí no andarme con rodeos ni burdas excusas, le conté la verdad. Al principio se puso hecha una furia, pero a medida que le fui relatando la historia de Jaime: viudo, un hijo fallecido, las camisas sin planchar y la ceja partida, conseguí ablandar su corazón. Me quedé más relajado una vez hube colgado y cerré los ojos para rememorar todos los hechos que se habían sucedido en los últimos días. Y sobre todo conjeturaba con el móvil, con su contenido y con la posibilidad que me corroía de que se encontrara dañado y no pudiésemos obtener ninguna información. Al mismo tiempo me sentía feliz porque una serie de afortunadas casualidades nos habían permitido localizarlo; tal vez, un día más y hubiésemos fracasado. En ello estaba cuando el que empezó a sonar fue mi teléfono. Era Jaime, me convocaba, sin darme opción, a visitar por la mañana a Carlota Grau. «No hay tiempo que perder», me apremió. Le podría haber dado un montón de motivos para decir no, pero únicamente me salió un:

«Hasta mañana, jefe».

Tuve que agradecerle que la hora convenida fuesen las diez y media, así tuve tiempo de darme una larga ducha y desayunar tranquilamente. A la hora fijada ya estaba cruzando el umbral de la comisaría. Como era de esperar, allí solo se encontraban los servicios mínimos, más de la mitad de la plantilla estaba disfrutando de su día libre. Jaime estaba de pie, esperándome con su abrigo nuevo y la bufanda enrollada al cuello, dispuesto a salir sin dilación, pero la voz de Angelines, otra que siempre estaba de guardia, retumbó como un eco.

—Inspector Reyes, cambio de planes —Su tono era neutro—. Acabo de hablar con Carlota Grau y me ha dicho que se van a La Sierra a pasar Nochevieja —La expresión de Jaime fue de contrariedad—. Pero —prosiguió Angelines— me he tomado la libertad de llamar a la hermana, Mercedes, por si le interesaba —Y lo dejó en suspenso para despertar nuestra curiosidad.

—Angelines, ¿por qué cada día te veo más guapa? —la lisonjeó Reyes — ¿Y qué te ha dicho?

—Ella no me ha dicho nada porque no estaba. La empleada, que por el acento debe de ser filipina, y que atiende el teléfono con un: «Residencia de los marqueses de Gómez-Cuervo, dígame», me ha dicho que la señora marquesa se había ido a misa, pero me ha pasado con el señor marqués, quien ha tenido la deferencia de dedicarme unos minutos.

—Venga, ¿vamos o no vamos? —le preguntó el inspector con sorna.

—El señor marqués me ha dicho que está preparando un discurso muy importante, pero que sacará unos minutos para atender a los representantes de la ley, que tan destacada labor realizan en la sociedad.

—¿Y te lo ha dicho de esa forma tan pedante? —Jaime parecía incrédulo.

—Todo SIC —E hizo un chasquido con la lengua—. Por cierto, los de la científica han confirmado la firma de Carolina Martín, sin duda, es la suya. La tinta es muy reciente, calculan unos diez o doce días.

—Gracias, tan eficiente como siempre —Y le hizo un guiño—. No se

qué haríamos sin ti.

—Jefe —intervine yo—, ¿cree que estos dos nos pueden aportar algo al caso? No parece que estén muy relacionados con Carolina.

Aunque cierto gusanillo me picaba por tener la posibilidad de conocer a aquel insigne personaje, no podía dejar de pensar que era el sábado de Nochevieja y me apetecía todo menos perder el tiempo.

—Todo lo relacionado con los Grau nos va a aportar algo. Así que aire —Y sacó las llaves del automóvil que llevaba en el bolsillo.

Angelines nos dio los datos con la dirección y nos dirigimos por la M-40 hacia Pozuelo de Alarcón. En una media hora nos encontrábamos frente a la garita de acceso a la oculta y exclusiva urbanización La Finca. Los agentes de seguridad esperaban nuestra llegada, solo con decirle a uno de ellos que teníamos cita con el señor Gómez-Cuervo de Guevara ya no nos volvieron a molestar. Las amplias y arboladas avenidas, con zonas ajardinadas y lago artificial incluido, eran un paraíso para perderse, pero ni un alma transitaba por aquel lugar. Nos dimos cuenta de que la seguridad era máxima. Nos cruzamos con varios vehículos de vigilancia que lentamente recorrían la urbanización; las cámaras y detectores de infrarrojos instalados cada pocos metros controlaban cada uno de nuestros pasos. Jaime me confirmó que los habitantes de La Finca pertenecían a la más selecta élite de la sociedad. Aquello era un discreto búnker de la privacidad.

De entre las pocas casas que pudimos divisar, todas modernas construcciones, ya que se encontraban rodeadas de frondosa vegetación, lejos de la vista de ojos ajenos, destacaba una que en verdad impresionaba. Nos íbamos acercando a ella siguiendo las instrucciones de Google Maps. Era una mansión que, aunque sabíamos que era imposible, parecía un antiguo palacete italiano rehabilitado. Construir aquella casa habría costado una fortuna. La voz de la señorita del ordenador: «Su destino está a la izquierda», me sacó de mis cábalas acerca del precio.

Frente a la puerta de entrada, en el centro de una verde rotonda, una fuente con esculturas humanas de piedra, con los brazos en alto, sosteniendo lo que me pareció un escudo de armas por donde asomaba el chorro, nos dio

la bienvenida. Se nos acercó un hombre uniformado que se ofreció, aunque no nos dio otra opción, a aparcarnos el coche.

Una criada con cofia, delantal y guantes blancos se apartó y nos cedió el paso hacia el interior. Parecía que acabásemos de traspasar el umbral de una parisina tienda de antigüedades. Uno solo de aquellos muebles valdría lo que mi sueldo de un año; pero a mí me resultaba demasiado recargado y ostentoso. Jaime y yo nos quedamos observando la vidriera que se encontraba en la pared del fondo, donde volvía a aparecer el mismo blasón que vimos en la fuente. Un cuadrilátero azul con la punta inferior en ojiva y un cuervo negro en el centro sujetando una cruz dorada en el pico, flanqueado por dos leones amarillos, y un yelmo gris coronando la parte superior. En la parte inferior, donde suele ir el lema, dos M mayúsculas entrelazadas.

—Buenos días, agentes —nos saludó un hombre, a quien enseguida reconocí como Miguel Gómez-Cuervo— Sí, el suelo que están pisando es de barro antiguo. No se pueden ustedes ni imaginar lo que nos costó de localizar.

—En realidad, estábamos contemplando el escudo —le rectificó Jaime, e hizo las pertinentes presentaciones.

—Es la heráldica de mi familia —y nos fue dando toda la explicación sobre su noble linaje—: uno de mis antepasados, allá por el año 1372, fue caballero que participó en la batalla naval de La Rochelle, frente a los ingleses, junto a Bocanegra; y no solo salieron victoriosos, sino que todos los enemigos que no murieron en combate fueron hechos prisioneros y por ellos se pagaron elevadas sumas de dinero. A eso hay que añadir el botín que se embolsaron, que se encontraba embarcado en las naves derrotadas. Como recompensa, el rey Enrique de Castilla le concedió a mi antepasado el marquesado que ahora he heredado yo —y concluyó—. Las M han sido cosa de mi esposa, por Mercedes y Miguel.

Mientras relataba la historia familiar nos iba conduciendo a otra impresionante estancia que nos dijo, era su despacho y nos invitó a tomar asiento en el incómodo pero centenario tresillo, bordeado por doradas filigranas, que enfrentaba con la fastuosa y llameante chimenea. En aquella casa todo era grandioso, daba la impresión de que había sido construida para mostrar el poder de sus habitantes.

Pero había algo que me chirriaba en esa escena que parecía recién salida de la Ilustración francesa. Solo nos faltaba ponernos una peluca blanca y trasladarnos al siglo XVIII, aunque quizás a Miguel no le hubiese estado de más porque, a pesar de llevar una corta melena cuyos rizos en las puntas le cubrían las orejas y parte de la nuca, los grises cabellos empezaban a clarear en diversas zonas de la cabeza. Aquel corpulento hombre, culto y de modales exquisitos, que ya había sobrepasado los cincuenta, iba vestido de manera informal: pantalones anchos de pana verde militar y una ligeramente ajustada chaqueta gris de punto con cremallera que le marcaba sutilmente una incipiente barriga, a pesar de que se notaba que al marqués le gustaba cuidarse. Seguí analizando a aquel tipo y fue en ese preciso instante cuando descubrí que era lo que me había parecido fuera de lugar: era su calzado. Don Miguel llevaba unas sandalias de cuero negro; eran de diseño italiano, pues pude distinguir la marca cuando de tanto en tanto se las sacaba para luego colocárselas de nuevo. Quizás en otra época del año me hubiesen pasado desapercibidas, pero no en pleno invierno. Elucubré si ese signo de esnobismo equivaldría a prepotencia o solo se trataba de un chalado más de los que andan sueltos por ahí.

En aquellos momentos el marqués estaba haciendo referencia a su árbol genealógico y parecía muy enfrascado en su disertación, pero no paraba de echar rápidos vistazos al reloj y de dirigir la mirada hacia un montoncito de papeles que se encontraban sobre la mesa de su escritorio.

—¿En qué puedo ayudar a los agentes de la ley? —nos preguntó con semblante amable— Estoy preparando un importante discurso para exponer ante el próximo comité del partido y espero una llamada. Hasta entonces, disponen de toda mi atención.

—No queremos robarle su precioso tiempo y le agradecemos que pueda dedicarnos unos minutos —y continuó Jaime—. En realidad queríamos que nos comentase un poco sobre su relación con Carolina Martín. Como ya sabrá, la encontramos muerta en su casa y estamos intentando esclarecer los hechos. Todos los indicios apuntan a un suicidio, o tal vez otra cosa peor, y con su experiencia ya sabrá que en estos casos la policía debe intervenir.

—¡Ay, sí! Carolina. ¡Toda una tragedia! —y cambiando el gesto,

prosiguió—. Pero no tenía ni idea de que se tratase de un suicidio. ¡Qué horror!

—Sí, ya le digo que es una posibilidad. Sus compañeros de trabajo nos han dicho que se encontraba muy nerviosa y deprimida, tal vez sepa algo que nos ayude a entender qué le pasaba.

—Sinceramente, no puedo decirles nada. Yo me paso de vez en cuando por las oficinas porque tengo que tratar asuntos con don Guillermo Grau y, si bien es cierto que alguna vez Carolina y yo hemos almorzado juntos o nos hemos tomado algo, lo habitual era que nos saludásemos y cada uno siguiera con lo suyo —nos explicó el marqués.

—¡Ah! Creíamos que usted también trabajaba en el mismo edificio, con el señor Grau, quiero decir.

Jaime suponía que Miguel no trabajaba en aquel edificio, pero trataba de averiguar cuáles eran esos asuntos que tenía que tratar con Guillermo.

—En absoluto. Yo tengo mis propios negocios que, por cierto, no me van nada mal. Si escucha las noticias o lee la prensa, que doy por supuesto que sí, ya sabrá que me dedico a los fondos inmobiliarios y soy consejero en varias entidades financieras —y prosiguió—. Y, por supuesto, soy el nuevo secretario general de Construimos, y Guillermo es uno de los barones del partido y su apoyo financiero es crucial en nuestra causa.

—Y recuerda, por casualidad, cuándo fue la última de sus esporádicas visitas y si vio a la señorita Martín y la encontró un poco baja de moral —quiso saber Jaime.

—Normalmente soy algo despistado; de hecho, el otro día perdí las llaves de la finca del Escorial, pero casualmente sí que recuerdo cuando la vi. Lo sé porque estaba desesperado por hablar con Guillermo, el dichoso discurso me lleva de cabeza, y cuando lo localicé, vía telefónica, me dijo que estaba en su despacho. Tenía que verlo en persona porque necesitaba comentar con él varios detalles. Así que le dije al chofer que me llevara directo al Paseo del Prado —concluyó, mientras mi cerebro iba tomando nota de todo.

—¿Qué día fue eso?

—El viernes 23 de diciembre a última hora de la tarde. El edificio comenzaba a vaciarse.

—¿Podría ser un poco más preciso con la hora?

—Sobre las ocho más o menos. Hablé con ella cosa de unos minutos. Y, ahora que lo ha comentado, sí que noté rara a Carolina, se la veía nerviosa, pero como yo tenía prisa porque después de ver a Guillermo tenía una reunión con el tesorero del partido, no le di importancia —y preguntó—. ¿Piensa que puede ser relevante?

—Al menos demuestra que estaba pasando por un momento, por decirlo de alguna manera, complicado —Y Jaime prosiguió con su cuestionario—. ¿Había alguien más en ese momento en esa planta?

Miguel se quedó pensativo.

—En la planta noble, que yo recuerde, además de Carolina, estábamos: Guillermo, por supuesto, Bernardo —siguió pensando—, Álvaro y yo —de repente pareció recordar algo más, porque exclamó—. ¡Ah! y Fernando, mi cuñado, no sé muy bien por qué, pero estaba por allí.

Parecía que estábamos entrando en la parte más interesante de la historia, cuando nos vimos interrumpidos por unas voces procedente del hall. «Serán las niñas y Mercedes que acaban de llegar de misa», nos informó el señor marqués. En menos de un minuto la criada abrió la puerta y una adolescente y otra en puertas nos saludaron educadamente; enseguida se abalanzaron a besar a su padre. Él se mostró orgulloso al contemplarlas, pero les ordenó retirarse «hasta que papá finalice con su visita». Los ecos de sus voces se fueron disipando al ir alejándose de la estancia. Y entonces, como si de una aparición se tratase, se presentó ante nosotros la mujer con la mirada y la sonrisa más dulces que jamás hubiese visto. El abrigo blanco que lucía todavía la hacía parecer más cándida. Era ella, la señora marquesa de Gómez-Cuervo. Nos pusimos en pie.

Sabía que tenía cuarenta y cinco años porque lo había leído en alguna parte, pero supuse que el bótox, colocado en la dosis adecuada y en los lugares estratégicos, le quitaba casi diez años de encima. Llevaba suelta la media melena, rubia y ondulada. Me acordé de la figura de la Inmaculada

Concepción que teníamos en el colegio, e imaginé a Mercedes con veinte años menos posando como modelo ante el escultor.

Nos presentamos y ella estrechó nuestras manos con más fuerza de la que yo hubiese esperado en aquella frágil dama. Volvimos a ocupar nuestros asientos y ella se acomodó junto a su esposo.

—Y bien, ¿qué les trae por aquí? —su tono intentaba ser cordial, pero sonó firme— Me ha comentado la criada que son policías.

—Verá, señora marquesa, hemos venido a hablar con ustedes en relación a la señorita Martín.

—¿De Carolina? ¡Qué tragedia! —Utilizó la misma expresión que su marido— Y, por favor, llámenme marquesa a secas, lo de señora suena muy de mayor —Y nos sonrió tiernamente.

—Tenemos noticia de que ustedes dos eran bastante amigas —se inventó Reyes.

—Dejémoslo en conocidas. Tenía más trato con mi hermana. Ellas tienen tiempo de sobra para perderlo jugando al golf. Yo, con las niñas, mi hora diaria de misa y las obras de caridad, no doy abasto —Su timbre de voz era muy agudo.

—Bueno, cariño —la cortó su esposo—, también haces collares de flores —y dirigiéndose a nosotros e intentando magnificar las cualidades de su mujer, nos describió—. Se dedica a recoger todo tipo de flores, las deja secar y luego las plastifica —y reanudó con las virtudes de Mercedes—. También va al rocódromo a practicar escalada.

—Miguel, todo eso son cosas mías experimentales y ¡tú no eres quién para ir contándolo por ahí! Aquí viene todas las mañanas tu entrenador personal y yo no lo voy proclamando a los cuatro vientos —lo riñó indignada, sin importarle nuestra presencia. Él agachó la cabeza y dio la callada por respuesta. Y volviéndose hacia nosotros, adoptando de nuevo su pose bondadosa, concluyó— Nosotros poco les podemos decir acerca de Carolina. Hacía meses que no la veíamos.

—Marquesa, su esposo nos acaba de decir que la vio hace ocho días

—le contradijo Jaime.

—Entonces me he expresado mal, quería decir que yo hacía meses que no la veía y que no hablaba con ella —Y estiró sus finos labios hacia los lados pretendiendo una sonrisa. Su semblante se transformó en pura miel.

—Disculpen —intervino el señor marqués—, llevan aquí un rato y todavía no les he preguntado si desean tomar algo, ¿una copa de champagne, quizás? —Y pulsó un botón del diminuto mando a distancia que llevaba consigo. En menos de un segundo un asistente abrió la puerta y se quedó expectante en el umbral de la habitación— Roberto, que nos sirvan un aperitivo —le ordenó. Y el hombre desapareció de nuestro campo visual.

—No se preocupe, no queremos nada. Gracias de todas formas —agradeció Reyes.

—Insisto —declaró don Miguel—, son mis invitados y me parece lo mínimo que debo hacer por ustedes.

—Gracias de nuevo, pero no es necesario, nos iremos enseguida. No queremos causarles ninguna molestia.

—Pero si no es ninguna molestia. ¿Un café tal vez? ¿Algún refresco?

—Miguel, ¡te están diciendo que no quieren nada! ¿Por qué tienes que ser tan pesado? —lo reprendió su esposa en un tono peyorativo— Deja ya de insistir, por favor. ¡A veces me pones enferma! —Y lo miró con altanería.

Se escuchó lo que parecía el sonido de un teléfono fijo y al instante Roberto, quien a esas alturas ya tenía claro que era el secretario personal del marqués, se acercó discretamente y dejó sobre la mesita una bandeja con cuatro copas de champagne, donde aparecía de nuevo el escudo de la familia Gómez- Cuervo. Después, agachándose hacia la oreja de su jefe, le susurró: «Don Guillermo Grau». Fue inaudible, pero lo leí en sus labios.

—Disculpen —anunció Miguel levantándose—. Es la llamada que les comenté, estaba esperando.

Cerró la puerta al salir y nos quedamos a solas con doña Mercedes Grau. Ella se puso a hablarnos de banalidades: sobre su finca en El Escorial, la casa que se acababan de comprar en Londres, el colegio para señoritas

donde estudiaba su hija mayor en Suiza, el de Inglaterra donde acudía la segunda y sus últimas donaciones a la Casa de la Caridad y a las Hermanas Clarisas. Al charlar sobre estos temas, que tan amenos le resultaban, toda ella se transformaba en ternura y bondad, y ante mí volvía a aparecerse la Inmaculada Concepción. Pero cuando Jaime trataba de desviar el asunto hacia Carolina y los Grau, se ponía a la defensiva y tiraba balones fuera. Nos hubiese gustado saber cuál era su participación en los negocios de su tío, pero Jaime decidió no arriesgar y encontrar esa información a través de otras fuentes.

El sonido de unos nudillos golpeando suavemente la puerta nos distrajo de la, para nosotros, insulsa conversación. La marquesa dijo: «Adelante», y se presentó la criada con cofia, que ya nos había dado paso con anterioridad. Le pidió permiso a la señora marquesa para hablar con ella. Mercedes nos regaló un: «Disculpen», y una de sus dulces sonrisas. No habrían transcurrido ni dos minutos cuando los alaridos histéricos de Mercedes debieron resultar audibles hasta en Pozuelo de Alarcón.

—¡¡Hijaaa de puuutaaa!! ¡¿Quieeénn se ha creído esa hija de puuutaaa que soy yo?! —chillaba como si la estuviesen degollando— ¿Cómo se atreve a dejarme colgada a mí, a mí, la señora marquesa de Gómez-Cuervo?

—Señora marquesa, tranquilícese—pude entender aguzando mucho los oídos, pues la criada hablaba entre murmullos—, yo la sustituiré esta noche, no pasa nada.

—¡¡Será peeerraaa cabroona!! Dile tú misma que ni se le ocurra volver a pisar esta casa — y añadió entrecortadamente y tan acalorada que parecía que le fuese a fallar la respiración—, y ya veremos si le pago el finiquito. Si tenemos que ir a los tribunales, allí nos veremos las caras. ¡¡Zorra de mierda!! Esa no sabe a quién se enfrenta. Para el Año Nuevo le deseo que se atragante con la mierda que lleva dentro —gritaba como lo haría una trastornada.

Jaime y yo nos miramos atónitos. Jamás hubiésemos imaginado escuchar semejante retahíla de barbaridades e impropiedades saliendo de, lo que se suponía, una boca tan refinada y de tan alta alcurnia. Como atendimos voces que se acercaban a la sala contigua, también nosotros decidimos acudir

a ver qué había ocurrido. Las niñas, con cara de angustia, examinaban a su madre desde el pasillo. En ese mismo momento apareció Miguel bajando las escaleras y subiéndose la cremallera del pantalón.

—Cariño, ¿qué pasa? —le preguntó con cara de preocupación—. Tranquila, que tenemos aquí a la policía.

—¡Ni te lo imaginas! —le contestó tomando aire— La mal nacida de Teresa, que acaba de llamar para decir que se ha puesto enferma precisamente esta noche que tenemos la cena, y ya había quedado con ella que se quedaría a ayudar a Maja .¡Puta mentirosa! —Su voz, además de aguda, ahora sonaba estridente.

—Bueno, Mercedes, tal vez Kim pueda hacernos el favor y fin del problema.

La criada filipina agachó varias veces la cabeza, asintiendo.

—Sí, claro, ¡cómo se nota que tú nunca te encargas de nada! —lo despreció— ¿Y por qué te has quitado las sandalias que te regalé por Navidad? —le preguntó de malas maneras— Ya te he dicho que tú eres de los pocos hombres en España con la categoría suficiente como para poder llevarlas.

—Es que tengo que salir un momento y para no llegar tarde voy a coger la moto —le dijo con suavidad—. Entiende que, si no me las cambio y me pongo unos zapatos, puedo morir por congelación.

—¿Y dónde vas a estas horas, si puede saberse? Espero que no faltes al almuerzo —Su voz aguda bajó un par de tonos.

—He quedado con tu tío y sí, no llegaré tarde a comer.

La besó en la mejilla y se fue directo a abrazar a sus hijas. Después nos tendió la mano y asegurándonos que se encontraba a nuestra plena disposición, salió por una puerta trasera que dedujimos, llevaría al garaje. Decidimos aprovechar la coyuntura y despedirnos de la señora marquesa. Le besamos la mano, detalle que la llenó de satisfacción, y también de alivio al vernos partir. Ella simplemente nos dijo: «Adiós».

Nuestra intención era arrancar el Peugeot lo antes posible para poder

distinguir la moto de Miguel, pero tuvimos que esperar varios minutos a que lo sacaran del parking y ya nos fue imposible localizarlo.

—Menudo numerito —le comenté mientras salíamos de La Finca—, ¡cómo me ha engañado la marquesita! Cuando la he visto entrar por primera vez, me ha parecido la dulzura personificada, pero ¡madre mía después! Es un ejemplo claro de lo que significa «dar el pego». ¿Cómo la aguanta su marido? Yo no quiero una mujer así ni aunque me paguen. ¡Ché, qué arrogancia!

—Si te sirve de algo, a mí me ha pasado lo mismo. Es la soberbia disfrazada de ángel —y prosiguió—. El que me desconcierta es el marqués, todavía no sé cómo clasificarlo —Y se perdió en sus pensamientos.

—Si yo fuese él, probablemente me divorciaría —Me quedé en suspenso—. A menos que... —dejé transcurrir unos segundos— el divorcio me costase una fortuna.

—Sí —dijo el inspector volviendo de su particular planeta—, pero tiene mucha paciencia con su esposa. O está loco por ella, o así nos lo quiere hacer creer.

—O —añadí yo— tiene otra por ahí que le hace la vida más llevadera.

—Una amante —musitó para sí, y una sonrisa le iluminó la cara. Y para celebrarlo se encendió un cigarro.

Dimos el día por concluido. Todo el mundo se estaba preparando para la Nochevieja y ya nadie nos iba a atender. Le pedí que me dejara en la Plaza de Castilla porque tenía que visitar a unos conocidos. La realidad era que al día siguiente Jaime me invitaba a comer y no quería llegar con las manos vacías. Se me ocurrió un detalle interesante para dejar de fumar y me habían hablado de una tienda especializada en esos artilugios por Chamartín. Así que llegaría dando un pequeño paseo.

LA SOBERBIA

El día que nació Merchita Grau todos se sintieron colmados de felicidad; todos, menos ella misma. Se le concedió el don de la belleza, pero, sin dudarlo, hubiese preferido el don del habla únicamente para decir: «No», en el momento en que salía del útero de su madre. Pertenecer a una familia de agricultores de un pueblo de Burgos sería el estigma con el que cargaría toda su vida y su secreto más inconfesable.

Ya de bien pequeña tenía arranques de mal genio, pero aprendió rápido a utilizar el encanto que le proporcionaban su perfecta carita de querubín y aquellos rizos dorados para dulcificar las situaciones más complicadas y conseguir todo aquello que se proponía. A los cuatro años ya era una experta profesional en el arte de la seducción. Sabía elegir la expresión precisa, concedora de sus armas, y convertirse en la bondad personificada.

Sintió una punzada de celos al verse destronada por su hermana recién nacida, Carlota, pero en pocos meses recuperó todas las atenciones, erigiéndose como la afable protectora de la más pequeña, y volvió a hacerse con el trono.

Le gustaba escuchar las alabanzas de los adultos: «Esta niña tiene un ángel que enamora», pero si alguien osaba hacer algún comentario sobre su mal carácter o contradecirla en lo más nimio, el odio la roía por dentro y se juraba no olvidarlo. Y así como se le había regalado el don de la divina hermosura, también el germen del rencor había sido sembrado en su interior y

como si de una planta parásita se tratase, le iba chupando el corazón.

Nunca olvidará la primera vez que fue consciente de la diferencia de clases. Tenía ocho años y vinieron sus tíos de Madrid a pasar unos días, como tantas otras veces. Pero esa ocasión fue diferente para ella. Comenzó a fijarse en los detalles, cosa que antes no había hecho: el coche era nuevo y reluciente, y estaba cargado de maletas y regalos para ellas. Los abrigos de color verde que llevaban sus primos eran iguales y le parecieron los más bonitos que jamás hubiese visto. La tía Susana era una mujer que nada tenía que ver con su madre. Llevaba unos zapatos de tacón de aguja que Merchita no podía dejar de mirar, y sus movimientos y toda ella desprendían un halo de elegancia y distinción que la niña no podía parar de admirar. Vio el sucio delantal, las viejas zapatillas y el pelo revuelto de su madre y se sintió abochornada. «¿Por qué mi mamá no es así?». Pero ella no hizo ningún tipo de comentario, ni para decir lo que le había gustado el vestido que le habían traído que, por cierto, le pareció maravilloso, ni para decir lo guapa que era su tía. Se limitó a dar las gracias y a poner una de sus inocentes expresiones, dejando que alguno de sus rizados mechones le cubriese la cara. Su tía se lo apartaba y exclamaba: «¡Pero qué guapa eres!».

En la soledad de su dormitorio se vio a sí misma como lo que era: una preciosa pueblerina, y eso no le gustó. Se preguntaba por qué sus primos vivían en Madrid y llevaban aquella fantástica ropa y tenían aquella madre que olía a perfume, y ella no. Su pequeña mente tampoco entendía por qué sus padres parecían tan felices trabajando de sol a sol y viviendo en aquella casa tan fría. Se consolaba pensando que, al menos, era guapa y que algún beneficio podría sacar de aquello. No como su hermana que, la pobre, no había salido muy agraciada en cuanto al físico se refería, pero como solo tenía cuatro años, todavía no era consciente ni de su fealdad ni de su condición de pariente pobre.

Mientras decía adiós con su manita para despedir a sus familiares que ponían rumbo a Madrid, tuvo claro que iba a ser uno de ellos y que iba a vivir como ellos. Si todos eran Grau, significaba que tenían los mismos derechos. Nunca más iba a sentirse de menos.

Dejó de tratar a las otras niñas del pueblo y cuando no le quedaba más

remedio que dirigirles la palabra, lo hacía con altanería y desprecio. Hasta en la escuela se atrevió a contestar a la maestra: «Usted no me puede reñir porque soy una Grau», simplemente porque le había reprendido por hacer mal un ejercicio.

Durante los siguientes años se fue poniendo tan pesada que ya ni siquiera se molestaba en adoptar su cándida actitud. Se había propuesto mudarse a la capital, como estaban haciendo la mayoría de habitantes, y a los doce años consiguió su propósito. Sus padres barajaron la posibilidad de que se fuese a vivir con sus tíos, pero finalmente decidieron, a petición de Guillermo Grau, que doña Carlota y sus dos hijas se trasladaran a Madrid. Bernardo iría a verlas los fines de semana, siempre y cuando la faena se lo permitiera.

El chalet, porque como dijo el tío de las niñas era mejor un chalet para contar con el mismo espacio que tenían en el pueblo, estaba ubicado en la calle Arga, en el barrio del Viso, uno de los de más solera de Madrid. Así, los dos hermanos serían vecinos y eso les ayudaría a acoplarse más fácilmente a su nueva vida.

A Carlota la pudieron matricular en el mismo colegio británico al que acudían sus primos; por su edad, y con apoyo extra, conseguiría en poco tiempo alcanzar el nivel de sus compañeros. Pero sobre la hermana mayor les dijeron que ya era tarde para adaptarse a una nueva lengua y a otro sistema de estudios. Merchita tuvo que conformarse con el mejor colegio de monjas de la ciudad.

Su cándido e inocente aspecto la ayudó a congraciarse pronto con todo el vecindario, con los amigos de sus primos y con las niñas de buena familia de su curso que le interesaban. Era la pureza hecha carne que se convertía en un ser despiadado y engreído con todos aquellos que consideraba inferiores. No es que los mirase por encima del hombro, es que ni siquiera se dignaba a mirarlos. En cierta ocasión un barrendero le pidió que, por favor, no pisara las hojas secas que acababa de apilar, ella se subió sobre el montón de hojarasca, dio un par de saltitos y prosiguió su camino.

Prohibió a su madre y a todos sus familiares que la volviesen a llamar Merchita. Su vida había cambiado y quería hacer desaparecer cualquier rastro

del pasado. A partir de ahora su nombre era Mercedes Grau, de los millonarios Grau que vivían en la calle Arga de Madrid.

Le fueron saliendo jóvenes pretendientes que veían en ella a la idónea madre de sus hijos: tan tierna, tan inmaculada y tan linda. Pero si sus apellidos no eran lo suficientemente buenos para ella, ni siquiera se molestaba en darles una oportunidad, por muy guapos o simpáticos que le resultaran.

Cuando Mercedes cumplió los dieciocho años, su madre les informó de que se volvía al pueblo. Doña Carlota no había logrado adaptarse a Madrid y añoraba su antigua casa y a su marido, quizás fuese un poco precipitado, pero había estado aguantado esos años por el bienestar de sus hijas, y ya había comprobado que las niñas podían apañarse perfectamente sin ella. Contaban con la ayuda de la asistenta y la proximidad de sus tíos; así que hizo las maletas y encaminó sus pasos a su siempre recordado Burgos, a sabiendas de que cada dos o tres semanas iría a verlas para echarles un ojo y que no se perdiesen por el mal camino.

A Mercedes, esta decisión le supuso una de sus mayores alegrías. Nunca lo hubiese confesado en público, pero se avergonzaba de su madre. No le veía ninguna clase ni estilo y prefería que estuviese lejos para que la gente confundiese a la tía Susana con su propia madre. No recuerda haberlo pasado tan mal como la tarde en que uno de sus acompañantes la acercó a su casa y doña Carlota estaba entrando por la puerta. El chico le preguntó quién era aquella mujer y ella, con gesto de despreocupación, le soltó: «Es la señora de la limpieza».

Con la desaparición de su madre del panorama madrileño se sintió mucho más libre para adoptar su estelar papel de Mercedes Grau. Inculcó a su hermana sus mismos valores e ideales. Sabía que Carlota no iba a tener las mismas oportunidades que ella, no podía pretender sus mismas aspiraciones, no tenía ni su gracia ni su belleza, pero sí el apellido Grau y lo que eso representaba para el resto de mortales. Le hizo comprender el valor del dinero, que todo lo compra. Consiguió que su hermana se sintiese orgullosa de ser quién era y si en algo se parecieron las hermanas, fue en su misma mirada altiva. La diferencia era que a Carlota se le quedó perpetua y

Mercedes la ponía a su antojo. Carlota fue la que siempre admiró a Mercedes y se sintió dominada por su atractiva determinación. Si alguien consiguió doblegarla, esa fue su hermana Mercedes.

Mercedes no estudió ninguna carrera universitaria. Su carrera iba a ser la de encontrar el mejor marido que nadie hubiese imaginado y que la situara en la posición que ella merecía. Sabía que no iba a ser tarea fácil. Necesitaba un hombre con el dinero y el poder de su tío, y algo más que la colocara por encima de su millonaria parentela, aunque todavía no sabía qué podría ser ese «algo más».

Para sus planes contaba con su divina belleza, su fingida dulzura y su apellido. Una amiga le había comentado que a los hombres se les conquista por el estómago o por el sexo, y mejor si eran las dos cosas juntas. Así que, sin pensarlo dos veces, se apuntó a unos cursos de cocina y se leyó y aprendió el *Kamasutra* de la primera a la última palabra.

Pero el príncipe azul no llegaba, quedaba con unos y con otros, pero le parecían una pérdida de tiempo. Para ir mejorando su preparación como «Señora de», ojeaba las fotos de los libros de arte que utilizaba su hermana en Bellas Artes, carrera por la que se había decidido, para que le sonasen los nombres de algunos cuadros y esculturas. Se acostumbró a leer la prensa a diario, estar al día en todo lo relativo a economía y política le suponía un duro trabajo, pero necesario para codearse con los personajes con los que tendría que tratar su futuro marido. También cuidaba con mimo su aspecto personal, una masajista acudía a su casa dos veces por semana y se proveía de todas las cremas y productos más caros del mercado.

Como el tiempo pasaba y ninguno de los hombres que la rondaban colmaba sus expectativas, decidió claudicar por una temporada y conformarse con Carlos, un chico de buena familia que había estudiado odontología, que ya llevaba un par de años con clínica propia y con perspectivas de abrir otra en breve. Él se desvivía por hacerla feliz, pero como Mercedes se encontraba insatisfecha, Carlos no era lo que ella había soñado, en infinidad de ocasiones llegaba a ser cruel con el chico. Él estaba enamorado y la aguantaba con paciencia enfermiza.

Hasta que llegó el día en que el destino quiso ponerse de parte de

Mercedes. Una de sus amigas del colegio, Lorena, la invitó a su fiesta de inauguración de piso. Lorena pensaba aprovechar la ocasión para presentar a sus conocidos a su novio Miguel, por quien aseguraba estar muerta de amor y con el que esperaba formar una familia.

Para el evento Mercedes eligió un vestido de cóctel color salmón que le marcaba la figura, con sandalias plata de tacón y una riviére de brillantes como única joya. Acudió acompañada por Carlos, pero desde el instante en que le presentaron a Miguel el resto de invitados, la anfitriona y su novio dejaron de existir.

Miguel tenía diez años más que ella y le pareció un hombre muy interesante desde que pronunció la primera palabra. Ya hizo ella para entablar conversación con él y adoptar el papel, que tan bien le funcionaba, de ingenua y cándida señorita acostumbrada a saber escuchar. Así se enteró de que él había estudiado en Oxford y de que era consejero delegado en distintas entidades bancarias, ya que su padre, el marqués de Gómez-Cuervo, presidía alguna de ellas. Por si esto fuera poco, también le explicó que era un enamorado del vino y que estaba poniendo en marcha una bodega en una de las fincas que la familia poseía en Logroño. Aunque aparentaba dulzura y tranquilidad, el corazón de Mercedes palpitaba a diez mil por hora.

Aquella tarde Miguel no mostró especial interés hacia Mercedes, más bien se escuchó a sí mismo y disfrutó de su soliloquio, pero esto no desmoralizó a la joven. Mientras Miguel seguía con su perorata, ella estaba pensando en que Lorena ya podía ir despidiéndose de Miguel y de sus sueños de familia con él. Y si todo salía como esperaba, también Carlos pasaría a ser historia. Antes de despedirse Mercedes se preocupó de hacerse con el teléfono de Miguel, sabía que endosarle el suyo era un absurdo; él no la iba a llamar.

Mercedes se dedicó a investigar todos los movimientos de Miguel y descubrió que todos los viernes de una y media a dos y media jugaba al *squash* con unos amigos en el Club de Tenis de Majadahonda y luego se quedaban a comer.

Le faltó tiempo para lanzarse a una ferretería y comprar el clavo más grande que tenían en la tienda. Esperó dos viernes y el tercero, cogió el coche

y puso rumbo a dicho municipio. Dos kilómetros antes de llegar frenó y bajó del automóvil, puso el clavo delante de la rueda y volvió a subir, arrancó el motor y pasó por encima, cerciorándose de que el duro metal penetrase profundamente el neumático. Procuró no ir muy rápido para no perder el control del coche y dar tiempo a que la rueda se deshinchara. Había calculado bien, cinco minutos después la llanta de la rueda rozaba el suelo y se le hacía imposible continuar. Eran las dos y treinta y siete. Sacó su enorme teléfono móvil y marcó el número de Miguel. Le contó que iba hacia Las Rozas y se le había pinchado la rueda, que se sentía sola y desamparada, y le mintió alegando que recordaba que le había comentado que solía ir allí los viernes, y por eso le vino él a la cabeza. Miguel, como buen caballero, acudió veloz en su rescate. Como tampoco tenía ni idea de cambiar una rueda, decidieron que lo mejor era llamar a la grúa y dejarlo en un taller.

Acabaron comiendo juntos y, a pesar de que Miguel le dijo que no solía beber alcohol entre semana, se bebieron dos botellas de vino, y el postre se lo tomaron en la habitación del hotel que encontraron más cerca. Y ahí Mercedes volvió a ganar la baza, pensó: «Si en la cama hay que ser puta, voy a ser la mejor».

En el trayecto de vuelta ella no paraba de lamentarse y decir inocentemente: «Es la primera vez que hago esto. Has sido tú que me has hechizado». Se prometieron que eso no volvería a suceder y que sus respectivas parejas jamás se enterarían. Pero lo inevitable ya había sucedido y Miguel había caído en sus redes.

Por si acaso, tuvo la precaución de no abandonar a Carlos inmediatamente, los estuvo simultaneando a ambos un par de meses, hasta sentirse segura en los brazos de Miguel.

Ocasiones como aquella solo pasan una vez en la vida, y Mercedes no podía arriesgarse a perder ese tren. A los seis meses de comenzar la relación se quedó embarazada. Durante ese tiempo nunca enseñó sus garras y fue la perfecta y dulce Mercedes. Le juró y perjuró que no entendía cómo había podido ocurrir, y ahí sacó su vena más beata: «Esto ha sido una señal divina, Miguel, Dios quiere que estemos juntos».

Repitió que la boda debía celebrarse cuanto antes, no quería que la

gente murmurase acerca de su estado, e insistió en que deseaba algo íntimo, pero poniendo uno de sus cándidos gestos y utilizando su tono de voz más meloso, le susurraba: «Pero no podemos dejarnos a nadie fuera, dado tu apellido y el mío».

La celebración fue por todo lo alto en la finca de los viñedos de Logroño. Acudieron más de 500 invitados, entre los que destacaban personalidades del mundo de la política, las finanzas y la nobleza. Sin lugar a dudas, fue el día más feliz en la vida de Mercedes.

A los treinta años ya había conseguido todo a lo que había aspirado: se había casado con un millonario, tenía una niña preciosa y era marquesa. Ya había conseguido ese «algo más».

Como le gustaba que todos supieran de su poderío, pero debía ser prudente y discreta para no parecer pretenciosa, ya se encargaba de contarle a las dos o tres personas adecuadas las fortunas que se dejaban en obras de caridad y los elevados precios que pagaban por sus fincas o las nuevas joyas que su marido le regalaba. Les decía, agachando la mirada: «Pero, por favor, no se lo cuentes a nadie», con la convicción de que al día siguiente medio Madrid ya tendría conocimiento de la noticia.

Miguel intentaba no hablar de sus negocios en casa, esquivaba las preguntas de su esposa sobre sus asuntos profesionales, argumentaba que el hogar debía ser un remanso de paz que le ayudara a olvidar por un rato las preocupaciones. Pero su tono de voz solía ser bastante alto al hablar por teléfono y desconocía que Mercedes pegaba su oreja a la puerta de su despacho para poder escuchar, incluso llegó a coger vasos para que el eco le llegase con mayor amplitud. Y sobre lo que no llegaba a entender bien, ya se preocupaba ella de averiguarlo mediante otras artimañas. Al año de casarse Mercedes sabía de los trapicheos de Miguel mucho mejor que él mismo.

Una mañana de junio, cuando su segunda hija tenía dos meses, la doncella llamó a la puerta de su dormitorio y la sacó de su profundo y reparador sueño. Mercedes creyó que se trataba de algún problema con la pequeña y su biberón, pues ella se había negado en rotundo a darle el pecho, si no se lo había dado a la mayor, que ya tenía dos años, tampoco lo haría con la pequeña. Tenía muchas probabilidades de que le saliesen estrías, y eso era

lo último que quería. Pero no se trataba de ningún asunto infantil, la sirvienta le informó de que tenía una llamada urgente de su madre. «¿Tan urgente como para sacarme de la cama a las 10 de la mañana, recién parida que estoy?», se quejó. No tuvo más que girarse sobre la cama y alargar el brazo para coger el teléfono, le habían pasado la llamada a su habitación. Doña Carlota, entre lágrimas y sollozos, le comunicó el fallecimiento de su padre. El tractor que conducía había volcado y Bernardo había sido aplastado. El entierro se celebraría al día siguiente.

Allí se reunió el clan Grau al completo, y las cuatrocientas almas que quedaban en el pueblo, para despedir a aquel hombre tan bueno y trabajador. Sus tíos, a quienes las lágrimas se les saltaban a cada momento, se las apartaban a su manera; Susana se las enjugaba con elegancia exquisita mientras que Guillermo se sonaba estruendosamente, provocando las miradas de los allí congregados: sus primos con las novias, su hermana Carlota con su prometido y Miguel junto a ella. Toda la familia mostraba un rostro serio y compungido y había elegido el color negro como única opción en su vestuario. En realidad, no todos, su madre y su abuela Mercedes parecían idas y acudieron a la iglesia con sus habituales alpargatas. Mercedes Grau sintió vergüenza de ellas y se alegró de que el día de su boda su tía Susana se encargara de arreglar a doña Carlota y dejarla en condiciones presentables.

Solo hubo una cosa en la que coincidieron las cuatro mujeres más allegadas al finado, aunque los motivos eran radicalmente opuestos. Ninguna lloró. La esposa y la madre, porque todavía no podían creerse lo que había sucedido; las hijas, porque ya se habían encargado ellas de que el trato con su padre hubiese sido bastante frío y poco frecuente y no sentían ninguna pena.

Carlota y ella tuvieron que quedarse un par de días más en el pueblo, tenían que poner en orden todos los asuntos de don Bernardo y dejar zanjado el tema de la herencia. A las dos hermanas les resultaba una tarea molesta y tediosa.

Al leer el testamento los cuatro ojos que miraban las escrituras estuvieron a punto de salirse de sus órbitas: su padre no tenía nada. No les había dejado nada porque nada había que dejar. Solo fue un simple agricultor con unas pocas tierras, que eran las que trabajaba. Ellas, que estaban tan

seguras de que sus padres llevaban ese nivel de vida porque era el que les hacía felices y no aspiraban a más, estaban equivocadas. Quizás eso fuese también cierto, pero, en realidad, no tuvieron otra alternativa. Necesitaban respuestas y aquel deshecho de ser que era su madre no se las iba a poder dar. Cogieron el montón de papeles que don Bernardo guardaba en un baúl y se marcharon de regreso a Madrid. Tenían que mirarlo todo con más calma. No tenían la menor intención de volver a aquel pueblucho de mala muerte.

Los años fueron transcurriendo rápido y los negocios de Miguel marchaban viento en popa; cada vez entraba más dinero, a veces en el banco, a veces en bolsas de basura. Hasta que llegó el día en que su marido dio un paso más y de la mano de Guillermo Grau fundaron el partido político Construimos. En poco tiempo alcanzó un elevado número de afiliados y votos, lo que permitió la entrada de algunos de sus miembros en las formaciones de varias consejerías de Madrid. Los tentáculos del poderoso Guillermo Grau se van multiplicando y Miguel se está convirtiendo en un personaje muy popular e influyente. Mercedes Grau acecha a su marido, ella también tiene que llegar a lo más alto.

A veces, Mercedes se queda contemplando el lago que se atisba desde su dormitorio y pierde la noción del tiempo. Las aguas se van difuminando hasta que se diluyen y se convierten en árida tierra vallada por alambres. Apoya las manos en el cable pensando que va a herirse, pero estos desaparecen y le dan vía libre. Cae de rodillas y queda cubierta de polvo, de un polvo tan negro que parece hollín. Se revuelca. Mira al cielo y ríe de satisfacción.

Entonces entra Miguel en la habitación y se queda tras ella, mirando hacia el mismo punto fijo. Sus pensamientos confluyen. Él llega por la carretera, en su coche oficial, la recoge toda mugrienta y dichosa y ponen rumbo a la Moncloa.

1 de enero de 2017

12
JAIME

Madrugué como de costumbre y me levanté con un ligero dolor de cabeza. No me había acostado tarde, me retiré a las dos y media de la madrugada, pero sí que había bebido más de la cuenta y me había fumado algún que otro cigarro, que era de lo que peor me sentaba. Sentía la boca pastosa y efluvios de tabaco rancio emanaban de mi pelo y de mi cuerpo. Necesitaba una ducha y un café con leche muy cargado.

La noche anterior un nutrido grupo de compañeros nos habíamos reunido en un asador, muy cercano a la comisaría, para celebrar juntos la Nochevieja. Habían dispuesto dos largas mesas de punta a punta; en una era imposible que cupiésemos todos. A mí me tocó sentarme entre Angelines y el inspector, hecho un figurín, con una llamativa corbata de pequeños toros. Ella no paraba de repetir lo buenísimo que estaba todo, y en eso tenía que darle la razón; dejé los platos tan rebañados que parecían recién salidos del lavavajillas. De bebida tampoco nos quedamos cortos y con tanto alcohol en el cuerpo, Angelines se achispó y tras colocarse un picudo birrete de un azul brillante en la cabeza se puso parlanchina.

—¿Sabes cuántos años hace que Jaime Reyes no venía a una de nuestras fiestas? —y sin darme opción a responder, continuó— Pues ni me acuerdo, pero, por lo menos, quince. Creo recordar que la última vez vino con

su mujer.

—¡Vaya! —exclamé yo sintiendo los efectos del alcohol— ¡Cuánto me alegro!

—¿Y sabes el tiempo que ni se fijaba en mi pelo ni me decía cuatro tonterías? —Ella sola llevaba la conversación— Pues lo mismo, quince años. ¿Y el tiempo que no llevaba una camisa en condiciones? Ni te cuento. Este hombre en una semana es otro, me ha recordado al que solía ser —Le empezaba a costar articular las palabras—. Y le he estado dando vueltas y solo hay dos cosas nuevas: el caso y tú. Así que su cambio se debe a una de esas dos alternativas... o a las dos juntas.

—Por mí no será, Angelines —en el fondo me hacía ilusión que así fuera—, será el caso que le ha dado vidilla.

—El caso le influirá seguro, pero tú, también —y prosiguió con voz gangosa—. Lo he visto trabajar con otros y con ninguno se ha llevado tan bien como contigo. ¡Enhorabuena novato! —y soltó una divertida carcajada.

Me puse tan contento, por la bebida y por los comentarios de Angelines, que después de las doce campanadas me marqué unos bailes con ella mientras soplabá un silbato y me dejaba enrollar varios espumillones alrededor del cuello. Aunque lo mejor de la noche estaba por llegar. Jaime Reyes se desprendió de su chaqueta, se aflojó la corbata y colocándose uno de aquellos ridículos gorritos, que tan gracioso lo hacía aparecer, agarró a Angelines de la cintura. El resto nos colocamos en círculo y entre: «Vivas y bravos», bailaron el pasodoble que sonó en su honor. Hacía tiempo que no me divertía tanto y, a juzgar por lo que observé, creo que al inspector le sucedió lo mismo.

Jaime se retiró poco antes que yo y dándome una palmada en la espalda y con una sonrisa de oreja a oreja, me recordó la hora de nuestra cita y me aconsejó que no olvidara el cuaderno de notas. Allí se quedó Angelines, moviendo el esqueleto como si tuviera veinte años y alegre como un cascabel.

Por la mañana me duché tomándome todo el tiempo del mundo. Necesitaba quitarme el olor que impregnaba mi cuerpo, pero, sobre todo,

necesitaba despejar mi mente. Primero agua caliente y después fría; cuando me sentí preparado, cerré el grifo de la caliente y dejé que la lluvia helada me empapase de arriba abajo. Me mantuve ahí durante medio minuto, no aguanté más, pero fue suficiente para cumplir mi objetivo. Me sentí renacer. Decidí que pasaba de la leche y me tomé un café solo, negro y fuerte, y me dispuse a repasar todas las anotaciones. A los quince minutos me había quedado dormido.

A la una del mediodía abrí un ojo y seguía con el albornoz puesto. Tenía que darme prisa en decidir que ropa ponerme. Aunque Jaime me había asegurado que era un restaurante de comida típica asturiana, no sé por qué, intuía que el sitio iba a ser de postín. Pero no me veía con traje y corbata, me parecía excesivo. Dudé y recordé los consejos de mi antigua compañera de clase, de quien, por cierto, no me había acordado en toda la semana, pero no dejé de hacerle caso. Me puse unos vaqueros oscuros con una camisa blanca y cambié mis deportivas por unos clásicos zapatos. Como se me hacía tarde y no quería hacerle esperar, tomé un taxi y le di la dirección: «A la calle Serrano».

El restaurante era pequeño e íntimo. Sillas y cortinas de terciopelo, donde el granate era el color predominante. Un lugar diametralmente opuesto a las tabernas que yo solía frecuentar. A juzgar por los personajes, entre los que distinguí a Guillermo Grau, que aparecían en algunas fotos colgadas discretamente por la entrada, la comida debía de costar un riñón.

Me acerqué a la mesa donde estaba el inspector y me fijé que Jaime también llevaba una camisa blanca que le resaltaba el color amarillo amoratado de su ojo. Me tendió la mano y me dio una cordial bienvenida. Me puse a mirar la carta y al ver los precios, le comenté que me gustaba todo y que eligiese por los dos. Me preguntó si me parecía bien que pidiésemos unas entradas y compartiésemos una fabada, que era una de las especialidades de la casa. Le respondí que era lo que más me apetecía del mundo. En realidad, me daba igual.

Una vez nos tomaron nota y nos sirvieron uno de los mejores Riojas que había probado en mi vida, saqué la agenda de mi chaqueta y la dejé sobre la mesa.

—¡Manolito!, ¿ya? —se quejó Jaime, con la copa de vino en la mano
— No me dejas ni respirar.

—No —me defendí rápido—, lo he sacado para que no se me olvide
—Y a continuación saqué un pequeño paquete del otro bolsillo y se lo ofrecí.

—¿Y esto? —Se quedó perplejo.

—Un detalle. Mi madre, desde siempre, me ha inculcado que cuando te invitan a comer tienes que llevar algo, y como no le iba a traer unos pastelitos, bueno, *ché*, que se me ha ocurrido esto.

—Pues muchas gracias, en serio que me has sorprendido. No me lo esperaba en absoluto —comentaba mientras desenvolvía el regalo con auténtica ilusión—. ¿Y esto qué es? —preguntó al sacar el pequeño artilugio de la cajita— ¿Es un *Zippo* antiguo?

—No. Es lo último en cigarros electrónicos. Esto rectangular es la batería y cuando quiera fumar no tiene más que apretar este botón —E indicándole el lugar, le fui explicando los pormenores del funcionamiento— Y lo mejor es que está permitido utilizarlo en muchos espacios cerrados, sin molestar, porque es solo vapor. Probablemente aquí pueda —Enarqué una ceja para adoptar una actitud pícara.

—Voy a probar. A mí jamás se me hubiese ocurrido comprar uno de estos cacharros —E hizo la prueba, provocando una humareda de vapor que se disipó en segundos—. Hombre, lo mismo no es —Y volvió a intentarlo—. Pero el golpe de garganta lo imita bastante bien —y escrutándolo minuciosamente, me lo volvió a agradecer.

Nos fueron sirviendo las entradas y empezamos a hablar sobre intrascendencias culinarias. De tanto en tanto probaba su nuevo cigarrillo. Para cuando llegó la fabada, servida en la tradicional cazuela de barro, tuvimos que pedir otra botella de vino. Nos habíamos quedado cortos.

—¡Excepcional! —exclamé dejando la cuchara en el plato— Ahora entiendo por qué este restaurante es de sus preferidos.

—Sí, aquí la hacen riquísima —y continuó—, pero la que nunca olvidaré, y recordaré como la mejor, era la que cocinaba mi mujer.

—¡Vaya! —Me había quedado sorprendido, no me esperaba aquel comentario para nada. Como no sabía muy bien que decir, solté— Pues sí que la haría buena, porque esta sabe a gloria.

—Sí —afirmó pensativo—, tenía una mano magistral para la cocina.

Yo le pegué un buen trago al vino.

—¿Y qué pasa?, ¿qué ya no cocina? —Sabía que su esposa había fallecido y dudaba entre decirle que lo sabía o hacerme el tonto. En un segundo elegí la última opción.

—Como bien sabes — estructuraba las palabras con mucha calma y suavidad—, mi mujer murió hace ya años, aunque alguno menos de los que tú piensas —me aclaró.

—Mire, tiene razón, ya lo sabía —me sinceré—, pero no sé si usted tiene ganas de contármelo o no, así que lo que decida, bien decidido está.

—Es que te las pillo todas, Manolito, ¿cómo voy a saber yo lo que sabes tú? —bromeó— Pero lo intuía, sé que corren muchos rumores por ahí.

—Dicen que su mujer y su hijo fallecieron en accidente hace quince años —y finalicé—. Eso es lo que sé.

—Básicamente, así es, pero hay inexactitudes —Y me clavó su mirada—. ¿Sabes que me recuerdas mucho a él? —Me puse un poco nervioso— A mi hijo, quiero decir, a Santi —puntualizó—. Preferimos bautizarlo como Santiago para que en el colegio no fuera Jaimito —Sonrió con nostalgia.

—¡Ché, jefe! —Fue lo único que se me ocurrió. No sabía si aquello era bueno o malo.

—Ahora tendría tu misma edad, o un par de años más. Y hay ciertos rasgos de tu carácter que se parecen mucho a los de él, y la mirada, tenéis la misma —A Jaime se le iluminó la suya—. Era un buen chico.

—¡Cuánto lo siento! Debió pasarlo muy mal.

Y volví con el vino porque salir de esas situaciones tan embarazosas siempre se me ha dado bastante mal. Nunca he sabido cómo expresarme para dar el pésame.

—Ni te lo imaginas —con la copa de vino en la mano y dando pequeños sorbos y caladas de vapor, me fue contando la crónica—. En junio se cumplirán catorce años. Mi mujer se empeñó en ir a Cartagena con los chicos para visitar a su madre, se había caído y se había roto una pierna. Yo, como siempre, tenía mucho trabajo y no podía acompañarlos; ni siquiera me acerqué a la estación para despedirlos. Era martes y volvían el viernes, así que tres días no suponían nada. A la altura de Chinchilla chocaron con un tren de mercancías que iba en sentido contrario por la misma vía. Error humano. Fin de la historia y casi de mi vida.

Me quedé en silencio porque era incapaz de encontrar las palabras de consuelo adecuadas. Ni siquiera sabía si Jaime las esperaba, seguramente no. Así que eché mano de mi copa y le di un trago.

—Pero aquí estoy —prosiguió—, acordándome de ellos a diario, pero deleitándome de una succulenta fabada y de este cacharro, que me permite aguantar aquí dentro y no tener que salir a la calle a pasar un frío del carajo para fumarme uno de verdad.

—¿Y su otro hijo? —indagué— Acaba usted de decir que ella se llevó a los chicos.

—Gracias a Dios, mi hija se quedó en casa —me explicó—. Se escaqueó diciendo que tenía muchos exámenes y que tenía que estudiar. Santi, en cambio, había acabado las clases y estaba preparando la selectividad.

—No sabía que tenía una hija —le dije con sorpresa.

—Sí, pero la veo menos de lo que me gustaría. Vive en Granada. Es periodista y de vez en cuando realiza algún reportaje para Canal Sur y colabora en un programa de una radio local. Ahora se está montando con otros una revista sobre política, parece que es lo que le va.

—¿Y no va a verla?

—Alguna vez voy, pero ¿sabes? —Y su expresión fue de tristeza— Desde que ocurrió aquello no me porté bien con ella. Estaba tan trastornado y estaba sufriendo tanto que llegué a la conclusión de que lo mejor era que se fuese a vivir con su tía. Fue un error, lo sé, pero me di cuenta tarde. Ya

habían pasado muchos años y ella no me lo perdonó. Cuando terminó sus estudios, puso rumbo a Andalucía y allí se quedó.

—Pero al final las cosas se arreglan, a fin de cuentas, usted es su padre.

—Sí, sí, y se han ido suavizando, pero estas Navidades me ha colado una excusa y no ha venido —y siguió contándome—. Es una chica estupenda: guapa, lista y espabilada. Me arrepiento tanto de aquella decisión. Espero acabar de recuperarla pronto. Si le dijera que llevo un caso donde Miguel Gómez-Cuervo está implicado de alguna manera, esta misma tarde la tendría aquí, pero eso no lo voy a hacer —Y cambiando de tema, me tocó el turno—. ¿Y tú? ¿Cómo se llega de Paiporta a Madrid? ¡Ché! Seguro que te has dejado la novia en Valencia.

—Todo lo contrario —le confesé—. Yo estaba loco por una compañera y ella loca por un imbécil que la trataba fatal. Debe de ser innato en las mujeres que les gusten los caraduras —Levanté los hombros—. Después de varios años siendo los mejores amigos y de escuchar sus historias sentimentales, decidí poner tierra de por medio y en cuanto aprobé la oposición, pedí el traslado a Madrid; y me está funcionando, aunque tengo que reconocer que todo lo que sé de moda y decoración se lo debo a ella —Me reí.

—Ella se lo pierde, Manolo —me reconfortó.

Y cuando nos quisimos dar cuenta, nos habíamos terminado la tarta de manzana y el tinto. Pedimos unos cafés y una botella grande de agua.

—Ahora sí —Señaló el bloc—. Vamos al tajo, recopilemos toda la información por fechas, así cuadramos —Y comenzó un monólogo que no me atreví a interrumpir—. Tenemos una mujer muy guapa y trabajadora, aparentemente sin pareja, que ya tenía un casoplón y un pedazo de chalet en Javea antes de cumplir los treinta. Casualmente, por esa época, testifica a favor de Bernardo, hijo de su multimillonario jefe —y prosiguió—. A principios de octubre tiene una aventura de un fin de semana con Álvaro, su compañero de trabajo, pero decide no continuar con él. Entonces, no sabemos la fecha con exactitud, decide marcharse a Londres. En eso parece que hay

unanimidad. Lo corroboran su hermana, su superior, los ingleses de la galería y, sobre todo, la compañía aérea —Paró para beber—. El día 21 de diciembre come con su hermana; según esta, Carolina se encuentra perfectamente. El jefe dice que no, que se levantaba en medio de reuniones y que estaba muy nerviosa. Los demás no lo tienen claro, pero se inclinan más hacia el sí —Hizo una pausa y fumó—. Pasamos al día 23. Se queda en la oficina hasta tarde. En el despacho de Guillermo y ante él, Bernardo le da una bofetada a Carolina. Álvaro es testigo. También se encuentran en esa planta: Miguel y el tal Fernando, a quien mañana intentaremos conocer, y a ver si le sacamos alguna información relevante —Tomó aire—. Algo grave pasa porque la chica cambia los billetes y retrasa su viaje dos semanas. Pasamos al 24 de diciembre. Por la mañana le dice a Guillermo que necesita hablar urgentemente con él, pero este no se preocupa de llamarla porque espera verla esa noche cenando en su casa —Dio otro trago de agua y un par de caladas—. La hermana nos dijo que siempre se quedaba sola en Nochebuena —aquí concretó—. Mi opinión es que, tal y como iba vestida, pensaba salir —y continuó con su disertación—. Pero sigamos con el día de autos. La vecina la ve sobre las dos y media. A las siete y cuarto, vamos a pensar que Pilar acierta, entra un coche negro en su garaje. A las ocho hay varios coches aparcados, pero le llama la atención una moto, justo delante de la puerta de su parcela. Las ventanas ya están abiertas y existe al menos una llave que está escondida en el jardín y, si la vecina lo sabe, probablemente alguien más, también —sin soltar el cigarro electrónico, prosiguió—. El día 25 se supone que tuvo que recibir varias llamadas, a las cuales no contestó porque ya estaba muerta. Pero a nadie parece llamarle la atención —Se quedó pensativo—. El día 26 aparece Pilar y la encuentra fiambre. Llegamos nosotros y nos da en la nariz que ahí ha habido un forcejeo y que la chica se ahogaba; una lamparita en el suelo y el cable roto, el cajón de su mesilla de noche abierto y con media huella que no es de ella. En la llave escondida solo aparece el dedo de Pilar —Aquí hizo otra pausa para beber—. Si alguien la usó, se molestó en borrar su rastro. Y, por último, faltan el teléfono móvil y un trozo de uña.

Creía que ya había terminado y me disponía a intervenir cuando, tras concederse unos segundos para exhalar el vapor, volvió a hablar.

—El forense es de la opinión de que a Carolina la han asesinado. Ve signos de violencia, bueno, más bien, de defensa. Pero es más preciso y se atrevería a decir que la han envenenado. Y para finalizar —ahora parecía que ya terminaba—, tenemos una caja de paracetamol y lo más extraño: un bote de pastillas de raíz de jengibre y una cuartilla con unos números 24608 con su firma.

—Jefe —participé—, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Todas las que quieras —me respondió satisfecho.

—¿Para qué me ha hecho traer la libreta? Se lo sabe usted mejor que el *Padre Nuestro*.

—Pues está claro —y se hizo esperar unos segundos—, para que escribas todas las preguntas a las que tenemos que dar respuesta. Apunta —me animó—:

1º- ¿De dónde saca una chica tan joven el dinero para adquirir inmuebles caros?

2º- ¿Por qué le salvó el culo a Bernardo Grau cuando sabemos que ese tío es un maltratador?

3º- ¿Por qué tiene ahora un lío con un tipo casado que conoce desde hace años? Se ve a la legua que es un caradura.

4º- ¿Por qué se quiere ir tan precipitadamente a trabajar a Londres?

5º- ¿Por qué le pegó Bernardo Grau?

6º- ¿Qué pasó esa tarde para que ella retrasara su viaje y necesitase hablar tan urgentemente con Guillermo?

7º- ¿Por qué Pilar es la única que de verdad se preocupa cuando un 25 de diciembre Carolina no aparece?

8º- ¿La estaban envenenando?

9º- ¿Iba ella en el coche negro? ¿Quién iba en el interior?

10º- ¿De quién era la moto?

11º- ¿Dónde está la uña? ¿La agredieron en otro lugar? Entonces, ¿por qué las ventanas están abiertas?

12º- ¿Quién tiró el móvil a un contenedor de basura?

13º- ¿Qué significan las cajas de pastillas?

14º- ¿Y los números?

15º- ¿Quién o quiénes se benefician con la muerte de Carolina Martín?

Hay más cuestiones, pero de momento, contestando estas, ya vamos bien. Ahora debemos pensar en los sospechosos que tenemos hasta el día de hoy. Escribe —me ordenó—:

1-Guillermo Grau: millonario obeso envuelto en infinidad de asuntos turbios.

2-Elena Martín y su novio Pedro Muñoz: un par de vagos que no buscan a su hermana desaparecida y que, una vez muerta, lo celebran con el mejor champagne.

3-Bernardo Grau: macho violento que llegó a pegar a Carolina y que veía peligrar su puesto de hijo primogénito.

4-Álvaro Jiménez: obseso sexual que viene a contarnos, en plan confidencial, que tuvo un rollo con ella. No me huele bien.

5-Miguel Gómez-Cuervo y Mercedes Grau: unos prepotentes que mucho tienen que esconder. Aseguran no mantener mucho contacto con Carolina. Muchas probabilidades de que ella supiera de sus chanchullos.

En ese instante estuve seguro de que ya había terminado, pero me equivoqué; su voz volvió a sonar.

—Y todavía nos queda Carlota Grau; para mí, crucial en esta historia. Ella parece ser el nexo de unión entre Carolina y esta pandilla. Bueno —puntualizó—, Carlota y su marido, Fernando. Necesitamos entrevistarlos y que localicen ya el maldito móvil.

—¿Se da usted cuenta de que sin pretenderlo ha nombrado a cinco de los pecados capitales?—Le comenté sin dejar de repasar los adjetivos de los sospechosos. Estaba asombrado.

—Sí, ya me había dado cuenta de esa extraña coincidencia. Solo nos faltan la avaricia y la envidia —Y se rió.

—Respecto a algunas preguntas, yo creo que podemos conjeturar algunas respuestas.

—Pues ya estás largando —dijo sonriendo mientras chupaba de la boquilla.

—Sobre el dinero de la chica, ya le comenté que podía haber pedido una hipoteca, esto hay que comprobarlo, pero también es posible que sus padres estuvieran forrados y se la comprasen ellos.

—Y por eso, la hermana—me cortó— vive en una casa que, es cierto, podría ser preciosa, pero la realidad es que, a fecha de hoy, la definiría como mugrienta. A menos que se la regalasen hace mucho tiempo y ella, como desconocemos a qué se dedica, no la haya podido mantener —y me ordenó—. Añade la decimosexta pregunta: ¿De qué viven la hermana y el novio?

—Vale —y la apunté—, de todas formas, no podemos descartar que la mano negra de Guillermo o Bernardo Grau estuviesen detrás del falso testimonio y a Carolina le cayese un pastón.

—De las tres, la última opción es la que más me encaja, pero sigue —me animó.

—Entonces, de momento, vamos a pensar que fue así: testificó en favor de Bernardo, simple y llanamente, por dinero.

—De acuerdo —y me preguntó—, ¿qué más?

—Respecto al lío con Álvaro, quizás estuviese aburrida y buscase un rollo sin complicaciones. Fin de semana y punto.

—Cabe dentro de lo normal —y reflexionó—, pero creo recordar que Álvaro nos dijo que ella le comentó algo sobre repetir y que luego cambió de opinión.

—Pues porque no le gustaba tanto o encontró algo mejor y pasó de Álvaro —A mí aquella historia no me parecía anormal, más bien, todo lo contrario. A la chica le gusta chico y luego, pasa de él.

—¡Otro hombre! Bien pensado —me felicitó—. No había contemplado esa posibilidad, pero es buena.

—La cuarta es muy fácil —y resoplé—, Carolina se quería ir porque estaba harta de todo ese grupo. ¡Menuda gentuza! Yo también me quería ir.

—Sí, lo que ocurre es que algo precipitó esa huida —Y señaló—. Hueco a rellenar.

—En cuanto al bofetón, está claro que Carolina sacó de sus casillas a Bernardo y me huelo que: o por las Grau o por Elena.

—¿Y eso, por qué se te ha ocurrido? —quiso saber Jaime.

—Porque Álvaro nos contó que al salir oyó que Bernardo murmuraba algo sobre hermanitos y huevos. Las únicas hermanas son Mercedes y Carlota o Carolina y Elena. Y, no sé por qué, pero me inclino más por las últimas.

—Manolo, ¡estás que te sales! —me aplaudió—. ¿Qué pasa, que el buen vino te aclara las ideas?

—Pues eso será, porque lo acabo de pensar sobre la marcha —y continué—. Bernardo se cabreó por Elena y Carolina la defendió. Le arreó una bofetada.

—La cuestión es: ¿por qué se cabreó?

—Me tendrá que dar un tinto todavía mejor para aclarar eso —me reí—. Respecto a la sexta pregunta, no tenemos ni idea de lo que sucedió, pero lo que está claro es que pasó el día 23. A lo mejor fue a raíz de la bofetada —Mis neuronas iban a entrar en estado de cocción de todas las ideas que se me iban ocurriendo—. La cuestión es que sabemos que allí estaban, estos son seguros: Guillermo, Bernardo, Álvaro, Miguel y Fernando. Pero también pudo recibir una llamada de teléfono o un WhatsApp informándole de algo, y esto me sirve para enlazar con la cuestión décimo segunda. No tengo ni idea acerca de quién tiró el móvil, pero, si se deshizo de él, era porque contenía algo que no quería que se descubriera.

En ese momento el inspector comenzó a aplaudir.

—Te lo voy a preguntar en serio, ¿pedimos otra botella de buen Rioja?
—Hizo un gesto de llamar al camarero.

—No, no. Si no las ideas se me van a dormir —y reanudé mis

reflexiones—. En cuanto al séptimo interrogante, para mí es coherente tanto la explicación de la hermana como la del jefe. Es muy posible que uno de los dos mienta, pero se han buscado excusas razonables. También es normal que Álvaro no la llamara, ya no tenían nada. Y los Gómez-Cuervo dijeron, aunque sea falso, que no tenían mucha relación con ella —Y recordé al otro personaje—. ¡Ah!, y Bernardo, todos coinciden, menos él mismo, en que su relación era distante. Faltan Carlota y Fernando, pero todavía es pronto para opinar.

—Y esos que sepamos hasta ahora. Igual nos encontramos con alguna sorpresa —intervino el inspector.

—Sobre el veneno, yo creo que, con la experiencia del forense, debemos de pensar que sí —cavilé un momento y solté—. Quizás ella descubrió el día 23 que la estaban envenenando y eso fue lo que precipitó los acontecimientos.

—Es una posibilidad, sí — y dirigiéndose al camarero y exhalando vapor, pidió dos copas de vino.

—Ahora voy a enlazar la novena con la décimo primera —El vino me estaba alegrando—. No podemos saber quién iba en el coche negro, pero es muy posible que Carolina sí que estuviese dentro. La uña no está y eso significa que se perdió en algún otro lugar que no era su casa. El forcejeo fue en otra parte —Jaime hizo un gesto, pero no le dejé hablar—. Sí, jefe, ya sé que me va a decir lo de la lámpara. Por eso pienso que aún llegó con vida e intentó defenderse en su casa.

—Otra posibilidad, pero no sé. Me pasa lo contrario que a ti, el vino me está amodorrando. El asunto es que iba vestida para salir.

—Ahora toca la moto —y puse cara de pena—, tenemos más motos que el circuito de Cheste, en concreto tres. O Pilar nos especifica más o lo vamos a tener difícil.

—Pues lo vamos a tener difícil porque, para alguien que no entiende, casi todas son de las mismas características. No hemos visto la de Miguel, pero intuía que pequeña no es —y con cara de circunstancia, aseveró—. Y encima, ya oscuro... Ni siquiera podría distinguir el color. Mucho vio nuestra

buena Pilar.

—Sigamos que ya queda poco —le animé—. Las pastillas indican que algo le pasaba. Para mí la hermana miente. El paracetamol tiene un pase, los hipocondríacos lo llevan por si acaso, pero las otras pastillas para el estómago y los vómitos no me parecen normales. Se encontraba mal.

—Opino lo mismo —ya no dijo más.

—Sobre los números, ya le dije en su momento todo lo que se me había ocurrido. Tendremos que investigar más —Jaime ya no se pronunció, parecía cansado—. ¡Y la última! —exclamé con entusiasmo— La que más se beneficia es la hermana y, por tanto, Pedro Muñoz.

—Eso es lo evidente, pero en este punto estoy convencido de que hay más interesados de los que ahora vemos. Y eso es lo que vamos a averiguar —y concluyó—. La experiencia me ha enseñado que este asqueroso mundo se mueve por sexo o por dinero, y en el círculo en el que se movía Carolina hay mucho de lo uno y de lo otro —pidió la cuenta.

Miré el reloj y eran más de las seis de la tarde. No quise ni pensar a cuánto ascendería la dolorosa; en los garitos que yo frecuentaba haría más de una hora que nos hubiesen tirado a la calle. Si aquí no lo hacían, sería porque lo cobrarían bien.

Una vez en el exterior el aire helado nos taladró y se introdujo en nuestros sesos. Nos pusimos en guardia y salimos disparados en busca de taxis libres. Sin mucha palabrería, porque el frío apretaba, nos despedimos y quedamos que pasaría a recogerme a las diez y cuarto, no era cuestión de llegar a una casa a horas intempestivas, para conocer, de una vez por todas, a Carlota Grau.

2 de enero de 2017

13

CARLOTA Y FERNANDO

A las diez y cuarto en punto el inspector pasó por la plaza de Santa Ana para recogerme. Yo ya estaba abajo, sabía que Jaime no me iba a hacer esperar. Subí al coche y lo saludé. A pesar de su buen humor, su rostro denotaba signos de cansancio. Fuimos comentando aspectos del caso y consideramos cómo enfocar aquellas cuestiones en las que Carlota Grau pudiera sernos de ayuda para despejar nuestras incógnitas. No sabíamos si su marido se encontraría con ella o estaría en su despacho de abogados. Deseábamos que ese día no hubiese acudido a trabajar y así matar dos ratas de un escobazo.

Jaime daba chupadas a su nuevo cigarro, pero a los diez minutos no pudo más y se encendió, como él decía, uno de verdad. Podría decir que el humo impregnó el coche de olor a tabaco, pero como ese efluvio llevaba allí tanto tiempo, el aroma del vehículo no se vio modificado en absoluto.

Ya se nos dibujaba la silueta del campo de golf de Los Cerezos cuando noté que el móvil, que llevaba en el bolsillo del plumífero, comenzaba primero a vibrar y luego a sonar. Me giré rápido para cogerlo del asiento trasero.

—Es Angelines —le comenté al inspector que conducía lentamente para no pasarse la entrada de la urbanización—. ¿Angelines? —la saludé contestando a la llamada, pero no obtuve respuesta— ¡Angelines! —grité

más alto y volví a llamarla.

—¡Ojalá sea para comunicarnos que ya ha aparecido el móvil! — comentó un Jaime ilusionado y esperanzado a la vez.

—¿Cómo? Te escucho muy mal. Debe ser que falla la cobertura —y proseguí con mi entrecortada conversación—. ¿El móvil, qué? ¿Apagado?

—¡Ya lo han encontrado! —exclamó Reyes, quien al mismo tiempo también estaba pendiente de Google Maps para localizar la dirección.

—No, dice que tiene usted el móvil apagado.

Jaime miró y se dio cuenta de que se había quedado sin batería. «A 50 metros gire a la derecha», se escuchó decir a la voz robotizada de la señorita.

—¡Seré torpe! No lo he puesto a cargar esta noche.

«Gire a la derecha», repitió el mecánico.

—¿Francisco qué? ¿Qué hormona? ¡Ay, Angelines, no me entero de nada! ¡muévete de sitio! —me quejé— ¿Qué lo está llamando? —Hubieron unos segundos de silencio— ¡Ah! —exclamé— Ya lo he entendido —y mirando a Jaime, le conté a gritos—. Que dice Angelines que Francisco Montes lleva intentando localizarlo toda la mañana.

—¿Qué pasa? —Se puso nervioso— Aunque creo que es pronto para el informe de toxicología.

—¿Angelines? ¡Angelines! — repetí chillando. La comunicación era pésima— ¿Qué Pasa? ¡Es tu cobertura, aquí hay de sobra! —y balbuceé— ¿Analítica?

—¿Está el informe de toxicología? —me apremió Reyes. Yo me sujetaba el teléfono con una mano y con la otra me taponaba el otro oído— ¡Imposible! ¡No puede ser! Demasiado pronto —se dijo inquieto.

—Jefe, calle un momento que no la escucho bien —le contesté en un tono más alto del debido, e intenté seguir la conversación con Angelines—. ¿Cómo? ¿Qué?

Durante unos breves segundos, que a Jaime se le hicieron eternos, pude escucharla correctamente. El rostro se me transfiguró y me quedé mudo.

El inspector me miraba sin dejar de dirigir el vehículo.

—¿Qué pasa? Cuéntame.

En ese momento volvió a hablar la voz: «Su destino se encuentra a la derecha», y Jaime pegó un frenazo.

—Carolina estaba embarazada —Los dos nos miramos con cara de incredulidad—. Se encontraba entre la novena y la undécima semana de gestación —Guardé silencio.

Eran las once de la mañana y el inspector me dijo que quería fumarse un cigarro antes de llamar a la puerta de Carlota Grau. Necesitábamos tomarnos unos minutos para asimilar la noticia. Aproveché y mientras exhalaba el humo, le conté que, tal y como él le había pedido a Francisco, este había tratado de localizarlo para informarle de las últimas novedades.

—Bueno, eso explica muchas cosas —sentenció Jaime—. Y ahora vamos a ver qué nos cuenta su íntima amiga —Apagó el cigarro y bajamos del Peugeot.

La parcela era más grande que la de Carolina y el chalet de tejas blancas se encontraba escondido en medio de unos pinos. Llamamos al timbre de la verja y desde el telefonillo nos dieron paso. Caminamos por el sendero de rectángulos, colocados de forma alterna a derecha e izquierda, rodeados de hierba, que llegaban hasta la casa, y allí, en la puerta, nos esperaba una mujer con un uniforme a rayas blancas y azules. Al preguntarle por la señora Grau nos informó de que se encontraba en su estudio, pero que tenía orden de acompañarnos cuando llegásemos. Nos condujo a través de otro sendero que discurría por un lateral de la casa y nos tropezamos con otra construcción, bastante más pequeña que la primera, pero con el mismo estilo de cubierta. Llamamos a la puerta y al escuchar: «Adelante», la asistente se fue a sus quehaceres y nosotros pasamos al interior. Tuve la sensación de entrar en un almacén con encanto.

Era un espacio diáfano de unos ciento cincuenta metros cuadrados, aunque al fondo se distinguía una puerta que imaginé, se trataría del baño. El suelo era de cemento pulido color beige y las paredes en blanco, a excepción de la del lateral izquierdo que era de una piedra rústica que, o bien era

antigua, o la imitaba a la perfección. Todas contaban con grandes ventanales que permitían el paso de la luz natural, menos la que teníamos enfrente, donde la pintora se situaba para trabajar en sus pinturas. Aunque, si el día salía gris, tampoco tendría ningún problema, varias lámparas, como monumentales campanas, colgaban del alto techo. Un par de escaleras, unos caballetes y una tabla central de madera con cajonera de ruedas repleta de pinturas, pigmentos, brochas, rodillos, disolventes y un sinfín de herramientas completaban el taller. También había habilitado un pequeño espacio con un sofá, un sillón y una mesita redonda junto a una pequeña estantería. Y lienzos por todas partes, algunos terminados y otros, todavía impolutos.

Al fondo se encontraba Carlota, de espaldas a nosotros, con el pelo recogido en una coleta, concentrada en uno de sus cuadros. Deduje que su estilo sería abstracto porque lo único que pude distinguir desde el umbral fueron unas gruesas líneas rojas que se cruzaban con otras más estrechas en negro y marrón.

Sabía que estábamos allí, pero, aun así, se tomó unos minutos para seguir observando su pintura. Nosotros permanecíamos en pie, esperando a ser atendidos. Pasado el tiempo que ella consideró prudencial se giró, dejó el pincel sobre la mesa y se encaminó a nuestro encuentro. Restos de colores salpicaban su blanca bata. Nos tendió la mano sin ni siquiera disimular una sonrisa. Si se acabase de beber una botella de vinagre, su cara no podría haber sido más agria e irritante. No se parecía en nada a su hermana; físicamente eran dos polos opuestos. Si Mercedes se me presentó como bella y dulce, Carlota me pareció una bruja retorcida. Al llevar el cabello retirado su rostro repelente se hacía aún más visible. Pero sí que había algo en lo que las dos hermanas coincidían: en la mirada. Era la misma mirada altiva que la mayor tardó un poco en mostrar y que en la pequeña era innata a su propio ser. Intenté descifrar qué había en ella que no me gustaba: estaba delgada, con una bonita silueta y sus pechos, altos y firmes, demostraban que habían pasado por el quirófano; como también habían pasado sus pómulos y su nariz. Ni una arruga en la frente ni alrededor de los ojos, aunque, si te fijabas bien, ciertas marcas, como de una antigua viruela, traspasaban su maquillaje. Una vez terminadas las presentaciones concluí que era su apariencia en

general y su forma prepotente de expresarse la que la convertían en una mujer francamente desagradable.

—No entiendo cuál es el motivo de su presencia aquí —nos dijo en un tono duro—, han hablado con toda mi familia y ya les han dicho todo lo que podían decirles. Carolina ha fallecido y solo esperamos que El Señor la acoja en su seno —Una lágrima se escapó de su minúsculo ojo.

—Entonces ya la habrán informado de que todavía no podemos descartar ni suicidio ni homicidio —le replicó Jaime— y, en estos casos, ya sabrá que se abre una investigación para esclarecer los hechos

—¿Por qué? —utilizó de nuevo un tono seco.

—Porque, como ya le he dicho, este es el procedimiento —Se defendió el inspector.

—No, me refiero a en qué se basan para pensar que Carolina pudo suicidarse, o incluso algo todavía más escabroso —Dejó escapar otra lágrima.

—Pues a que sus familiares, tanto los de usted como los de ella, aseguran que estaba atravesando una temporada complicada, y hemos encontrado unas pastillas sospechosas en su bolso y en su casa —le explicó Reyes.

Yo todavía no sabía a qué se debían esos detalles falsos que le estaba dando, pero imaginé que pretendía saber hasta que punto llegaba su amistad.

—¿Pastillas de qué? —Carlota Grau era dura de roer.

—Todavía las están analizando en toxicología, pero podrían tratarse de antidepresivos, quizás tuvo un mal momento e ingirió en exceso. ¿Puede usted aclararnos algo sobre este punto? —y dejó caer la cuestión sin inmutarse—. Todos coinciden en que ustedes eran grandes amigas.

La pregunta pilló a Carlota desprevenida y dudó unos instantes, pero su gesto de arrogancia siguió omnipresente.

—Sí, es cierto, algo me comentó —y continuó—, me decía que se sentía sola. Pero, bueno, de las pastillas, ya no sé. Hay ciertas cosas que una guarda para sí.

—Y siendo tan íntimas, imagino que le contaría que pensaba dejar Madrid para trabajar en París. ¿Recuerda la fecha aproximada en la que le comunicó su idea por primera vez?

—Pues no se lo puedo decir con seguridad, pero la primera vez que nombró París hará unos dos meses o así. Mire, igual son tres que uno. No recuerdo bien, lo siento.

Su cara seguía sin alterarse, pero me fijé que hubiese levantado las cejas, debido a la sorpresa, si no llega a ser por el exceso de bótox.

—No se preocupe, tampoco es relevante —la tranquilizó—. ¿Cuándo fue la última vez que la vio con vida? Ustedes quedaban mucho a jugar al golf, ¿no es así?

—Últimamente nos habíamos visto poco. Yo tengo cuatro hijos que me roban muchísimo tiempo —Se quedó pensativa—. Tal vez hará unos quince días, pero hablar por teléfono, prácticamente a diario.

—Por eso será que no le contó por el estado de alteración que estaba pasando —puntualizó Jaime.

—Sí, supongo que fue por eso. El teléfono es muy frío para contar cosas tan personales —Arrugó la nariz y aspiró para evitar que le cayera alguna secreción nasal—. Si llego a saber que estaba tan mal —suspiró—, hubiese ido inmediatamente a hablar con ella, no tenía ni idea de que realmente se sintiera tan sola.

—¿Y qué tal se llevaba con sus compañeros de trabajo? Me refiero a Álvaro, a su tío Guillermo, a su primo Bernardo, a su cuñado Miguel y a su marido, Fernando —Recordó a todos los que se encontraban en la misma planta la tarde del día 23.

—Con todos bien, si exceptuamos a Bernardo.

—¿Tenía algún problema con su primo?

—Yo creo que Bernardo estaba un poco celoso de ella; mi tío siempre ha sentido predilección por Carolina y la presidencia de Grau&Co es muy golosa.

Jaime le hubiese preguntado por la relación de las dos hermanas con la

compañía, si la presidencia era un caramelo para aquellos, también lo sería para ellas, pero no lo consideró oportuno.

—¿Y con su hermana, Mercedes? ¿Manténían algún tipo de relación?

—Muy buena. Solo que le ocurría lo mismo que a mí, que tenemos muchas obligaciones y no nos podíamos ver tanto como nos hubiese gustado —Su áspero rostro se mantenía indemne.

—¿Y usted? ¿Cómo conoció a Carolina? Tenemos la impresión de que fue quien la introdujo en la familia Grau.

—Efectivamente —dijo tajante—, gracias a mí, entró en mi familia.

—¿Fueron al mismo colegio?

—No —aclaró—, nos conocimos cuando teníamos veinticinco años; ella trabajaba como ayudante en una galería de arte y yo me pasé por allí para mostrarle mis obras. Como, en realidad, ella no tenía mano para ayudarme, tuve que abrirme camino yo solita —sentenció, alzando su mirada sobre nuestros hombros.

En ese momento se abrió la puerta y, para nuestra satisfacción, vimos aparecer a un hombre, con alguna imperceptible cana diseminada entre su rubio cabello, de algo más de cuarenta años, vestido de manera informal pero con gusto, que nos alargó la mano y tampoco nos sonrió. Simplemente se presentó: «Fernando Morales». Pero este caso era distinto; el individuo parecía abatido y un halo de tristeza lo envolvía. Los ojos hundidos y rodeados de surcos ponían de manifiesto que el tipo llevaba varios días sin dormir y estaba cansado.

Le dio un beso en la mejilla a su esposa. Juraría que cierta expresión de asco se dibujó en el rostro de la mujer, pero, probablemente, no se trataba más que de su semblante habitual. El hombre se fue directo al único cuartito que se escondía tras la puerta del fondo y volvió a aparecer con una lata de cerveza en la mano. No es que el inspector y yo pensásemos beber, pero me llamó la atención que no hubiese tenido el detalle de preguntarnos si queríamos tomar algo. De hecho, pensé, ni siquiera Carlota nos había invitado a sentarnos, a pesar del rato que llevábamos allí. Cuando Fernando se unió a nosotros, la pintora aprovechó para decir que le había llegado la

inspiración y que sentía la imperiosa necesidad de seguir dibujando. Reflexioné que esto nos convenía, así podríamos continuar la conversación con Fernando con mayor libertad.

—Le estábamos preguntando a su esposa por su relación con Carolina ¿Qué nos puede contar usted? —le inquirió el inspector.

—¡Ah, sí, Carolina! —Su gesto era decaído— Eran muy buenas amigas.

—¿Y usted? ¿Qué relación tenía con la fallecida?

—Ah, muy buena, también —El hombre parecía ido—. La veía a menudo por la urbanización y por su despacho, cuando iba a comentar ciertos temas con Guillermo.

—¡Vaya! —exclamó Jaime— No sabía que también trabajara para el señor Grau.

—En realidad no. Le llevo algunos asuntos legales. Soy abogado ¿sabe? —y prosiguió cual zombi— Pero yo tengo mi propio bufete y Guillermo es un cliente más. Bueno —rectificó—, uno más no, es uno muy importante.

—Entonces, usted también será letrado de Construimos —fue más una afirmación que una pregunta, aunque el inspector no tenía ni idea.

—Sí, les asesoro en varios temas —Y ya no explicó más.

—Y, volviendo a Carolina, ¿cuándo fue la última vez que la vio?

Jaime no había cambiado la inflexión de sus palabras, pero, casualmente, me di cuenta de que Carlota se había separado del cuadro y se acercaba a nosotros, caminando de espaldas, parecía que estudiaba la pintura, aunque, quizás, era lo que estaba haciendo.

—La tarde del día 23 — casi nos susurró—, tenía que hablar con Guillermo y ella estaba allí.

—¿Sobre qué hora sería? ¿Lo recuerda?

—No sé, sobre las ocho y diez u ocho y cuarto —Su voz era un murmullo.

—¿Habló de algo con ella?

—Supongo que sí, algo nos diríamos, pero debió de ser algo intrascendente porque, si no, lo recordaría.

Cada vez hablaba más bajo y Jaime tuvo que inclinarse un poco para escucharlo mejor.

—¿Se acuerda de quién estaba allí y dónde?

—Pues —y se quedó pensando—: Bernardo estaba en su despacho y yo entré para comentar ciertos detalles con él, entonces, al salir, vi que Álvaro estaba en la máquina de café, quizás fuesen ya las ocho y media.

—¿No vio a su cuñado, Miguel? Nos dijo que estuvo allí aquella tarde.

—Sí, es cierto —afirmó muy bajito—. Lo vi cuando llegué, abandonaba el despacho de Carolina; me dijo que se iba porque tenía una reunión sobre algo relacionado con el partido.

Aprovechando que Carlota se encontraba a tan solo un par de metros de distancia, Jaime se apresuró a soltar el bombazo y elevó su tono de voz.

—Por cierto, siendo tan amigos de Carolina, supongo que lo que sí sabrán es que estaba embarazada.

A Carlota Grau se le cayó el pincel de la mano y un chorro de cerveza caliente, procedente de la garganta de Fernando Morales, fue a parar sobre la camisa recién planchada del inspector Reyes. Eso sí que me supo mal, ahora que Jaime se iba animando y cada día llevaba una ropa más limpia y mejor planchada, va y se la mojan de alcohol.

—Discúlpeme, por favor —se lamentaba el hombre—, ¡cuánto lo siento! —Y cogiendo un papel que encontró por ahí, se puso a restregar la tela— ¡Seré torpe! Me ha entrado la tos repentina, que me viene a veces, y no he podido evitarlo.

—No se preocupe —lo disculpó Reyes—, estas cosas me pasan más a menudo de lo que usted se pueda imaginar. Una lavadita y lista.

Carlota, intentando salvar la situación, se puso a hablar.

—Yo no lo sabía, pero por ciertos comentarios que me hizo, lo intuía —y siguió—. Ya lo entiendo todo, por eso decía que estaba tan sola, porque iba a tener un hijo en solitario. ¡Pobre Carolina! —Y sobre su repulsivo rostro aparecieron unas cuantas gotas de sudor. Fernando no hizo ningún tipo de mención y se quedó abstraído; por la cara que ponía se diría que en un mundo de sufrimiento.

La puerta se entreabrió y por allí asomó una pequeña y rubia cabeza que gritaba: «Papi», y que en cuanto vio a Fernando se echó en sus brazos. Al padre se le alegró un poco el semblante y aupó al niño que debía de andar por los tres años.

—Mi hijo Nando —nos dijo exhibiendo al pequeño—. Es el benjamín de la casa.

Le hicimos unas cuantas monerías al niño y pensé en la suerte que había tenido Nando de parecerse a su padre. Detrás apareció la asistenta y escuchamos, aunque lo dijo en voz baja, como le pedía dinero a la señora para comprar algo urgente. Carlota fue a por su bolso y le dio unas pocas monedas. Dirigiéndose a su marido le preguntó si llevaba algún billete; este dejó al niño en el suelo y dándose un par de palmadas en los bolsillos y torciendo los labios, le indicó que no llevaba ni uno. Pensé que con aquella calderilla mucho no iba a poder comprar.

Decidimos que era el instante para batirse en retirada. Por el momento ahí no había más que rascar. Nos despedimos sin ni siquiera molestarnos en volver a entrechocar nuestras manos. Carlota se había manchado de pintura y Fernando había vuelto a coger a su hijo en brazos. Tuve la impresión de que si nosotros ya teníamos ganas de irnos, del rato que llevábamos de pie, ellos todavía más de que nos fuésemos.

Una vez en el coche no pude evitar comentar todos los acontecimientos de la mañana.

—¿Qué le ha parecido?

—Que aquí todos mienten más que Judas. No hay uno que se libre — Se puso a aspirar el vapor del cigarro electrónico—. Pero ahora me centro en las versiones de Fernando Morales y de Miguel Gómez-Cuervo. Los dos

aseguran que aquella tarde fueron a tratar con Guillermo, pero, si te das cuenta, no tuvieron tiempo material de hacerlo... Fernando nos cuenta que llegó sobre las ocho y diez y que se cruzó con Miguel, que ya se iba porque tenía una reunión sobre Construimos. Miguel dice que llegó sobre las ocho y que habló con Carolina y que además, la encontró nerviosa. Entonces, ¿cuándo se entrevistó con Guillermo, si sobre las ocho y cuarto ya se había ido? ¿Y Fernando? ¿En qué momento habló con Guillermo, si nos afirma que a las ocho y media ya llevaba unos minutos en el despacho de Bernardo y antes tuvo tiempo de saludar a la señorita Martín? —Y volvió a dar una intensa calada.

—A lo mejor Carolina estaba con Guillermo y fue ahí donde la vio —supuse.

—No, Fernando nos acaba de confirmar que Miguel salía del despacho de Carolina —Jaime se quedó observándome—. ¿Sabes lo que me dice mi intuición? Que ninguno de los dos fue a hacerle una visita a Guillermo Grau; esa es la excusa que nos han intentado colar.

—Por cierto, le quería avisar de que se ha confundido y a Carlota le ha dicho París, aunque ella tampoco se ha dado cuenta.

—Si he dicho París, Manolito, es porque he querido decir París —Se rascó una oreja—. La que no tenía ni idea de lo que le hablaba era la señora Morales. No sabía si tomaba antidepresivos o si se iba a París, Londres o la Conchinchina. La amistad que unía a esas dos es la misma que yo tengo con mi vecino del noveno, o sea, ninguna; entre otras cosas porque mi edificio es de ocho plantas —y soltó una carcajada—. Lo mismo tengo que decir de la relación con Bernardo, todos han coincidido en que se despreciaban mutuamente, y esa versión es la que doy por buena.

—¡Bien dicho! Otra mentirosa —y le volví a preguntar—. ¿Y qué me dice del embarazo?

—Pues que se nos abre otra puerta para pensar por qué se encontraba mal. Dicen que el primer trimestre es el peor para las embarazadas —Caviló unos instantes—. Quizás las pastillas de jengibre eran por eso —y me preguntó—. ¿No comentaste que también ponía que eran para las náuseas y

vómitos?

—Sí —Me tomé unos segundos—. Las pastillas pueden ser por el embarazo o por el envenenamiento —y continué—. Guillermo Grau nos relató algún episodio en el que ella se levantaba y volvía más tranquila, lo más seguro es que fuese a vomitar y luego regresase encontrándose mejor.

—Y por eso, para Guillermo Grau, Carolina estaba muy irritable y para su hermana, estaba como una rosa. Quizás, en este punto, ambos han dicho la verdad.

—¿Cree que Elena sabe que Carolina estaba embarazada?

—Es posible. Tendremos que volver a hablar con ella. Los que no tenían ni idea eran estos dos, pero la noticia les ha impactado y, a juzgar por cómo me ha puesto la camisa, bastante —y gruñó—. ¡Ojalá tuviésemos ya el informe del forense para saber la causa exacta de la muerte!

—¿Quién piensa que es el padre? ¿Álvaro Jiménez? —le pregunté haciendo caso omiso de su queja.

—Que ese tiene muchos números es seguro. He hecho cálculos y las fechas coinciden —pero añadió—. De todas formas, no hay que descartar las sorpresas. Por cierto —dijo cambiando de tema—, dedícate a anotar la conversación con los Morales para que no se nos olvide ningún detalle. Incluye tus impresiones.

—Sí, esta tarde me pongo a ello.

—¿Esta tarde? Coge el cuaderno y escribe que esta tarde no lo tendrás tan fresco —protestó.

—Jefe, he sido práctico y he puesto en marcha la grabadora del móvil. Está todo, desde que la asistenta nos abrió la puerta hasta que hemos entrado en el coche —Levanté una ceja. Me pareció notar un inicio de media sonrisa en su rostro, pero ya no dijo nada. Yo añadí— Ya sé que no tiene nada que ver con el caso, pero ¿no le llama la atención que todos, a excepción de Guillermo que no entra en concurso, son guapos, atléticos o tienen algún encanto especial? Me he dado cuenta al conocer a Carlota. Se me ha ocurrido pensar que, a lo mejor, esa cara de desprecio permanente que lleva puesta

esconde un gran complejo de inferioridad. En ese grupo se debe de sentir como, no sé, fuera de lugar —me atreví a manifestar, temiendo una reprimenda del inspector por criticar.

—Pues sí. Yo había pensado lo mismo —me reveló. No me esperaba esa confidencia—. Menudo petardo de mujer, ¡fea y desagradable! —nos reímos— En verdad que tiraba para atrás... *Uff* ¡Qué horror de tía! —y agregó— Pues igual la hermana tiene un problema parecido, el gesto es el mismo... *Umm*. Apunta la cuestión decimoséptima: ¿Cuál es la relación de las hermanas Grau con la compañía de su tío?

El resto del trayecto nos quedamos en silencio, cada uno enfrascado en sus propios pensamientos. La tarde la dediqué a realizar mis propias indagaciones.

LA AVARICIA

Carlota Grau se encontraba frente al espejo de su espacioso baño de la casa situada en la madrileña calle Arga. Lloraba y se alegraba de que las lágrimas nublaran su visión y le evitaran ver el enorme y rojo grano que le acababa de salir en la punta de la nariz. «Otro más», pensó. Tenía quince años y ya se había hecho un tratamiento contra el acné. En un principio parecía que había funcionado, pero ahora la erupción se le estaba volviendo a reproducir con más virulencia. Su cara era un hervidero de pústulas y forúnculos escarlatas. Se le pasó el llanto y comenzó a escrutar su fisonomía: ojos como aceitunas de Cuquillo, pequeños y juntos; nariz aguileña y grande; incisivos demasiado salidos; pelo grasiento. Con razón, aquel chico de su clase, al que ella se le había insinuado, le había dado calabazas. Pero de lo que ella nunca fue consciente era de que su aspecto repulsivo no era consecuencia de su desafortunada belleza física, sino a la cara de prepotencia y desprecio que emanaba de su interior, que su hermana le ayudó a consolidar.

Estaba cansada de ser el patito feo. Ya en la escuela del pueblo los pocos niños que iban quedando la llamaban: «la Piciaña», por fea como Picio y tacaña; jamás quiso compartir ni una goma de borrar con sus compañeros. Siguió el consejo de Mercedes y les respondía con la indiferencia. Ella valía mucho más que aquella reducida pandilla de pueblerinos juntos. Aunque eso no fue óbice para que saltara de alegría cuando a los ocho años se la llevaron a vivir a Madrid. En cierto modo, sí que mejoró. En el colegio todos la conocían como Carlota, aunque siempre escuchaba algún comentario del

tipo: «¡Que fea es esa niña!», pero aprendió a fingir que no se había enterado. Lo peor vino con la adolescencia y los dichosos eczemas. Siempre había escuchado, por boca de su hermana, que lo segundo peor que le podía pasar a una mujer en la vida era ser fea. Lo tercero, ser pobre. Lo primero, ser de pueblo e hija de agricultores, a Carlota no le afectaba; llegó a la capital siendo todavía muy niña. Para ayudar a su hermana Mercedes le decía que intercambiara su orden de prioridades.

Por eso, aquella mañana que la mayor vio como Carlota se deshacía en llanto, la consoló diciendo que muchos de aquellos problemillas tenían arreglo: otro tratamiento anti granos, un buen cirujano para corregir esa nariz, un buen dentista para limar esas palas y lavarse el pelo a diario para eliminar el sebo. Una vez la tranquilizó, la obsequió con la mejor de sus recomendaciones: «Carlota, tú y yo sabemos que no eres guapa, pero no olvides que eres una Grau, y eso es un orgullo. Convéncete, porque así será como te verán los demás. ¿Y qué representa eso? Dinero. En esta vida todo está en venta, si no lo obtienes gratis, cómpralo». Esas palabras se arraigaron como garrapatas en su interior y fue en ese preciso instante cuando ese gesto repulsivo de autosuficiencia se grabó para siempre en sus facciones.

El sistema de aparecer como superior comenzó a dar sus frutos. Siempre hay pretenciosos e interesados que buscan la compañía de gente de alcurnia, y el apellido Grau se convirtió en su aliado.

A los dieciséis años se fijó en un chico que no debía vivir muy lejos, porque todas las tardes lo veía circular por su calle en una Vespa naranja. Se paseaba acompañado por distintas jovencitas, a cada cual más mona que la anterior. Aquel chico rubio era muy atractivo y vestía con ropa informal y divertida; igual combinaba unos pantalones anchos color mostaza con un suéter azul marino y deportivas, que llevaba unos vaqueros desgastados con algún agujero, con unos clásicos zapatos de cuero artesano. No importaba, todo le quedaba bien. Carlota quedó fascinada con aquel *niño pijo* y decidió proceder a su caza y captura. Como lo veía pasar a diario, se decidió a seguirlo. El primer día consiguió llegar hasta una esquina. El siguiente, calculó la hora y esperó en esa esquina hasta que lo vio pasar, y volvió a correr hasta perderlo de vista. El tercero, utilizando la misma técnica, ya supo

dónde vivía. Como en el edificio del joven había conserje, no le costó descubrir que se llamaba Fernando, hijo de los dueños de la cadena de tiendas Electrodomésticos Morales y estudiante de primero de Derecho. El muchacho valía la pena. Asesorada por Mercedes, primero se hizo la encontradiza; esperó de plantón, junto a un árbol de la vía, más de una hora a que el joven pasara con su moto. Hubo suerte, el chico iba solo. Se abalanzó a cruzar la calzada, teniendo cuidado de no ser atropellada, para obligarlo a frenar. Él casi perdió el equilibrio y tuvo que parar. Ella se deshizo en disculpas e intentó quedar con él para poner remedio a su torpeza, pero él, sonriendo, le dijo que no era necesario y siguió su camino. No importaba, el primer encuentro ya se había producido. Ya sabía que ella existía.

Al día siguiente Carlota hizo guardia frente a su portal y cuando vio que se acercaba, se aproximó tranquilamente y aprovechó mientras aparcaba en la acera para soltar: «¡Qué casualidad!»; él se quedó un poco sorprendido, pero la recordaba perfectamente. Le dio un poco de palique y lo invitó a la fiesta que iba a montar el próximo sábado en su casa; le dijo que podía ir con más amigos. Previo acuerdo con su hermana, ya habían decidido que, si Fernando acudía, habría juerga; de lo contrario, se anularía.

El muy incauto acudió y no se la pudo quitar de encima en toda la noche. Hasta se le puso mal humor por no poder ligar con otras chicas que eran millones de veces más guapas que la anfitriona. Para él y sus amigos Carlota era un adefesio, y tuvo que aguantar el cachondeo de los colegas una semana. Él no quería verla ni en pintura, pero ella siempre se le aparecía en los lugares más insospechados y con un regalo que hacerle. Un día era el último modelo de zapatillas de la marca que él solía usar; otro, las gafas de sol más buscadas del mercado y otro, el llavero de cuero y plata de alguna prestigiosa firma. Si alguna vez quedaban a tomar algo, ella era la que se rascaba el bolsillo, no podía permitirse el lujo de que él tuviese una queja.

Gastarse su preciado dinero le dolía en lo más hondo de su alma, pero se aguantaba porque su hermana le insistía en que lo viera como una inversión que a la larga le daría beneficios: «Ya te lo cobrarás a su debido tiempo». Mercedes tenía razón, el insensato Fernando se estaba acostumbrando, sin darse cuenta, a esos agasajos que cada vez se le iban

haciendo más naturales y necesarios.

Aun así, él sufría una lucha interna porque, en realidad, la chica no le gustaba y a veces se sentía agobiado. Avisó al portero para que cuando Carlota apareciese por allí le dijese que él no estaba. Uno de esos días, y siguiendo instrucciones, el conserje le dijo a la chica que Fernando no estaba, pero ella, haciendo caso omiso de esas palabras, se puso a llamar al telefonillo desesperadamente. La atendió la madre de él y le dio la misma respuesta. Carlota, alzando su despreciable mirada, que la otra mujer pudo ver a través de la pantalla, replicó: «Eso es mentira. Tiene la Vespa aquí aparcada». El portero y la madre de Fernando se quedaron horrorizados ante semejante desfachatez.

Llevaban más de un año en ese tira y afloja y Carlota estaba perdiendo la paciencia y el dinero. Volvió a recurrir a Mercedes y esta le volvió a dar una de sus sabias recomendaciones: «Acuéstate con él y se encoñará seguro». Lo tramaron todo minuciosamente. Mercedes se iría a pasar fuera el fin de semana y así, Carlota tendría la casa para ella sola. El ingenuo y ya malacostumbrado Fernando cayó como un mosquito en la telaraña y ahí se quedó, enredado.

Fernando ya estaba en segundo de Derecho cuando se decidió a salir con Carlota, quien ya se encontraba a puertas de comenzar Bellas Artes. La relación siempre sufrió fuertes crisis, pero, al final, el chico acababa volviendo al redil. Carlota le proporcionaba el colchón caliente y la cartera llena; ninguna le iba a poder dar lo que ella le daba. Pero para poder recargar energías necesitaba cambiar de aires y salir de fiesta con sus amigos. La novia se quejaba, no quería que se lo robasen. Su hermana Mercedes la apoyaba y le advertía de que aquella pieza ya era suya y bajo ningún concepto la debía soltar; había invertido demasiado tiempo, dinero y esfuerzo; tenía que atarlo más en corto. Carlota aguantaba pacientemente y se las guardaba para el futuro. «Cuando nos casemos, nada será igual».

Una de aquellas noches de juerga se les acercaron unas chicas de aspecto facilón. Tras reírse un rato y tomar unas copas, una de ellas, no muy agraciada, lo abordó abiertamente y le propuso hacer juntos algo divertido. Fernando pensó que siempre le caían las feas, pero no quiso perder el tiempo

y le pidió las llaves del coche a su hermano. Se fue al parking dispuesto a pasar un buen rato. A la mañana siguiente la Guardia Civil se presentó en su casa para que los acompañara a declarar sobre la denuncia por violación que había interpuesto cierta joven. Su hermano le soltó un: «¿Qué has hecho, gilipollas?».

El calvario por el que tuvo que pasar Fernando durante varios meses lo sumió en una profunda depresión. Abandonó sus estudios y se encerró en casa, cansado de verse señalado por todos sus compañeros como un violador y sentirse el centro de las miradas de pánico de muchas mujeres de su barrio. Incluso algunos de sus más íntimos, que estuvieron con él aquella noche, dudaron de su inocencia. Solo Carlota, a pesar de la infidelidad que perdonó, sabía que aquello no podía ser cierto.

Cuando se acercaba el juicio aquella perturbada se decidió a perdonarlo y quitó la denuncia. Todo quedó en agua de borrajas, pero a Fernando ya le había cambiado la vida. Quizás hubiese podido virar su rumbo y abandonar la comodidad que le suponía Carlota, de quien nunca llegó a estar convencido, pero sintió cobijo bajo su malla y ahí se instaló.

Tras el largo duelo de dos años y con las aguas más calmadas, retomó sus estudios y acabó licenciándose. Su padre siempre soñó con ver juntos a sus hijos ampliando el negocio. Para que cada uno tuviese su parcela se encargó de que el mayor se formase en Economía y el pequeño se instruyese en leyes. Era un tándem perfecto. Fernando se incorporó a la empresa familiar de electrodomésticos trabajando codo con codo junto a su hermano, y comenzó una nueva andadura.

Mientras tanto, Carlota aprovechó para hacerse unos arreglillos que realzaron sus mejillas y perfeccionaron su nariz. Los dientes le quedaron impecables y con el maquillaje aprendió a cubrir las secuelas de sus antiguas erupciones cutáneas. La operación de pecho tardó unos cuantos años más.

Carlota terminó la carrera y se esforzó por hacerse un nombre en los ambientes artísticos más relevantes. Le habían hablado de una chica, recién llegada de Londres, que estaba trabajando en una de las galerías con más renombre de Madrid y que estaba especializada en el descubrimiento de nuevos talentos. Si conseguía convencerla a ella, se le abrirían las puertas y el

resto sería como poner miel a las moscas. Su nombre era Carolina Martín.

Y allí se dirigió Carlota, con su mejor obra a cuestas, convencida de su triunfo. Cuando se presentó, mostró su mejor carta de recomendación y ya le dejó claro a Carolina quién era ella y quién era su tío. Y sin más rodeos y alzando la mirada, se dispuso a descubrir su *Amanecer Áureo*. La entendida se quedó sin palabras cuando contempló la pintura. Sobre el blanco lienzo habían pintados tres brochazos amarillos y bajo, a la derecha, muy grande y en negro: C. GRAU. Aparentó estudiar el cuadro cuando, en realidad, se estaba tomando su tiempo para pensar cómo expresarse. El director de la galería le había indicado que pusiera toda su buena voluntad para ver algún indicio de genialidad en las creaciones de la novel artista que iba a examinar. Tampoco era la intención de Carolina desanimar a la joven diciéndole que aquello era un bodrio, siempre lo pasaba fatal en esas situaciones. Pero no podía mentirle porque aquello no tenía ningún futuro. Así que comentó: «Carlota, le falta fuerza».

Lo primero que se le pasó por la cabeza a la señorita Grau fue escupir a aquella estúpida ignorante, pero se contuvo y decidió utilizar el cerebro. Ya se ganaría a esa sabelotodo de otra manera. Así que optó por comentar con la experta cuáles eran los fallos de su obra maestra. Acordaron que Carolina iría supervisando los retoques de la tela y las futuras producciones.

La intención de Carlota era que Carolina la fuese presentando en los círculos artísticos e ir ganándose una reputación. Intentaba verla el mayor número de veces posible y siempre la obsequiaba con pequeños pero valiosos detalles, que supreciado dinero le costaban. La mayoría de las veces Carolina los rechazaba con un: «Lo siento. No puedo aceptarlo», aunque, por cortesía, tuvo que admitir alguno. Pero como las ansiadas presentaciones no se sucedían, fue Carlota quien se vio obligada a tomar la iniciativa e ir captando la compañía de la técnica y se propuso introducirla en su ambiente.

El cariz que estaba tomando el asunto a Carolina no le gustaba ni pizca y se lo comentó a su jefe: «Si queremos mantener nuestro prestigio, tenemos que quitárnosla de encima». Este la entendía, pero la estimulaba a tener paciencia, los Grau eran gente muy influyente y no quería tener enfrentamientos con ellos.

Y así fue como en la vida de Carolina Martín se fueron haciendo habituales los nombres de todos los Grau y sus allegados. Y Fernando Morales era muy allegado.

Ella echó mano de su hermana Elena y de Pedro para acudir a las reuniones y fiestas. De paso, pensaba que les vendría bien relacionarse con más gente. Para estos dos, aquellas veladas les suponían un sacrificio. Ni les interesaban sus conversaciones ni su insustancial manera de ver la vida. Especial manía sentían por las altivas y prepotentes hermanas Grau, que siempre les preguntaban por la marcha del taller cuando sabían que aquello no funcionaba; ellos, con una sonrisa en los labios, les decían que todo iba sobre ruedas, como no podía ser de otra forma. Pero, por Carolina, aguantaban lo que hiciera falta.

Que Álvaro, Bernardo y Gervasio se sentían cautivados por el atractivo de Carolina era innegable, pero esto a Carlota le traía sin cuidado. Al primero le gustaban todas, el segundo era su primo y el tercero ni le iba ni le venía. Lo que realmente le preocupaba era el efecto imán que ejercía sobre Fernando. Notaba cómo él hacía por acompañarla cuando sabía que Carolina iba a acudir, y no le había pasado desapercibida la sonrisa que se le ponía a su novio cada vez que la miraba. Tampoco parecía que Carolina le hiciese ascos, y los ojos que se ponían cuando coincidían sacaban a Carlota de sus casillas. Maldijo el día en que había conocido a aquella niñata estúpida que, además de no haberle servido para nada, pretendía robarle a su novio. Tenía que deshacerse de ella cuanto antes y aprender a sacarle más partido a su apellido.

Mercedes le dio la idea de que ella misma organizase su propia exposición. Le costaría un dinero extra, pero solo era cuestión de alquilar una sala importante y céntrica y servir unos cuantos canapés y mucha bebida. Lo importante era invitar a la gente adecuada. Todos los amigos y conocidos de sus tíos tenían que estar allí; si le debían algún favor a Guillermo, mejor que mejor, así se obligarían a adquirir alguna de las obras. El precio debía ser elevado para cotizarse como ella merecía y, de paso, obtener pingües beneficios que la hiciesen todavía más rica. Todo estaría calculado al milímetro y para ello contarían con la colaboración de la bondadosa tía Susana, quien se encargaría de que no faltase ni una de sus adineradas

conocidas acompañadas, claro está, por sus maridos.

El lugar elegido fue el Salón Real del emblemático Casino de Madrid. Sus modernos cuadros contrastarían con el estilo Neorococó de la sala y con la fastuosa lámpara que lo presidía. Sería imprescindible acudir con invitación.

Por supuesto, Carlota no tenía la menor intención de invitar a la señorita Martín y acompañantes, pero la falta de comunicación le jugó una mala pasada. Fernando, pensando que se le había pasado por alto, lo hizo por ella. Se puso hecha una furia y que era un imbécil fue la palabra más cariñosa que le enumeró. La cuestión era que a Carolina tampoco le hacía ninguna ilusión asistir, pero tras tantos agasajos se sintió obligada y no dudó en llamar a su hermana y a su cuñado.

A tan solo dos días del evento Carlota recordó a uno de los invitados que iba a asistir y no quería, bajo ningún concepto, que conociera a Carolina. Siempre había sido un poco adivina y sabía que, si aquel encuentro se producía, la «señorita perfecta», como la llamaba en la intimidad, se implantaría en su vida como un cáncer. Tenía que evitarlo a toda costa.

Llegó el gran día y, tal y como había pronosticado Mercedes, todo salió a pedir de boca. Carlota vendió más cuadros de los que hubiera imaginado a unos precios desorbitados, que ni ella misma se podía creer, gracias a las amistades de sus tíos. No entendía cómo había sido tan tonta de acudir a una galería, si con el apellido Grau ya era suficiente. Cuando alguien le decía que compraba una de sus pinturas, ella misma se encargaba de llevarlo junto a su tío y anunciarlo en público para que se quedase tranquilo y tuviese la certeza de que su inversión no caía en saco roto. Estaba encantada y feliz, hasta que fue rotando su cabeza en busca de Fernando y vio que sus peores vaticinios se estaban cumpliendo. Jamás podría desembarazarse de Carolina Martín.

Tras la muerte de su padre a Carlota le costó superar el impacto que le supuso conocer la realidad de su situación financiera. Lo único que de verdad valía era el chalet de la calle Arga, donde residía. Mercedes y ella tenían que estudiar bien todos aquellos papeles que su padre tenía guardados en el viejo baúl para entender qué había sucedido. Ambas hermanas acordaron que nadie

debía enterarse de cuál era su auténtica posición.

Y tuvo que transcurrir un año más hasta conseguir que Fernando se decidiese a pasar por el altar. El chico había sido reacio y siempre tenía excusas para ir aplazándolo; una de ellas fue su cambio de trabajo. Desavenencias familiares le llevaron a instalarse por su cuenta y abrir un despacho de abogados especializado en Derecho Penal.

Pero lo que en realidad lo avocó al matrimonio, y que nunca confesaría, fue la marcha del tren que a él le hubiese gustado coger, pero que ya había perdido. Había perdido a Carolina.

Se instalaron en la urbanización Los Cerezos. Carlota había adquirido el chalet por un precio irrisorio, gracias a Guillermo. Enseguida nació su hija Carla y pasados un par de años llegaron los mellizos. Con tres hijos ya era más que suficiente.

Carlota seguía con su pintura y, aunque la justificación Grau se iba agotando, todavía iba cayendo algún que otro insensato. Al que no le podía ir mejor era a Fernando. Su decisión de abandonar la empresa familiar no pudo ser más acertada. Era bueno en lo suyo y cada vez le llovían más clientes. Grau&Co era de los mejores, pero, si Guillermo se había decidido a trabajar con él, era porque le compensaba sobradamente el trabajo por el que pagaba.

El matrimonio sufría sus altibajos, sobre todo debido al tema económico. Casi siempre era ella la que tenía que hacer frente a los gastos, cuando el caso era que Fernando ganaba infinitamente más, y esto la irritaba con bastante frecuencia. Había malacostumbrado a su marido y ya no había vuelta atrás. Trataba de no quejarse y pagar religiosamente para tenerlo satisfecho, pero cada euro que soltaba lo apuntaba mentalmente.

Y en eso consistía su rutina diaria, hasta que un sábado por la mañana, los mellizos contaban ya cinco años, a Fernando se le ocurrió salir pronto a correr por la urbanización. Se topó con Carolina, quien había decidido ir a jugar al golf. Tenía el coche fuera y estaba metiendo los palos en el interior. Fernando se ofreció a ayudarla y como todavía era temprano, lo invitó a tomar un café. Se pusieron a hablar, primero de trabajo y luego vinieron temas más personales. Ella le confesó que a veces se sentía sola y él se

sinceró y le declaró que siempre había sentido algo más que cariño por ella. Mientras le retiraba el pelo de la cara y se recostaban en el sofá, le propuso seguir viéndose, estaba dispuesto a dejar a su mujer o a lo que ella le pidiera. No quería volver a perder el tren que en su momento ya se le escapó. Ese día Carolina ya no jugó su partida. La condición fue ir poco a poco en la clandestinidad y, llegado el momento, hacerlo público.

Pero que Fernando había cambiado de forma radical y estaba cada día menos receptivo y más distante no le pasó desapercibido a su esposa. La rehuía constantemente, llegaba cada vez más tarde a casa y un brillo especial emanaba de su rostro. Carlota decidió contratar los servicios de un detective privado, pero no hizo falta. Una noche, poco antes de la cena, se vistió con ropa deportiva y entre carrera y paso rápido deambuló por Los Cerezos. Llevaba muchas horas en el estudio y necesitaba estirar las piernas. Vio perfectamente como el coche de su marido entraba en el garaje de «doña Perfecta». Estuvo un rato esperando, pero no hacía falta, sus peores vaticinios se habían cumplido. «Sabía que esto iba a suceder», se dijo.

Las lágrimas de rabia iban rodando por sus mejillas mientras conjeturaba con sus posibilidades: podía seguir luchando por él y su familia o echarlo de su vida para siempre y perder la inversión que tanto dinero y esfuerzo le había costado. No había recorrido ni trescientos metros cuando se cruzó con el coche de Álvaro. Este paró al verla y le preguntó qué le pasaba. Ella únicamente respondió: «Necesito una copa». No tenía la menor intención de contarle a nadie la infidelidad de su marido. Ni el propio Fernando debía enterarse de que lo sabía. Como diría su hermana: «A una Grau no la abandonan».

Álvaro pensó que también le sentaría de maravilla beber algo, y la invitó a subir. Ella, sin pensárselo dos veces, así hizo. Después de la primera consumición llegó la segunda y sin darse cuenta, la tercera. El alcohol empezó a hacer sus efectos y el donjuán dio rienda suelta a su vena zalamera. Le pronunció las palabras más bonitas que los oídos de Carlota jamás hubiesen escuchado. En realidad, lo único que estaba haciendo era repetir el mismo discurso que les soltaba a todas. Pero Carlota se creyó, o quiso creerse, todas y cada una de aquellas promesas. Acabaron en un hotel de

carretera y Carlota comprendió que, por fin, había encontrado el verdadero amor. No había tenido ni que pagar las copas.

Lo primero que hizo Álvaro al despertarse fue mirar al cielo por si iba a llover; levantó una ceja al ver que se trataba de una soleada mañana más, como la anterior. Para Carlota, aquella mañana, al girarse y ver a su lado al adormilado Fernando, significó el comienzo de una nueva etapa en su vida.

Se presentó en el despacho de Álvaro para hablar seriamente de cómo iban a enfocar su relación: «¿Cuándo se lo vas a decir a Carmita?», le preguntó mientras se abalanzaba sobre él, plena de deseo, y él trataba de zafarse de ella. Álvaro no sabía cómo salir de esa situación; le mentía diciendo que era cierto lo que sintió la noche anterior, pero que tenían que olvidarlo, que fue algo increíble, pero que ahora cada uno tenía que continuar con su vida. Pero lo último que Carlota quería era olvidarlo, lo que pretendía era emprender una nueva existencia con él. Finalmente acabó por amenazarlo con contárselo a su mujer, si no se daban una oportunidad. Álvaro se sintió acorralado y tuvo que ceder, pero su realidad se iba a convertir en una pesadilla. Lo buscaba como si de una loba en celo se tratara, salía a hacer *footing* a las horas que calculaba que se encontraría con él; se le presentaba en el despacho cuando menos lo esperaba; los mensajes y las llamadas lo estaban volviendo loco. Álvaro trató de cambiar sus rutinas y esperaba que a ella se le pasase pronto semejante paranoia. Pero lo único que consiguió fue que Carlota se sincerase con Fernando y, sin darle margen, lo pusiera de patitas en la calle. Álvaro estaba realmente asustado. La siguiente en enterarse sería su esposa.

Se armó de coraje y llamó a Fernando. Esperaba encontrarse a un hombre ofendido que no querría cruzar palabra con él, pero, para su asombro, se topó con todo lo contrario. Fernando solo le pudo prometer que él no se iría de la lengua y que por su boca Carmita no se iba a enterar, pero sobre Carlota no podía hacer nada.

Y es que Fernando, una vez su esposa le dio vía libre y pasados los primeros momentos de perplejidad, de ningún modo se hubiese imaginado que Carlota lo echase, recogió su ropa y enseres personales y se mudó a vivir con Carolina. Las cosas no le podían haber salido mejor.

Los cuatro personajes se convirtieron en la distracción de los habitantes de la urbanización. A pesar de los intentos de Álvaro por no llamar la atención, la actitud de Carlota era tan obsesiva y maniaca que a nadie le pasó inadvertida. Solo Carmita seguía en la inopia. La unión de Carolina y Fernando era *vox populi*. De entre todos los rumores la versión que cobró mayor verosimilitud era la que afirmaba que el tunante de Álvaro había seducido a la necia Carlota y esta, perdiendo todos los papeles y la razón, había dejado al infeliz Fernando sin techo y la caritativa Carolina le había dado cobijo.

Para la pareja formada por la señorita Martín y el señor Morales, las primeras semanas llegaron a convertirse en una empalagosa luna de miel, de lo pendientes y acaramelados que estaban el uno por el otro. Pero en cuanto se pasó la emoción inicial y se instaló la costumbre, las cosas empezaron a cambiar para Carolina. Martes, jueves y fines de semana alternos llegaban los pequeños Morales. Fernando no estaba acostumbrado a ocuparse de los niños, así que le tocaba a Carolina buscar planes y actividades para tenerlos entretenidos, sin pensar que ella aún estaba menos habituada que él a los chiquillos. Tampoco estaba el padre familiarizado con todo lo que significara intendencia, y toda la hacía recaer sobre su compañera. Como la casa ya era de ella, todos los recibos seguían llegando puntualmente a su banco, y la asistenta también salía de su cartera. Carolina esperaba que él se diera cuenta y reaccionase, pero ese día nunca llegó. A los tres meses la chica fue plenamente consciente de que lo estaba manteniendo. No se atrevía a decírselo, pero cada vez estaba más arrepentida de haber compartido su hogar. No entendía, con lo bien que le iba el bufete, ya que no paraba de dejarlo caer, por qué no se comprometía a pagar algo. Como Fernando la veía cada día más apagada, se le ocurrió la idea de hacer una escapada juntos. A ella le pareció un plan inmejorable.

El chico le comentó que tenía un íntimo amigo del colegio viviendo en Roma; se estaba abriendo camino en la moda y sería una excelente excusa para pasar a hacerle una visita. A Carolina, los ojos le brillaban de entusiasmo solo de pensar en Italia.

Ella se llevó su mejor ropa, dispuesta a disfrutar de esos cuatro días en

la ciudad eterna. Fernando se había encargado de todo y Carolina estaba exultante de felicidad. Cuando el hombre dio la dirección al taxista, se le ocurrió preguntarle a qué hotel iban a ir. «No, no. Iván me ha insistido en que nos quedemos en su casa», le aclaró su novio.

El apartamento de Iván era un pequeño loft en la zona del Trastevere. La única puerta que existía era la del baño. La cama del amigo se sacaba estirando lo que parecía un armario. Ellos dormirían en el sofá cama. Era jueves y salieron a cenar, ella se bebió tres copas de vino seguidas para olvidar el lugar donde iba a pasar la noche. El viernes Fernando la llevó a recorrer las tiendas cercanas a la Plaza de España, donde le recordó que Carlota le había comprado algunos detallitos. El sábado por la mañana Fernando le confesó que se le habían acabado los 500 euros que había cogido para el viaje y que a partir de ese momento tendría que ser ella la que sufragase los gastos. A Carolina se le cayó el mundo a los pies, cuando lo que hubiese preferido era que se la tragara la tierra. Para colmo de males, recibió la llamada desesperada de Álvaro. Le suplicaba que lo ayudase a huir de aquella abominable urbanización, que hablase con Guillermo e intercediese por él para reubicarlo en la China si hacía falta. Le explicó que Carlota se había presentado en su casa y le había contado todo a su mujer. Como se sentía rechazada, las chispas le salían hasta por los ojos. Carmita había pasado de la histeria a la desolación y él precisaba salir de allí como fuera. Ella prometió que lo ayudaría.

Por la noche invitaron a cenar a Iván al mejor restaurante de ostras de Roma. «¿Y qué son unas ostras sin champagne?», comentó Fernando. Carolina se levantaba de la mesa cada vez que hacían un nuevo pedido para llamar a su hermana y contarle por todo lo que estaba pasando. Elena le aconsejaba que los dejara plantados y se volviera en el primer vuelo a Madrid. Ella no tuvo la valentía de hacerlo, pero al día siguiente alegó que estaba indispuesta y se quedó en el apartamento. Le dio 200 euros a Fernando para que se fuera con su amigo y se pasó el día entero llorando. Nunca había visto Roma tan fea. Aprovechó para llamar a Guillermo y transmitirle el problemilla del señor Jiménez; él estaba enterado porque Carlota ya le había suplicado que le pegase la patada a aquel granuja. Acordaron que sacarían a

Álvaro de Los Cerezos.

Cuando regresaron, los dos compañeros le comentaron que hacía muy mala cara. El lunes, gracias al cielo, ya estaban de vuelta en Madrid. Ella se esperó a llegar a casa para explicarle que, a pesar de que era alguien muy especial, llevaba sola tantos años que ya se le había pasado el momento de compartir su vida con alguien. Lo mejor era seguir siendo unos maravillosos amigos y recordar esa etapa como algo fascinante que ocurrió.

Fernando no entendió nada. Con lo bien que lo habían pasado, era lo último que se esperaba. Pero no le quedó más remedio que acatar la decisión de Carolina, pues vio que su sentencia era firme. Se fue destrozado a pasar la noche a un hotel.

No podía conciliar el sueño y le pareció escuchar unos golpecitos en la puerta. Se levantó despacio de la cama y se asomó por la puerta para ver si estaba en lo cierto. En el umbral se encontraba Carlota, esperándolo. Se vistió y regresaron juntos a su hogar. A su esposa le pareció que tenían que sellar su amor con un nuevo hijo. Así llegó Nando. Carlota y Fernando estaban inexorablemente condenados a viajar en el mismo vagón.

Cada vez que Carlota comienza un cuadro, se queda mirando la blanca tela y permanece tan abstraída que el color níveo se vuelve pardo y luego, terroso y negruzco. Hace calor y se acerca una colonia de mariposas. De entre todas hay dos que le llaman la atención: una es blanca y la otra es negra; en ambas, el reborde de sus alas es dorado. Las captura con su red y las introduce en el frasco de cristal con tapa de oro macizo. Se asegura de que esté bien cerrado para que no entre el aire. Cuando su aleteo se va haciendo más imperceptible, desenrosca un poco la tapa para que entre el oxígeno. Baten las alas con mayor velocidad. Lo vuelve a enroscar. Tiene todo el tiempo del mundo.

Fernando ve el mismo lienzo blanco, hay dos brochas: una es de madera tallada por un experto orfebre, la coge y de ella fluyen los colores del arcoíris. El otro pincel está grasiento y manchado, pero, aun así, lo coge y colorea la sábana. La tela se convierte en oro. La mano le tiembla y va girando en su propia dirección. Intenta dar órdenes a su cerebro, pero no le responde. La brocha ya le roza. Ya es oro.

3 de enero de 2017

14
GERVASIO

Entré como una bala en nuestro privado cuartel. Estaba deseoso de informar al inspector sobre los avances que había hecho durante la tarde anterior. Me había pasado el tiempo llamando por teléfono a amigos y conocidos que trabajaban en bancos y registros de la propiedad para pedir algunos favores. Esa era la vía más rápida para conseguir la información que necesitaba; si me acogía al procedimiento burocrático, sería más largo y tedioso. Algo había conseguido, aunque todavía me encontraba pendiente de recibir gran parte de la documentación.

Encontré a Jaime concentrado en la pizarra que había instalado sobre un caballete y que estaba rellenando con apelativos, horarios, motivos, vehículos y todo lo que tuviese relación con el caso, y que iba uniando con flechas de diferentes colores. En el centro destacaba el nombre de Carolina.

Me saludó sin ni siquiera girarse. Seguía ensimismado en sus apuntes, así que, aunque no se me convocara, decidí empezar con mi disertación.

—Anoche estuve trabajando y he descubierto un par de cosas que creo que pueden ser interesantes, aunque todavía estoy esperando que me llegue todo el material.

Ya no pude continuar porque el portón se abrió con tal brío que hasta Jaime salió de su letargo y se obligó a girarse. Allí, delante de nuestras

narices, se nos apareció el comisario López más tieso que un palo, piernas entreabiertas y cara de pocos amigos. Una mano seguía sosteniendo el picaporte de la puerta abierta, la otra, apoyada contra la cadera, sujetaba lo que parecía ser un iPad. Sin darnos oportunidad de abrir la boca, se dirigió a Jaime.

—Reyes, menos mal que te dije que me mantuvieses informado porque, si no te lo llego a decir, pensaría que estás muerto —Jaime se quedó observándolo, pero no dijo nada y le dejó continuar—. Después de poner patas arriba el vertedero de Valmingómez y tener a varios agentes trabajando día y noche para ti, creo que me merezco una explicación... Si te parece, claro.

—Comisario, en eso tienes razón —se disculpó Jaime mientras el otro cerraba la puerta—. Pero, como bien dices, especificaste que cuando tuviese algo, y todavía no tengo nada. No tenemos el informe forense que corrobore el asesinato, que yo te aseguro que así es, y hasta que no lo tenga en la mano...

—Hasta que no lo tengas en la mano —lo interrumpió López—, no tenías intención de comentarme nada. O sea, lo de siempre.

—Eso es, estamos trabajando con mucha cautela, como estipulamos —Le señaló la pizarra.

—Pues estás tocando unas teclas influyentes — y le aclaró—. De muy arriba me están presionando para que dejes en paz a los Grau. ¿Dónde te estás metiendo?

—A esa mujer se la ha cargado uno de ellos, pero hasta que Francisco Montes no me dé los resultados de la autopsia estoy atado de pies y manos — y con cara circunspecta, le preguntó—. ¿Quieres que lo deje, de momento?

—¡Y una leche lo vas a dejar! —exclamó con determinación— A mí no me coacciona ni el papa. Vamos a hacer nuestro trabajo, que para eso nos pagan —Y estirando el brazo dejó el iPad sobre la mesa—. Lo han revisado de arriba abajo y solo hay informes de las empresas de Grau&Co. Te lo dejo aquí por si te interesa echarle un vistazo. Lo han traído de casa de la fallecida. Ya han comprobado las llaves, efectivamente, pertenecían a la señorita

Martín y eran las de su casa, oficina y coche. En el ordenador de su despacho no han encontrado nada relevante.

—Gracias. ¿Ya te he dicho que vales millones?

—No, todavía no. Pero mi abuela me lo repetía constantemente —Y poniendo una sonrisa maliciosa metió la mano en el bolsillo de su chaqueta—. Pero ahora sí que me lo vas a decir —Y levantó el brazo para que pudiésemos apreciar el plateado y plano objeto que sostenía entre el pulgar y el índice. Un iPhone 6S—. Lo más interesante que os tengo que anunciar es que el día 24 de diciembre se borraron unas fotos a las 19:44 que se hicieron el día 23 a las 20:27. Esto significa que las imágenes estuvieron cargadas casi veinticuatro horas. El resto lo dejo en vuestras manos —y dirigiéndose a Jaime, le soltó—. Y ahora, ya me lo puedes decir —Puso el teléfono en sus manos—. Por cierto, han tenido que acudir al depósito para desbloquearlo con la huella de la víctima.

—Comisario, ¡vales millones! —afirmó rotundo.

—¡Atrápalo! —concluyó López. Y antes de marcharse le recordó— Y te vuelvo a pedir que me mantengas informado... Con lo que sea.

Nos quedamos a solas y pegamos nuestras sillas y nuestras cabezas. No podíamos dejar de mirar el móvil. Lo tratábamos como si de un recién nacido se tratase. Teníamos miedo hasta de tocarlo por si se nos resbalaba de entre los dedos y caía. El inspector, que hasta ese momento había estado utilizando el cigarro electrónico, lo dejó a un lado y se encendió un pitillo.

—Jefe, ¿cómo se ha arriesgado tanto y le ha preguntado si lo dejaba? Cuando se lo he escuchado decir, me he quedado de piedra y lo he llegado a pasar mal —le aseguré.

—Porque ya son muchos años y sabía la respuesta de antemano —me explicó exhalando el humo—. Bueno, vamos allá. ¿Por dónde empezamos? ¿Mensajes o llamadas?

—Primero las llamadas y luego miramos los WhatsApp —Y cogí el cuaderno para contrastar las correspondencias.

—De acuerdo. Vamos a últimas llamadas. Las miraremos todas

meticulosamente, pero vamos a empezar por el día 23.

—Sí, mejor ir por orden —le secundé.

—Veamos:

09:30 Llamada saliente a Álvaro J. 30 segundos.

10:30 Llamada entrante de Gervasio M. 1 minuto.

10:35 Llamada perdida de Gervasio M.

12:30 Llamada entrante de Fernando M. 35 segundos.

12:40 Llamada perdida de Gervasio M.

12:45 Llamada entrante de Pedro M. 3 minutos.

13:45 Llamada entrante de Elena M. 2 minutos.

14:00 Llamada perdida de Fernando M.

14:05 Llamada saliente Papá. 1 minuto.

15:00 Llamada perdida de Gervasio M.

16:32 Llamada perdida de Gervasio M.

17:03 Llamada entrante de Susana G. 1 minuto.

18:00 Llamada perdida de Gervasio M.

19:51 Llamada saliente a Elena M. 5 minutos.

19:59 Llamada entrante de Álvaro J. 10 segundos.

21:31 Llamada saliente a Guillermo G. 0 segundos.

21:31 Llamada saliente a Bernardo G. 0 segundos.

21:32 Llamada saliente a Miguel G-C. 0 segundos.

21:32 Llamada saliente a Carlota G. 0 segundos.

21:33 Llamada saliente a Mercedes G. 0 segundos.

21:39 Llamada perdida de Gervasio M.

22:15 Llamada saliente a Miguel G-C. 0 segundos.

22:15 Llamada saliente a Elena M. 0 segundos.

22:30 Llamada saliente al 913742745. 7 minutos.

Y dando una fuerte exhalación, concluyó:

—Y esto es lo que da de sí el día 23.

—¿Y quién es ese Gervasio M que llama tantas veces? Por la insistencia, pesado debe de ser un rato —y pregunté—. ¿Quién será Susana G? ¿Grau?

—Eso lo tenemos que averiguar, pero será sencillo.

—¿Se ha dado cuenta de que con los cinco que sabemos que estaban en la misma planta a partir de las ocho se pusieron o ella intentó ponerse en contacto a lo largo del día?

—Sí, de Fernando y Miguel ya hemos hablado —siguió recapacitando — Y si no recuerdo mal, Álvaro nos contó lo de la bofetada y añadió que no sabía nada más porque no se metía donde no le llamaban, pero a las 19:59 la llamó y al menos hablaron diez segundos... Se olvidó de relatarnos ese pequeño detalle...

—El comisario nos ha informado de que las fotos se tomaron a las 20:27 y me acabo de dar cuenta de que entre las 20 y las 21 horas no se puso en contacto con nadie. No atendió la llamada de ese Gervasio —y continué— y a partir de las 21:31 intenta ponerse en contacto con todos, menos con: Álvaro, Fernando, Elena y Pedro. Pero con estos cuatro ya ha hablado a lo largo del día.

—O acaba de estar con ellos —intervino Jaime—. Recuerda que los dos primeros estaban allí y de la hermana y el cuñado, aunque afirmaron que la última vez que la vieron fue el día 21, no sabemos si es cierto. Tuvo ocasión de estar con ellos —Y prosiguió—. Que sepamos con seguridad, a la hora en que se tomaron las fotografías, en esa planta se encontraban: Álvaro, Fernando y Bernardo. En teoría, Miguel ya se había marchado.

—Se olvida de Guillermo— le avisé.

—No tengo nada claro que Guillermo todavía se encontrase en su despacho. Tendremos que preguntárselo a él.

—Sí, tiene razón en cuanto a Guillermo, pero —Y me quedé

observando a Reyes— ¿cree que lo que Elena nos quiere ocultar es que vio a su hermana después del 21?

—En realidad, tengo la corazonada de que ese no es el punto que nos esconde —dijo, subiendo las cejas y torciendo los labios—. Sigamos, supongo que la llamada de las 22:30 fue a la compañía aérea para posponer el vuelo.

—Sí —afirmé mirando la pantalla de mi teléfono—, es el de atención al cliente de Iberia.

—Pasemos al día 24 —continuó—. Apunta:

9:02 Llamada saliente a Mr. Stone. 1 minuto.

9:30 Llamada entrante de Fernando M. 2 minutos.

9:42 Llamada saliente a Álvaro J. 0 segundos.

9:42 Llamada saliente a Guillermo G. 0 segundos.

9:43 Llamada saliente a Bernardo G. 0 segundos.

9:44 Llamada saliente a Miguel G-C. 0 segundos.

9:44 Llamada saliente a Carlota G. 0 segundos.

9:45 Llamada saliente Mercedes G. 0 segundos.

10:00 Llamada perdida Gervasio M.

13:05 Llamada perdida de Pedro M.

13:15 Llamada perdida de Gervasio M.

14:12 Llamada saliente a Pedro M. 30 segundos.

14:30 Llamada saliente a Susana G. 4 minutos.

17:00 Llamada saliente Papá. 1 minuto.

18:00 Llamada perdida de Gervasio.

20:56 Llamada perdida de Susana G.

23:03 Llamada perdida de Susana G.

—Y aquí finaliza el día 24. ¿Qué te parece? —dijo Jaime— Lo que tengo claro es que ese Mr. Stone es el de la galería de Londres.

—Sí, yo llegué a hablar con él. En cuanto a los demás, o quería felicitarle las fiestas a todo el clan Grau o necesitaba hablar con todos, menos con Guillermo y Bernardo —Me quedé un momento pensativo— Al que no podemos perder de vista es a Fernando, ese sí que llegó a hablar con ella.

—Sí, otro al que se le ha olvidado comentar un pequeño detalle —dijo con ironía—. En cuanto al resto, quizá no los llamó porque recuerda que el día 24 fue a la oficina y con Guillermo habló seguro y probablemente, con Bernardo también —me precisó Jaime—. Con quien hemos de tener unas palabras es con esa Susana G. La charla fue de cinco minutos y, si exceptuamos a su padre, fue la última persona que habló con ella —y reanudó—. En cuanto al padre, podemos probar, pero Elena nos dijo que estaba muy mayor y que no le pensaba comunicar la muerte de su hija. Imagino que lo llamó para felicitarle la Nochebuena o simplemente, ver cómo estaba. O sea, lo que se supone que hacen las hijas.

Yo no hice alusión alguna, pero di por hecho que estaba pensando en la suya.

—¿Seguimos con el 25? Así podremos comprobar si los que dijeron que la llamaron en verdad lo hicieron.

—Apunta:

9:48 Llamada perdida de Susana G.

10:14 Llamada perdida de Guillermo G.

11:05 Llamada perdida de Miguel G-C.

11:17 Llamada perdida de Susana G.

11:32 Llamada perdida de Pilar (vecina).

11:38 Llamada perdida de Fernando M.

11:50 Llamada perdida de Mercedes G.

12:09 Llamada perdida de Álvaro J.

12:17 Llamada perdida de Fernando M.

12:20 Llamada perdida de Bernardo G.

12:45 Llamada perdida de Pilar (vecina).

12:58 Llamada perdida de Guillermo G.

13:38 Llamada perdida de Elena M.

14:37 Llamada perdida de Elena M.

17:22 Llamada perdida de Pilar (vecina).

19:07 Llamada perdida de Susana G.

19:26 Llamada perdida de Mercedes G.

19:30 Llamada perdida de Fernando M.

20:00 Llamada perdida de Fernando M.

20:30 Llamada perdida de Fernando M.

Reyes finalizó con la lista de llamadas.

—Esto es todo. ¿Y sabes qué es lo que más me ha llamado la atención?

—Que para ser tan amigas es raro que Carlota Grau ni siquiera se dignase a responder a la llamada. Todos la han llamado menos ella —resolví—. El otro tema es Mercedes, nos aseguró que no mantenía ningún tipo de contacto con ella y le devolvió la llamada dos veces.

—Sí, muy bien, Manolo —me aplaudió—, pero ya dedujimos que la amistad entre Carolina y Carlota no era tal. En cuanto a Mercedes, es posible que coincidieran alguna vez, pero estoy convencido de que la palabra simpatía no es la que definiría su relación. No, lo que más me ha sorprendido es que el pesado ese de Gervasio ya no vuelve a llamar; aunque no debemos olvidar que el día de Navidad la gente está en familia y se habla menos por teléfono —y añadió—. La que parecía tener mucho interés es Susana G. Se impone una entrevista con ella. Eso, por no hablar de las prisas que le entraron al señor Morales para ponerse en contacto con la víctima el día de Navidad, ¿no te resulta un poco extraño?

—A mí todo me resulta extraño y todo son verdades a medias. Los que coinciden en su versión son Guillermo Grau y Elena Martín —Y mirando mi bloc, señalé—. Los dos dijeron que la llamaron el 25, y así fue.

—Pero eso no quiere decir que no supieran que ya estaba muerta —

poniéndose serio, razonó—. Quienquiera que lo hiciese ha podido jugar al despiste. No podemos estar seguros de nada y de nadie hasta tenerlo contrastado.

Nos disponíamos a comprobar los mensajes cuando escuchamos unos golpecitos en la puerta y esta se abrió. Ante nosotros se colocó Angelines, intentando aparentar solemnidad.

—Inspectores, buenos días—y mirando en dirección al teléfono y después a la pizarra, añadió—. Y tan buenos, por lo que veo —y continuó—. Un tal señor Morales desea hablar con los inspectores que llevan el caso de la señorita Martín.

—¿Fernando? —pregunté yo extrañado. En realidad, estaba deseoso de que fuese él; así podría explicarnos sus llamadas.

—Dile que pase, pero espera que tapemos la pizarra y no vea lo que estamos haciendo. ¿Qué podemos poner? —dijo Jaime mirando alrededor por si encontraba algo que le sirviera.

—No, a las dos primeras observaciones —respondió Angelines. Y poniéndose firme, nos aclaró— No le puedo decir que pase porque como este no me sonaba de nada, lo he dejado arriba por si no lo querían atender. El otro no es porque no se llama Fernando, me ha dicho Gervasio Morales —Y estirándose el jersey se dispuso a salir—. Ahora les traigo una manta vieja que circula por ahí y tapan esos garabatos.

—¡Qué bien! Van apareciendo ellos solitos. La de faena que nos ahorran —comentó alegremente el inspector.

—Entonces, se supone que este Gervasio es hermano de Fernando.

—Se supone, sí.

Volvió a aparecer la jefa de secretarías con una manta a cuadros y, una vez estuvo segura de que había quedado correctamente colocada, se fue y volvió con Gervasio Morales. Tenía un aire que recordaba a su hermano, pero en este se notaba que era amigo del buen comer porque, además de sobrarle algunos kilos, el aliento le apestaba a cebolla y carajillo. Por la hora, acabaría de almorzar y por lo que aparentaba, se había quedado satisfecho. También

su pelo era rubio, pero la coronilla ya le empezaba a clarear y la alopecia empezaba a causarle estragos por la zona frontal. Se nos presentó trajeado en azul marino con una insulsa corbata granate. Ni de lejos la deportiva elegancia de Fernando.

Nos dio un endeble apretón de manos y se sentó en la silla que le indicó Reyes.

—Usted nos dirá, Gervasio. ¿Qué tiene que contarnos? —le invitó el inspector.

—Verán —El tipo parecía nervioso y cansado, y no paraba de frotarse las manos que mantenía apoyadas sobre la mesa—. El caso es que me he enterado por mi hermano que Carolina se ha suicidado —Parecía que iba a llorar.

—Sí, es una posibilidad —aseguró Jaime.

—Es que creo que yo sé lo que le pasaba —Se tocaba la alianza como si pretendiese darle vueltas—. Carolina y yo nos conocíamos desde hacía muchísimos años y éramos muy íntimos. Bueno, no vayan a pensar mal. Lo que quiero decir es que éramos de ese tipo de amigos que se lo cuentan todo. Y últimamente lo estaba pasando mal.

—¿En qué sentido lo estaba pasando mal? —le preguntó Reyes.

—A Carolina la estaban acosando y por eso estaba tan obsesionada por irse —Se le saltaron unas lágrimas.

—¿Quién la acosaba?

—Bueno, ella decía que Bernardo Grau no la soportaba y que le había llegado a levantar la mano, pero, aunque me sabe mal tener que decir esto, quien no paraba de perseguirla y dejarla vivir en paz era mi hermano, Fernando. Estaba obsesionado con ella.

—¿Y cree que Carolina se suicidó por estar harta de su hermano y de Bernardo? —Jaime lo preguntó con serenidad, pero noté cierto deje de escepticismo.

—No lo sé, pero últimamente no paraba de asegurar que se marchaba y estaba muy irascible —y siguió contando—. Fernando es muy buena

persona, pero a veces, sin darse cuenta, se pasa de la raya.

—¿En qué sentido se pasa de la raya? ¿Es violento?

—Pues no sé qué decirle. A mí nunca me ha atacado, pero hará poco más de veinte años una chica lo acusó de violación. Al final quitó la denuncia, pero yo no sé qué pasó —Tras sonarse nos aclaró—. Carolina quería dejar la relación y él no la dejaba. Yo la adoraba, era una mujer muy especial y nuestra amistad también. Ahora me veo en la obligación de contarles todo lo que sé porque, si se suicidó por culpa de alguien, ese alguien tiene que pagarlo —lo dijo en un tono que sonó a amenaza. Me dejó de parecer tan afectado.

—¿Nos está diciendo que su hermano Fernando y Carolina tenían una relación? —preguntó sorprendido Jaime.

—Sí, los estuve encubriendo unos meses, pero luego ella ya no quiso seguir y Fernando se puso muy pesado.

—¿Cuándo fue eso?

—Después del verano, en septiembre —Volvió a tocarse el anillo y a frotarse las manos.

—¿Y hasta cuándo?

—Hasta noviembre o así. Carolina se hartó de que Fernando no dejase a su mujer y le dio el finiquito.

—¿Lo sabía alguien más? —Al hacer la pregunta Jaime se inclinó hacia delante. Su atención era máxima.

—No, yo era el único. Si mi cuñada se entera, lo mata.

—Y, ya que uno es su hermano y la otra su mejor amiga, ¿sabe si Fernando era el padre del niño?

Jaime se quedó a la expectativa. Gervasio se quedó desconcertado.

—¿Niño?... No tengo ni idea —Se puso nervioso y volvió a rotar el anillo—. Pero supongo que sí. No había ningún otro.

—Bien, Gervasio —prosiguió Jaime—. Nos acaba de decir que Bernardo Grau llegó a pegar a Carolina, ¿sabe por qué?

—Creo que se sentía desplazado y a veces se le va la mano, pero conmigo siempre es muy afable y simpático —y bajando la voz, nos expuso—. Me aseguró que muchas veces no contaban con él. Comentaba que Carolina y Miguel confabulaban a sus espaldas y que los toreaban a él y a su padre.

—¿Se lo dijo él personalmente?

—Sí, de vez en cuando quedamos y nos reímos un rato —Le sudaban las manos y agachó la mirada.

—¿También tiene trato con Álvaro Jiménez? —El inspector no iba a dejarse a nadie en el tintero.

—Sí, nos vemos de tanto en tanto y tomamos algo —Dejó caer sus hombros hacia delante, parecía hundirse.

—¿Conoce usted a Elena Martín y a su novio Pedro?

—Por supuesto. Ella lo está pasando fatal. Elena se ha quedado muy sola. Esas hermanas estaban muy unidas —Volvió a sonarse sin erguirse—. Ayer estuve en su casa y está destrozada. Pedro es el que no parece tan afectado...

—¿Por qué dice eso?

Jaime se rascó la barbilla y dedujo que estaba pensando. La conversación le estaba resultando de lo más interesante, y a mí también.

—Es la sensación que me dio; ese hombre es un aprovechado y ahora dispondrá de mucho dinero.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Carolina?

—Pues creo que fue el miércoles 21 a última hora de la tarde. Nos tomamos algo juntos en el Starbucks de la esquina —Seguía con la mirada clavada en la mesa.

—¿Y la última vez que hablaron por teléfono?

—No recuerdo si fue el 23 o el 24. Nos felicitamos las fiestas.

—¿Y no la llamó más?

—No, no. Yo tengo familia y les debo mi tiempo —Tragó saliva y

continuó con la vista fija en la mesa.

—Muchas gracias por su colaboración, Gervasio —dijo Jaime levantándose de la silla, dando así por finalizada la entrevista—. Si recuerda algo más, no dude en ponerse en contacto con nosotros. Y, por favor, deje su número a la secretaria por si le necesitamos.

Deduje que esto último lo dijo para que no sospechase que teníamos el móvil en nuestro poder.

Nos despedimos y Gervasio desapareció de nuestra vista con paso fatigoso y apesadumbrado, como si un enorme ladrillo pesara sobre sus hombros y le impidiera caminar.

—¿Qué piensas? —me interrogó Jaime.

—La verdad, no sé qué pensar —le revelé—. ¿Y usted?

—Pues te voy a hacer una disección de todo lo que ma ha parecido: primero, este fulano se nos presenta aquí para contarnos lo unido que estaba a la chica, pero nosotros sabemos que la llamó en infinidad de ocasiones y ella, prácticamente, ni lo atendió ni le devolvió las llamadas; es más, por cómo ha reaccionado, me apuesto lo que quieras a que no tenía ni idea de que estaba embarazada. Primera mentira. Después, tras corroborar que existían tensiones entre Bernardo y Carolina, nos informa de que ella tenía una relación con su hermano y subterfugiamente trata de incriminarlo; lo que tengo claro es que quien está obsesionado con Carolina es el propio Gervasio. Así que segunda mentira. Tras esto, nos abre la puerta a una posible implicación de Pedro Muñoz; de este aspecto te confieso que no sé qué pensar. Si no es mentira, cuanto menos, nos tiene que dar para meditar. Y, por último, afirma que no recuerda cuándo habló con la señorita Martín; suma otra mentira, Manolo; lo que tenía puesta era la opción de rellamada automática. Estoy seguro de que, si rastreamos más días en el móvil, encontraremos que las llamadas serían prácticamente diarias. Por eso, la cuestión que me viene a la cabeza es: ¿por qué no la llamó el día 25? —Y agachó la cabeza, se sujetó la barbilla con la mano y se quedó pensativo.

LA ENVIDIA

Cuando Gervasio nació, le cayó encima todo el peso de su nombre. Se llamaba igual que su padre, que su abuelo y que un sinfín de antepasados; y del primero al último, emprendedores y triunfadores. Todas las esperanzas de la familia recayeron en él y así se lo fueron inculcando. Tres años después vino al mundo su hermano Fernando, pero las expectativas para el pequeño no eran las mismas. Llamarse Gervasio conllevaba muchas más implicaciones.

Él trataba de ser protector con el benjamín, pero pronto se vio que las alas de Fernando eran rápidas y potentes y no necesitaba que lo empujasen a volar. Los dos eran buenos estudiantes en el colegio francés al que asistían, pero cuando había algún festival o había que realizar alguna lectura especial, casi siempre elegían a Fernando. A Gervasio raras veces lo habían seleccionado. Él no lo entendía. Era mucho más formal y jamás se saltaba las normas ni faltaba a clase. Siempre acudía con los deberes hechos y la lección aprendida. Nunca dijo una palabra más alta que otra y asistía a la misa dominical con la corbata correctamente anudada y oliendo a fresca colonia. Entonces, por qué siempre tenía que escuchar en palabras ajenas: «Fernando es tan mono. Y tú, Gervasio, qué chico tan sensato», si físicamente eran tan parecidos y el color del pelo era el mismo. La rabia iba por dentro, pero no le quedaba más remedio que erguirse y aparentar madurez.

Pero es que Fernando era un chico con un encanto especial. Vestía a su particular estilo y pocas veces llevaba el pelo en su sitio. Le gustaba

exhibir su rubia y lisa cabellera con un estilo rebelde. Y, a pesar de que su madre siempre le estaba regañando por su aspecto desaliñado y aparentemente despreocupado, Gervasio notaba la predilección de ella por su hermano. Y eso que constantemente se esforzaba por ganarse el favor de su madre y conseguir el primer puesto, tratando de desacreditar a su hermano. Se sentía a salvo porque contaba con el beneficio de su padre.

El tiempo transcurría y el sexo opuesto no sentía especial atracción por Gervasio; en un principio no le importó. Sus estudios y el fútbol seguían siendo lo primero, tenía que prepararse duro para suceder a su padre en Electrodomésticos Morales. Pero cuando le tocó el turno a su hermano y lo vio rodeado de chicas, a cada cual más guapa, paseándose con todas en aquella moto naranja, los celos, que siempre se lo habían comido, comenzaron a devorarlo.

El colmo llegó cuando Gervasio cursaba tercero de Económicas. Su padre estaba pensando en poner una cuña publicitaria en la radio, e incluso en algún cartel. Necesitaba un buen eslogan. Acababa de abrir una nueva tienda, la cadena ya contaba con diez diseminadas por todo Madrid, y pretendía promocionarla para darla a conocer. Estaban comiendo y don Gervasio no paraba de darle vueltas al asunto. «Tiene que ser algo pegadizo», les explicaba y entonces, salió Fernando con su clarividencia: «¿Te llamas Morales? ¿Y estás mochales? ¿A qué no?». Al padre le pareció una idea magnífica y convinieron que el anuncio sería: «Si usted no está mochales, compre en Electrodomésticos Morales». Fue un triunfo. Se puso de moda y como era cadencioso, acabó por correr de boca en boca. Su hermano se había ganado a su protector.

El padre animó a su hijo menor a estudiar Derecho. Como el mayor se había decidido por la Economía, tener a un abogado en la empresa los complementaría más que adecuadamente. Gervasio vio peligrar su puesto.

Un año después Gervasio recibió otro puyazo. A la niñata de Carlota Grau le había caído en gracia su hermanito; muy fea, sí, pero muy rica y bien relacionada. Y Fernando se permitía el lujo de rechazarla cuando él todavía no tenía ninguna a quien pretender. No podía soportar ver los regalos con los que ella le agasajaba y cuando su hermano se los enseñaba, a él únicamente le

salía un: «Algo bueno tenía que tener ese adefesio», pero se hubiese cortado un dedo por recibir uno solo de aquellos objetos. «¿Por qué Fernando es tan afortunado?», se preguntaba.

Y como cada cerdo tiene su San Martín, a Fernando le llegó el suyo. Gervasio nunca olvidará aquella noche, cuando el majadero de su hermano cayó en las garras de aquella repugnante buscona que lo acusó de violación. Sabía que era inocente, pero jamás se lo confesó; disfrutaba viéndolo sufrir y cada vez que lo acompañaba al psiquiatra, le decía: «Ánimo que saldrás de esta», y le daba un abrazo.

Gervasio acabó la carrera y dirigido por su padre, se convirtió en el copiloto del negocio. Conoció a Yolanda, una chica de buena posición pero de escasas luces, tan prudente y moderada como él, que en general resultaba insulsa. Había estudiado la carrera de Historia, pero muchas salidas no parecía que tuviese, aunque Yolanda no parecía preocupada por ello. Pero Gervasio estaba contento con su trabajo y su novia. Su hermano estaba infinitamente peor.

Cuando Fernando resurgió de sus cenizas y terminó sus estudios, Gervasio tembló. Su padre se sentía orgulloso del hijo pequeño y quería darle su lugar al nuevo miembro del equipo. Si además se casaba con Carlota, su hermano se haría inmensamente rico y poderoso. Solo con la gente que conocería crearía un imperio y él no contaría para nada. No podía soportarlo. Él llevaba cinco años trabajando duro y no iba a consentir tener que darle explicaciones al fascinante Fernando. Para eso él era Gervasio, el continuador de la saga.

Pero si creía que todo aquello era malo, no sabía lo que le esperaba. El día que conoció a Carolina Martín su corazón y su vida sufrieron un vuelco. Se volvió loco por ella. Siempre que podía quedaba con su hermano para poder verla; a Yolanda le colaba todas las excusas que podía y la dejaba en casa. Se inventaba pretextos para llamar a Carolina y se presentaba en la galería interesado en cualquier escultura o cuadro; eso era lo de menos. Llegó a adquirir algunas piezas.

Pero, como a Carlota, a Gervasio tampoco le pasó desapercibida la atracción que Fernando sentía por la misma mujer y, aunque a veces parecía

que ella le paraba los pies, era obvio que no le desagradaba. Los celos le volvían a golpear con violencia. Por eso se alegró cuando Carolina no se quedó con ninguno de los dos. Si se hubiese decidido por su hermano, no sabía de lo que hubiese sido capaz.

Él se casó con Yolanda, esa mujer que tan poco le aportaba, y que, si alguna vez tuvo intenciones de trabajar, el día de la boda las olvidó. Se dedicó a lo que realmente le gustaba: ir de tiendas, comprar revistas de decoración y planear viajes con su marido. Cada día aparecía con un nuevo modelo y algún singular mueble para su casa. Compraron un chalet en Mallorca y un velero. Aparentemente, la vida de Gervasio era perfecta.

Como había pronosticado, en el trabajo las cosas se empezaron a complicar con la llegada de Fernando. Venía cargado de nuevas ideas y expectativas. Quería renovar los establecimientos y ampliar con nuevas marcas más acordes con los tiempos actuales. Pretendía que se impartieran cursos entre los empleados para mejorar la atención al cliente y contratar más personal para enriquecer el servicio post-venta. A Gervasio todos esos modernos planteamientos le parecían que era tirar el dinero. Fernando insistía en que se trataba de una inversión que daría sus frutos a medio y largo plazo. Pero el mayor se oponía argumentando que, si ya estaban muy bien así, para qué iban a cambiar. Como Gervasio era la cabeza visible del negocio y el señor Morales confiaba plenamente en él, al menor de los hermanos no le quedó más remedio que agachar la cabeza. Su padre, al igual que Pilatos, se lavó las manos y decidió que se entendieran entre ellos como mejor pudieran.; la desmotivación se empezó a apoderar de Fernando.

La puntilla llegó el día en que a Fernando se le ocurrió echar un vistazo a la contabilidad de la compañía. Quería estar seguro de conocer la situación financiera real de la misma. La empresa funcionaba bastante bien y tenía sobrada solvencia y liquidez, a pesar de que las ventas iban en descenso. Pero la sorpresa no vino del lado económico, se quedó asombrado al comprobar que Gervasio desviaba todos los meses cantidades a su cuenta privada. No se trataba de un importe fijo, dependiendo de lo que había en el banco, cogía más o cogía menos. Llevaba años sisando. Con razón podía permitirse tantos lujos.

Puso el descubrimiento en manos de su padre. Él sabría cómo arreglar la situación. Don Gervasio examinó los resguardos de las transferencias y le aseguró a Fernando que él mismo se encargaría de pedir explicaciones a su otro hijo. Se guardó los papeles y Fernando se quedó a la espera de las obligatorias aclaraciones. Pero estas jamás llegaron; como tampoco volvió a saber de los justificantes entregados. Gervasio no hizo ningún comentario y su padre, menos aún; prefirió mirar para otro lado. Su hermano continuó utilizando el mismo sistema y a Fernando solo le dejaron dos opciones: o hacer lo mismo o buscarse el pan en otro sitio. Eligió la segunda alternativa, con el subsiguiente beneplácito para su hermano.

Abrió un despacho de abogados especializado en Derecho Penal en la calle Claudio Coello. Su objetivo sería defender a todos aquellos infelices que habían sido acusados injustamente, como le sucedió a él. Llevó un par de casos relacionados con abusos sexuales, de los que salió bien parado, y empezaron a presentarse nuevos clientes. Como parecía que el bufete llevaba buen camino, ya no pudo esquivar las presiones de su novia y se casó con Carlota.

El tío de su esposa le dio el espaldarazo que necesitaba para acabar de despegar. Le sugirió que ampliase las miras de su despacho y que no solo se dedicase a los casos de violencia y abusos. Los delitos fiscales eran mucho más sustanciosos y le reportarían mayores provechos. Para esos lances Guillermo Grau era una mina; le sobraban amigos necesitados de astutos abogados que trabajaran al borde de la ley. Al principio fue reacio, ese no era su planteamiento inicial, pero empujado por su mujer acabó por ceder.

Y el señor Grau volvió a acertar. Fernando se fue especializando en esta materia y tuvo que contratar algunos abogados para poder hacer frente a toda la clientela que llamaba a su puerta.

Mientras su bufete iba en auge Electrodomésticos Morales entraba en declive. Habían cerrado dos tiendas y las que quedaban empezaban a oler a rancio. Los tubos fluorescentes empezaban a fundirse y los anticuados aparatos se estancaban en los almacenes. Gervasio no podía dejar de mirar a la calle Claudio Coello. Su hermano, de nuevo, le estaba ganando la partida.

Desde que Fernando abandonó la empresa familiar la relación entre

los dos hermanos se había transformado en correcta. Se dirigían la palabra lo imprescindible para que su madre no notase que se habían distanciado. A nivel familiar intentaban coincidir lo menos posible: el día de Navidad, los bautizos de sus respectivos hijos y poco más.

Sin embargo, Gervasio siguió conservando el trato de todos aquellos que estaban cerca de Carolina, ella la primera, y eso suponía tener que verse más de lo que les hubiese gustado. Fernando no entendía por qué su hermano no cejaba en su empeño de mantener el contacto con la gente que él le había presentado. No sabía que Gervasio no había perdido la esperanza de conquistar a Carolina, ni siquiera era consciente de que la hubiese tenido.

Gervasio sentía tal obsesión por Carolina que estaba dispuesto a soportar las victorias laborales y sociales de su hermano, con tal de estar cerca de ella. No podía evitar las comparaciones entre Yolanda y Carolina, donde esta última, en todos los aspectos, era la vencedora. Si pudiera adueñarse de Carolina, el éxito sería suyo.

Y mientras el tiempo transcurría Fernando iba emprendiendo nuevas aventuras empresariales. Guillermo lo fue haciendo partícipe de los entresijos de sus sociedades y lo envolvió de tal manera que el bufete Morales acabó por convertirse en la tapadera de los negocios de blanqueo de capitales de Grau&Co, liderados por Miguel Gómez-Cuervo de Guevara. Fernando ya sabía tanto de empresas fantasmas y paraísos fiscales que podría haber impartido un máster en Harvard. Gervasio cerró tres locales más y volvió a mirar hacia el despacho de su hermano. La envidia impregnaba todo su ser.

El día que Gervasio recibió la llamada de Álvaro, informándole del acoso al que Carlota lo estaba sometiendo, sintió una punzada de alegría. Si su hermano era apartado de la élite madrileña, quizás su clientela se buscase otro magistral abogado. Pero cuando el otro continuó y le aclaró que Fernando se había instalado en casa de Carolina, una patada en el estómago no le hubiera sentado peor. Colgó y sintió tal opresión en el pecho que creyó que no iba a poder respirar. Yolanda tuvo que llamar a urgencias y en la ambulancia le suministraron un sedante. Había sufrido un ataque de ansiedad.

Se convirtió en un demente que se dedicaba a espiar a la pareja día y noche. Llamaba a Carlota para convencerla de que volviera con su marido, le

decía: «Lo has echado en brazos de otra, cuando a quien quiere es a ti», pero ella estaba demasiado ocupada intentando atrapar a Álvaro. También se ponía en contacto con Carolina para decirle lo contento que se sentía por los dos. La realidad era que quería saber cómo marchaba la relación y si existía la posibilidad de que terminara. Las respuestas de Carolina eran muy vagas y Gervasio nunca supo qué pensar.

Ni siquiera se pasaba por sus locales para ver cuál era la marcha de los mismos. Su mujer estaba destrozada, y lo peor era que no sabía lo que le estaba ocurriendo. Cada vez que le preguntaba, él le respondía con un despótico: «¡Déjame en paz! A mí no me pasa nada».

Por eso fue el primero en enterarse de la ruptura de los amantes. Cuando vio salir a su hermano con las maletas, imaginó que habría sido Carolina la que había puesto el punto y final. Y su envidioso ser se congratuló. Siguió a su hermano hasta el hotel en el que se alojó y localizó a Carlota. Era el momento de recuperar a su marido. Tenía que asegurarse de que no había marcha atrás.

Las aguas volvieron a su cauce y Gervasio apareció con la bandera blanca en el despacho Morales. Le confesó a su hermano que estaba sinceramente apenado por la dolorosa separación, pero que, al mismo tiempo, se alegraba de que hubiese vuelto con su familia. Que ya era hora de enterrar el hacha de guerra y que quería volver a disfrutar de una relación fraternal. No le aclaró que le gustaría estar a su lado para gozar con su derrota. Fernando le creyó y el vínculo volvió a estrecharse.

Todo transcurría con normalidad, Gervasio se iba manteniendo con las dos tiendas que todavía quedaban en pie y Fernando cada vez tenía más trabajo, hasta que a principios de septiembre Fernando le pidió que encubriese la relación que había vuelto a retomar con Carolina. Esta vez era la definitiva y lo iba a dejar todo por ella. A Gervasio ya no le entraron más ataques de angustia. Simplemente, sabía que su hermano se las iba a pagar todas juntas.

Cuando entra en su polvoriento almacén, los cilindros luminosos empiezan a parpadear y alguno se extingue. Se queda en penumbras. Aparecen unos barrotes de hierro. Un rubio fantasma se aferra a ellos. Y

llora, y grita. Está en el Infierno.

15
JAIME

Hicimos una pausa para comer algo y volvimos enseguida para continuar examinando el móvil. Todavía nos quedaban por leer los mensajes. Nos pusimos a la tarea y descubrimos que había un montón de WhatsApp de compañeros y conocidos que le felicitaba las fiestas. Ella no había respondido a ninguno. Desde el día 23 por la mañana no se había conectado. Se veía a las claras que no era una mujer enganchada a las comunicaciones escritas. Por si había algo que atrajera nuestra atención los revisamos de una manera general. Como no tropezamos con nada llamativo, terminamos por centrarnos en los sujetos que habían ido apareciendo en nuestra investigación.

El inspector se preparó, dejando una cajetilla de tabaco y un mechero a su izquierda y el cigarro electrónico a la derecha. Los fue intercalando a lo largo de toda la tarde.

El último escrito había sido una despedida para Gervasio: «Gervasio, nunca llegaremos a más y ya sabes lo que tienes que hacer. Estaremos en contacto». Los WhatsApp anteriores evidenciaban que era un hombre insistente, la mayoría eran de él: «No consentiré que te vayas», le repetía en varios. En otros le decía: «Carolina, eso es mentira».

Los que se escribió con su hermana eran, sobre todo, de gratitud de Elena hacia Carolina: «Gracias, Carol, si no fuera por ti... Besitos». Excepto

el del día 21, donde la mayor escribió: «Llegaré a las 14:00». Recordamos que nos dijo que habían quedado para comer. Resolvimos que tanto agradecimiento estaría relacionado con dinero o regalos.

Con Pedro apenas había correspondencia. Algún: «Gracias», que ella respondía con un: «De nada», pero poco más. Sospechamos que la relación entre ambos no era tan cordial como intentaban hacernos creer.

Las letras que aparecían en los mensajes de Fernando probaban que habían mantenido una relación, pero que esta había finalizado. Él se resistía a creer que ya no había posibilidad de retorno: «Carolina, ¿por qué? Te quiero», aunque en otros se volvía más duro: «No toleraré perderte de nuevo». Convinimos que en otro momento el idilio se había repetido. Gervasio no había mentido en este punto.

Nos asombró comprobar que el último mensaje con Carlota fuera de julio: «Que pases un feliz verano», «Igualmente». Los anteriores eran escasos y faltos de interés: «Nos vemos en el golf». Confirmamos que el vínculo con Carlota tampoco era tan estrecho.

Sin embargo, con Mercedes había mucho más trato. Pero los términos eran más técnicos y escuetos: «¿Lo tienes ya? Mañana paso y lo recojo», «Ok». Nunca ponía de qué se trataba. Tanto podría tratarse de la compostura de un vestido como de un informe de la NASA.

Con Miguel también eran bastante sucintos, pero con vestigios de familiaridad que nos dieron que pensar: «Te recojo, nos tomamos una copa y me lo cuentas». Contestación: «o dos. Chao».

Los de Álvaro ratificaban su versión con total exactitud. A principios de octubre pasaron un fin de semana y después, se acabó. Él lo intentó unas cuantas veces, pero ella no consintió. Los postreros ya estaban relacionados con trabajo y sobre todo se referían a la marcha de la textil de Igualada y a la gestión de los residuos.

Los escasos comunicados con Bernardo tampoco nos aclaraban gran cosa: «Carolina, por favor, envíame la memoria de la última auditoría». La mayoría de las veces ella ni se dignaba a responder. Daba la impresión de que se estaban echando un pulso de poderes. La tensión entre ellos era evidente.

Con Guillermo no existía ningún tipo de transmisión. El señor Grau no disponía de la aplicación. El único comentario de Jaime fue que a la vista estaba quién era el más inteligente de todos.

También revisamos el iPad. Como nos había explicado el comisario, todo eran informes, memorias y documentación de las distintas compañías que formaban el grupo empresarial. Si contenía algo extraordinario, en ese momento no disponíamos ni del tiempo ni de la información necesaria para discernirlo.

Las tripas comenzaron a gruñir en mi interior. Cada vez que gritaban, el inspector me miraba con sonrisa burlona, aunque su cara denotaba agotamiento. Miré el reloj y me percaté de que se nos habían hecho más de las diez de la noche.

—Jefe, creo que por hoy ya hemos cumplido —dije para ver si dábamos por finalizada la sesión. Estaba hambriento y agotado.

—Sí, será mejor que vayamos recogiendo que mañana nos espera otro gran día —Y exhaló una bocanada de vapor—. Ya habrán averiguado quién es Susana G y tendremos que hacerle una visita de cortesía.

—Muy bien —exclamé levantándome—. Por cierto, que le tenía que decir que mañana nos tendremos que poner las pilas —me armé de valor y proseguí—. El día 5 me voy a Valencia —titubeé—, no vuelvo hasta el 8 por la tarde, estaré fuera tres días. Así aprovecho el puente...

—No te preocupes, ve y disfruta de tu familia —y me aseguré—. Yo seguiré con la investigación y te informaré si sucede algo relevante, aunque con la festividad de Reyes, dudo que pueda avanzar mucho —y cogiendo el cigarro electrónico entre los dedos, me comentó—. Esto no está tan mal. Me propongo fumar solo este cacharro, cuando resolvamos el caso —Y se puso la mano derecha sobre el pecho.

—Se dice *vapear* — y riendo, continué—. Y ya que estamos, ¿podríamos pasarnos mañana después de nuestra cita por Decathlon para comprarles unas raquetas a mis sobrinos? Me apetece llevarles algo y como juegan al tenis, seguro que acierto.

—Pues claro, ya haremos para que nos venga de paso —dándome una

palmada en el hombro, nos despedimos hasta el día siguiente.

Al llegar a casa se me ocurrió comprobar el correo. No lo había hecho en todo el día. Mi bandeja de entrada estaba a rebosar. Mis colegas habían respondido a mi llamada con mucha celeridad. Traté de echarles una ojeada, pero me encontraba tan cansado que me prometí madrugar para estar despejado y no perderme detalle. No tenía ganas de hacerme la cena y opté por un vaso de leche bien caliente con muchas galletas. Me puse el pijama y me desplomé en la cama.

4 de enero de 2017

16
SUSANA

Cumplí mi promesa y me levanté pronto. Todavía no se escuchaban los frenazos de las furgonetas de reparto que abastecían de bebida a los bares de la zona y estaba oscuro como el abismo más profundo. Me di una ducha rápida y me preparé el desayuno mientras me vestía. Encendí mi ordenador, mucho más cómodo que leerlo por el móvil, y mientras me comía las tostadas me puse a leer como un poseso toda la información que me habían enviado.

Con todas las averiguaciones en mi cabeza y en mi cuaderno, me fui veloz a la comisaría. Estaba seguro de que Jaime ya estaría pegado a su pizarra. No me equivoqué. Allí estaba, con su ojo prácticamente repuesto y una nueva camisa amarillo pálido, enfrascado en su encerado.

—Traigo novedades recién salidas del horno —dije con júbilo.

Se volvió hacia mí y sonrió.

—Ya me las estás contando —Se sentó en su silla y se cruzó de brazos esperando a que empezara.

—He removido cielo y tierra para conseguir esta información —y con cara burlona, continué—. No le voy a decir quiénes han sido los informadores, pero aclararé que son de mi total confianza.

—Perfecto. Larga.

Y comencé a liberar toda la retahíla de revelaciones que se me habían descubierto.

—Voy a empezar por lo más obvio: Guillermo Grau está forrado, es uno de los hombres más ricos de España. Pero, según mi confidente, debe de tener cuentas ocultas hasta en Marte. Tenía usted razón, jefe, este tío es muy turbio —continué—. Siguiendo: Bernardo Grau es un clon de su padre; si no trabajara, sus tataranietos seguirían sin pasar hambre. Posee bienes inmuebles en los cinco continentes — Respiré un segundo—. Sigo: Miguel Gómez-Cuervo, el carismático secretario de Construimos y famoso broker, creador de los mejor remunerados fondos de inversión, tiene más millones que Rockefeller. Todas las propiedades que su mujer nos comentó que poseían son ciertas. En el registro aparecen fincas por valor de millones de euros. La última adquisición, una casa ajardinada en el barrio de Kensington en Londres, valor aproximado: 12 millones de euros. Tiene negocios con el primero y, por tanto, con el segundo. Lo curioso viene ahora. Su esposa, Mercedes, apenas tenía bienes antes de su matrimonio, pero fue lista y se casó en régimen de gananciales. La mitad de los bienes de Miguel son de ella — Volví a tomar aire mientras Jaime se dedicaba a *vapear*—. Aquí voy a sacar a Carlota Grau porque, al igual que su hermana, no heredó casi nada de su padre, supongo que tendrán que esperar a que fallezca su madre. Pero llama la atención que las dos llevan recibiendo desde hace más de veinticinco años, que sepamos, 12.000 euros mensuales por barba provenientes de su querido tío. La diferencia de esta con Mercedes es que se casó en régimen de separación de bienes. Si pierde al marido, pierde la pasta. Parece que su pintura le da algo, pero insuficiente para llevar el ritmo de vida que lleva. Ambas tienen acciones en Grau&Co, pero parece que los que mueven el cotarro son los maridos porque, y aquí viene otra incógnita, Fernando Morales, sus padres eran gente acomodada y él siempre ha podido vivir con sobrada holgura, pero desde que se montó el bufete sus ingresos se han multiplicado por cien. Este tipo también se ha hecho de oro. Casualmente está involucrado en negocios con Guillermo y Bernardo Grau y con Miguel Gómez-Cuervo. Pero todo está a nombre de sociedades y unas se solapan a otras; ahí hay más tapaderas que en una fábrica de ollas, se lo digo yo —torcí los labios y resoplé—. Este personaje me hace sacar a colación a su hermano

Gervasio, quien ha sufrido un proceso realmente curioso. De llevar una vida plagada de lujos, léase chalet en Mallorca y casa en La Moraleja, pasó a vender su barco y algún apartamento que tenía por la costa levantina. Es el gerente de Electrodomésticos Morales, vivieron su momento de esplendor, pero entraron en recesión y finalmente, estancamiento. Pero hace cosa de año y medio se compró un Range Rover y no hace ni uno ha adquirido un dúplex en Altea y una lancha.

—¡No me digas que este es el de: «Si usted no está mochales, compre en Electrodomésticos Morales» ! —me cortó con su exclamación— ¡Ché! No tienes ni idea del éxito que tuvo esa campaña. Nosotros comprábamos allí un montón de aparatos para la cocina. Pero luego fue el ejemplo típico de empresa mal gestionada. Fue una lástima —y me interrogó—. ¿Así que fue este tipo el que llevó la sociedad a la ruina?

—Pues será él, porque ahí sigue.

—Continúa, que te he interrumpido.

—Vale, sigamos con Elena Martín y Pedro Muñoz. Montaron alguna empresa que también se fue al garete. El chico heredó de su abuela un pisazo en el Paseo de La Habana y supongo que todavía viven de eso. La casa en la que residen es de sus padres y gastar, parece que no gastan mucho. En la cuenta de la chica aparecen ingresos puntuales de 1.000 o 2.000 euros procedentes de la de su hermana Carolina. Es evidente que esta los ayudaba — Hice una pausa—. Y ahora viene lo más extraño: Álvaro Jiménez, el tío cobra un sueldazo y vive en consonancia a lo que tiene. Buena vida, pero sin jet privado. Pero desde el mes de septiembre aparece un plus de 8.000 euros mensuales. Ni idea de la procedencia.

—Quizás hizo algo extraordinario y se lo pagaron convenientemente. Para nosotros es mucho dinero, pero para esa gente es calderilla —sin soltar el cigarro, me animó—. Sigue, que vas muy bien.

—De acuerdo, para el postre he dejado a nuestra estrella: Carolina Martín —Lo miré con ojos maliciosos y lo vitoreé—. Tenía usted razón, antes de cumplir los treinta ya disponía de un considerable patrimonio. Pero la posesión es anterior al juicio de Bernardo, e incluso anterior a su primer

empleo en Grau&Co. Es cierto que, una vez dentro, lo ha incrementado, pero jamás pidió un préstamo para la casa ni para el chalet de Javea. Y con esto doy por concluida mi investigación sobre la fortuna de los Grau y sus satélites.

El inspector se puso en pie y comenzó a aplaudirme.

—Enhorabuena, un gran trabajo. Esto ya nos va abriendo la perspectiva. Pero he pensado que lo mejor es ir a hablar con Susana Grau. Angelines ya me ha comunicado que el teléfono pertenece a la esposa de Guillermo —me informó—. Después, nos vamos a por las raquetas y mañana por la mañana nos dedicamos a recapitular hasta que te lleve a Atocha — Sonreí mientras afirmaba con la cabeza. Jaime estaba en todo.

Eran las diez y veinticinco cuando nos subíamos al coche y me deshacía del plumífero, dejándolo en el asiento trasero. Ya sabía que el inspector iba a subir la calefacción al extremo y que el perpetuo olor a tabaco fétido que impregnaba el Peugeot se me iría colando por las fosas nasales hasta llegar a mis sufridos pulmones. En cuanto me fuese posible abriría una rendija de la ventanilla.

Nos incorporamos a la autovía M-40 y después tomamos la M-11 en dirección a la M-30. En veinte minutos llegamos a la urbanización Puerta de Hierro. No pude evitar compararla con La Finca. Aquí, en general, las casas estaban más a la vista; los muros de piedra recubiertos de hiedra no eran excesivamente altos y la vegetación que las bordeaba era de escasa altura. Coches blancos con una raya oscura se paseaban vigilando la colonia, pero no se apreciaba aquella sensación de celo que sí sentí en la otra urbanización. Imaginé que la seguridad se la proporcionarían en el interior.

El domicilio de los Grau era de los pocos que se encontraban invisibles a la vista. Accedimos a través de una verja de hierro y dejamos el automóvil junto a la fachada de la casa. Llamamos al timbre y una sirvienta con cofia nos atendió y nos hizo pasar al recibidor: «La señora les atenderá enseguida», y se retiró. Para lo grande que era la vivienda resultaba acogedora. Suelo de mármol marfil y cortinas blancas, un estilo clásico y refinado, sin la ostentación de la que hacían gala los Gómez-Cuervo.

Mientras esperábamos, en lugar de admirar el impresionante cuadro que dominaba la estancia y que por su perfección y realismo más parecía una foto de la Gran Vía madrileña, nos pusimos a observar las fotos que llenaban uno de los aparadores del recibidor. En una vimos al señor Grau con la que debía ser su esposa, pues, aunque con algunos años de diferencia, era la misma mujer que contemplé en la imagen de su despacho. En otra, aparecían ellos dos junto a dos muchachos: uno era Bernardo. Por la apariencia del otro hubiese jurado que su madre era la propia señora Grau: moreno, de complexión delgada y atlética, con unos penetrantes ojos oscuros y más alto que el primero. Sospeché que, quizás, se trataba de algún sobrino. En otra, se volvía a apreciar a los dos jóvenes. En la siguiente me quedé sin aliento. El inspector estaba a mi lado y su vista se dirigió hacia la misma fotografía. En ella se contemplaba al muchacho, de quien desconocía su identidad, risueño y feliz, abrazando a una Carolina vestida de blanco que sonreía dichosa mostrando sus manos, donde brillaban una alianza y el mismo anillo de brillantes en forma de flor con el que murió. Jaime y yo nos miramos desconcertados.

—¿A qué están guapísimos? —Escuchamos preguntar a una voz femenina. Nos giramos hacia el lugar de donde provenía el sonido.

La dama se acercó y nos tendió su huesuda mano. Era una mujer alta y delgada. Su cuerpo emanaba elegancia. Llevaba un entallado traje negro hasta debajo de la rodilla que resaltaba su esbelta silueta. Sus ojos transmitían tristeza, a pesar de la sonrisa que forzaba.

—Es del día de su boda. Carolina siempre me decía que la quitara de aquí, pero yo no podía. De esa fecha solo tengo maravillosos recuerdos —Su expresión fue de melancolía—. Ellos no eran amigos de boatos ni grandes pompas, desearon una ceremonia íntima con la familia y allegados. Resultó encantadora. Además, para mí fue mejor; mi cuñado falleció tres meses antes y no me parecía adecuado hacer gala de grandes ostentaciones.

Se produjo un silencio incómodo que, estaba seguro, Jaime no iba a romper, pero yo no pude aguantar más y pregunté.

—¿Quién es el chico? —Ella me miró sorprendida, pero respondió amablemente.

—Es mi hijo Willy. Era un joven extraordinario. Y lo tenía todo — Parecía que se le iban a saltar las lágrimas, pero su tono se mantenía sereno —. Y ahora ella. Supongo que su sino era estar juntos.

—Carolina, ¿era su nuera? —No salía de mi asombro.

—Para mí ha sido más que eso. Durante todos estos años ha sido la hija que nunca tuve. Nos hemos hecho mucha compañía. En realidad, las dos estábamos muy solas. Nos sentíamos un poco incomprendidas, como un par de rebeldes sin causa.

—¿Estuvieron mucho tiempo casados? —No le di oportunidad al inspector de llevar el interrogatorio.

—¡Qué va! —exclamó con pesar—. Casi tres años de novios y no llegó a cuatro meses de casados. Cuando más felices eran, mi hijo sufrió el terrible accidente. Miren —dijo señalando otra de las fotos—, esta es la última que le tomaron en vida. Carolina siempre me suplicaba que la guardase en algún álbum, que no soportaba topársela constantemente, pero a mí me gusta verlos ahí, todos juntos. ¡Eran tan jóvenes! —Tenía los ojos vidriosos, pero no perdía la compostura.

Nos quedamos impactados al observar la fotografía con detenimiento. En ella aparecían Willy y Carolina rodeados por un grupo de compañeros, cuyos rostros, con algunos años menos, ya nos eran familiares. Susana los repasaba con el dedo y nos iba dando las explicaciones.

—Aquí, mi sobrina Mercedes y su marido Miguel. Mi otra sobrina Carlota y Fernando, aún eran novios. La hermana de Carolina, Elena, y Pedro, su pareja. Álvaro Jiménez y su esposa Carmita. Mi hijo Bernardo y Blanca —No me pasó por alto que de esta última no hizo comentario—. Y finalmente, Gervasio, hermano de Fernando, acompañado por su mujer, Yolanda —Se quedó observando la instantánea con añoranza. Pareció reaccionar y nos trajo de vuelta a la realidad—. Pero ¡qué desagradable soy! Les tengo aquí, de pie, en el recibidor y ni siquiera les he preguntado si se quieren sentar y tomarse un té o algo que les apetezca.

La seguimos y pasamos a una salita con sofás de cuero marrón. Nos sentamos y escuché como Jaime le aceptaba una taza de café.

—¿Y usted? —Se dirigió a mí.

—Lo mismo, gracias —le respondí.

—Pues yo prefiero un té —Apretó un botón e hizo el pedido a través del transmisor—. Carolina y yo éramos unas adictas a esta infusión. Las hemos probado todas, de todos los sabores y colores que puedan imaginar — y prosiguió—. Bueno, ustedes han venido aquí para hablar de ella y no de mí, ¿en qué puedo ayudarles?

—En realidad, ya lo está haciendo. Sí que nos está contando cosas de Carolina —le agradeció el inspector—, pero nos gustaría saber su opinión acerca de la idea de que la chica quisiera acabar con su vida, quizás se encontraba desamparada.

—¿Carolina? ¿Suicidio? —dejó escapar una risa desgarrada—. ¡Imposible! Estaba muy ilusionada con abandonar Madrid e irse a trabajar a la galería londinense para dedicarse a lo que de verdad le gustaba, el arte. A mí me daba muchísima pena, pero entendía que ella tenía que vivir su propia vida. Yo ya soy vieja y tengo mi mundo de recuerdos, pero Carolina era muy joven y tenía que recomponer su existencia.

—Pero usted también tiene un marido, y a su hijo, y a sus sobrinas. ¿Ellas no le hacen compañía? —Jaime quería recabar información.

—Mercedes y Carlota son muy distintas a mí. Nosotras no congeniamos. Y mi marido y mi hijo siempre están pensando en negocios. Me queda mi nieto, es tan cariñoso, es el único que me proporciona alegrías.

—¿Un nieto?

—Sí, el hijo de Bernardo. Tiene síndrome de Down, su padre todavía no lo ha aceptado, pero estoy convencida de que, con un poco más de tiempo, lo hará —y añadió—. A mí lo que me gustaría es que tuviesen otro niño, pero no veo a mi nuera por la labor. Rezo a diario para que se animen y venga otro bebé a la familia.

En ese momento nos vimos interrumpidos por la sirvienta que venía cargada con una bandeja y que, además de lo solicitado, incluía unas pastas. Una vez se hubo retirado Reyes prosiguió.

—Pero su hijo Bernardo estuvo casado con anterioridad, ¿no es así? Creíamos que habían tenido otro hijo —mintió el inspector para seguir tirando del hilo.

—No, no, ese matrimonio duró muy poco —Pero no pareció que fuese a darnos más detalles y se dispuso a servirnos.

—¡Vaya lástima! ¿no? —insistió el inspector— Quizá la esposa fuese muy joven y todavía no quisiera tener niños.

—No sé qué decirle. A mí Blanca siempre me había caído muy bien, pero luego dijo unas atrocidades muy desagradables acerca de mi hijo y nos distanciamos para siempre —Hizo una pausa—. Sufrí un ictus del disgusto. Usted no puede comprender lo que significa perder: primero, a un hijo; que en menos de un año se te case otro y que doce meses después esté divorciado y con una falsa denuncia en la mano —Respiró—. Estuve ingresada un par de semanas. Menos mal que las secuelas fueron mínimas.

—Nadie diría que usted ha sufrido nada. Es bellísima, señora Grau — la alabó Jaime. Y sorbió su café.

—Es usted muy galante, pero mi vida ha sido como *Sonrisas y Lágrimas*. Al principio todo fueron alegrías y bonanzas, pero después todo han sido lloros y tragedias. Desde la muerte de Willy ya no he sido la misma persona. No se puede hacer una idea del calvario que he soportado.

Yo no quise mirarlo, pero sabía que Reyes entendía perfectamente lo que significaba.

—¿Y Carolina? ¿Cómo lo ha llevado ella?

—Pues mal. Jamás pudo rehacer su vida. Ella siempre decía lo mismo, que a su media naranja ya la habían exprimido y que ya no se podría beber el zumo. Y es que su historia fue tan bonita —Los ojos le brillaron.

—¿Cómo se conocieron? ¿A través de su sobrina Carlota?

—En parte sí. Era la primera exposición que organizaba y allí, en el Casino, nos reunimos un cuantioso número de personas para ver las obras de Carlota. Mi hijo acababa de regresar de estudiar un máster en Estados Unidos y Carolina estaba invitada como experta en arte que era —cogió aire y

puntualizó—. A partir de aquí, me lo relató Carolina; mi hijo era muy reservado y jamás me contaba nada. Me explicó que se le acercó su hermana Elena y, cual hechicera, le susurró: «Acabo de ver a un chico que te encajaría a la perfección. Es tu tipo. Vamos, que está hablando con Álvaro», y se acercaron, pero como Willy era un poco tímido, no supo muy bien qué decirle y en lugar de seguir la conversación, la despidió con un: «Me ha encantado conocerte», pero luego reaccionó, fue a por una copa de champagne y la buscó para ofrecérsela —Nos regaló una triste sonrisa—. El resto ya se lo puede imaginar.

—Sí, ya hemos visto el precioso anillo que Carolina lucía en el dedo —Jaime quería saberlo todo.

—Lo eligió ella en un viaje a París. Tenía un gusto exquisito. Cualquiera otra novia hubiese elegido un solitario, pero ella no, ella era diferente —Y se sumió en sus pensamientos durante un par de segundos—. Al menos, estoy tranquila porque sé que el tiempo que estuvieron juntos fueron muy felices. Hasta el día del nefasto accidente.

—¿Un accidente de coche? —Fui indiscreto y no pude evitar la cuestión.

—No, de moto. Siempre las he odiado. El día que vino a enseñármela recuerdo que me pareció fatal. Solo le dije que esperaba que fuese para bien, evidentemente, no lo fue.

—¿Y estaban todos los amigos cuándo sucedió? Lo pregunto por la fotografía que nos ha indicado que fue la última —la interrogó Jaime.

—Sí, se habían ido a pasar la Nochevieja a Javea, al chalet que tenía junto al Cabo de La Nao. A él no se le ocurrió mejor idea que irse con su flamante moto. Gracias a Dios, Carolina decidió en el último momento no hacer el viaje de vuelta con Willy y se volvió en el coche de Miguel y Mercedes, con Elena y Pedro. En las curvas de la carretera del Portixol perdió el control y se precipitó al barranco. Hace tres días celebramos una misa en recuerdo del décimo tercer aniversario —Ya no pudo continuar con la narración y Jaime decidió cambiar de tema.

—Señora Grau, ¿cuándo vio o habló con Carolina por última vez?

Ya habíamos decidido que nadie debía tener conocimiento de que el móvil se hallaba en nuestro poder.

—Estuvo aquí el día 22, sobre las siete y media. Lo recuerdo muy bien porque mientras nos tomábamos el té le volví a insistir para que cenase con nosotros el 24. Lo intento todos los años, pero desde que Willy no está no ha querido volver —y continuó relatándonos—. El 23 no lo recuerdo, aunque seguro que la llamé para volver a preguntárselo, pero me lo volvería a negar. Por eso me extrañó tanto que me telefonease el 24 para decir que contara con ella para la cena. A mí me dio una alegría enorme.

—¿La encontró tranquila o estaba más nerviosa de lo normal?

—No sabría decirle. La encontré resolutiva, pero, honestamente, no le puedo añadir nada más —se sinceró.

—¿No le contó algo llamativo? —insistió el inspector.

—No mucho más. Me comentó que tenía que darme una noticia, pero, por desgracia, ya no ha podido ser —Una lágrima le cubrió el ojo.

—¿Intentó ponerse en contacto con ella al no presentarse?

—Varias veces. Me pareció muy raro que, si había cambiado de opinión, no me lo hubiese hecho saber —Parecía que iba a derrumbarse.

—¿Y fueron muchos en la cena? —Daba la impresión de que Reyes le preguntaba sobre otro asunto para hacerla olvidar.

—Toda la familia —Y se puso a enumerarlos uno a uno—: Mi marido, mi hijo, mi nuera, mi nieto, mis sobrinas, sus maridos y sus hijos. Bueno —continuó—, y a esta cena nunca faltan: Álvaro, Carmita y sus hijos, y desde que los hermanos Morales volvieron a confraternizar, también vienen Gervasio con Yolanda y los chicos.

—¡Cuánta gente! —exclamó Jaime—. Deberá llevar usted un orden marcial con los horarios para que no se le hagan las tantas.

—En teoría, tenemos que estar todos en la mesa a las nueve, pero yo no sé qué ha pasado este año que ninguno llegó a la hora. Me estaba poniendo furiosa; si tuvieran que organizarlo ellos, otro gallo cantaría. Hasta mi marido llegó a las nueve y cuarto —se quejó—. Y Carolina ni se

presentó. Yo me estaba desquiciando.

—Claro, lo entiendo perfectamente —aseguró Reyes—. Y si no es indiscreción, ¿no invita a la hermana de Carolina?

—Por mí, que vengan si quieren, pero ya llevan años yéndose con la familia de Pedro.

—¿Y por qué Carolina no pasaba la Nochebuena con su hermana?

—Porque Carolina adora a Elena, pero, me sabe mal decirlo, estaba un poco cansada de los dos. Decía que otro de los motivos para alejarse eran ellos. Estaba harta de pagarles todo. Quería que espabilaran y se pusiesen a trabajar. Dijo que cuando se marchara, les iba a cerrar el grifo.

—¿Por qué piensa que Carolina tenía tanta prisa por irse?

—Porque quería cambiar de vida. Decía que vivía con una manada de lobos y que ella no era uno de ellos. Quería retornar al punto en el que se quedó —nos explicó apesadumbrada.

—¿Y cuál era ese punto? —insistió Jaime.

—La galería de arte en Londres —se irguió como un junco en su asiento y prosiguió—. Ella volvió a Madrid por problemas familiares; luego apareció Willy. A su muerte mi esposo la animó para que ocupase el puesto que mi hijo había dejado vacío. Guillermo estaba convencido de la inteligencia y valía de Carolina. La quería a su lado, quería instruirla. Ella se lo tomó como un reto y aquí se quedó. Pero, según mi nuera, había llegado el momento de arriar velas y echar el ancla en otro puerto.

—¿Sabía que Carolina estaba embarazada?

—¡Me deja usted perpleja! No tenía ni idea —vaciló—. Quizás esa fuese la noticia que me tenía que dar.

—¿Le comentó si salía con alguien?

—La verdad es que no salía con nadie, al menos, alguien de continuo. Hará tres o cuatro años lo intentó con Fernando, cuando se separó de Carlota, pero aquello no funcionó, y desde entonces no ha tenido nada serio.

—No queremos robarle más tiempo, señora Grau. Gracias por

atendernos.

Y tras acabar con el café nos levantamos. Ella nos siguió y se dirigió de nuevo a nosotros.

—Inspectores, si se trata únicamente de un suicidio, ¿por qué hacen tantas preguntas? —Nos quedamos abrumados.

—Porque todavía es pronto para descartar cualquier posibilidad —le respondió Reyes con aplomo.

—¿Saben? A mí lo del suicidio también me resulta muy raro — reflexionó un segundo y murmuró—. Pero... ¿Quién podría cometer semejante pecado?

Nos acompañó a la salida y se dispuso a cerrar la puerta. Entonces, Jaime se volvió a mirarla y le soltó:

—Disculpe, ya sé que la pregunta le va a sonar un poco extraña, pero ¿por casualidad, todavía conservan la moto de su hijo?

—Pues sí que me resulta extraña, porque la respuesta lo es todavía más —y asintiendo continuó—. Sí, está en el garaje. Si por mi fuera, jamás hubiese vuelto a entrar en esta casa, pero mi marido se empeñó en conservarla y ahí la guarda, como una reliquia.

Jaime le levantó el brazo en señal de agradecimiento y nos fuimos en dirección al Peugeot. Una vez en el interior comencé con mi personal cuestionario.

—¿Por qué le ha preguntado lo de la moto del hijo? ¿Cree que puede estar relacionado?

—Honestamente, no tengo ni idea. Pero este caso está lleno de coincidencias y si una ya me llama la atención; dos, me pone muy alerta. A partir de tres, las casualidades no existen —sentenció—. Además, me ha venido a la cabeza un comentario de Bernardo Grau.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —A mí no se me ocurría ninguno. Jaime tomó aire.

—Cuando dijo que él también creía en el azar porque había esquivado la muerte varias veces, como en la montería en que una bala perdida casi le

traspasa los sesos —Jaime me miró con rostro circunspecto.

—¡Es cierto, ya lo recuerdo! —pero yo seguía sin ver qué relación podía tener aquella anécdota con el caso, así que me fui por otros derroteros — ¿Y qué le parece que Carolina fuese una Grau? ¡Cómo nos hemos quedado!

—Pues que así, ya entendemos de dónde sacó la casa y todas las propiedades. Y el fatal destino quiere que él muera a los casi cuatro meses de la boda... ¡Pobre Susana Grau! Es toda una dama a quien la suerte no le ha sonreído. Se nota que el cariño hacia Carolina es sincero —Exhaló una nube de vapor—. Necesitamos el informe del atestado en nuestra mesa.

—¡Ché! ¿Y qué piensa de que todos estuvieran aquí cenando en Nochebuena? Hasta Gervasio Morales se apunta —Chasqueé la lengua.

—Y todos llegaron tarde. Todos tuvieron tiempo de cometer el crimen —Se quedó pensativo—. Gervasio quiere lo mismo que tiene su hermano. Si pudiera, le robaría el alma.

—De las sobrinas ha contado poco, supongo que también las considera unas prepotentes —y añadí—. Tenemos que averiguar la relación de Carolina con los negocios de los maridos y, por tanto, con ellas.

—Sí, porque ahora ya sabemos de dónde sacaban el parné los de Guadarrama. Aunque, a partir de ahora, ya no tendrán que pedir nada — Cambió de tercio—. Estoy pensando que mejor ir al Decathlon de Alcobendas; el de La Castellana estará a reventar y creo que es solo de golf, ¿te parece?

—Me parece una idea insuperable —le aplaudí mientras el inspector ponía rumbo hacia la M-603 para comenzar la búsqueda de mis raquetas.

5 de enero de 2017

17
JAIME

Conseguir las palas fue una auténtica odisea, todo fueron aglomeraciones y esperas. No había sido una buena idea dejarlo para el último día, todo el mundo había concebido el mismo plan. Pero a Jaime no le importó el tiempo y disfrutó dándose una vuelta por las instalaciones; comentó que aquel jaleo le ayudaba a concentrarse en sus pensamientos. Por mi parte, estuve más de media hora aguardando a ser atendido, pero una vez la señorita me aclaró las características de los modelos lo resolví rápido. Enseguida me decidí por las que más se acoplaban a las necesidades de los niños, sin importarme el color. Me sacó una roja y otra naranja, me parecieron excelentes y añadí un tubo de pelotas para cada uno. Me dirigí a las cajas y busqué a Jaime con la mirada, pero no lo distinguí.

Cuando ya estaba pagando, apareció a mi lado, relajado y sonriente, y me estuvo explicando que siempre se admiraba de las cosas que inventaban para hacer ejercicio. «Si no resolvemos el caso, nos podemos dedicar a crear necesidades en la gente. ¡Cuántas cosas se sacan de la manga!», me dijo dirigiendo la mirada hacia el río humano, pero una vez en el parking rectificó y me aseguró: «No será necesario, lo vamos a descubrir».

Desde casa hice las llamadas necesarias para conseguir el atestado del accidente que le costó la vida a Willy Grau. Me aseguraron que al día

siguiente tendría el informe sobre mi mesa.

Me preparé una pequeña maleta con lo imprescindible para pasar tres días, y me saqué del congelador un bote con caldo de los que me dejo preparados el fin de semana para tener sopa casera a cualquier hora. Cené y me retiré pronto a descansar, necesitaba dar el do de pecho a la mañana siguiente.

Como ya me lo había dejado todo en orden la noche anterior, me levanté y no perdí el tiempo. Aparecí en la comisaría con mi reducido equipaje y tras saludar a Angelines y avisarla del encargo que estaba esperando, me fui directo a nuestra sala oficial. Aquel hombre era incansable, allí estaba de nuevo, cara a la pizarra, borrando con la mano una de sus anotaciones. Me saludó sin girarse.

—Estaba respondiendo a las preguntas primera y decimosexta: Carolina Martín tenía dinero porque se quedó viuda muy joven y heredó una pequeña fortuna. Esa era la clave —añadió triunfal—. Suponemos que acciones de la compañía tampoco le faltarían. Con razón, Bernardo Grau debía estar temblando —y prosiguió—. Elena Martín y Pedro Muñoz vivían, básicamente, a costa de la hermana. Y esta estaba hasta el gorro de ellos, a pesar de quererse con locura —y continuó hablando—. A las cuestiones que siguen siendo una incógnita les pongo un punto rojo y las obvio.

—Pues yo he venido pensando que deberíamos averiguar si existía algún tipo de contrato prenupcial por el que, en caso de quedarse viuda y contraer nuevas nupcias, perdiera hasta las medias —Tomé aire—. Me resulta extraño que una mujer como esa y siendo tan joven no hubiera encontrado a nadie con quien rehacer su vida —Me acomodé en la silla que ya había tomado como propia.

—No estaría de más, pero conocerlo solo nos indicaría si era buena o mala persona y como resulta que la víctima es ella, nos trae sin cuidado —tras cavilar unos instantes continuó—. Cuando tengamos el atestado del accidente veré si cambio de opinión, porque hasta ahora Carolina me cae bien. ¿Y sabes por qué? —Se acercó a la mesa y dejó el cigarro electrónico mientras yo lo observaba esperando la respuesta— Porque las dos mujeres que más sinceridad y verosimilitud me han transmitido en este drama, a

saber, Pilar y Susana, han hablado maravillas de ella. Si han mentido, sus trolas ya las tengo en el estómago, porque me lo he tragado todo. El único «pero» que le pondría a Susana Grau es la indiscutible protección hacia Bernardo. No me cuele que una madre no conozca realmente a su hijo —Se rascó la barbilla—. Aunque lo que me siguen preocupando son la uña y los números que aparecían en el papel junto a su firma. Además, sé que hay un detalle que se nos escapa y todavía no sé ver —Y entornó los ojos.

—¿Y qué me dice del padre de la criatura? Seguros ya tenemos dos candidatos. Fernando parecía no saber nada —le indiqué—. Si su mujer lo supiera, sería un buen motivo para matar a Carolina. Aunque lo mismo podría decir de Álvaro y la suya.

—Sí, pero yo descartaría a la mujer de Álvaro, seguro que no es la primera vez que se enfrenta a una situación como esta, ya debe estar acostumbrada —resopló—. Sigo pensando que el meollo está en esa oficina. Carolina estaba ahí a la hora en que esas fotos llegaron a su móvil. Pasó algo lo suficientemente gordo como para que ella los llamase a todos y retrasara su viaje. De hecho, yo creo que accedió a ir a cenar en Nochebuena porque quería hablar con ellos —Y dio una calada—. Lo que no me cuadra es lo del veneno: ¿por qué la están envenenando, si hasta el día 23 no se desencadena la tormenta? —Se quedó pensativo—. A menos que... fuese obligada a ingerirlo la tarde del 24 —Y sonrió.

—¡Joder, jefe! Tiene razón —le felicité—. Lo hemos estado enfocando mal. Eso de que no se encontraba bien lo hemos estado achacando al matarratas cuando, en realidad, solo era por el embarazo; ¡las pastillas de jengibre eran para las náuseas del embarazo! —Y con entusiasmo añadí— Los que a esa hora sabemos seguro que se encontraban en esa planta son: Fernando, Álvaro y Bernardo. Por determinar si todavía estaba allí tenemos a Guillermo. De Miguel ya dijimos que se había ido.

—Cierto, pero no debemos olvidar que en ese grupo se conocen todos, y hacer una llamada cuesta muy poco. Además, la hermana habló cinco minutos con ella sobre las ocho de la tarde, algo se dirían... —y continuó— El informe de toxicología debe estar al caer, cuando sepamos de qué veneno se trata, más podremos aclarar. Con el primero que quiero hablar es con

Guillermo Grau. Ese hombre fue testigo del incidente de la bofetada y creo que en él está el *quid* de la cuestión —Le dio otra chupada al cigarro—. De una u otra forma, Guillermo está implicado en este crimen. Si Carolina no hubiese sido su mano derecha, esa mujer seguiría viva; de eso estoy seguro.

Yo iba a decir algo, pero una suave llamada en la puerta me sacó de mis pensamientos. Ante mis narices se plantó Angelines, intentando parecer estricta, pero con una media sonrisa que delataba que era un trozo de pan.

—Acabo de imprimir un informe procedente de Alicante a la atención del subinspector Manuel Serra —Y clavó su mirada en mi cabeza—. Espero que le sea provechoso —Y guiñándome un ojo, dejó sobre la mesa un sobre naranja y salió con el mismo aspecto de seriedad con el que había entrado.

Me arrojé sobre aquel envoltorio y saqué nervioso los papeles que contenía. Me puse a revisarlos como un endemoniado mientras Jaime, sin inmutarse, continuaba garabateando con sus marcadores multicolor.

—¿Qué? —me preguntó pasados unos minutos. Yo no contesté porque estaba enfrascado en el informe. Se obligó a girar y me volvió a interrogar con voz pausada para sacarme de mi hipnosis— Vuelve del más allá y cuéntame, Manolo.

—Puede ser cualquier cosa. Aparentemente fue un accidente. La rueda delantera se desprendió de la moto, pero no está claro si esa fue la causa o la consecuencia. El chico perdió el control y se despeñó por la curva: porque resbaló y perdió el neumático o porque el neumático estaba suelto y al salirse le hizo perder el equilibrio —Me puse a cavilar—. ¡Ché! Esto me recuerda a cuando mi abuela se cayó y se rompió la cadera. Los médicos dijeron que fue al revés, que se rompió la cadera y por eso se cayó.

—¿Y no llamaron a un perito para que examinara el vehículo? —me preguntó con apremio.

—No. Simplemente observaron uno de tantos accidentes que acaba con víctimas mortales y el asunto se zanjó —continué—. Los familiares tampoco intervinieron para que se llevaran a cabo más averiguaciones.

—¿Qué familiares?! —exclamó indignado— ¡Su mujer, sus padres, su hermano, sus primas!

—Aquí solo pone familiares. Todos se resignaron con la tragedia. Si hubiesen descubierto que la culpa fue de la rueda, lo hubiesen achacado a negligencia del joven por no haberle hecho la revisión necesaria al emprender un trayecto largo.

—La moto era nueva. Su madre nos dijo que fue a enseñársela.

—Pero sigue existiendo la posibilidad de que simplemente resbalara.

—Ya, pero todavía podríamos ir a echarle un vistazo —Sonrió con malicia—. Si no recuerdo mal, el señor Grau la tiene en su garaje.

—Jefe, ¿nunca se da por vencido?

—Nunca—zanjó.

Yo miré hacia mi muñeca para ver la hora que marcaba el reloj y el inspector se dio cuenta.

—Venga, Manolo, recojamos todo que el tren no espera —Colocó la manta sobre la pizarra y salimos.

Cuando pasamos junto a los compañeros, grité un generalizado: «¡Que os traigan muchas cosas los Reyes!», y fuimos a por el coche para dirigirnos a la estación de Atocha.

Mientras nos despedíamos le hice prometer que me llamaría para contarme cualquier avance que se produjese en la investigación. Él me dijo que así haría, pero que estuviese tranquilo y que desconectara del caso, que me vendría bien hacer una pausa para aclararme las ideas, aunque yo sabía que eso iba a ser difícil.

Lo que sí me sorprendió fue que me comentase que no había perdido la esperanza de que su hija fuese a visitarlo. Lo había llamado y le había garantizado que iba a pasarse por Madrid, así que posiblemente comería con ella el día 6, aunque no quería crearse demasiadas expectativas. El otro asombro vino a la hora de la despedida; como yo no sabía qué hacer, alargué la mano para estrechársela. Creí que me iba a responder con un ademán de colegas, porque me endilgó una sonora palmada con la suya, pero fue para apartármela y gratificarme con un corto abrazo. Aconsejándome que lo pasara bien, volvió a montar en el Peugeot.

Bajé al andén y tras subir al tren y dejar mi maleta en el estante superior, me acomodé en mi butaca y me sumí en mi propio universo. Estaba loco de alegría por ver a mi familia y amigos, pero ya empezaba a echar de menos al inspector y a toda la trama en la que estábamos inmersos. Tenía claro que mi cerebro tampoco iba a dejar de pensar en quién mató a Carolina Martín.

El tren con apeadero en la estación Joaquín Sorolla de Valencia se puso en marcha. Me arrellané dentro de mi cazadora de plumas y cerré los ojos. Tenía por delante hora y media para discurrir.

9 de enero de 2017

18
FRANCISCO

A las ocho y media del lunes me introduje presuroso en nuestro cuartel general y abrí la puerta como un inesperado relámpago. Sabía que no había novedades porque así me lo había hecho saber Jaime en los mensajes que nos enviamos, pero yo estaba deseando que me pusiese al día de sus pensamientos. Me quedé asombrado al comprobar que la estancia estaba vacía, me parecía raro que el inspector no se encontrase ya trabajando. Me tranquilicé al darme cuenta de que la manta no cubría nuestra rayada pizarra y todos los apuntes permanecían intactos.

—Manolito, ponte las pilas que nos vamos —Me sobresaltó la voz del inspector procedente del exterior de la sala—. No te quites el plumífero.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene tanta prisa? —le pregunté alzando la voz para que me oyera, al tiempo que lo perseguía por la comisaría.

—Pasa que me acaba de llamar Francisco Montes. Ya tiene el resultado de toxicología y quiere hablar con nosotros —Le escuché decir mientras intentaba ponerme a su altura.

—¿Le ha dicho algo más específico?

—No —Puso el coche en marcha y sacó el cigarro electrónico—. Tenemos veinte minutos por delante, cuéntame cómo lo has pasado— Y me

miró durante un segundo.

—Muy bien. Mi madre estaba encantada de tenerme por allí y yo también de estar. La tarde del día cinco llevé a mis sobrinos a la cabalgata y al día siguiente comimos todos juntos. Cocinó unos canelones deliciosos, como siempre, y las raquetas, un acierto —seguí contando—. Como siempre repito el frío que hace aquí, los Reyes me han traído un forro polar rojo que calienta un montón. ¿Y usted qué? ¿Algo especial?

—Espera, que no has acabado —y haciendo un gesto con la cabeza, me preguntó—. ¿La has visto?

—¡Ah!, no. Ni siquiera la llamé. Quedé con mis amigos y me distraje un rato. Hasta conseguí olvidarme de los Grau por unas horas, pero solo unas horas, jefe, no más —Y sonreí—. Le toca.

—Sí que vino —puso cara maliciosa—, la llevé a comer al mismo sitio que fui contigo. Me estuvo contando un montón de anécdotas. ¿Sabes que me dijo que probablemente vuelva a Madrid? Es posible que le salga un programa informativo y, si al final llega a buen puerto, se vendrá. Pero no me quiso contar más porque está un poco verde el tema y no quiere que se gafe.

—¡Eso sería estupendo! Me legraría mucho por los dos —exclamé entusiasmado.

—Bueno, pero ella tendría su casa. Conmigo ni agua. Eso ya me lo dejó claro, aunque no hacía falta, además de policía, soy su padre.

—¿Le ha contado algo del caso?

—Ni loco, si se lo huele, no me la podría quitar de encima ni con un cazo hirviendo —Se puso serio—. Tenemos que mantener a la prensa lo más alejada posible de esta historia —enarcando las cejas, continuó—. Lo que sí he hecho es hablarle de ti.

—¿Y qué le ha dicho?

—Nada, lo normal —Y me dejó en ascuas—. Mira, ya hemos llegado. Preparémonos para el dictamen final.

Aparcamos junto al edificio de ladrillos rojos y bajamos del automóvil. Volví a sentir aquel desagradable efecto que notaba cuando me

ponía nervioso. Era como si alguien me cerrara el estómago y me lo apretara haciendo un perfecto nudo marinero. Lo mismo me sucedía siempre que me examinaba o tenía que visitar al médico, pero el olor de la morgue acrecentaba mis temores y a lo anterior había que sumar las náuseas que comenzaba a sentir. Cerré los ojos, tomé aire y seguí a Jaime mientras bajábamos las escaleras.

La recepcionista nos invitó a esperar unos minutos, llamó a Francisco Montes y nos comunicó que enseguida vendría a nuestro encuentro. Yo preferí mirar hacia mis zapatillas y que mi campo visual no se saliera de ese punto. Gracias al cielo, el forense no nos hizo esperar y Jaime me dio un codazo para que me moviera y lo siguiese. El doctor nos hacía señales con la mano para que nos acercásemos a su posición.

—¿Cómo han ido las fiestas? —Nos preguntó como bienvenida.

—Muy bien y ¡anda, Francisco, déjate de fiestas y al tajo! Luego si quieres hablamos de la Navidad —le increpó Jaime sin perder la sonrisa.

—¡Si vuelves a ser el de antes! Se me había olvidado lo impaciente que llegabas a ser. Sabes perfectamente que estos estudios suelen tardar mucho más —Se estiró los pelillos de la barba—. Seguidme y pasamos al depósito para que os muestre el cadáver y os vaya explicando con lo que me he encontrado porque es realmente, iba a decir interesante, pero, en realidad, el adjetivo que mejor lo describe es inaudito.

Yo hubiese querido gritar que no, que mejor nos lo contaba en su despacho, pero ni siquiera me salía la voz para poder quejarme, así que callé y fijándome en el suelo, mis pasos siguieron a los suyos. Una vez en el interior sentí como si me metieran en un gris congelador todo lleno de compartimentos. Se acercó a uno de ellos y tiró de la anilla. Destapó el cuerpo hasta los hombros. No tuve más remedio que asomarme. Allí estaba Carolina, blanca y fría, pero con el mismo cabello dorado y ondulado que yo recordaba. Fui consciente de que era la primera vez que la contemplaba; en su casa el pelo le tapaba la cara y solo la había visto en fotos. Pero habíamos hablado tanto de ella que parecía que fuésemos íntimos desde hacía una eternidad. Pensé que tuvo que ser muy atractiva.

—He preferido venir aquí porque gozamos de mayor intimidad —dijo Francisco—. Lo que tengo que decirte, Jaime, no te va a hacer ninguna gracia —El inspector se quedó mirándolo fijamente y con tensión—. Ya os comenté que por cierto color rosado en la piel, la dilatación de las pupilas y un halo a almendras amargas que desprendía el cuerpo; tal vez esto último fue a causa de mi imaginación y de los años, a mí me daba en la nariz que la habían envenenado... Y así ha sido. Se han encontrado restos de cianuro en su estómago y riñones y una gran cantidad del mismo en los pulmones. Sin embargo, la dosis que muestra en sangre es prácticamente inapreciable. Todo esto nos hace concluir que el veneno fue inhalado. Yo descarté esa posibilidad porque los casos de este tipo con los que me he encontrado han sido de drogadictos; muchos traficantes utilizan el cianuro para cortar la droga, si se pasan con la proporción, el infeliz que la consume está muerto. Pero en este caso, además se aprecian unas sutiles quemaduras aquí, aquí y aquí —y señaló tres puntos entre la nariz y la boca de Carolina—, producidas por ácido cianhídrico. Esto indica que fue rociada. En el momento en que el cianuro mezclado con agua roza la piel, la víctima ya no tiene escapatoria y se convierte en cadáver en cuestión de minutos. Por la porción que tiene en los bronquios a esta mujer le doy un minuto de vida.

—¿Y dónde está el problema? —quiso saber Jaime con premura.

—El problema es que se lo pudo hacer ella misma —dijo a modo de conclusión.

—Acabas de decir que le das un minuto de vida, ¿cómo tuvo tiempo de hacer desaparecer el frasco? En la casa no estaba.

—A mí no me tienes que convencer, yo sé de sobra que esta mujer no se ha suicidado, pero he estado en muchos juicios y sé que con un buen penalista, el investigado se va de rositas a su casa —prosiguió—. Estoy haciendo de abogado del diablo para que espabiles y busques alternativas. Si yo fuera el letrado, alegraría que esta señora salió a la calle, se roció, tiró el recipiente a un contenedor y se metió en su casa a esperar la muerte —Se quedó en silencio—. Tienes que ir más allá de la duda razonable.

—¿Y los hematomas de los brazos? ¿Y la uña rota? —inquirió el inspector.

—No puedo asegurar que sean inmediatamente previos a la muerte, que probablemente sí lo sean. Pero cabe la opción de que se los provocaran unas horas antes. Lo siento —se lamentó Francisco—. Yo sé que ha sido un asesinato y te voy a ayudar en todo lo que esté en mi mano. Por eso, mi obligación es advertirte de los inconvenientes con los que te vas a encontrar.

—Tal vez no sea cosa tuya, pero ¿cómo se explica que encontrásemos las cuentas del collar de perlas que llevaba dispersas entre la alfombra y el sofá?

—Perdona, eso no os lo he aclarado —y nos explicó—. Se lo debió de arrancar ella misma. Hay restos de su propia piel entre las uñas y algún invisible arañazo en su cuello. Uno de los primeros síntomas que notó fueron quemazón y, sobre todo, asfixia. Como el oxígeno dejó de llegar a las células, enseguida apareció el fallo respiratorio. Por eso, si no llega a caer en nuestras manos, se podría haber confundido con un infarto.

—Pues no parece muy lógico que, si una mujer se va a suicidar, decida ponerse un collar de perlas para acabar rompiéndolo —Se quedó observando a Francisco—. ¿Había restos de ácido cianhídrico en sus dedos?

—Desgraciadamente sí, aunque, en mi opinión, se impregnó ella misma al llevarse las manos a la cara tras recibir la salpicadura —nos justificó mientras salíamos de la estancia y nos conducía hacia su despacho—. El abogado de la defensa se fundamentará en que ella se mojó al esparcirse el spray.

—De acuerdo, pero por lo que dices es muy peligroso, quien lo tuviera en sus manos también se jugaba la vida.

—No es peligroso, es letal. Quien lo llevara encima seguro que tenía que ir muy bien preparado para evitar rociarse o inhalarlo —dictaminó el forense.

—¿Tan peligroso como para tener que abrir unas ventanas para que se evaporen las gotas que se han diseminado de un frasco?

—Sí, por eso y por el olor a almendras amargas que el líquido incoloro desprende. Aunque en pocos minutos también se elimina del ambiente. Todo depende de la cantidad que se derrame, pero ya te digo que,

si lo inhalas directamente o te roza, estás muerto.

—Una cosa más: el otro día nos dijiste que la muerte se produjo entre las seis y las nueve de la noche del día 24 ¿Podrías ser un poco más preciso?

—Jaime puso cara de súplica.

—Entre las siete y las ocho y media. No sé si esto te ayudará mucho —dijo Francisco con pesar.

—Me has quitado hora y media, es bastante. En fin, ¿qué has escrito en el informe? —le preguntó Reyes con hastío.

—No te preocupes que todo te beneficia. Tienes tu asesinato. He redactado dos para que elijas tú el que prefieras —prosiguió—. El escrito es el mismo, pero en el primero, como causa de la muerte, he anotado lo que corresponde: intoxicación por absorción cutánea de ácido cianhídrico; en el segundo, más de estar por casa, he colocado: envenenamiento por cianuro —Hizo una pausa—. ¿Con cuál te quedas? —Y arrugó la frente mientras le mostraba los dos documentos.

—Escogeremos el segundo que queda más bonito, a tiempo de rectificar siempre estamos —Sonrió.

—Eso mismo he pensado yo —Y le dio a Jaime una palmadita en el hombro.

—¿Se va a proceder a la entrega del cadáver a la familia?

—Si no quieres nada más, así se hará, pero, si necesitas el ADN del embrión para una prueba de paternidad, lo intentamos alargar un par de días hasta que traigas la muestra del candidato. De todas formas, podemos estudiar sus genes y esperar hasta que des con el padre.

—Retrásalo el máximo tiempo que puedas y si los familiares se quejan se la damos. ¿Te parece bien? Lo digo por si necesitamos el cuerpo para algo más. En cualquier caso, siempre se puede decir que se está examinando al feto —Y encogió los hombros.

—Tienes tres días y, si no hay aspirante, tranquilo que protegeremos esas células.

—Por cierto, ¿cómo han ido las fiestas? —El inspector ya tenía ganas

de jolgorio.

—Como todos los años, mucha familia y mucha comida. ¿Y tú?

—Pues lo mismo. A ver qué día nos vemos y te invito a comer. Te debo una.

—Cuando cojas al tipo que le hizo eso a esta desgraciada, nos vamos donde quieras y lo celebramos —le contestó Francisco.

Con un efusivo apretón de manos, se despidieron. Yo también le tendí la mía, pero con menos apasionamiento, y mientras abandonábamos el lugar mis tripas comenzaron a relajarse y el nudo dejó de presionarme. En el coche cualquier tipo de tensión se había disipado.

—Jefe, ¡cómo usted dijo! —exclamé—. Solo que la rociaron con un aerosol en lugar de obligarla a ingerir algún mejunje —comencé a exponer mis reflexiones en voz alta—. Tal vez el asesino metió el ácido en un frasco de perfume con la intención de regalárselo para que ella solita cayese en la trampa; por algún motivo, Carolina se dio cuenta y forcejearon. Como no pudo hacerlo de otra manera, le tiró el espray y le dio en la cara, cuando su pretensión era el cuello o detrás de las orejas. Carolina quedó sin escapatoria. Menudo minuto tan espeluznante tuvo que sufrir.

—Sería una buena fórmula, Manolo. Obsequiar a una mujer con una pequeña esencia y esperar a que ella misma se eche la muerte encima —resopló—. Pero eso implicaría una premeditación que aquí no ha existido. Por el motivo que se desató la tarde del día 23 el asesino tuvo que darse prisa y ser descuidado. De lo que estoy seguro es de que Carolina se percató de que nada bueno le iba a suceder.

—Y, si no hay premeditación, ¿cómo consiguió el cianuro tan rápido?

—Eso lo tendremos que averiguar. ¿Quién puede tener cianuro de un día para otro? —Dejó la cuestión en el aire.

—Con dinero se puede conseguir cualquier cosa y aquí hay gente con mucha plata —Levanté los hombros—. Incluso se ha podido contratar un sicario.

—Esa opción no es descabellada, pero si a las siete y cuarto un

vehículo se introdujo en su garaje, es porque Carolina le abrió para que entrase —Inhaló vapor—. Si fue la moto, estamos en el mismo caso, ella le abrió. Carolina lo conocía.

—¿Y de verdad piensa que si lo cogemos no lo vamos a poder demostrar?

—Francisco tiene razón, por experiencia sabemos que mientras exista una duda razonable el investigado es inocente o al menos no culpable, y desde el momento en que se pueda argumentar que Carolina tuvo ocasión de infringirse las salpicaduras, cuanto menos, lo vamos a tener complicado —me hizo saber—. Si aparecen un par de testigos explicando que la chica estaba rara o no quería tener el niño o cosas por el estilo, el asesino se irá a su casa.

—¡Ché! Si está clarísimo que se la han cargado. ¡Qué injusticia! —protesté y me puse a mirar por la ventanilla— ¿Cuál es nuestro siguiente paso?

—Ahora vamos a comisaría a hablar con López y después nos vamos a Alcobendas y, si estás de acuerdo, mañana mismo nos presentamos en las oficinas de Grau&Co para que don Guillermo nos de las debidas explicaciones sobre la bofetada.

—A mí todo me parece de categoría, pero ¿Alcobendas?

—En realidad quiero volver a Decathlon. No te preocupes, ahora no habrá tanta gente y quiero echar un vistazo a un objeto que me llamó la atención la otra tarde y que creo que puede sernos de utilidad.

19
LÓPEZ

Nos dirigimos al despacho del comisario y llamamos a su puerta; al escuchar el consabido: «Pasen», nos precipitamos al interior. La austera sala pintada en color blanco tenía la pared frontal repleta de diplomas enmarcados. No pasaba desapercibida en la esquina derecha una gran bandera de España y en el otro lateral, cubriendo el muro, una inmensa estantería abarrotada de libros y manuscritos. Presidiendo la estancia había una gran mesa de madera, donde hasta el último lápiz se encontraba dispuesto en un orden estricto. Tras ella nos enfrentamos con la reluciente calva, rodeada por un poco de pelo, del comisario, revisando unos informes. Levantó la cabeza al oír el golpe de la puerta al cerrarse, y con un gesto de la mano nos invitó a tomar asiento.

—Buenas tardes, agentes. ¡Qué inmenso placer verles por aquí! —nos saludó— ¿Qué nuevas me traen?

—Comisario, ahora ya tenemos algo —le indicó Jaime—. Acabamos de hablar con el forense y ya tenemos su dictamen.

Se lo entregó y López se puso a ojearlo.

—¡Envenenamiento con cianuro, joder! Esto ya no es un homicidio. ¿Qué tenéis hasta ahora? ¿Está Guillermo Grau metido en esto? —preguntó.

—Tenemos varios sospechosos, comisario, y gracias al móvil y a algunos testimonios sabemos que el origen del meollo tuvo lugar la tarde del

23 de diciembre en el edificio de Grau&Co. Todavía no te podemos decir quién lo hizo, pero estoy convencido de que las fotos que se borraron del teléfono son la clave del asunto —Abrió las palmas de las manos—. Necesitamos volver a hablar con todos los sospechosos para que nos ayuden a esclarecer los hechos. Hasta ahora las versiones no son del todo fiables y son contradictorias. Además —continuó Reyes—, la mujer estaba embarazada, ya no hablamos únicamente del asesinato de la madre, también se ha cometido homicidio contra el bebé.

—De acuerdo. ¡Ve a por todas! —Le concedió el comisario.

—No puedo ocultarte que hay un pequeño inconveniente. Francisco me ha comunicado, aunque él no lo cree, que existe una remota posibilidad de que fuera ella misma quien decidiese poner fin a su vida. Como puedes leer, la rociaron con ácido cianhídrico, pero ella pudo abrir las ventanas, salir con el ácido, esparcírsele, tirar el espray y volver a su casa —le confesó con pesar—. Pero nosotros sabemos que no fue así, demasiado enrevesado y demasiadas incógnitas: ¿cómo pudo borrar las fotos, si probablemente ya estaba muerta y se había desecho del teléfono? ¿Para qué dice que va a cenar, si no piensa ir? ¿De dónde saca esta mujer el cianuro? Si uno se quiere suicidar, busca una manera más sencilla. Y demasiadas coincidencias, comisario. Demasiada gente interesada en que Carolina Martín desapareciera del mapa.

—Ya te acabo de decir que tienes tu asesinato y, por tanto, céntrate en una investigación más concienzuda. El grado de culpabilidad o inocencia no nos corresponde a nosotros, para eso están los jueces. Vosotros a hacer vuestro trabajo. ¡Atrápalo! —sonrió.

—Gracias, comisario. A lo que tengo que darle una vuelta es a la manera de enfocar el caso, todo se ha de llevar de la forma más discreta y mantener a la prensa lo más alejada posible. Si se enteran de que la familia Grau está envuelta en un crimen, no nos los vamos a quitar de encima ni con agua caliente y vamos a estar en los noticiarios de todas las cadenas bajo una gran presión. Hay que evitarlo a toda costa —finalizó el inspector.

—Me parece bien. Es tu caso, es tu forma de llevarlo. Carta blanca, Reyes —y le ordenó—. Solo quiero que me sigas manteniendo al corriente de

todas las novedades y que no os metáis en líos. Si surge algún problema, que por el círculo donde te estás moviendo surgirá, házmelo saber sin dilación. De las presiones ya me encargo yo.

—Así haré.

Y cuadrándose ante él e inclinando la cabeza, dio media vuelta y se dispuso a abandonar la dependencia. Yo le estreché la mano al comisario y salí tras el inspector.

—Qué gran tipo es el comisario —me susurró Jaime cuando me puse a su altura—. No le importa la política ni el qué dirán. Solo se preocupa de cumplir con su cometido. No todos son así, te lo puedo asegurar.

—Sí, ya me he dado cuenta —agaché la mirada y proseguí—. Quiero que sepa que para mi es un verdadero privilegio poder trabajar a sus órdenes, a las del comisario y a las de usted, quiero decir —guardé silencio.

—Gracias, Manolo, para tu información te diré que me está siendo muy agradable gozar de tu compañía —Y me endilgó una colleja—. Y ahora, vayamos a comer algo que después nos tenemos que dar un paseo por Alcobendas.

Tras almorzar algo rápido cogimos el coche y nos dirigimos por la M-40 hacia la localidad donde se encontraba el almacén en cuestión. Intenté que me contara qué es lo que teníamos que hacer allí, pero prefirió hacerme esperar para que lo viera con mis propios ojos y pudiera opinar por mí mismo.

Una vez en el interior del establecimiento me llevó a la sección de deportes acuáticos y nos paramos bajo el letrero en el que se podía leer: «Buceo». Con cara de victoria, me señaló una careta que respondía a la descripción de: «Innovadora máscara de buceo Easybreath», ideal para disfrutar de la práctica del *snorkel*. Ni corto ni perezoso se la colocó y empezó a dirigirme la palabra a través de ella.

—Fue con esto, el asesino utilizó esta caperuza para asegurarse de que no le cayese ni una gota de ácido ni le rozara la piel —Yo estaba interesadísimo, pero al mismo tiempo me estaban entrando ganas de reír. El aspecto del inspector resultaba grotesco, verlo ahí, todo un señor, con su

abrigo color marrón y su cabeza metida allí dentro y disertando sin parar, me parecía de lo más divertido—. Se ve todo a las mil maravillas y te permite la opción de respirar tranquilamente por la nariz, sin que te entre una gota de agua. Que el criminal llevaría guantes de goma lo doy por descontado. Es más, no me extrañaría que se hubiese vestido con un traje de neopreno. Si a mí me tocase manipular una sustancia tan peligrosa como esa, no me arriesgaría a menos.

—Y por eso forcejearon, porque Carolina vio una indumentaria que no era normal y ¡menudo susto se llevaría!

—Ya, por eso me intriga tanto la uña. ¿Dónde está? ¿Dónde se produjo el forcejeo? —Seguía con la mascarilla puesta.

—Por algún desconocido motivo el asesino se la llevó al marcharse.

—Entonces, ¿por qué no recogió la lamparita? Tenía prisa. Además, si llevaba guantes, que de eso no me cabe la menor duda, es muy difícil recoger una uña. Es muy probable que ni siquiera se diera cuenta de que a la mujer se le había roto —continuó desde el interior de la careta—. Porque, como ya te he dicho, estoy convencido de que el crimen se llevó a cabo con precipitación y rapidez.

—Pues volvemos al principio, la lucha tuvo lugar en otra parte. ¿Y si Francisco Montes acierta y tuvo lugar unas horas antes?

En ese momento se nos presentó un joven preguntando si podía atendernos en algo; con una sonrisa le contestamos: «No gracias, estamos mirando». Jaime se deshizo del improvisado disfraz y se le quedó el pelo un poco revuelto. Mientras nos dirigíamos al parking continuamos barajando nuestras hipótesis.

—A eso no paro de darle vueltas. Si no recuerdo mal, Guillermo nos comentó que la vio a última hora de la mañana del día 24, en la oficina. Pilar asegura que estaba en su casa a las dos y media y sabemos por el teléfono móvil que a esa misma hora habló con Susana Grau; a su padre lo llamó a las cinco de la tarde. Según Francisco Montes, la hora de la muerte se encuentra entre las siete y las ocho y media; eso nos da un margen de dos horas mínimo para que Carolina pudiese salir de su casa y volver.

—No, jefe, hay más tiempo. Pudo llamar a su padre desde la calle. Para mí, la hora clave son las dos y media; la hora en que Pilar asegura que la vio desde su cocina.

—Tienes toda la razón —me aprobó—. Que llamase a su padre solo nos hace intuir que Carolina no corría peligro —puso cara de pensar en otra cosa y mientras abría la puerta del automóvil, continuó—. Con otro que tenemos que tener unas palabras es con Pedro Muñoz; rectifícame si me equivoco, pero creo que mantuvieron una conversación ese mismo día.

—No sé si se puede llamar conversación, pero hablaron 30 segundos a las dos y doce —le dije repasando el bloc.

—Mañana empezaremos la ronda de conversaciones con nuestros sospechosos. Vamos a ver qué nos cuenta Guillermo Grau, quiero que «el dueño del circo» sea el primero en darnos su versión de los hechos. Dedicuémonos esta noche a repasar todo lo que tenemos y centrémonos en lo que él nos pueda ser de utilidad.

El motor rugió y a los quince minutos ya estábamos de vuelta en Madrid. Me dejó en la Plaza de Santa Ana y cuando ya me disponía a entrar en el portal, escuché que me llamaba. Me giré y vi su cabeza saliendo por la ventanilla; una bocanada de vapor se disipaba en el aire.

—¡Manolo! —me gritó— Que acabo de caer en la cuenta de que no estaría de más encontrar la denuncia por violación que le cayó a Fernando Morales.

Le levanté el pulgar en señal afirmativa y desaparecí corriendo para huir del frío que ya se me había metido hasta el tuétano. Tendría que incluir el forro polar en mi próximo vestuario.

10 de enero de 2017

20
CARLOTA

A las siete de la mañana recibí una llamada del inspector; su mente, que no paraba de maquinarse y no sabía de horarios, había decidido cambiar los planes y nos empujaba a volver a Los Cerezos, a la casa de Carolina. Era muy posible que ese «algo» que no dejaba descansar a Jaime se encontrara en ese lugar. Me explicó que se imponía una nueva revisión del domicilio y que, una vez tuviésemos la certeza que de allí ya no podríamos sacar nada más en claro, acudiríamos a entrevistarnos con Guillermo Grau.

Así que a las ocho en punto salí de mi pequeño apartamento y bajé corriendo por la escalera los dos pisos que me separaban de la calle. El Peugeot gris ya estaba esperándome abajo.

—¿Y este cambio de planes?—Le pregunté mientras arrancaba—
¿Cree que encontraremos algo más que no hayan visto ya los de la científica?
—Mi tono resultó escéptico.

—No se trata de que vayamos a encontrar la uña ni nada por el estilo, si es a eso a lo que te refieres —Sonrió con malicia. Tuve la sensación de que Jaime podía leer mis pensamientos y sabía que aquello me parecía una estupidez— Porque, evidentemente —continuó —, no va a ser así. Necesito confirmar si se encuentra ahí «eso» que está fuera de lugar, que vemos, pero lo estamos pasando por alto —Hizo una pausa en la que pareció reflexionar

—. Y algo me dice que sí.

Yo no las tenía todas conmigo y permanecimos en silencio la media hora que duró el trayecto. Estoy seguro de que él seguía enfrascado en su dilema sobre «aquello» que no estaba en el lugar que le correspondería estar. Yo, durante diez minutos, reflexioné sobre su propuesta y especulé con el collar de perlas, con la uña, la lamparita, las maletas y el dormitorio, pero, sinceramente, nada me parecía de especial relevancia, aunque, si él lo decía, sus razones tendría. Por eso, el resto del tiempo lo dediqué a analizar a los sospechosos. Para mi desgracia, veía en todos al rostro del asesino. Decidí no hablar para que Reyes no notase que estaba desmoralizado, pensando que nos hallábamos ante un callejón sin salida.

Y así, entre silencios y algún comentario, llegamos a Los Cerezos. Jaime paró junto a la entrada de la urbanización para poder escribir en Google Maps la dirección exacta y no perdernos entre los recovecos de las calles. Continuamos y pasamos junto al campo de golf que quedaba a la izquierda. Parecía un día tranquilo y sin sobresaltos; se veían grupos de jugadores, algunos arrastrando sus bolsas, la mayoría conduciendo *buggies* y otros intentando colar la bola en los hoyos de los *greenes*. Estaba tan ensimismado oteando los golpes y los *swings* de aquellos golfistas que al tomar una curva casi me pasa desapercibido el bulto oscuro que descansaba a la derecha, sobre el inclinado talud, junto a una farola.

—¡Pare, pare! —Con cara de interrogatorio, el inspector frenó en seco — ¡Ahí detrás! ¡Ahí detrás hay algo! —Reyes dio marcha atrás.

Antes de bajar del vehículo ya distinguimos claramente que se trataba de un cuerpo. Llevaba la cabeza cubierta por una bolsa de plástico de triángulos verdes y blancos. Salimos disparados del coche y nos acercamos a la figura. Nos agachamos y Jaime le quitó muy lentamente la bolsa; tenía restos de sangre y estaba agujereada. Entonces pudimos ver su cara.

—¡Joder, jefe! —exclamé desconcertado— ¡Es Carlota Grau! ¿Está muerta?

Iba vestida con unos pantalones azul marino muy ceñidos y una sudadera roja. Llevaba zapatillas de deporte y el pelo recogido en una coleta.

Tenía la frente abultada por un enorme chichón y estaba ensangrentada, como el resto del rostro. No llevaba ni una gota de maquillaje y las marcas del antiguo acné, entre las rojas salpicaduras, me la hicieron aparecer monstruosa. No quise decirlo en voz alta porque no era el momento apropiado y me jugaba una reprimenda de Jaime. Él le estaba tomando el pulso y me confirmó que estaba viva. Urgentemente me pidió que llamara a una ambulancia. Así hice, y a los quince minutos ya estaba allí. Le practicaron un reconocimiento rápido y el médico nos explicó que sufría una conmoción, pero que no tenía aspecto de ser grave. Sin perder más tiempo se la llevaron al hospital. Al quedarnos a solas comencé con mi batería de preguntas.

—¿Qué cree que significa esto? —Yo no salía de mi estupor—
¿Estará relacionado con el caso, o simplemente ha sido una casualidad y pretendían atracarla?

—Nunca me cansaré de repetir que tanta casualidad junta no existe — chasqueó la lengua y levantó el mentón—. Vamos a estudiar la situación — sacó el cigarrillo electrónico y empezó a disertar—: tal y como iba vestida, tenemos que suponer que iba a hacer deporte. Como al parecer iba sola y por aquí, que sepamos, no hay ningún gimnasio ni vemos ningún coche aparcado, vamos a dar por cierto que, en concreto, iba a correr. Y vamos a partir de la hipótesis de que había madrugado. Si ahora son las nueve y diez, y la sangre ya está seca, es que llevaba ahí un rato —tosió y dio una calada—. Cuando uno sale a hacer *footing*, no suele llevar nada de valor encima, así que vamos a descartar el móvil del robo. De hecho, los pendientes de perlas que lleva, seguro que son auténticas, no se los han sustraído —Hizo una pausa—. Pero eso sí, la sorprendieron por detrás. Ella no se lo esperaba. Le taparon la cabeza con la bolsa de El Corte Inglés, que imagino que llegó intacta, pero se agujerearía durante el forcejeo. Ella trataría de defenderse, pero su agresor fue más fuerte y consiguió golpearla varias veces contra esta farola —y se acercó a observar las gotas rojas que se apreciaban sobre el metal— hasta dejarla inconsciente.

—Acaba de decir le taparon, ¿cree que fue más de uno? —Yo estaba de acuerdo en todo, excepto en esa cuestión.

—No, me habré expresado mal, lo siento. Esta chapuza ha sido cometida por un solo individuo.

—Pero ¿cree que ha sido un intento de asesinato? Se lo pregunto porque, ya que esto obviamente ha sido una chapuza, tal vez se ha largado pensando que estaba muerta... Y se ha dejado el trabajo por terminar — Desde luego, aquella obra era tan cutre que podías llegar a pensar que estaba hecha para despistar.

—Vamos por partes. Esta faena no ha sido realizada por un profesional. Un sicario jamás cogería una bolsa de El Corte Inglés para cargarse a alguien; le pegaría un tiro certero en la nuca, se aseguraría de que está en el otro barrio y se volvería por dónde ha venido —Me miró a los ojos—. Quién ha hecho esto ha cogido lo primero que ha pillado en su casa y se lo ha puesto en la cabeza para que no le reconociera. Y, si no quiere que le reconozcan, es porque su intención tampoco era acabar con su vida. Además, ya sabes que, si aquí alguien tiene el objetivo de matar, no se anda con chiquitas: coge un spray con ácido cianhídrico y asunto arreglado.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho? —Mi mente era un mar de incógnitas.

—Bueno, aquí tenemos varias opciones: para asustar, por venganza, por odio, despecho o como advertencia —resopló mientras se pasaba la mano por su tupido y gris cabello—. De lo que estoy seguro es de que se conocían.

—¿Puede que nosotros también lo conozcamos? —En realidad hice la pregunta sabiendo la respuesta de antemano.

—No lo dudes. Uno de nuestros «nuevos amigos» ha sido el agresor. No ha querido que le viera la cara para que no pueda testificar contra él, pero me resulta incuestionable que conocía las costumbres de esta mujer. En cuanto averigüemos cuál de esos motivos que te he comentado es el correcto, sabremos la identidad del asaltante.

—¡Ché! Este caso cada vez se vuelve más complicado —me quejé.

—O no —me animó—. Según la perspectiva desde la cual lo quieras enfocar. Yo creo que a raíz de la investigación alguien se está poniendo muy nervioso. Y cuanto más nervioso se ponga, más errores cometerá —y me

sonrió.

—En fin —dije yo—, Carlota ha tenido mucha suerte... Si no llegamos a pasar nosotros por aquí, igual la palma.

—Ya te he dicho que no. Mañana estará como una rosa. Bueno —rectificó—, como una rosa no, porque tendrá el susto en el cuerpo y además, tú y yo sabemos que esta mujer es lo menos parecido a una rosa que yo recuerde —Los dos soltamos una carcajada.

—¿Vamos a casa de Carolina? —pregunté interrumpiendo nuestro momento de diversión.

—Si quieres que te sea sincero, ya no me apetece, esto me ha dejado fuera de juego y sé que no me va a venir la inspiración. ¿Lo dejamos para mañana?

—Como prefiera, al que se le tiene que despertar la neurona es a usted —Y alcé los hombros.

Convinimos que en cuanto Carlota estuviera consciente nos acercáramos al hospital a hablar con ella, lo cual significaba, conociendo al inspector, al día siguiente a más tardar. Ahora prefería ir a hablar con alguno de los implicados en nuestra investigación y contrastar coartadas y versiones. Los que nos habían dado «ciertos detalles erróneos» iban a tener que acordarse mejor. Jaime me confesó que se estaba estrujando el cerebro para conseguir la manera de que todos, menos uno que iba a resultar imposible por ser un asesino, se sincerasen. Necesitábamos conocer sus secretos inconfesables por los cuales nos estaban mintiendo. Era la única forma de desentrañar toda aquella maraña de ambiciones, infidelidades, celos y dinero.

21

MIGUEL

Nuestra idea inicial era acercarnos por las oficinas de Grau&Co y atacar a Guillermo, pero Jaime volvió a tener otra de sus inesperadas palpitaciones y me dijo que había cambiado de parecer y que prefería pasarse por la sede de Construimos y hacerle una visita a su secretario general. El inspector estaba seguro de que había mentido respecto al motivo y la hora de su paso por el despacho del magnate y quería sonsacarle a solas, sin la presencia de su cándida y abominable esposa.

Me sonaba que la central del partido se encontraba en un edificio de la plaza Colón, lo confirmé en Internet y allí nos dirigimos. Dejamos el coche y entramos. Mostramos las placas al personal de seguridad y preguntamos por don Miguel Gómez-Cuervo. No nos hicieron preguntas, se ciñeron a contestar que subiéramos al segundo piso y allá nos encaminamos. Al abrirse las puertas del ascensor nos encontramos con un gran espacio diáfano en el que habría unas veinte mesas, aunque en ese momento solo se encontraba la mitad de la plantilla. Me fijé y comprobé que del medio hacia el fondo había más despachos, pero se podía contemplar su interior, ya que las paredes estaban conformadas por cristales transparentes de suelo a techo. El lugar transmitía el nuevo concepto de modernidad, donde todos estaban en contacto con todos porque nada había que ocultar y sobre todo mucha luz precedente del exterior y mucho color blanco. Una señorita con un moño despeinado y vaqueros desgastados con botas de tacón nos acompañó al encuentro del

marqués. Con mucha cordialidad, abrió la puerta de su despacho y le informó: «Miguel, estos policías quieren hablar contigo», nos sonrió y desapareció.

Miguel se levantó de su asiento. El elegante y a la vez informal chaleco de plumas le hacía parecer más joven, a pesar de que su rostro transmitía pesadumbre y preocupación. Estrechó nuestras manos. Nos indicó dónde podíamos sentarnos y bajó las cortinas venecianas que rodeaban el espacioso habitáculo. «Así que este es el truco», pensé; aunque aparenta trabajar codo con codo con el resto de camaradas, siempre que lo necesita tiene su privacidad.

—No esperaba su visita, agentes. ¿Están aquí para informarme de la agresión sufrida por mi cuñada? —Miguel había tenido el raciocinio de ponerse unos mocasines negros con calcetines y pasar de las sandalias que le había regalado Mercedes— Mi esposa me acaba de telefonar y me ha contado el desgraciado suceso. Toda una tragedia. ¡Menos mal que se quedará en un susto! Estará ingresada 48 horas en observación y, si no hay novedad, terminará su convalecencia en casa. El problema que tengo ahora es que Mercedes se ha vuelto paranoica pensando que la próxima va a ser ella y quiere dos guardaespaldas a su servicio —El marqués se acomodó en su sillón y dejó caer su espalda sobre el mullido respaldo.

—No sabe cuánto nos alegramos, pero, en realidad, hemos venido—se explicó Reyes— para que haga, como se lo diría yo... una revisión de su versión sobre lo que sucedió en la planta octava del edificio de Grau&Co la tarde del 23 de diciembre, mientras usted estuvo allí. Hay varias imprecisiones en su declaración, quizá debido a su estado de ansiedad en aquel momento —Reyes hizo un gesto de comprensión, pero yo sabía que solo se trataba de otro de sus sarcasmos—, y ahora esperamos que ya se encuentre en condiciones de explicárnoslo con mayor rigor. En concreto —El inspector sacó su bloc—, nos aseguró que llegó sobre las ocho, habló un par de minutos con Carolina y después se fue rápidamente a hablar con Guillermo porque, tras esa conversación, tenía una reunión relacionada con Construimos —Aquí Jaime hizo una pausa—. Las declaraciones de otros testigos no coinciden con la suya —Aunque desconocíamos el testimonio de

Guillermo, Jaime se arriesgó—. ¿Podría volver a contárnosla?

El marqués palideció y suspiró.

—Creo que, llegados a este punto, ya tengo poco que perder— Y acarició las gafas de montura roja que llevaba colgadas de una cinta de cuero marrón—. Pero antes quiero que entiendan por qué me comporto así —Y nos observó y torció el gesto—. Vivir con una mujer como Mercedes es insoportable. Imagino, por lo poco que la conocen, que les pareció todo candor, pero no se pueden ni imaginar lo dominante y tirana que llega a ser —Por supuesto que nos lo podíamos imaginar, lo teníamos clarísimo—. Yo soy un hombre tranquilo que trata de mediar en los conflictos para que no lleguen a mayores, pero ella siempre estira y estira —Nos sonrió con pesar. Parecía que aquel tipo se estaba desahogando y le estaba sentando bien—, hasta ser capaz de humillarme en público. Vigila mis negocios, trata de averiguar lo que hago en cada momento. En fin, algo terrible —Apretó los labios y los volvió a relajar para seguir expresándose—. Esta introducción la he hecho para que comprendan por qué me he refugiado en otra mujer —Tomó aire—. Lo que les estoy confesando es que, desde hace dos años, tengo una amante —agachó la mirada y continuó— No intento excusarme contando cómo es el carácter de Mercedes, solo pretendo que me entiendan y que mis revelaciones salpiquen lo menos posible al partido.

—Nosotros no estamos aquí para juzgarle en sus relaciones personales ni le vamos a preguntar por qué no se divorcia —le aclaró el inspector—. Pero sí que necesitamos conocer sus movimientos, tanto la tarde del 23 como la del 24 de diciembre, y tras el incidente de esta mañana también le agradeceríamos que nos confirmara su paradero entre las siete y las nueve de la mañana.

Miguel se frotó la cara varias veces con la mano izquierda.

—Aquella tarde había quedado con Carolina que pasaría a verla porque quería comentarle mis temas personales. Nos llevábamos muy bien y estaba al corriente de mi situación, y siempre me aconsejaba de una manera objetiva. Llegué un poco tarde, Carolina me había pedido que fuera antes de las siete, pero la reunión con Gervasio se alargó un poco más de lo normal...

Miguel iba a continuar, pero lo interrumpí con una exclamación.

—¿Ha dicho Gervasio?! ¿Gervasio Morales? —Enseguida miré a Jaime por si había metido la pata, pero ni siquiera me echó un ojo, así que supe que él tenía la misma curiosidad que yo.

—Sí, es el tesorero de Construimos. Hemos tenido una serie de problemas con él, pero tratamos de no airearlos y solucionarlos aquí dentro. De hecho, ya debe estar aquí —Se levantó y se acercó al cristal para girar levemente una de las varillas de la cortina y otear—. Efectivamente, ahí está. Una pesadilla de individuo. Su hermano nos pidió el favor de que lo contratáramos. Los negocios no le iban muy bien y sentimos lástima de él. ¡Craso error! —Y volvió a mirarnos— ¿Quieren saber algo? Jamás emplees a alguien que te recomiendan por pena. Además, creo que le hace de espía a mi esposa o algo traman, porque de vez en cuando los veo cuchichear, y lo que tengo claro es que Mercedes lo detesta; así que no entiendo qué otra cosa pueden estar haciendo —Y alzó los hombros.

—¿Su mujer también viene por aquí? —Jaime pareció sorprendido.

—Sí, ella es vocal del partido. En teoría me sustituye cuando no puedo estar, pero aparece cuando le viene en gana —resopló de nuevo—. Aunque Bernardo hace lo mismo —Inclinó los hombros hacia delante en señal de pesadumbre.

—Así que Bernardo y su esposa también son miembros activos del partido —El inspector se rascó la nuca y me miró. El asunto se complicaba.

—Sí, eso es, los dos son vocales —concluyó el marqués.

—Por favor, que le hemos interrumpido —Jaime volvió a centrarse en el tema—. Usted fue allí para charlar con Carolina.

—Efectivamente, ni siquiera sé si estaba el señor Grau. Hablé con ella unos diez minutos, quizá quince, y lo que les dije sobre que la noté nerviosa es cierto. Ella tenía ganas de que me fuese, así que me despedí y me fui al encuentro de mi amante. Por eso les mentí —Se tomó unos segundos—. Lo siento.

—Y respecto a los otros hombres que se encontraban allí, ¿tiene algo

que añadir?

—Nada. Al salir del despacho de Carolina me crucé con Fernando. Y me pareció distinguir a Bernardo y a Álvaro, pero no los saludé.

—Perfecto —Jaime le dedicó una sonrisa—. ¿Y qué nos dice de la tarde del 24 y de esta mañana? Su mujer nos dijo que llegó tarde a casa.

—Es cierto, me entretuve con mi amante y ni recuerdo la excusa que le di a Mercedes. Aunque, en honor a la verdad, estoy convencido de que a mi mujer lo único que le importa es que siga casado con ella y que los demás piensen que somos un matrimonio modélico; si en realidad no es así, le trae sin cuidado. Tengo la impresión de que si creyera que tiene alguna posibilidad de llegar a presidenta del gobierno, yo ya no le interesaría tanto... En fin, esta apreciación es mía y no creo que sea de su interés.

—¿Fue en moto? —Jaime ya no ahondó más en la cuestión.

—Casi siempre que voy solo cojo la moto. Voy más rápido y paso más desapercibido.

—¿Y esta mañana?

—Esta mañana he salido de casa a la hora acostumbrada y a las nueve ya estaba aquí.

En ese momento le sonó el móvil y diciéndonos que era su mujer, se disculpó y salió de la estancia. Yo pensaba que Jaime me iba a comentar sus impresiones, pero me salió por otros derroteros.

—Manolo —me habló en susurros—, que me está gustando esto de que nos vayan contando la verdad. Necesito que Gervasio haga lo mismo, pero conmigo delante va a resultar mucho más complicado, le costará sincerarse. Ingeniería para que se tome una copa contigo antes de cenar. Tiene pinta de que a ese le gusta lo de las copas.

—¿Me lo está diciendo en serio? —Si me hubieran pinchado no me hubiesen sacado ningún líquido.

—¿Me has oído contar muchos chistes? —Seguía hablando muy bajo — En cuanto vuelva Miguel, nos vamos y te pones las pilas con Gervasio.

—¡Jefe, ese es un golpe bajo! —No me dio tiempo a decir más porque el marqués volvió a entrar.

El señor Gómez-Cuervo hizo un par de comentarios intrascendentes y nosotros le agradecemos su colaboración. Nos volvimos a dar la mano y salimos por la puerta de cristal; Jaime, en dirección al ascensor y yo, hacia el despacho del señor Gervasio Morales.

22
ÁLVARO

En cuanto bajé a la calle Jaime me estaba esperando con sonrisa picarona y no pude evitar hacerle un guiño. La verdad era que estaba satisfecho con mi trabajo. Le expliqué cómo le había dicho a Gervasio la simpatía que despertó en mí nada más verlo en comisaría y lo realmente insoportable que se me hacía el inspector; a eso había que sumar lo solo que me sentía en una ciudad tan inmensa como Madrid y la acuciante necesidad de encontrar un amigo con quien charlar tomando una copa. Mi cita a las ocho y media con Gervasio Morales estaba confirmada.

Reyes me dio una palmada en la espalda y consultó el reloj, todavía era la una menos cuarto y teníamos tiempo de ir dando un paseo hasta el edificio de Grau&Co para visitar a Guillermo. Durante el trayecto comentamos los pormenores de nuestra entrevista con Miguel; ambos estábamos satisfechos de cómo se había desarrollado. La revelación de la existencia de una amante daba mayor verosimilitud a su comportamiento y, por supuesto, corroboraba nuestra primera impresión: Mercedes Grau era un ser insufrible y Miguel se había buscado a otra para poder sobrellevarlo. Ese era su secreto inconfesable. Lo que nos había descubierto era verdad. Respecto a por qué no se divorciaba, concluimos que muchos intereses económicos y políticos estarían de por medio.

Cambiamos de tema y pasamos a comentar cuáles eran mis objetivos

con Gervasio. El inspector ya lo tenía todo claro, su cabeza era una computadora pensante y le había dado tiempo a escribir las principales claves a sonsacar. Sin parar de caminar me puse a ojearlo:

1º- Su relación con Mercedes.

2º- Los «problemillas» con el partido de los que nos había hablado Miguel.

3º- Sus recelos hacia su hermano y hacia Pedro.

4º- Su verdadera relación con Carolina.

5º- Coartadas para los días 23 y 24 de diciembre, y para esa misma mañana.

Dejé de andar, me quedé observando a Jaime y resoplé. Mucha información tenía que averiguar en una primera cita; ni con las chicas que había quedado tres veces había conseguido recopilar tantos datos. Pero él se limitó a meterse las manos en los bolsillos, levantar los hombros y arrugar los labios. Eso era lo que había.

Le prometí hacer todo cuanto estuviera en mi mano, y seguimos andando hasta llegar a la altura de la fuente de Neptuno. Fue ahí cuando vimos que giraba la puerta principal del edificio al que nos dirigíamos y por ella aparecía Álvaro Jiménez, enfundado en una original trenca acolchada azul marino. Con la mano derecha estiraba un asa que terminaba en una pequeña maleta con ruedas. Imaginé que su intención sería parar un taxi para poner rumbo al aeropuerto o a la estación de Atocha. Jaime y yo nos miramos durante un segundo, que fue suficiente para saber que nuestro objetivo había cambiado. El siguiente encuentro ya no iba a ser con el jefe del clan Grau; la prioridad era hablar con el gorrión que estaba a punto de echar a volar. Dimos una pequeña carrera y gritamos su nombre. Miró en nuestra dirección y se quedó quieto.

—*Uff...* Señor Jiménez—saludó Jaime tocándose el costado y encorvando un poco el cuerpo—, casi no llegamos —Y tomó aire.

—Nos gustaría tener una charla con usted—intervine yo para darle tiempo a Reyes a recuperar el aliento— sobre Carolina Martín. Ya que fue

tan amable el otro día de ofrecerse a colaborar, nos gustaría contar con su testimonio, de una manera más detallada.

—Tengo un poco de prisa, he de coger el vuelo a Barcelona y no me gustaría perderlo —tosió—. Vuelvo el jueves por la noche. El viernes dispongo de todo el tiempo del mundo —Y levantó una ceja.

—Ya, pero no le vamos a entretener mucho, ¿no tiene tiempo para un café con los agentes de la ley? —Reyes lo dijo con una sonrisa en los labios, pero solo le faltó sacar la placa para imponerse. A Álvaro no le quedaba otra alternativa más que quedarse con nosotros— Lo peor que le puede pasar es que tenga que coger el siguiente o el AVE, no le supondrá tanto trastorno, Álvaro.

—De acuerdo, ¿quieren que subamos a mi despacho? —nos invitó.

—No será necesario. Podemos entrar en el Starbucks de la esquina y acabaremos antes —propuso Jaime.

Nos acercamos a la cafetería con paso rápido. El frío estaba arreciando y no era cuestión de quedarnos como unas estatuas más frente a la fuente. Pedimos unas infusiones y nos acomodamos en una de las mesas que se encontraba más apartadas de la cristalera. A aquella hora todavía no había mucha gente y no nos veríamos distraídos por el ir y venir de la clientela.

—En fin—Jaime ya había recuperado el resuello—, igual que usted nos pidió máxima discreción con sus revelaciones, nos gustaría que fuese igual de reservado con lo que le vamos a decir ahora.

Los ojos verdes de Álvaro se abrieron como platos y me volví a asombrar con sus kilométricas pestañas.

—Por supuesto, cuenten con mi total prudencia.

Los tres nos inclinamos hacia delante para cerrar mejor el círculo.

—No nos vamos a andar con rodeos: Carolina ha sido asesinada —Y se quedó en silencio para observar su reacción. Yo tampoco abrí la boca.

—¡Oh, vaya! Eso sí que no me lo esperaba —Pestañeó varias veces y puso cara de desconcierto—. ¿Pero no se había suicidado?

—Pues va a ser que no... —Jaime dejó la cuestión flotando en el ambiente y Álvaro frunció el entrecejo— Por eso necesitamos que nos recuerde la última vez que la vio o habló con ella.

—Sin problema, me acuerdo muy bien. Fue la tarde del 23 sobre las ocho u ocho y cuarto. Yo ya me iba para casa y me despedí de ella felicitándole las fiestas.

—Mire, señor Jiménez, no tenemos ganas de perder el tiempo —Jaime se irguió en la silla y cruzó los brazos—. A esa hora es imposible; otros testigos también aseguran haber estado con ella y verle a usted, a eso de las ocho y media, en la máquina del café. Así que le recomiendo que lo reconsidere de nuevo.

—¡Ah, sí! Tienen razón, me he confundido de día —Álvaro pareció contrariado, le habíamos pillado el embuste—. El día 23 estuve hablando con ella de cosas de trabajo; pensaba irse a Londres y no quería dejar ningún cabo suelto —Álvaro entrecerró los ojos—. Tal vez fueran las ocho y cuarto porque tenía que pasarse por mi despacho a las ocho, pero llegó un poco más tarde —Y volvió a levantar la ceja, confiriéndole aquel gesto tan seductor.

—Entonces, hablaron ustedes muy poco tiempo porque, si a las ocho y media ya se estaba usted preparando un café, sería que ya habían acabado... ¿O pensaban continuar? —Jaime apoyó los codos en la mesa y entrecruzó los dedos.

—Ahí terminamos. Ella ya se iba y yo tenía que ultimar unos asuntos antes de Navidad —Álvaro se frotó las manos y cogió una servilleta para quitarse el sudor.

—Bien —añadió Jaime—. Vamos a dejar esa cuestión para más tarde —y prosiguió—. ¿Recuerda si sobre esa hora vio a alguien más en la planta?

—No se lo puedo decir con seguridad, pero Bernardo seguro y creo recordar que estaba con Fernando; con este me llevo bastante bien para todo el lío que se montó. Si me lo crucé aquella tarde, supongo que nos saludaríamos y comentaríamos algo trivial.

—¿De qué lío nos habla? —le preguntó mientras se levantaba— Espere un segundo que vuelvo enseguida.

El inspector se fue a la barra y trajo en una bandeja otros cafés y una botella de agua grande con tres vasos. Álvaro prosiguió.

—Hace casi cuatro años tuve un desafortunado desliz con Carlota. Ella se pensó lo que no era y me estuvo acosando durante unos meses, casi me quedo sin trabajo. Puse pies en polvorosa y dejé mi trabajo de director en Los Cerezos. No les puedo asegurar si fue a raíz de ese desencuentro o el desencuentro fue el desencadenante, pero Fernando se fue a vivir con Carolina. En mi opinión, la señorita Martín acabó abandonando al señor Morales porque este pertenece a la cofradía del puño y sospecho que ella se cansó de tener que mantenerlo —estornudó—. Pero ya les digo que esto es una apreciación de mi cosecha. Jamás hemos vuelto a discutir del tema. La que no me da las buenas tardes ni en Navidad es Carlota. Aunque esa, como no sea a su marido, tampoco da nada a nadie.

Jaime acababa de llenar los vasos de agua.

—Vemos que usted ejerce una cautivadora fascinación en las mujeres —Álvaro apretó los labios como si nos fuese a enviar un beso y se me aparecieron más carnosos—. Bebamos, que el café siempre reseca la garganta —nos incitó el inspector y mientras seguíamos sus instrucciones, continuó—. Y ya que hablamos de mujeres, volvamos a Carolina, ¿sabía que estaba embarazada?

—Pues... —Álvaro acababa de tragar y dejó el vaso sobre la mesa con mucha serenidad, pensé que por eso Jaime había insistido con el agua, quería ver si a Álvaro le daba un ataque de tos, como le sucedió a Fernando, pero a Álvaro ni siquiera le tembló el pulso— sí —Y sin pestañear y sin atractivos gestos, nos miró—. Está bien: he mentido. Aquella tarde Carolina vino a mi despacho para decirme que estaba embarazada y que yo era el padre. Comprendan mi estupor... Yo seré como soy y las mujeres me vuelven loco, pero adoro a la mía. Me he pasado la vida dándole disgustos y me había jurado que ni uno más. Ella me quiere y siempre ha estado a mi lado cuando la he necesitado. Somos un matrimonio feliz con dos niños estupendos; no los quiero perder. Cuando me dio la noticia, casi me da un pasmo. Pero acordamos que ella se desharía del niño y enseguida se marchó a su despacho, o di por hecho que allí se fue, y yo tuve que salir a prepararme un

café; aunque sabía que me iba a poner más nervioso, me daba igual —Abrió mucho los ojos y sus pestañas me volvieron a impresionar—. ¡Pero yo no la he matado! No quería a ese niño, pero ella tampoco —Sus verdes ojos se habían puesto vidriosos—. Además, apreciaba mucho a Carolina, he sentido mucho su pérdida.

—No le estamos acusando de nada, Álvaro —Reyes dio un trago de agua—. Solo pretendemos saber la verdad —Y prosiguió por otros derroteros — ¿Tiene la certeza de que esa tarde fue la que Bernardo Grau dio una bofetada a la señorita Martín?

—Sí, no me cabe la menor duda, pero eso sucedió un poco antes, sobre las siete y media aproximadamente —Se notaba que tenía la boca seca y le ofrecí un vaso que agradeció—. Pero ya les dije que de eso no hablamos, no les puedo aclarar nada más. ¿Será necesario que Carmita se entere de lo sucedido? —nos preguntó inesperadamente— Ya no sé si volverá a perdonarme —Y apoyó la frente en su mano—. Por mi bien, espero que sí — Se le notaba francamente preocupado.

—Eso no se lo podemos asegurar. Lo que sí le adelanto es que decir la verdad le va a beneficiar. En fin —prosiguió el inspector—, volviendo al tema que nos ocupa, ¿nos podría contar qué hizo el día 24 de diciembre por la tarde?

—Por la mañana estuve en casa y por la tarde toda la familia salimos a recoger regalos que mi mujer había dejado reservados. Se nos hicieron las tantas y todavía tuvimos que pasar a saludar a mis suegros. Así que llegamos tarde a casa de los señores Grau y Susana se enfadó, y con motivo —Y levantó los hombros como dando por finalizada la explicación.

—¿Se ha enterado del ataque de esta mañana contra Carlota Grau? ¿Qué ha hecho usted a primera hora?

—Sí, me lo ha comentado Bernardo, pero ya les he dicho que hace mucho tiempo que no tengo ningún tipo de trato con ella. Así que tampoco la voy a llamar ahora —cruzando las piernas, añadió—. Esta mañana me he levantado temprano para prepararme la maleta y después he venido aquí.

—Ya no le entretenemos más. De momento no tenemos más

cuestiones, si las hubiera, nos pondremos en contacto con usted.

Álvaro se levantó como si llevara un muelle.

—¡Un momento! —exclamó Jaime— No tiene por qué, pero conociéndolos a todos, ¿sabe cuáles son los problemas que tienen en Construimos con Gervasio?

—¡Uy! Lo llevan todo con mucho secretismo, pero por lo que he escuchado —y bajó el tono de su voz— Gervasio se está llevando mucha pasta. Bien, si no les importa, me voy corriendo a ver si tengo suerte y cojo algún vuelo. Buenas tardes —Y poniéndose la trenca y agarrando el carrito, empujó la puerta y desapareció de nuestra vista.

Nos quedamos en aquella mesa mientras a través de la cristalera observábamos cómo la gente apretaba el paso para espantarse del frío. Eran las dos y media y todos se iban a comer. Saqué mi bloc de notas y apreté el botón de reproducción de la grabadora. Empecé a apuntar y a cotejar las observaciones.

—Jefe, parece que las cosas empiezan a encajar. Las horas coinciden y ya vamos destapando los secretos inconfesables: Álvaro era el padre del niño que esperaba Carolina, y no quería que su esposa se enterase.

—Sí, eso es cierto —Y puso cara de satisfacción—. Por eso te he insistido en la importancia de que todos los implicados nos vayan contando sus debilidades, pero la cuestión sigue siendo que, presumiblemente, Carolina tomó unas fotos a las 20:27 en la planta octava del edificio Grau&Co; y no se me ocurre de qué. Además, está la agresión a Carlota... Lo que creo es que Álvaro está muy asustado, según él es por la posibilidad de perder a su esposa, pero me da en la nariz que esa mujer siempre lo ha absuelto de sus delitos de infidelidad; no creo que esta vez vaya a ser diferente.

—Pero entonces tenemos el mismo problema con Miguel.

—No, Carolina no era la amante de Miguel —y añadió—. Lo que parece es que tanto Miguel como Álvaro tienen coartadas para la tarde del 24 de diciembre. Aunque esta mañana haya madrugado para hacerse esa maleta tan pequeña, no sé.

El inspector se levantó y yo hice lo mismo. Nos encaminamos hacia la calle Huertas y nos metimos en una de las tabernas que inundan la zona. En la barra pedimos varios pinchos acompañados con un par de botellas de agua y continuamos disertando.

—Estoy dándole vueltas a lo del partido y me atrevo a señalar que Gervasio debe dedicarse a sacar fondos de Construimos. ¿Recuerda que le dije que primero vivió entre algodones para después tener que ir malvendiendo patrimonio y que hace aproximadamente un año su suerte comenzó a cambiar? El partido se constituyó hará unos dos años y, como usted dice, las casualidades no existen.

—Así es —y endilgándome una palmada en la espalda, mantuvo—. Como tampoco puede pasarnos por alto que Mercedes y Bernardo son vocales, Miguel el secretario general y Fernando el abogado de dicha asociación. Seguramente están al tanto de las fechorías de este personaje —resopló—. Y, por supuesto, no olvidemos a «Don Vito Corleone»: don Guillermo Grau. Ese es el que mejor lo sabrá todo. De todas formas, hay algo que me sigue preocupando y no me deja pegar ojo —Dejó un palillo, donde antes hubo una croqueta, sobre uno de los platos—. La cuestión es que todavía no sé lo que es: sueño con nieve, todo es de un blanco inmaculado, no hay nada por los alrededores y entonces, de la nada, aparece una pisada que enfanga la perspectiva — Torció el gesto y cogió una servilleta.

—A mí no me mire que yo de esas cosas no entiendo —Y di un trago de agua.

—Pues yo sé que mi subconsciente me está enviando señales que aún no puedo interpretar. Sé que vamos por el buen camino, pero la neurona que me chirría me avisa de que hay algo que no estoy sabiendo ver y que está ahí —Y doblando el índice, se señaló la sien—, en casa de Carolina. Tenemos que volver.

—Lo que yo creo es que quizá Construimos sea un nuevo campo en el que investigar.

—Por eso entiendo que nos vendría muy bien entrar en esa sede y meter un poco la nariz, ahí huele mal.

—Pues acudimos al juez, que hagan un registro y asunto arreglado.

—Imposible, si se nos ocurre pedirla, nos la van a denegar: no tenemos nada concreto en contra de ninguno. Simplemente intuyo que ahí debe de haber algo. Son muchos como para que no haya algo relevante — Puso cara de fastidio.

—¿Y si hablamos con Miguel? Parece un tío razonable y no aparenta sentir mucho aprecio ni por Gervasio ni por su mujer.

—Pero, a fin de cuentas, él es el secretario general y tendrá muchas cosas que no querrá que veamos. Nos pondría impedimentos... Sin embargo —continuó con cara maliciosa—, creo que hay alguien que sí nos podría ayudar.

—¿Quién? —pregunté interesado.

—La persona que tiene acceso al edificio, que no le importará enterarse de los tejemanejes que se cuecen ahí dentro, y que intuyo que más de una vez habrá actuado al margen de la ley —hizo una pausa y pronunció — : Guillermo Grau.

23
GUILLERMO

Pagamos y salimos con paso rápido hacia las oficinas de Grau&Co. Durante el trayecto Jaime me fue exponiendo su opinión de que si Guillermo accedía a colaborar, podríamos tacharlo de nuestra lista de sospechosos; eso significaría que nada tenía que ocultar y que verdaderamente quería a Carolina como a una hija. Además, veía complicado que ese hombre tan voluminoso y de movimientos lentos tuviera oportunidad de cometer un crimen que necesitaba rapidez. Si se negaba, deberíamos pensar que estaba implicado por encubrir a alguien, tal vez a su hijo. Yo estuve de acuerdo.

Nada más golpear su puerta escuchamos como su voz ronca de fumador empedernido decía: «Pasen». Sabía de sobra que éramos nosotros.

El magnate se encontraba de pie, junto al sillón que tenía frente al mirador. Sostenía un puro entre los dedos y le estaba dando varias chupadas para avivarlo.

—Siéntense, por favor —nos indicó las mismas sillas que ya utilizamos en nuestro primer encuentro—, enseguida estoy con ustedes. ¿Desean tomar algo?

Me volvió a dejar asombrado la inmensidad de aquel hombre. A pesar de que llevaba la camisa por fuera y una amplia chaqueta le cubría hasta debajo de las caderas, no dejaban de sorprenderme las mallas que formaban

aquella impresionante panza.

—No, gracias, acabamos de comer —le informó Jaime.

—Pues, si no les molesta, yo sí que me voy a servir un trago — Dejando un reguero de humo, se acercó al bar y agarró una botella de whisky. La dejó sobre la mesa y regresó a por un vaso con hielos. Finalmente se sentó tras el escritorio —. ¿Se trata de Carolina o de Carlota? —preguntó mientras se servía— ¿Creen que los dos sucesos están relacionados? —Dio un sorbo. Me admiré de lo directo que llegaba a ser el sujeto.

—No se lo podemos asegurar, pero tampoco descartar. La investigación la estamos llevando conjuntamente y nos gustaría que colaborase con nosotros —Jaime concluyó—. Por eso estamos aquí.

—Por supuesto, cuenten con mi ayuda —y volviendo a chupar el Habano, continuó—. Susana me ha comunicado que van a poner el cuerpo a nuestra disposición y que el viernes procederemos con el funeral —Bebió de nuevo.

—Sí, lo mejor es que la dejemos descansar en paz —y Reyes comenzó el interrogatorio—. Carolina era una mujer que poseía una gran cantidad de información, por decirlo de alguna manera, privilegiada —Hizo una pausa—. ¿Cree que alguien podría querer acabar con ella porque sabía demasiado? Piénselo con calma —le advirtió—. De lo que estamos seguros es de que hay mucha gente que se ve beneficiada con su muerte.

—¿Qué está insinuando? ¿Está usted pensando en mi hijo o en mí? — Pareció molesto—. Bernardo puede resultar, ¿cómo llamarlo? —Fingió pensar— Arrollador —pronunció lentamente—, pero es incapaz de cometer un acto tan atroz. Además, no tenía ningún motivo para querer librarse de Carolina. Es seguro que no le va a faltar de nada, no necesita quitarse de en medio... a nadie. Y en cuanto a mí, quería mucho a Carolina.

—Pero ¿usted no consideraba a Carolina mejor preparada para llevar las riendas de la compañía? Es posible que su hijo la viera como una amenaza —El inspector paró unos segundos—. Quizás, ese fuera el motivo por el que su hijo abofeteó a Carolina la tarde del 23 de diciembre.

Esta afirmación pilló al señor Grau desprevenido y movió los ojos en

varias direcciones, como si buscara cámaras ocultas.

—No es que considerase que Carolina estaba mejor preparada —Se desabrochó el segundo botón del cuello de la camisa—, es que Carolina era la mejor, pero eso no quiere decir que mi hijo deje de ser mi hijo. Tenía el dilema de cómo resolver el conflicto; no había nada definitivo —Guillermo parecía estar contándonos lo que en verdad pensaba—. En cuanto a lo que ustedes llaman bofetada, fue una pequeña salida de tono; Carolina quiso incluir a su hermana y al novio en la plantilla, y a mí me pareció bien. Cuando se lo participamos a Bernardo, se inquietó un poco. Él creía que eso significaba que le estaban comiendo terreno, pero no es así. Elena y Pedro no son, como se lo diría yo... excesivamente trabajadores ni ambiciosos; se les iba a dar un empleo por el que tener que levantarse todas las mañanas, así de sencillo —Le dio una calada a su puro creando una intensa nube de humo—. ¿Saben una cosa? La cuestión es que a ustedes les ha surgido un problema y enseguida han pensado en mi hijo como chivo expiatorio... Tal vez, deberían tener miras más amplias. Como bien han recordado, Carolina estaba en muchos frentes. Quizás les fuera más productivo acercarse por la sede de Construimos, ahí están pasando muchas cosas —Nos sonrió con malicia.

—¿Podría ser un poco más explícito? —le pidió el inspector.

—Hay un agujero de un millón de euros que alguien, que no somos ni mi hijo ni yo, ha cavado durante el último año. Carolina fue la que descubrió dicho socavón —Cogió el vaso y resonaron los hielos—. Estamos intentando taparlo para evitar el escándalo, ya sabrán que el partido cuenta con un gran número de simpatizantes, y no descartamos la posibilidad de conseguir las municipales en las próximas elecciones. Deberían darse una vuelta por allí —Se retocó las gafas—. Eso sí, caballeros, les pediría máxima confidencialidad.

El inspector y yo nos miramos con satisfacción; eso era precisamente lo que queríamos.

—Ya que lo dice, no estaría de más acercarnos a ver qué pasa por Construimos, así Bernardo y usted podrían quedar libres de toda sospecha —Jaime suspiró y levantó los hombros—. El problema es que un juez no nos dará la orden para proceder al registro; y tampoco creo que eso sea lo más conveniente, sacar todos los trapos sucios del partido, porque todos los

tienen... —Hizo una pausa— Lo ideal sería que mi compañero y yo fuésemos a echar un vistazo, pero, claro, sabemos que eso es imposible, no estamos autorizados —Reyes puso cara de inocencia y una sonrisa pícará apareció en la de Guillermo.

—Eso tiene fácil solución —Agachó el cuerpo, abrió un un cajón y nos mostró una llave—. Si la quieren, aquí la tienen —Y escribió cuatro cifras en un folio—. Memoricen este número porque es el código de la alarma que está detrás de la puerta, tapada por un cuadro con el dibujo de la bandera de España y el logo de Construimos en el centro —Nos miró y distinguí un brillo de inteligencia en sus ojos—. Pero no hacía falta que dieran tantos rodeos —soltó una risotada—, solo con pedirla se la hubiese dado —Y añadió—. Me encantaría acompañarles, pero, dada mi escasa movilidad, me resultará imposible. Solo les pido cautela y que me informen del resultado de sus... averiguaciones.

—Gracias —dijo Jaime cogiendo la llave—, muy amable. Se la devolveremos en cuanto terminemos —Y metiéndosela en el bolsillo de la chaqueta, añadió—. Solo un par de preguntas más y nos vamos, sabemos que es un hombre muy ocupado.

—Por supuesto, adelante —le invitó Guillermo dando otro trago.

—Usted nos dijo que habló con Carolina la mañana del 24 de diciembre, pero que no pudo atenderla. ¿Por casualidad recuerda a qué hora se fue la tarde del 23?

—Lo recuerdo perfectamente porque me marché a la hora que me suelo ir siempre; entre las ocho y las ocho y cuarto.

—Sospecho que su esposa ya le habrá contado que fuimos a visitarla, casualmente nos informó de que usted llegó un poco tarde a la cena de Nochebuena. ¿Podría decirnos dónde estuvo?

—Por supuesto. Me fui a recoger un reportaje fotográfico —Bajó el brazo y abrió otro cajón. Dejó sobre la mesa dos sobres marrones de tamaño 15x23 aproximadamente —. Verán, ahí donde todos tienen ojos, yo tengo ojos y gafas; y ahí donde los demás tienen pelo, o les gustaría tenerlo, yo también tengo ojos —Y empujó los dos envoltorios hacia nosotros—. Este

fue el regalo que me trajo Santa Claus —El opulento señor Grau lo tenía todo previsto.

Durante unos instantes miré a Jaime, él también estaba confuso, no entendíamos cuáles eran las pretensiones de aquella mole de hombre. Guillermo se inclinó sobre el tablero y nos acercó los sobres un poco más: «Ábranlos», nos invitó. Cogimos uno y sacamos el contenido. Una tras otra fuimos pasando las imágenes. En ellas aparecía Miguel Gómez-Cuervo paseando muy acaramelado y en actitud más que cariñosa con una mujer, cuya cara había visto aquella misma mañana. Jaime y yo nos volvimos a mirar con disimulo y comprobamos que éramos del mismo parecer: Miguel no nos mintió.

—Veo que a él lo han reconocido perfectamente. Sí, es el marido de mi sobrina Mercedes. Y la mujer es su secretaria. ¡Qué típico! —gruñó—. Esto es de lo que se entera uno el día de Navidad. Eso, por no contar con la muerte de un ser tan querido como Carolina. Pero, sigan, por favor, todavía les queda otro *souvenir* —nos animó.

Cogimos el siguiente lote y lo abrimos. En las primeras instantáneas observamos a un hombre con bigote que desde el interior de un vehículo hacia fotos con zoom. No entendí nada y fruncí el ceño. Jaime ya estaba mirando a Guillermo para que le explicara, pero con un gesto de la mano nos indicó que continuásemos. En las siguientes se veía a Fernando y a Carolina cogidos de la mano y haciéndose arrumacos.

—Las últimas no necesitan explicación: el señor Morales y la señorita Martín viviendo su particular romance. Pero esa relación finalizó hará un par de meses —Y se quedó observándonos mientras la habitación se iba cargando de humo—. Lo realmente interesante son las primeras —disfrutaba al articular los vocablos—, las que muestran al detective contratado por mi sobrina Carlota plasmando la felicidad de su marido —soltó una risotada—. Ya les he dicho que se vayan a buscar a otra parte, aquí no van a encontrar nada —Y se levantó dando por concluida nuestra visita. Nosotros lo imitamos.

—Gracias de nuevo —dijo Jaime dándose unas palmadas en el bolsillo de la chaqueta, donde estaba la llave—. En breve volveremos por

aquí.

Salimos del despacho y nos quedamos en silencio hasta que nos introdujimos en el ascensor. Ahí ya no pude reprimirme y empecé a hablar. La cara de Jaime me hacía suponer que su mente acababa de marcharse a otro planeta, pero la sonrisa no le desaparecía de la cara.

—Jefe —le pregunté intentando aparentar tranquilidad—, ¿por qué se le ve pensativo y satisfecho a la vez?

—Porque ya sabemos el pecado inconfesable de Carlota: sabía que su marido había vuelto a tener otra aventura con Carolina —Las puertas se abrieron y salimos—. Pero ¿sabes una cosa? A pesar de que estoy seguro de que Guillermo no mató a Carolina, no tengo ni la más remota idea de cuál es su secreto, y no dudes que lo tiene.

24

GERVASIO

Faltaban dos horas para mi cita con Gervasio, así que Jaime me dijo si me parecía bien que aprovechásemos ese tiempo para poner en orden nuestras ideas. Yo hubiese preferido irme a descansar, estaba hecho polvo con tantas entrevistas, pero como no pensaba ser yo quien se retirase primero, accedí sin rechistar.

Nos metimos en un bar y delante de un café me contó sus impresiones. Me dijo que, a falta de contrastar sus coartadas, descartaba como posibles asesinos a Guillermo, Álvaro y Miguel. Estaba convencido de que una vez comprobadas resultarían ciertas. Otra cuestión era la agresión a Carlota, pero en ese tema andábamos un poco perdidos. Después pasamos a planificar nuestra entrada en la sede de Construimos. Acordamos que sería la noche siguiente y que entraría yo solo; él se quedaría abajo para vigilar. Me hubiese gustado que hubiese sido al revés, pero Jaime insistió diciendo que yo era más joven y más ágil y que me las apañaría muy bien; me juraba que si algo fallaba todas las culpas recaerían sobre él. Aquella idea me parecía descabellada, aunque nos hubiesen dado las llaves, se trataba del allanamiento de una propiedad privada, pero Jaime me convenció diciendo que tal vez era la única manera de resolver el endemoniado caso. Empezaba a entender lo que querían señalar el resto de compañeros cuando decían que Jaime Reyes era capaz de cualquier cosa con tal de cazar a un asesino. Con

razón el comisario López siempre le recriminaba por hacer lo que le daba la gana. Sin embargo, todos coincidían en que era un gran tipo y uno de los mejores en su profesión, hasta el propio comisario hacía la vista gorda con algunos de sus métodos tan poco ortodoxos.

Eran las ocho y media cuando me encontré con Gervasio en la cervecería de la calle Lagasca donde habíamos quedado en vernos, me levantó la mano desde una de las mesas y me senté enfrentado a él. Llevaba la misma insípida corbata granate con la que se presentó en la comisaría y se estaba comiendo un bocadillo de tortilla de patata, con la cebolla aparte, y un vaso de vino tinto para acompañar. Aquel tipo resultaba gris por los cuatro costados.

—¡Qué alegría verte! —mentí sonriendo— ¿Qué, tenías apetito?

—Ni te lo imaginas —me respondió con la boca llena y abriéndola tanto que se distinguía perfectamente el pastoso bolo de color amarillo y blanco. Sentí repulsión—. ¿Te animas?

—Sí, pero con un gintonic bastará —llamé al camarero e hice mi pedido—. ¿Sales de trabajar ahora? Te tienen esclavizado.

—*Ufff...* Trabajo muchísimo. Encima, tengo empresa propia: Electrodomésticos Morales, y entre que voy de un sitio a otro no doy a basto.

—¿Y de Construimos, qué pasa, que sales el último?

Me trajeron la consumición.

—Hoy sí, me ha tocado cerrar a mí, es un decir, pero no siempre acabo tan tarde. Si llegara todas las noches a las diez, mi mujer, Yolanda, me tiraría de casa —le dio un trago al tintorro y sin apenas usar la servilleta, soltó una carcajada—. Pero yo, de vez en cuando, le suelto una excusa y echo una canita al aire; así deben funcionar los matrimonios: tener contenta a la parienta y darle sus caprichos para que no se queje, pero sin olvidarse de uno mismo —Sonrió, y un apestoso olor a cebolla me llegó a la nariz.

—¡*Ché!* Sí que es ajetreada tu vida —Y rocé mis labios con la copa; mi intención era no pasarme con la bebida —. ¿Cuál es exactamente tu cometido en el partido? Seguro que es un puesto de relevancia.

—Soy el tesorero, me encargo de todas las cuentas y los informes financieros. Euro que sale, euro que apunto. Muy aburrido.

Y se pidió un whisky con hielo. Yo estaba encantado de que se pusiera a beber.

—Esos trabajos son de muchísima responsabilidad y están muy mal retribuidos —Volví a mojarme los labios. Él ya llevaba más de la mitad de su copa—. Y además, tienes el problema de que, si falta algo, te cae encima toda la culpa.

—Todo como tú lo dices —Dio otro trago—. Mal pagado y en el punto de mira —Puso cara de tristeza.

—¿No me estarás diciendo que eso es lo que te ha pasado a ti? —Le pregunté en plan confidencial.

—... No, bueno —titubeó—. Según Carolina, faltaba algo de calderilla, pero solo podía tratarse de un error contable o... ¡vete tú a saber quién es el cabrón que la tiene! El problema es que todos piensan que he sido yo —llamó al camarero y se pidió otro whisky—. ¿No se dan cuenta de que no me la voy a jugar por cuatro duros?

—¡Qué putada, tío! Pero ¿qué pinta Carolina en todo esto? No sabía que ella también perteneciera al partido. ¿No erais tan amigos?

—Y lo éramos, pero a ella la contrataban de externa para que me supervisase, y quiero pensar que la estaban presionando para que mintiera y me echasen el muerto a mí. ¡Soy víctima de un complot! —Se centró en su bebida— Ha sido una pena, con lo unidos que estábamos y con lo que yo la quería y la cuidaba. Siempre vigilando para que ningún capullo como mi hermano le hiciera daño. Como estaba tan sola, alguna vez iba a verla a Los Cerezos para hacerle compañía y comprobar que nada malo le ocurría; y mira, al final, no he podido hacer nada —Bebió.

—¿Y fue eso lo que hiciste las tardes del 23 y 24 de diciembre? —Me estaba centrando en mi cometido.

—¡No, qué va! El 23 dejé a Miguel en Grau&Co y me fui derecho a casa, ya te he dicho que no puedo dejar a Yolanda cuando me venga en gana.

El 24 estuve en casa hasta que a las siete recordé que me faltaba ultimar unas compras, ya sabes lo que pasa en Nochebuena, uno lo deja todo para el final, y me fui dando un paseo para aprovechar y estirar las piernas —Hizo una pausa—. Y hablando de estirar las piernas, voy a cambiarle el agua al canario —Y se levantó.

Aproveché para dar un trago y relajarme. A los pocos minutos volvió a ocupar su sitio y le seguí preguntando por los asuntos que me faltaban por completar: Mercedes, Fernando y Pedro.

Como bebió tanto y lo estaba pasando en grande, no me costó tirarle de la lengua, así que a las diez y media salí de aquel bar mucho más orgulloso de mí mismo de lo que había entrado. Me despedí de Gervasio prometiéndonos repetir y como quince minutos antes había tenido la precaución de ir al baño para llamar a Jaime e indicarle que ya había terminado, allí estaba él, en la esquina con la calle Hermosilla, esperándome con una media sonrisa en la boca.

—¡Venga, ponme al día! —exclamó dándome un amago de puñetazo en el brazo.

—Allá voy, estas son mis impresiones —y le solté de carrerilla—: Gervasio es un mangante que se ha dedicado a estafar a Construimos desde que llegó recomendado por su hermano. Carolina, quien por lo visto era la encargada de realizar las auditorías, lo pilló *in fraganti* y lo denunció a la élite de Construimos. Él echa la culpa a otros, pero intuyo que ha sido Gervasio quien se ha embolsado el millón de euros que falta, aunque él hable de calderilla. Si esta noticia se hace pública, será un escándalo; y esto no le conviene a ninguno —respiré y proseguí—. Por lo mal que me ha hablado de su hermano, deduzco que le tiene unos celos enfermizos; Fernando es un triunfador y eso le cuesta de digerir; si a eso sumamos que fue quien se llevó el gato al agua, es decir, a Carolina, la cosa se pone peor. Ha llegado a merodear por el domicilio de la señorita Martín más a menudo de lo que él reconoce; estaba completamente obsesionado con ella —Aquí volví a tomar aire—. En cuanto a Mercedes, adivino que ella se está buscando aliados y por eso se traga a este tío, esto es de mi cosecha, jefe, no me imagino a Mercedes Grau intentando intimar con un personaje tan primitivo como este. Lo que

Gervasio me cuenta es que le pide opinión sobre la popularidad de su marido y la de Guillermo dentro del partido, quiere saber lo que piensan los militantes; tal vez pretenda hacerse con el poder si su marido no tiene suficientes apoyos, o vaya usted a saber.

—¿Y Pedro?

—¡Ah, sí! Esto es lo mejor. Dice que Carolina lo detestaba porque siempre le estaba pidiendo dinero, que a él no se le ve nada afectado con su muerte y que a ese fulano le gusta la buena vida en exceso y que con la muerte de Carolina, Elena será una mujer muy rica —Miré con detenimiento a Jaime—. Pero lo que más me ha llamado la atención es que, tras nombrarme varias veces la moto de Pedro y la facilidad de movimiento que eso le permite, juraría que me quería dar a entender que el señor Muñoz es el asesino. Sin embargo, la coartada de Gervasio para el día 24 es endeble y, lo siento, jefe, pero olvidé preguntarle por el día de hoy —finalicé.

Jaime se quedó pensativo y se pronunció:

—No te preocupes, no creo que sea definitivo; en cambio, todas tus apreciaciones son muy valiosas. Tendremos que analizarlo más a fondo, pero ya sabemos el secreto inconfesable de Gervasio Morales: estaba robando y Carolina lo descubrió. Realmente un día muy interesante.

11 de enero de 2017

25

CARLOTA Y FERNANDO

A las nueve de la mañana Angelines nos informó que desde el hospital le habían comunicado que Carlota Grau ya se encontraba en condiciones de prestar declaración. Ya habían pasado 24 horas, no había aparecido ningún coágulo en su cerebro y todas sus constantes eran normales. La iban a mantener ingresada por precaución un día más, pero podíamos visitarla sin problema.

Jaime me comentó que mejor esperar una hora para darle tiempo a que desayunara y se compusiera un poco más. Mejor llegar sobre las diez. Así que ese tiempo lo dedicamos a elucubrar sobre los indicios que teníamos hasta la fecha. Media hora después arrancamos el Peugeot para dirigirnos a la clínica y continuamos con nuestras disertaciones. A Reyes se le veía pletórico, solo fruncía el entrecejo cuando salía a colación el tema de las dichas fotos; llegamos a la conclusión de que eran la clave. El inspector partía de la hipótesis de que fue Carolina quien las hizo a las 20:27, el teléfono era el suyo y como no sabíamos sobre qué podrían tratar, empezó a cavilar de qué o quién serían. Repasamos los presentes en la planta octava a esa hora, a saber: Álvaro, Fernando y Bernardo. Supusimos que ya no había nadie más. También pensamos en algo que vio y le llamó poderosamente la atención y ese «algo» debía estar en alguno de los despachos de Bernardo, de Álvaro, de Guillermo o el suyo propio.

En esas estábamos cuando subimos a la habitación 304, sin dejar de hablar ni en el ascensor. La puerta estaba entreabierta y me dispuse a dar unos golpecitos con los nudillos, pero Reyes fue más veloz y me sujetó el brazo con fuerza para que no me diera tiempo a llamar. Lo miré extrañado, pero él se limitó a ponerse el dedo índice sobre los labios en señal de silencio y muy despacio empujó un poco más la puerta. Se escuchaba, de una forma muy nítida, el diálogo entre dos personas; una era la voz de Carlota, la otra pertenecía a Fernando. Jaime me guiñó un ojo y en un susurro me dijo: «Así está perfecto». Por un instante me dejó petrificado, pero enseguida lo comprendí y sonreí, moviendo ligeramente la cabeza hacia los lados. El inspector jamás desaprovechaba una ocasión. Nos quedamos atendiendo la conversación.

—Entonces, ¿eso significa que no estás contento de que haya salido de esta? ¡Lo estoy pasando fatal! —le iba diciendo Carlota con voz pastosa y llorosa.

—¡Pues claro que estoy contento de que no haya sido peor y te den el alta mañana! —se defendía Fernando— Pero una cosa no quita la otra. No me estoy aprovechando de la situación, te lo hubiera dicho de todas formas —Su voz sonaba abatida.

—¿A ti te parece normal pedirme el divorcio en semejantes circunstancias?!—Ella le imploraba, pero a la vez sonaba implacable — ¡Si tienes todo lo que quieres! ¡Te lo he dado todo! ¡Te he aguantado todo!

—Y te lo agradezco, pero yo no soy feliz, Carlota —Fernando suspiró—. Quiero empezar una nueva vida y si lo que te inquieta es el dinero, no te preocupes que pienso ser generoso. Tu nivel de vida no se verá afectado —y añadió—. A ti siempre te ha gustado mucho el dinero, ¿verdad?

—No menos que a ti, que nunca hiciste ascos a todos los regalos que te hice, hasta la casa donde vives ¡es mía! —Carlota lo dijo entre sollozos, pero con desdén— La diferencia es que yo he querido el dinero para dártelo a ti y tú, simplemente, para que suba tu cuenta del banco. Jamás me has enviado ni un ramo de flores.

—Tal vez me dejé comprar. ¡Lo siento! —se disculpó— Y si no te he

hecho muchos regalos, también lo lamento. Ya te he dicho que a partir de ahora no tendrás que preocuparte por los temas económicos.

—¿Y qué piensas hacer ? Carolina ya no está... —Se apreció cierto desafío en su voz— Por cierto, ¿dónde te metiste la tarde del 24 de diciembre? Fuiste a verla, ¿verdad?

En ese momento se escuchó un timbrazo, primero nos quedamos desconcertados, pero cuando el timbrazo se volvió a repetir, me di cuenta de que se trataba de mi móvil. ¡Joder! No le había quitado el sonido. Era mi madre, me sentí morir y corté la llamada. Jaime abrió mucho los ojos en señal de desaprobación y, si hubiese podido hablar, me hubiera llamado inútil, pero, con mucho aplomo, golpeó la puerta y pidió permiso para entrar.

—¿Cómo se encuentra, señora Morales? Ya nos han informado de que permanecerá en observación un día más, pero que ya se encuentra en disposición de relatarnos los hechos de su agresión —Reyes lo preguntó con jovialidad.

El rostro de Carlota era un poema: la cabeza vendada y y un ojo cerrado que parecía un huevo de codorniz del color del vino. Tal vez aquella situación la favorecía, quien no la conociera pensaría que estaba así de fea por los golpes recibidos. Aun así, no dejó de elevar ligeramente el mentón para dirigirse a nosotros y el diminuto ojo que le quedaba sano parecía mirarnos con desprecio. El halo de engreimiento no había desaparecido. Aunque era posible que todas aquellas apreciaciones estuviesen en mi imaginación.

Fernando se encontraba sentado en un sillón, junto a la cama de ella. Tenía los hombros echados hacia delante y se le notaba apesadumbrado.

—¿De verdad quiere saber cómo me encuentro? —Se puso a llorar— Estoy destrozada —Dio un respingo y cogió un clínex para sonarse—. ¡Menos mal que mi marido está aquí conmigo! —se volvió hacia Fernando y continuó hablando— No se ha separado de mí ni un segundo. Siempre hemos estado muy unidos y hemos superado todas las adversidades, ¿verdad, cariño? —La voz de Carlota adquirió un tono suave— Él sabe que lo quiero mucho y que, mientras estemos así de unidos, haré cualquier cosa por él.

Si no acabase de escuchar la conversación que habían mantenido esos dos, no le hubiese dado importancia a las palabras que acababa de escuchar, pero como el caso era que sí que la había escuchado, sabía que Carlota nos estaba mintiendo y las tiernas palabras que estaba pronunciando eran una advertencia a su marido.

—Y sobre el ataque de ayer, ¿qué nos puede decir? ¿Qué recuerda? — Jaime se centró en la agresión.

—Salí a correr sobre las ocho, como casi todas las mañanas. Noté que se me había metido una piedra en la zapatilla y me paré para quitármela. No me dio tiempo ni de agacharme. Alguien me sujetó por detrás, no pude verle la cara, me puso una bolsa por la cabeza y mientras intentaba defenderme para quitármela, pues casi no podía respirar y menos mal que pude hacerle algún agujero, consiguió empujarme unos metros hasta la farola —Aquí hizo una pausa—. Era la farola porque lo último que recuerdo es que estampó mi cabeza contra ella dos veces, si fueron más, ya no lo sé. Sentí un dolor indescriptible. Y ya no me acuerdo de más.

—¿Tiene alguna idea acerca de quién ha podido hacerle esto y por qué? ¿Llevaba algo de valor?

—No, ni siquiera llevaba reloj, me molesta para hacer *footing*. Y...— titubeó, aunque volvió a levantar la barbilla con superioridad— yo no tengo enemigos.

—Entonces, no tiene ni idea de por qué la han atacado —el inspector sonrió con ironía— ni de quién pueda tratarse.

—Eso es, ni idea —puntualizó tajante.

—¿Y no cree que puede estar relacionado con la muerte de Carolina? No sé, siendo tan amigas... Tal vez sea alguien que tuviera algo en contra de las dos —Jaime sabía que no eran tan amigas y quería ver por dónde salía Carlota.

—Verán, no les dije toda la verdad porque no me apetecía ventilar mis trapos sucios, pero lo cierto es que Carolina y yo nos distanciamos hace cuatro años —Carlota se incorporó sobre la cama, sin perder su gesto de prepotencia— Carolina —el nombre lo pronunció con el máximo desaire—

era una arpía que engatusaba a todos los hombres para luego darles la patada. Tuvimos la mala suerte de que ella pusiera su zarpa sobre mi marido —Me fijé en que Fernando agachaba la cabeza—, pero como nos queremos tanto, al final, él volvió a mí. Pero la relación entre ella y yo jamás volvió a ser la misma. Me ceñí a decir hola cuando tenía la desgracia de cruzármela o de encontrarnos en el golf. Así que dudo mucho que la persona, que la odiaba a ella y que me ha atacado a mí, sea la misma —finalizó.

—En fin, como tiene poco que contarnos, le damos las gracias y deseamos que se mejore, señora Morales —se despidió Jaime—. Seguiremos en contacto y esperamos poder atrapar pronto al agresor.

Yo me acerqué a estrechar las manos de los entrevistados y Jaime hice lo propio, pero al despedirse de Fernando le dijo que le quería realizar una última cuestión, que lo cogió desprevenido.

—Ya sabe que seguimos investigando la muerte de la señorita Carolina Martín y respecto a este punto, creo que olvidamos preguntarle dónde se encontraba usted entre las cinco y las ocho y media de la tarde del día 24 de diciembre. ¿Podría precisarnos su paradero?

—Estuve en casa y luego salí a dar una vuelta por la urbanización. Necesitaba estirar las piernas, pero fue un paseo de quince minutos.

No miró a su esposa y esta tampoco hizo ninguna observación. No hacía falta ser muy listo para saber que estaba mintiendo.

—Gracias, señor Morales. Como ya les he dicho, seguiremos en contacto.

Mientras caminábamos en busca de la salida Jaime empezó a rascarse la barbilla. Por ese gesto sabía que se le estaban ocurriendo ideas.

—Jefe —le pregunté—, ¿por qué no ha insistido con la débil coartada de Fernando? Tampoco le ha dicho nada de la conversación que mantuvo con la chica el 24 de diciembre, ni de las llamadas perdidas del día 25... Estoy pensando que el chalet de estos personajes está muy cerca del de Carolina. Tuvo tiempo de sobra de acercarse por allí, es más, Carlota cree que así hizo, aunque lo encubra; hemos de suponer que así hará, siempre y cuando no la abandone...

—Por eso no he insistido, Manolo, porque lo va a encubrir y prefiero que hablemos a solas con él... Porque, en realidad, los dos han mentado: Fernando en su versión de la tarde del crimen y Carlota, al decirnos que no sabe quién ha sido su agresor; tal vez sea cierto que no le viera la cara, pero intuye quién lo ha hecho... Y ya lo creo que debe tener enemigos; alguna razón esconde para no contárnoslo —el inspector continuó expresando sus pensamientos en voz alta, irguiendo la espalda—. Y la cuestión es que sabemos el secreto inconfesable de Carlota: conocía la última relación de su marido con Carolina.

—En resumen —añadí—: la coartada de Fernando es endeble y Carlota tiene un buen motivo para cargarse a Carolina.

MERCEDES

Tras salir del hospital le propuse al inspector acercarnos a Los Cerezos a inspeccionar el adosado de Carolina, pero me dijo que en ese momento se encontraba inmerso en los sospechosos y que prefería seguir con la ronda de entrevistas; que lo mejor era enfilar hacia el Paseo del Prado y volver a hablar con Bernardo. Yo, en silencio, seguía nervioso porque, a pesar de que la llave nos la había dado Guillermo y siempre nos podría echar un capote, entrar en la sede de Construimos no dejaba de ser un allanamiento y si por casualidad nos pillaban, tendríamos que dar un montón de explicaciones. Tuve la esperanza de que a Jaime se le pasara semejante idea; a fin de cuentas, no sabíamos qué buscar y si teníamos la suerte de encontrar algo que demostrara que Gervasio se estaba llevando dinero o que Miguel tenía una amante, tampoco nos iba a aportar nada nuevo. Tenía que convencerlo para que desecháramos el plan. Pero, como ya comprobaría más tarde, nada estaba más lejos de mis ilusiones.

A las doce y media volvimos a cruzar la puerta giratoria de Grau&Co. Nos dirigíamos hacia los ascensores cuando observamos que se abrían las puertas y de allí salía Mercedes Grau dando apresuradas zancadas. Llevaba el mismo abrigo blanco de pelo que le confería aquel aspecto de dulce *Madonna*. Jaime me metió un codazo en el costado y me hizo frenar para que me quedase en el lugar que estaba.

—No vamos a tener otra oportunidad de oro como esta. La Santísima Virgen a solas. ¡A por ella! —me espetó en susurros— ¡Enchufa la grabadora! Luego no nos vamos a acordar ni de la mitad de lo que nos dicen.

—No se preocupe, que yo me he molestado en ir apuntándolo todo, solo me falta lo de esta mañana —le susurré.

Mercedes ya se encontraba a nuestra altura, su gesto denotaba tensión y el inspector no dejó escapar la ocasión.

—¡Señora marquesa, qué exquisito placer para nuestros ojos! —La aduló Jaime con ironía. Ella se quedó encantada.

—¡Uy, inspectores! ¿Qué hacen ustedes por aquí?

Y nos enseñó la mano para que se la besáramos, sin dejar de mirar hacia la puerta. Con la otra mano apretaba contra su pecho un sobre rectangular de color marrón de tamaño Din A4, quizá un poco más grande.

—Nos disponíamos a visitar a su primo, pero como el azar ha querido que nos encontremos primero con usted, no vamos a desperdiciar tan afortunada circunstancia. Como supondrá, para unos necios como nosotros, la oportunidad de que una dama como usted nos brinde unos minutos de su tiempo es como si se nos abriera el cielo —la volvió a halagar.

Ella sonrió con satisfacción y agachó la angelical mirada, pero no me pasó desapercibido que cada vez apretaba el sobre con más fuerza. Parecía que se encontrara bajo una fuerte presión.

—¡Ay, inspector! No es para tanto —Y nos volvió a obsequiar con una de sus azucaradas sonrisas—. Pero ya que nos hemos encontrado, aprovecho la ocasión para transmitirles mi gran angustia: me van a asesinar, lo sé. Voy a ser la siguiente. ¡Necesito urgentemente su protección! —nos ordenó con un estridente aullido.

—Por supuesto que si es necesario la protegeremos, pero antes debe contarnos en que se basa para realizar semejante afirmación. ¿Quién la quiere matar? —El tono de Jaime era de escepticismo— ¿Ha recibido alguna amenaza?

—¡No lo sé, no lo sé! —nos lo dijo con una voz tan aflautada que

parecía una soprano a punto de cantar el *Ave María*— El mismo que mató a Carolina y que ayer agredió a mi hermana. ¡Ahora me toca a mí! —Los ojos se le pusieron vidriosos.

—Si no tiene algo más sólido, siento comunicarle que poco podemos hacer por usía.

—Entonces, ustedes me disculparán porque voy con mucha prisa, tengo una cita y el chófer me está esperando. Si quieren, en otro momento, llaman a mi asistenta y les dará hora para recibirles —El sobre seguía pegado a su corazón.

—Verá, marquesa —Jaime se acercó tanto a su oído que su aliento rozaba la oreja de la señora de Gómez-Cuervo—, todavía estamos investigando la muerte de Carolina Martín, y le rogaríamos que matizase una pequeña parte de su testimonio. Si lo desea, podemos sentarnos en aquellas butacas del rincón y charlar amigablemente —El gesto de querubín desapareció del rostro de Mercedes y fue sustituido por el de superioridad contrariada. Sus rasgos se endurecieron; pero accedió y nos acomodamos en los mullidos butacones—. Usted nos dijo que hacía mucho tiempo que no tenía trato con la víctima, sin embargo, tenemos conocimiento de que para algunos temas de Construimos sí que mantenían algún tipo de comunicación. ¿Qué nos puede contar de eso?

—Deduzco que ya saben que soy vocal, sustituyo a mi marido cuando él no puede acudir a alguno de sus múltiples compromisos —hablaba muy rápido—. A veces necesitamos informes sobre liquidez y los estados de cuentas. Se los encargábamos a ella por mediación de mi tío. Carolina era la responsable de que las redacciones fueran lo más fidedignas posibles, pero ella no ostentaba ningún cargo. En realidad, su papel era supervisar a Gervasio.

Al pronunciar ese nombre su expresión fue de repugnancia y se puso a mirar hacia todas partes, mientras movía ligeramente la pierna hacia delante y hacia atrás. En otro momento hubiera pensado que simplemente estaba nerviosa, pero lo innegable era que estaba aterrada.

—¿Y qué pasa con Gervasio Morales? ¿No es el tesorero?

—Sí, pero hemos tenido unos problemas con él y tenemos que solucionarlos —No cambió su actitud inocente y si no hubiese llevado bótox, las líneas de preocupación se le hubieran marcado más—. La verdad es que es: ¡un hij... ignorante! —maulló—. Nos está robando el muy desvergonzado y encima, para no montar un escándalo, nos toca taparlo. Confío en que esto no salga de aquí —sus facciones de odio la transformaban en un vampiro—, no deseamos que se trastoquen los planes de mi esposo, el marqués. Por eso necesito estar en permanente contacto con él, para que no se vaya de la lengua y para estar al tanto de las opiniones del resto de afiliados; necesito conocer el grado de popularidad de mi esposo, e incomprensiblemente Gervasio goza de las simpatías de mucha gente —Me pareció que nos miraba por encima del hombro—. No duden que mi marido, no pasarán muchos años, será presidente del gobierno —Le faltó decir que ella sería la primera dama.

—Veo que está impaciente, su cita debe ser muy importante, pero déjeme que le haga una pregunta más: ¿dónde estuvo la tarde del 24 de diciembre?

—En casa, con mis hijas, haciendo tiempo para ir a casa de mis tíos. Se nos hizo un poco tarde porque Miguel tuvo una reunión y le dieron las tantas —Todo en ella rezumaba inocencia y candor—. ¿Harán algo por mí? ¡Estoy tan terriblemente asustada!

—En ese punto, sentimos no poder hacer más por usted. Si tuviésemos que ponerle vigilancia a todo el mundo, no tendríamos ni agentes ni dinero público suficiente —le explicó el inspector de forma educada—. Lo lamento.

—¿Sabe lo que le digo? —concluyó la señora de virtuosos aires y melosas maneras, y se quedó observando al inspector con una mirada de intensa soberbia. Me acordé de su hermana— ¡Usted no es más que un funcionario de mierda con un sueldo de mierda y no tiene ni idea de con quién está hablando! —Se levantó— ¡Si me pasa algo, la culpa recaerá sobre sus conciencias!... Y sobre ustedes, pues la denuncia que les pienso interponer no caerá en saco roto —Nos escupió las palabras y con paso presuroso y sin soltar el sobre, se encaminó a la salida. Yo apagué la opción de grabar.

—*Uff...* ¡Qué mala leche se gasta esta tía! —exclamé.

Jaime se levantó como si llevara un resorte y me estiró del brazo para que hiciera lo mismo.

—¡Vamos a seguirla a ver dónde se dirige con ese sobre! Parece que sea su seguro de vida. ¡Contiene algo que para ella es vital! ¡Corre! —me gritó dirigiéndose a la puerta acristalada para no perderla de vista.

En ese instante volvieron a abrirse las puertas del ascensor y por él se nos apareció Álvaro Jiménez. Nos explicó, de una forma muy breve, pues no le dimos opción, que perdió el vuelo y que había retrasado su viaje a Barcelona.

En la calle vimos como Mercedes subía en la parte trasera de un espectacular Mercedes plateado. No quisimos perder tiempo y paramos un taxi.

—¡Siga a ese coche plateado!—bramó Reyes.

—¡Joder! —exclamó el taxista— Yo creía que esto solo pasaba en las películas. ¿Y ustedes quiénes son: los buenos o los malos?

—Le han tocado los buenos —Y para demostrarlo, el inspector le enseñó un segundo la placa—. Somos los polis.

—Mire que me han pasado cosas conduciendo el taxi en los veinte años que llevo, pero esta es de las mejores. ¡Cuándo se lo cuente a mi señora!

Pero la emoción se le pasó pronto. El Mercedes paró en la Plaza de Colón y Mercedes se apeó. Iba directa a la sede de Construimos. Nosotros hicimos lo mismo y el taxista se negó en rotundo a cobrarnos, si había colaborado en algo, se daba por pagado; se ofreció a esperarnos lo que hiciera falta. Se lo agradecemos, pero le dijimos que no sabíamos de cuánto tiempo se trataba, así que mejor se dedicaba a sacarse sus cuartos. Nos levantó la mano y se fue feliz. Imaginé que la corta aventura la contaría durante mucho tiempo.

Acabamos lamentando que el taxista no nos hubiera esperado y nos hubiese llevado de vuelta a nuestro coche. El viento era gélido y arremetía con furia, suerte que a los quince minutos volvimos a ver a Mercedes, sin el

sobre y con paso más tranquilo. El coche plateado volvió a recogerla y desapareció de nuestra vista.

Nosotros nos dispusimos a recorrer el mismo paseo que el día anterior. Ni siquiera me atrevía a mirar a Jaime. Si antes era difícil, ahora ya no tenía escapatoria. Sin palabras supe que la visita a Construimos estaba confirmada.

Mientras caminábamos, cada uno sumido en sus propias reflexiones, nos íbamos apretujando en nuestros abrigo. El inspector me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Creí que regresaríamos al edificio de oficinas, pero los pasos de Jaime nos llevaron hasta otro mesón. Caí en la cuenta de que ya eran casi las tres y la alternativa de Reyes era comer algo. El lugar se encontraba atestado de clientes y nos quedamos apostados en la barra, haciéndonos un hueco. El inspector tenía prisa. De fondo se escuchaban los gritos de los camareros pasando a cocina todos los pedidos.

—Cambio de planes, nos vamos a Guadarrama —me informó— Así, a la vuelta, nos pasamos por la Plaza Colón y finiquitamos.

—¿Y eso? —le pregunté mientras observaba las especialidades que podíamos degustar. Creía que nos íbamos a tomar la tarde libre para mentalizarme del descabellado plan que íbamos a poner en práctica.

—Quiero hablar con la hermana y con el novio. Quizás los hemos dejado demasiado de lado y probablemente tengan que contarnos más de lo que hemos imaginado.

Al otro lado del mostrador el camarero se disponía, bloc en mano, a tomarnos nota. Mis ojos se quedaron fijos en aquella libreta.

Elegimos unas morcillas, unos caracoles, unos calamares y unas bravas. Enseguida los sirvió en unos platos y nos los puso delante. Añadimos un par de botellas de agua.

—¿Qué le ha parecido la actuación de Mercedes? —Y pinché una patata— Para mí que no fingía y estaba aterrorizada.

—Está muerta de miedo, ¿y sabes por qué? —Dio un trago— Porque estoy casi seguro de que sabe o intuye quién ha atacado a su hermana; lo mismo que Carlota. Pero por algún misterio oscuro no nos lo quieren decir —

Engulló una morcilla—. Y por eso es tan crucial que nos hagamos con ese sobre. No tengo ni idea de lo que puede contener, pero ella lo defendía como si se tratase de su vida, y se ha molestado en esconderlo en la sede de Construimos.

—No creo que se trate de su secreto inconfesable, porque ese ya lo sabemos: Mercedes no podría soportar que cualquier minucia entorpeciese la ascendente carrera de su marido.

—Sí, es verdad que Mercedes mataría por llegar a la presidencia, incluso es capaz de codearse con el anodino de Gervasio, pero ese no es su secreto; eso ya lo sabíamos —Masticó un calamar—. Nos queda pendiente el secreto de Mercedes Grau.

—A mí el que me da un poco de pena es Miguel, debe de estar más controlado que la frontera de Estados Unidos. Aunque, bien pensado, no se divorcia porque es muy ambicioso. En fin, es su problema —Y me centré en Elena y Pedro—. ¿Y por qué ahora a Guadarrama? —quise saber mientras terminaba con los caracoles y mi cerebro no dejaba de dar vueltas.

—Porque se me ha abierto una nueva perspectiva. Si el hijo de Carolina no nacía, Bernardo se vería beneficiado, pero la que realmente se ve favorecida es su hermana, Elena. Si a eso le sumamos la botella de champagne que se trajo Pedro y los comentarios de Gervasio, pues tú mismo. Se impone una visita.

Pagó la cuenta y nos dirigimos con paso rápido hacia el Peugeot. Si nos dábamos prisa, podríamos estar en Guadarrama a las cuatro y media.

ELENA Y PEDRO

El inspector tuvo el detalle de no encenderse ningún pitillo y solo utilizar el cigarro electrónico. La calefacción estaba muy alta, pero me deshice del plumífero y pude disfrutar del paisaje todo el trayecto, en especial del último tramo. De cuando en cuando me asaltaba en la nariz el olor de la colonia de Jaime. Me volví a sentir transportado a algún lejano lugar y me abrumó la inmensidad de aquellos parajes. Todo era blanco a nuestro alrededor y mi memoria vino a recordarme una apreciación.

—Antes, mientras el camarero apuntaba nuestro pedido, me he fijado en el cuadernillo que llevaba.

—¿Y? —Lo acababa de sacar de sus pensamientos.

—Que es el mismo tipo de papel que utilizó Carolina para apuntar los números y plasmar su firma —no dijo nada y seguí con mi argumentación—. Entonces llego a la conclusión de que debió escribirlo en algún bar, cafetería o restaurante popular. En un sitio como el que usted me llevó en Año Nuevo no utilizan esas libretas. ¡Lástima que no pusiera el nombre del restaurante!

—Sí, muy bien, Manolo, en eso tienes razón; lo escribió fuera de su casa y probablemente el objetivo no era llevárselo a Londres, sino dárselo a alguien, por eso lo firmó —me felicitó.

—¿Y no sería posible que, como ya propuse, esas cifras fueran el

código de autorización de su firma en algún banco extranjero y la persona receptora se tratara de Miguel, Fernando o Gervasio? Por lo visto, a los tres se les da muy bien lo de llevar sus negocios fuera de España —y continué—. Quedarían en algún lugar convencional para pasar desapercibidos.

—Entonces, si es por eso, no te olvides de incluir a Bernardo y a su padre —y me sonrió—. Lo que es seguro es que con todas las hipótesis que llevas barajando durante estos casi veinte días, en algo habrás acertado —y apagando el motor, me soltó—. ¡Venga, que ya hemos llegado!

Me sorprendió la facilidad con la que el inspector se había orientado por esas recónditas carreteras. Dejamos el coche junto a la desvencijada Hartley Davidson de Pedro; era una pena que aquella moto no estuviera un poco más atendida.

Me coloqué el gorro de lana, que por costumbre siempre llevaba encima, y me cerré bien la cremallera de la cazadora. El inspector se subió el cuello y dobló las solapas de su abrigo nuevo. Tuvimos que volver a dar saltos rápidos para llegar hasta el porche sin hundirnos. Justo antes de pisar tierra firme observé un grupo de colillas que no llevarían allí mucho tiempo, parecía como si acabasen de volcar un cenicero. Directamente estiré del cordel colgante y sonó la campanilla. A los pocos segundos escuchamos una voz masculina que decía: «Voy», y enseguida percibimos como se arrastraban unos pasos. Se abrió la puerta y allí nos encontramos a Pedro, con unos pantalones de pana marrón y un suéter rojo con el anagrama de un jinete sobre un caballo jugando al polo. Llevaba las mismas botas que la última vez que lo vimos. Puso cara de sorpresa, pero nos invitó a entrar.

Tuve la sensación de introducirme en un velatorio; todo a oscuras, a excepción de las llamas de la chimenea que hacían de lámpara. Olía a rancio. Todo era tan lúgubre que me entraron ganas de salir corriendo.

En el mismo sillón de flores, donde la vimos por última vez, se dibujaba, acurrucada, la silueta de Elena Martín. Intuí, por el movimiento de la lumbre de su cigarro, que volvía su rostro hacia nosotros, pero hasta que no estuve más cerca no pude estar seguro. Sin levantarse, se cambió el pitillo de mano y nos alargó la que le quedaba libre. Sobre la mesa camilla brillaba el plástico de un paquete casi vacío de pechuga de pavo finas lonchas. Al lado

un recipiente de vidrio a rebosar de restos. Imposible describir las facciones de la señorita Martín ante la evidente falta de luz.

—Les diríamos si quieren tomar algo, pero todavía no hemos puesto en marcha el generador; en cuanto desaparezcan los últimos rayos, lo haremos. Si desean un vaso de agua, estaremos encantados de servírselo — comentó Pedro.

Denegamos la invitación, pero sí que tomamos asiento. Me senté con cuidado para evitar clavarme cualquier residuo perdido. Pedro se sentó en el apoyabrazos de la butaca, junto a su novia.

—Señorita Martín, ¿cómo se encuentra? —le preguntó Jaime con delicadeza— Entre otras cosas, aunque suponemos que ya se lo habrá comunicado algún compañero, venimos a decirle que ya está a su disposición el cuerpo de su hermana.

—No tenía ni idea, la verdad —Su voz sonaba melancólica—. Es posible que me hayan llamado, pero como tenemos que esperar a poner en marcha la turbina, muchas veces nos quedamos sin batería y llegamos a estar un par de días incomunicados del resto del mundo —y añadió—. Y llámenme Elena, por favor.

—Mire, Elena, la autopsia demuestra que su hermana estaba embarazada —A pesar de que no podía verla con claridad, pude advertir como fruncía el ceño y sus ojos se empequeñecían. Pedro permanecía impassible mirando hacia algún punto en el suelo—. ¿Lo sabía?

Ella rompió a llorar.

—Sí, sí que lo sabía —Los lamentos se hicieron más ruidosos y empezó a limpiarse las lágrimas con la manga del suéter—. ¿Eso tiene algo que ver con su muerte? —pareció volver de un sueño y nos anunció— Si lo desean, les puedo dar el nombre del padre —Jaime levantó la barbilla para que continuase, tener una confirmación nos sería de gran utilidad—: Álvaro Jiménez —nos dijo sin pestañear, volviendo a sumirse en su universo de aflicción—, al menos es quien mi hermana me dijo. En cuanto se enteró, sobre mediados de noviembre, vino a decírmelo —Cogió una servilleta de papel y se sonó—. Estaba muy ilusionada.

—¿Ilusionada?! —exclamamos los dos a la vez.

—Sí —y comenzó con su explicación—. La mayor ilusión de mi hermana era convertirse en madre. Estuvo mucho tiempo esperando tras la muerte de su marido, pero, como ella decía, el hombre adecuado pasó una vez por su vida y ya nunca más lo volvió a encontrar. Tenía cuarenta y un años y era ahora o nunca —Se enjugó las lágrimas con la palma de la mano—. Pensó en acudir a una clínica de fertilidad, pero finalmente se abstuvo porque prefirió que su hijo tuviese un padre, aunque fuera para enseñárselo en fotos o por si acaso, algún día, el niño le preguntaba por él. En cualquier caso, ella no le iba a pedir nada —Hizo una pausa—. Primero lo intentó con Fernando; Carolina decía que al menos, durante un tiempo, lo quiso. Como no se quedó al primer intento, le surgió la posibilidad con Álvaro y se lanzó de cabeza. Le traía sin cuidado quién de los dos fuera el agraciado. Cuando le dio positivo, calculó fechas y no le cupo ninguna duda de que el padre era Álvaro.

—Y fue entonces cuando decidió poner fin a las dos relaciones y marcharse a Londres a emprender una nueva existencia —intervino Jaime.

—Sí, así fue —Levantó la mirada y el resplandor de las llamas se reflejó en su cara. Aún teniéndola hinchada, me resultó atractiva—. No la malinterpreten, estaba harta de todo y pensó que esa era la mejor salida —Juntó las manos y miró al techo—. Hasta las personas más rectas y buenas se equivocan alguna vez en la vida.

—¿Sabe si ellos estaban al tanto de lo que había ocurrido?

—A Fernando no le dijo nada, pero estoy segura de que, si se hubiera enterado de que el padre era otro, le hubiese sentado como un tiro. Él estaba muy enamorado de mi hermana —Pasó un gato y lo recogió para acariciarlo—. Pienso que el caso de Álvaro era justo lo contrario.

—¿Considera la posibilidad de que su hermana consintiese en deshacerse del bebé?

—Eso se lo respondo con un no rotundo —Y no tuvo más que añadir.

—¿Y qué piensa que pasará ahora que las acciones y propiedades de Carolina van a pasar a sus manos? —El inspector se inclinó hacia ella.

—No lo he pensado todavía, aunque primero van mis padres; supongo que mi padre me lo dará a mí, pero yo no soy mi hermana y no poseo ni su carácter ni sus conocimientos. En cuanto a las acciones —dio una intensa bocanada—, lo más seguro es que se las venda a los Grau —Volvió a fumar—. En cuanto al resto de bienes, aún, ni idea.

—Y usted, Pedro —dijo Jaime dirigiéndose al hombre—, ¿cuándo fue la última vez que habló con su cuñada?

En ese momento fui consciente de que Pedro había estado todo el tiempo a nuestro lado y no había intervenido para nada, era como si no existiese. No estaba amodorrado, como me sucedía a mí, estaba completamente desmoralizado y permitía que fuese su novia quien llevase todo el peso de la conversación. Parecía como si no se atreviese a participar. Aquellos dos estaban sentados juntos, pero tuve la impresión de que una invisible barrera los separaba.

—El día 24 la llamé para felicitarle las fiestas —se pasó la mano por el pelo—, no me respondió, pero a mediodía me devolvió la llamada. Nos deseamos feliz Navidad.

—Bien —dijo el inspector para terminar—, una última cuestión, ¿dónde estuvieron el día 24 por la tarde?

—Nos quedamos aquí hasta que llegó la hora de ir a casa de mis suegros a pasar la Nochebuena —respondió ella con inesperada rapidez. El inspector y yo nos miramos, él también intuía que Elena no quería que Pedro abriese la boca. Encestó la colilla en la chimenea y cambió de tema—. Si no les molesta, preferiría que avisaran a Susana Grau para que se encargue de los trámites del entierro de mi hermana. Me dijo que quería darle sepultura junto a su hijo, y a mí me pareció bien —Exhaló el humo.

Nos levantamos del despanzurrado sofá. Pedro, que seguía pareciendo un autómata sin voz, tuvo el detalle de acompañarnos a la salida, y el inspector aprovechó para hacerle una pregunta que no esperábamos ni el novio de Elena ni yo.

—Creo que usted es un experto en motos y tengo entendido que fue testigo del accidente de Willy Grau. ¿Podría darnos su opinión acerca de lo

que pudo pasarle?

—Pues... *Uff...* Sucedió hace tantos años —Se había quedado descolocado—. Yo iba en el coche de detrás y vi como él, que iba justo delante, tomaba la curva. Les aseguro que la cogió bien, pero en cuestión de un segundo vimos como saltaba la rueda y la moto voló detrás.

—Entonces, según su parecer, la rueda se salió y por eso el chico perdió estabilidad y se precipitó por la cuneta —afirmó Reyes.

—Para mí, así fue —Y bajó la mirada—. Pero como después cada uno dio su versión y no coincidían, preferí olvidarlo. A mi entender, los tornillos del neumático estaban flojos, pero, tal vez, fueran imaginaciones mías.

—Muchas gracias, Pedro.

Noté alivio al abandonar aquella vivienda con hedor acre a tabaco y a animal encerrado y agradecí encontrarme en el exterior y aspirar el aire helado. Ya estaba oscuro, pero distinguí finos copos cayendo a nuestro alrededor. Volvimos a echar una carrera, vi la moto de Pedro y pensé que con razón se encontraba en tan lamentables condiciones, siempre a la intemperie. Llegamos al coche y Jaime arrancó el motor.

—¿Por qué le ha hecho esa última pregunta a Pedro? ¿Sigue pensando que a Willy también se lo cargaron? —seguí expresando mis reflexiones en voz alta— Si yo fuera Guillermo y me enterase de que han matado a mi hijo, el culpable lo iba a pagar muy caro. Claro que, si también me enterase de que una mujer me ha utilizado de semental, sería para matarla. Me he quedado de piedra cuando Elena nos ha contado la maniobra de Carolina. No sé a los demás, pero a mí sí que me importaría saber que tengo un hijo por ahí —continué compartiendo mis consideraciones—. ¿Cree que Carolina pudo acabar con la vida de su marido y Guillermo, que se quedó con la moto, descubrió hace poco que ella fue la responsable? Ese sería un motivo de peso para terminar con ella.

—Ya te dije que el tema Willy trato de relacionarlo con los «accidentes» sufridos por Bernardo Grau. A lo mejor son ciertos —dijo parando el coche.

Apenas nos separaban 200 metros de la casa. No la podíamos divisar

por los recovecos y los árboles, pero supuse que aproximadamente esa era la distancia.

—¿Qué pasa?— Me puse en guardia.

—Pasa que Pedro ha comentado que iba a poner en marcha el generador cuando se fueran los últimos rayos de luz, o sea, ahora; y si tenemos suerte, puede que escuchemos algo que nos sea de provecho.

—¿No me lo estará diciendo en serio? ¡No estaremos ni a cero grados!

—No te quejes tanto y baja —Y me sonrió divertido, sacando una linterna de la guantera.

Anduvimos entre la espesa nieve; yo me hundía a cada paso y notaba los pies helados; llevaba las zapatillas empapadas. El recorrido se me hizo eterno; los árboles se me convirtieron en abominables fantasmas y sus retorcidas ramas, en monstruosos brazos dispuestos a aprisionarme cuando menos lo esperase. Entonces recordé la aventura que me esperaba a las pocas horas y casi prefería seguir ahí, aterido de frío, hasta morir por congelación debajo de aquel impresionante pino.

Y de pronto sucedió. La puerta del porche se abrió y vimos a Elena. Se dirigía a la caseta donde estaba la turbina. Pedro apareció en el umbral.

—Elena, ¿qué nos está pasando? Jamás ha habido secretos entre nosotros.

—Eso mismo me pregunto yo —comentó su novia—. Además de pareja, siempre hemos sido los mejores amigos del mundo, pero desde que te dije que no le pidieras más dinero a mi hermana eres otro. Sé que me sigues queriendo, y yo a ti, pero eres otro.

—Llevas una temporada preocupada, cariño, lo sé, pero estoy esperando que me preguntes cuáles son tus dudas. Quiero que tengas la confianza de hacerlo, como hemos hecho desde que nos conocemos —La voz de Pedro sonaba muy tierna.

—¿Y por qué no me lo cuentas tú directamente y acabamos antes? —Ella trataba de ser comprensiva.

—¿Por qué no les has contado toda la verdad a los inspectores?

En ese momento vi que un bulto se movía a escasos metros de mi posición. Me fijé bien y me asusté. Era un jabalí de por lo menos ochenta kilos. Me tiré para atrás y tropecé con una rama que estaba escondida entre la nieve. Emití un quejido y el animal huyó despavorido. Jaime se agachó junto a mí y susurrando: «¿Sabes lo que es un metepatas?», me ayudó a ponerme en pie. Elena y Pedro ya se habían metido en la casa.

Volvimos al coche y me sacudí toda la nieve que me calaba hasta lugares inconfesables de mi cuerpo. Una vez dentro y con la calefacción, empecé a disculparme de cien mil maneras. Agradecí a Jaime que no comentara nada más respecto a mi inoportuna caída y que se lo tomara con tanta deportividad.

—Manolo, mientras entramos en calor, vamos a repasar nuestras últimas apreciaciones. En primer lugar, el secreto inconfesable de Álvaro Jiménez tiene una coletilla: él era el padre, pero Carolina no tenía ni la más remota intención de abortar; si no, no tendría sentido hacer lo que hizo. Ella quería ser madre a toda costa —Cogió el cigarro electrónico—. En segundo lugar, el secreto inconfesable de Pedro Muñoz es que es un haragán que le pedía dinero a su cuñada, porque le gusta la buena vida, sin contar con la aprobación de Elena —Dio una chupada—. Y en tercer lugar, el secreto inconfesable de Elena es que recela de su novio porque piensa que, efectivamente, hace lo que hace, pero, como lo quiere, mira para otro lado y nos miente; intuyo que lo está protegiendo. Lo cual me lleva a pensar que es altamente probable que el día de autos el señor Muñoz se acercara a rogarle a la cuñada algo de calderilla para comprar una botella de Dom Perignon y un jamón de Jabugo.

—Jefe, me da ánimos, creo que nos estamos acercando, aunque no debemos perder de vista que Elena es ahora una mujer muy rica, que le beneficia que ese niño no haya nacido... Y eso también va por el novio.

—Sí, así es —concluyó.

CONSTRUIMOS

Entramos en Madrid y Jaime enfiló hacia la plaza de Santa Ana. Hasta las doce, hora fijada para poner en marcha el plan, tenía tiempo suficiente para relajarme. Mientras bajaba del coche me recordó que cenase pausadamente, que utilizase ropa oscura y que a las once pasaría otra vez a por mí.

Lo primero que hice fue darme una ducha muy caliente para quitarme el frío que había cogido en Guadarrama y prepararme la ropa que me iba a poner: vaqueros negros, camisa negra, suéter negro y plumífero azul marino, no tenía de otro color. Me sentó de perillas, pero fui incapaz de pensar en otra cosa que no fuese en cómo iba a ser capaz de encontrar el dichoso sobre. Sabía cuál era el despacho de Mercedes porque, por casualidad, me lo sopló Gervasio cuando estuve allí, y me fijé en que habían varios archivadores, pero a saber el tiempo que me llevaría encontrarlo.

Por supuesto, no probé bocado; pensé que una vez finalizado el trabajo ya me metería algo en el estómago. Así que puse la tele y me tragué una película de vaqueros que me vino muy bien para desconectar.

Estaba tan tenso que, a pesar del frío que hacía en la calle, bajé a las once menos cinco, necesitaba que el viento glacial me apaciguase el cuerpo, pero, como siempre, Jaime ya estaba allí. Monté en el coche y durante el trayecto Reyes me fue dando las instrucciones pertinentes. Debía estar

relajado, había comprobado que solo disponían de la alarma de la que ya sabíamos el código. En cuanto al vigilante, me aseguró que él mismo se encargaría del tipo, tampoco era problema. Después me dio un manojito de llaves pequeñas y me aseguró que alguna abriría los archivadores, pero, por si acaso, me endosó una horquilla y, por último, una linterna y unos guantes de látex. Debía de ser muy cauto con la luz y no llamar la atención. Supongo que notó que mientras me iba dando las herramientas mis manos temblaban ligeramente.

—¿Qué pasa si Mercedes lo ha guardado en alguna caja fuerte y no lo encuentro?

—Que lo habremos intentado y ya está. Lo que es imposible, es imposible. Pero, si tienes tiempo, echa un vistazo al despacho de Gervasio y si tienes más tiempo, al de Miguel —Apoyando su mano en mi espalda, me animó—. ¡Anda que ya es la hora y cuánto antes terminemos, mejor! Yo me adelanto y entretengo al vigilante, aprovecha y entra. Ponte el móvil en modo silencio y si pasa cualquier cosa, me llamas. Recuerda, si lo encuentras, le haces una foto y lo dejas todo como estaba. ¡Suerte!

Bajé y cuando vi que Jaime, contándole alguna milonga al de seguridad, se lo llevaba a la esquina de la calle, corrí y me metí en el edificio. Llamé al ascensor y subí a la segunda planta. Introduje la llave en la cerradura y la puerta se abrió. La cerré sin hacer ruido y encendí la linterna. Enseguida distinguí el cuadro que tapaba la alarma y lo descolgué, marqué los números y la pantalla se puso en verde; sentí alivio. Me giré y me quedé contemplando el panorama que tenía delante. Bajo aquella perspectiva las oficinas, que el día anterior me habían parecido tan animadas, ahora se me transformaban en amenazantes. Empecé a encaminar mis pasos con mucho tiento hacia el despacho de Mercedes, quedaba a la izquierda del de Gervasio y enfrente del de su marido. Me quedé quieto en el umbral por unos instantes y escuché el bombear de mi corazón, pero, por lo demás, todo era silencio.

Enfoqué la luz hacia la mesa, encima no había ningún sobre, pero eso era de esperar; solo había una lamparita y una libreta junto a un cubito lleno de rotuladores fosforescentes. Después comprobé que había una cajonera blanca, como no podía ser de otro modo, y me fui derecho a ella. Dejé la

linterna en el suelo y empecé a probar con los llavines que me había dado: la primera, no entraba; la segunda, se me cayó al suelo; la recogí y lo intenté, esa tampoco era. Estaba empezando a sentir calor y me quité el sudor de la frente con la mano. ¡Error! Llevaba los guantes, pero ahora iba a dejar mi ADN por todas partes ¡Cómo podía ser tan gilipollas! Mientras probaba con la tercera llave empecé a barajar las posibilidades que tenía de que encontrasen mi perfil genético en aquella mesa; realmente eran muy bajas; me tranquilicé en ese sentido. La cuarta ¡abrió! Rebusqué, pero no había nada interesante; tenía hasta una foto de ella misma en la joyería Tiffany de Nueva York, mucho no parecía que trabajase.

Me pareció escuchar un ruido, pero me di cuenta de que había sido yo mismo al cerrar el cajón. Estaba tan inquieto que veía espectros por todas partes. Me centré en los archivadores, había dos con tres cajones cada uno. Me puse con el primero de la izquierda y comencé por arriba: primera llave, nada. Me volví a apartar el sudor; no conseguía serenarme. Tuve la impresión de escuchar un sonido; giré la cabeza, pero ahí no había nadie. Segunda llave. ¡Bingo! Lo había conseguido: había carpetas colgantes, las fui comprobando una a una; ahí no había ningún sobre. Había antiguas actas notariales de compra venta y cosas similares. ¡Crac! Ese ruido no lo había hecho yo. Entonces me di cuenta de que, como el suelo era de madera, esta crujía de vez en cuando. Respiré hondo y me puse con el segundo estante. Intenté calmarme pensando que, al menos, ya tenía la llave maestra. Lo abrí enseguida y volví a hurgar entre las carpetas colgantes; ahí había informes firmados por Carolina Martín y por Gervasio Morales; por lo menos, no los tiraba a la basura. ¡Crac! Volví a girarme, pero sin tanto pánico. Mi imaginación y mis nervios me estaban jugando una mala pasada.

Me agaché y fui con el de abajo: más carpetas, pero en la última, la del fondo, había algo. La sangre comenzó a golpearme en las sienes, estaba sufriendo una subida de adrenalina. Lo saqué y allí estaba: un sobre marrón, arrugado de tanto sobarlo, un poco más grande que el tamaño A4. ¡Crac! Ni caso, nada iba a entorpecer aquel triunfal momento. Nada, excepto el potente dolor que sentí cuando un objeto contundente me golpeó en la cabeza.

—¡Manolo! ¡Manolo!

Algo frío me salpicaba la cara y entorné los ojos.

—¡Dios mío! ¡Gracias!

—¿Qué ha pasado? ¿dónde estamos? —Me toqué la parte posterior del craneo y noté un gran bulto. El dolor de cabeza era insoportable.

—Algo ha salido mal, lo siento. ¡La culpa es mía! —El inspector se lamentaba mientras me ponía una botella de agua fría en el chichón— Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Son las dos de la mañana y necesitamos que te vea un médico. Te han dado bien fuerte y llevas casi dos horas inconsciente.

—Jefe —dije medio incorporándome—, no sé si voy a poder.

—Apóyate en mí que te voy a sacar de aquí.

A duras penas conseguí levantarme, descargaba todo mi peso sobre Jaime. Cuando llegamos al portal, Reyes comprobó que no estuviese el vigilante y salimos en dirección al coche. Si alguien nos hubiese visto, hubiese pensado que Jaime era un padre que se llevaba al borracho de su hijo.

Conseguimos llegar al vehículo y me desplomé sobre el asiento. El inspector me llevó a urgencias del hospital más cercano y entre nebulosas que orbitaban en mi cerebro, me fue relatando la serie de acontecimientos que habían dado al traste con nuestro intento de conseguir el sobre.

—A veces los astros se conjuran para que a uno le salgan las cosas al revés —me iba diciendo—. Has entrado y todo iba bien, hasta que me he encontrado a unos viejos conocidos que me insistían para que me fuese con ellos a tomar algo. Yo, por supuesto, me negué en rotundo, pero se han quedado un rato dándome palique y me he despistado —Noté como aspiraba el vapor—. Al final se han largado, pero he mirado el reloj y me he dado cuenta de que ya llevabas una hora ahí metido, así que me he puesto a llamarte como un loco. Al cuarto de hora, como he tenido la precaución de hacer otra copia, me he decidido a subir y ahí ha sido cuando me he llevado un susto morrocotudo. ¡No me lo podía creer! —Volvió a dar una calada. Se sentía culpable— Como no te despertabas y he visto que tu pulso era normal,

he bajado, me he ido a un bar y he comprado agua. He vuelto a subir y mientras te iba mojando, he puesto en orden el escenario. El resto ya lo sabes... ¡Lo siento, Manolo! No se me ocurrió pensar que alguien más iría tras el sobre.

Quería responderle, pero me era imposible, ni los movimientos más básicos respondían a mis mandatos.

Llegamos por la puerta de urgencias y me pusieron en una camilla. Creo que traté de decir que me encontraba bien y que me marchaba a casa, pero ni siquiera estoy seguro de eso. Solo recuerdo a Jaime parlamentando con un señor que llevaba un uniforme verde y que me inyectaron algo en el brazo. Después, todo fue paz.

12 de enero de 2017

29

BERNARDO

Eran las diez de la mañana cuando abrí los ojos; lo primero que vi fue la cara sonriente del inspector, se había puesto camisa limpia y olía a esa colonia que ya se me estaba haciendo tan familiar. Me seguía doliendo la cabeza y si se me ocurría apoyar la cabeza sobre la almohada, la tortura era indescriptible; el chichón había dado paso a una pelota de tenis, pero los recuerdos los mantenía intactos.

—¡Lo tuve entre mis manos! —Me toqué el chichón, pero enseguida retiré la mano— ¡Que putada!

—No tengo palabras para disculparme. ¡Menudo fallo tan imperdonable! Me estoy haciendo viejo —se lamentó—. ¡¿Cómo no vi que entraba alguien?! ¡¿Cómo no me imaginé que alguien más podría ir tras esos papeles?!

—No eran papeles —Me quedé mirándolo y él a mí—. Lo llegué a coger, y por la consistencia y la flexibilidad, sé que eran fotos —Y le narré todo lo acontecido aquella noche. Después le pregunté— ¿Quién cree que lo ha hecho?

—Diría que la misma persona que atacó a Carlota y la misma que tiene atemorizada a Mercedes — Y se quedó pensativo—. Pero como resulta que no nos quieren decir de quién o de qué tienen miedo, no podemos saber

más —y añadió—. Lo que me resulta evidente es que se trata de alguien con acceso a la llave de Construimos, o que le resulta fácil conseguirla. Descarto a Guillermo porque con no dejárnosla y hacerse con el sobre, si es que sabe que existe, sería suficiente. También descarto a Miguel y a Fernando; al primero porque no necesita venir a medianoche a robar nada y al segundo, porque parece que simplemente quiere divorciarse y estoy convencido de que no agredió a su mujer. Las hermanas Grau evidentemente tampoco han sido; y para Pedro y Elena conseguir la llave me parece complicado. Así que nos quedan: Bernardo, Gervasio y Álvaro. Este último ha podido hacerse con la llave a través de sus amigos, de una u otra manera.

Tras la explicación Jaime me informó de que acababa de hablar con el doctor y que le había dicho que hasta el día siguiente no pensaban darme el alta. El impacto del bate, Jaime se había inventado que la noche anterior habíamos tenido un altercado con unos camorristas y que me habían golpeado con un bate, había sido de consideración y que, aunque habían transcurrido las horas claves, hasta pasadas al menos 48 horas podría existir riesgo de hemorragia interna.

Yo seguía un poco aturdido, pero entendí perfectamente cuando me informó de que pensaba ir a hablar con Bernardo Grau y que luego volvería a contármelo todo con pelos y señales; que sería como si yo hubiese estado allí.

Pero por ahí yo no pensaba pasar, por muy imprudente que resultara. Nos estábamos acercando al final y yo no iba a perdérmelo. Que me metieran un cóctel de vitaminas por vena si hacía falta, pero yo me iba. Jaime me insistió hasta la saciedad, por lo que al final me vi obligado a que viera la realidad.

—En menos de 24 horas he escuchado una conversación privada; he perseguido a una mujer porque llevaba un sobre; casi cojo una pulmonía al caerme sobre la helada nieve de un oscuro bosque al ver un enorme jabalí por escuchar otra conversación privada y por último, y como colofón, casi me matan por entrar a hacer fotos en el interior de una propiedad privada. Y ahora, usted me pide que me quede de reposo —chasqueé la lengua—. Jefe, esta vez va a ser que no.

—¡Vístete! —Y abandonó la habitación.

Enseguida entró una enfermera que me dio una camisa a rayas blancas y azules. Me quedé extrañado.

—Me la acaba de dar su padre para que se la ponga, ¡qué suerte tiene con su padre! Se ha pasado toda la noche en el sofá y luego se ha ido a casa a por una camisa limpia. En fin, se va bajo su propia responsabilidad; no le han dado el alta —Y salió por donde había entrado.

Mientras me la ponía pensé que Jaime sabía de antemano que no me iba a quedar en el hospital, pero para no parecer sensiblero no le quise hacer ningún comentario, aunque lo cierto era que me había emocionado. Únicamente le di las gracias por la camisa y ya en el interior del Peugeot enfilamos hacia el Paseo del Prado.

Eran las once y media cuando cruzábamos el umbral de las inmensas oficinas. Saludamos a la recepcionista y Jaime le mostró la placa de una forma rápida y breve; ella, con total seguridad, nos recordaba. Nos devolvió el gesto con un movimiento de cabeza. Tuve la certeza de que su siguiente paso sería descolgar el teléfono y avisar de nuestra presencia.

Nos metimos en el ascensor y apretamos el botón número ocho. Las puertas se abrieron y en cuatro zancadas nos situamos en el centro del espacioso distribuidor de la planta. Miramos en dirección izquierda, al fondo, allí donde sabíamos que se encontraba el despacho de uno de los hombres más ricos del país. Me fijé en que una pareja estaba entrando.

—¿La del traje pantalón azul marino no es Mercedes Grau y el que accede tras ella, con sus inapropiadas sandalias, el infeliz de Miguel? ¡Pobre tío! Es el único gilipollas que conozco que se atreve a ponerse unas chanclas un doce de enero en Madrid, por no contrariar a la engreída de su mujer.

—Sí, parece que son ellos —me respondió el inspector arrugando la frente—. Vamos a por Bernardo, aunque no tenemos ni idea de cuál es su despacho.

—Uno será de Carolina, otro de Bernardo y otro de Álvaro; de las otras dos puertas, ni idea —resoplé.

—Pues tendremos que ir probando —En ese momento estaba girando uno de los picaportes—. Esta es una sala de juntas. Nada. La del fondo a la

derecha debe de ser un baño. Por cierto, ¿cómo llevas la cabeza? —me comentó mientras hacía rotar otro de los pomos, pero no tuve tiempo de responder y decirle que estaba un poco mareado— ¡Ah!, señor Grau, disculpe nuestra intromisión —exclamó metiendo la cabeza en el despacho.

Jaime abrió la puerta de par en par y me dio tiempo a vislumbrar como Bernardo Grau se ponía en pie y venía a nuestro encuentro con la mejor de sus sonrisas y vestido como recién salido de un anuncio de trajes de lujo. Nos extendió la mano.

—Inspector, no sabe cuánto lamento el imperdonable incidente que ocurrió el otro día. Quería haberle llamado para disculparme, pero, entre unas cosas y otras, se me ha pasado. Lo siento profundamente. Estaba un poco nervioso por la muerte de Carolina y lo pagué con ustedes —y nos invitó a tomar asiento.

El despacho, con vistas a la vía principal, tenía unas dimensiones más reducidas que la de su padre, pero la decoración me resultó mucho más moderna y acogedora. Deduje que el resto de despachos seguirían la misma línea que este; el único de tan rancio abolengo sería el del patriarca.

—De eso precisamente queríamos que nos hablara, de Carolina —Bernardo puso cara de perplejidad. Estaría pensando que íbamos por el caso de Carlota. Reyes continuó—. ¿Sabe? La mayoría no coincide con su versión acerca de su fraternal relación con Carolina —Jaime hizo una parada para comprobar la reacción de nuestro interlocutor—. Tal vez tenga alguna matización que hacernos.

Bernardo suspiró.

—Mire, les mentí porque a veces me altero un poco y no quiero que me carguen con el muerto, y nunca mejor dicho. Solo los más allegados saben que mi relación con Carolina era prácticamente inexistente, porque ante los empleados guardábamos las formas y aparentáramos una actitud cordial, pero en privado solo nos dirigíamos la palabra lo estrictamente necesario y ni siquiera nos llamábamos por teléfono —Se estaba poniendo nervioso porque me di cuenta de que se estaba clavando las uñas en las palmas—. Si quieren saber por qué, deberían preguntárselo a mi padre; él es

quien adoraba a Carolina y todo lo que ella hacía le parecía perfecto y no paraba de cederle acciones.

—¿Y por eso la abofeteó la tarde antes de su muerte?

Al escuchar la pregunta Bernardo empezó a subir y bajar el talón de su pierna derecha con movimientos rápidos.

—Eso fue una caricia mal dada y ya está; me sacó de quicio. Ya se había encargado ella de meter en la cabeza de mi padre que su hermana y el novio trabajaran aquí. Se estaba incorporando aliados para hacerse con la presidencia de la compañía, y lo peor es que tenía a mi padre completamente obnubilado —La piel del rostro se le estaba enrojando—. Lo único que lamento es que esa fuera la última vez que la vi. ¡Yo no deseaba su muerte!

Jaime no hizo ningún comentario y cambió de tercio.

—¿Sus primas no tienen nada que ver con las sociedades? —El inspector se inclinó hacia delante— ¿Y sus respectivos maridos?

—Mi padre les regaló acciones y nunca les faltará de nada. En el fondo, estoy convencido de que se sintió culpable. Verán, cuando mi tío necesitó dinero, no quiso aceptar la ayuda económica de su hermano y solo consintió vendiéndole su parte de las tierras. Con el tiempo apareció el petróleo y con el beneficio que obtuvo, trabajó duro y creó su imperio. Quiso compartir el éxito con su familia y siempre se ha preocupado de su bienestar —Respiró profundamente—. Pero, contestando a su pregunta, no, ellas no trabajan aquí —y continuó—. Respecto a sus maridos, Fernando Morales es uno de nuestros abogados y con Miguel tenemos algunos negocios de los que se ocupa él personalmente —Por el movimiento de su cuerpo deduje que las piernas se le estaban desbocando por la inquietud—. En cuanto a Construimos, yo soy vocal, pero la realidad es que apenas me paso por allí, la política no es mi pasión.

—Ahora nos gustaría que nos dijese dónde se encontraba el día 24 de diciembre, Nochebuena, entre las cinco y las nueve de la noche —le dijo Jaime con voz calmada.

—En mi casa, me acuerdo muy bien porque estuve esperando a que mi mujer volviese de la peluquería, y llegó un poco tarde —Apretaba los puños

por la tensión—. Cuando aparecimos en casa de mis padres, mi madre estaba muy enfadada.

Jaime le siguió interrogando hasta la saciedad. Nos confirmó que habían dado la tarde libre al servicio por ser Nochebuena y que él se había quedado al cuidado de su hijo de seis años, así que su coartada no era muy fiable. Después le sonsacamos que, entre sus múltiples coches, tenía un Bentayga gris marengo que utilizaba cuando iba de caza —Yo no tenía ni idea de qué tipo de vehículo era ese—. Durante toda la entrevista no dejó de sudar y de vez en cuando se le marcaban las venas sobre la piel, pero se contuvo de ir más allá. Para sosegarlo Jaime le preguntó por aquellos extraños sucesos en los que pudo esquivar a la muerte; ahí se puso hasta simpático y sus músculos se relajaron, se explayó detallándonos los cuatro episodios que recordaba en los últimos dos años. Además de en la montería: un casi atropello, un atraco a punta de navaja y un resbalón en su garaje por culpa de la gasolina que se había salido del coche; esos eran los últimos, pero antes también le habían ocurrido cosas extrañas. Me fijé que Jaime se rascaba la barbilla con cada aventura que contaba; se lo estaba creyendo, y yo también.

Reyes no se olvidó de preguntarle acerca de su paradero la tarde del 23 de diciembre; encajaba con lo relatado por el resto de presentes y volvió a afirmar que esa fue la última vez que la vio. Entonces, Jaime, muy educado, le dejó caer que tal vez se hubiese pasado con su hijo la tarde de Nochebuena por casa de Carolina. Bernardo se puso nervioso y comenzó a gritarnos:

—¿Me está acusando de algo?! —Parecía que le costase tragar—
Díganme si tengo que llamar a mi abogado. ¿Si les digo que no volví a hablar con ella, es que no volví a hablar con ella!

—Señor Grau, relájese, son las preguntas habituales en estos casos —
Bernardo soltó aire y agachó la cabeza mientras juntaba las manos sobre la mesa—. Únicamente queremos saber si la vio o habló con ella el día 24.

—No. Ya les he dicho que la conversación en la que estuvo mi padre presente fue la última que mantuve con ella. Ni teléfonos ni mensajes —
Levantando el cuello, se tocó la nuca.

—Gracias por su tiempo —dijo Jaime levantándose, yo hice lo mismo —, si le necesitamos, volveremos a ponernos en contacto con usted.

Bernardo también se puso en pie y con la tensión reflejada en su cara, nos estrechó brevemente la mano a través de su escritorio y volvió a acomodarse en su butaca.

Ya en la puerta Reyes dio un giro y volvió a dirigirse al hombre.

—Perdone, señor Grau, una última cuestión —Jaime se agarró al picaporte—, no sé si sabía que Carolina estaba embarazada, doy por hecho que sí. ¿Qué hubiese sucedido en la compañía si ese niño llega a nacer?

Bernardo se puso rojo de ira y le encajó un estruendoso puñetazo a la tabla.

—¡Es usted un hijo de puta, inspector! —bramó, pero se quedó quieto.

Por si acaso, abandonamos rápidamente el despacho y comprobamos que la puerta quedaba bien cerrada. Jaime miró su reloj, era la una. Habíamos dejado al tipo sin su *relaxing cup of* café con leche. Jaime estaba pletórico y me confesó que si no fuera por el chichón, me daría una colleja por lo bien que nos estaban saliendo las cosas.

—¡Acabamos de descubrir dos secretos inconfesables en una sola entrevista! —exclamó feliz.

—¿Dos?

—El evidente es el de Bernardo Grau: odiaba a Carolina porque le suponía una rival muy fuerte en la compañía. Se sentía un segundón —Yo asentí agachando la mirada, no estaba para ir moviendo la cabeza—. Pero del que estoy encantado es del secreto de Mercedes Grau... —Y empezó a reír— La dama de tan alta alcurnia ¡era pobre! —volvió a reír—. Ha vivido de la caridad de su tío hasta que se casó con Miguel y eso, estoy convencido de que no lo podría soportar.

Yo también hubiese soltado una carcajada si no hubiese sabido el dolor que me iba a provocar, por eso me contuve.

—Lo que le tengo que decir es que este tipo también me ha parecido bastante sincero... Lo único es la coartada, sabemos que su testigo no es el

más fidedigno del mundo y por lo que nos contó Susana Grau, que el niño tiene síndrome de Down, tampoco parece que sienta un gran amor paternal. Tal vez sí que fue capaz de hacerle una visita a la cuñada y meter al chiquillo en el coche.

—Capaz, lo veo de sobra... Pero solo en un momento de ofuscación —Enarcó la ceja que ya se le había curado—. Ese tipo es un mal nacido por ser un maltratador, seguro que su mujer recibe jarabe de palo todas las semanas, aunque eso no nos la va a reconocer —Y siguió diciendo—. Pero eso quizás no lo convierte en un asesino. Si la que hubiese muerto fuese su mujer, ya no pensaría igual.

—No sé qué decirle —Y cambié de tema—. Por cierto, ¿qué coche es un Bentayga? —Sentía verdadera curiosidad.

—Un Bentley de unos 200.000 euros; euro arriba, euro abajo.

—¡Joder! En que niveles nos movemos —silbé—. Luego dicen que el dinero no da la felicidad, pero para mí, desde luego, contribuye en gran medida. Si estoy hecho polvo, me cojo el Bentayga y me doy una vuelta a esperar que se me pase el disgusto.

—¡Venga! Deja de pensar en el Bentayga y vamos a comisaría a apuntar en la pizarra.

Pero, una vez en el hall, Jaime encaminó sus pasos a las butacas y se dejó caer sobre una de ellas. Yo me senté a su lado y comprobé que la cámara de vigilancia no nos estaba enfocando.

—Ya me fijé ayer que aquí es un punto muerto —Y me observó—. No pensarás que Mercedes Grau va a acceder a sentarse en un sitio como este para hablar con nosotros, si sospechase que a los cinco minutos su tío estaría leyendo sus labios y se pudiera enterar de todo lo que ha dicho. No la subestimes.

—¿Para qué nos hemos sentado aquí? ¿Estamos esperando a alguien? —quise saber. No entendía ese cambio tan repentino.

Jaime se restregó la cara y el pelo con las manos y se volvió a mirarme. Me pareció distinguir un brillo en su mirada.

—¡No puedo entender cómo no lo he visto antes! Supongo que han pasado tantas cosas en los últimos días que he perdido de vista el famoso spray —Cerró los ojos—. Céntrate, Manolo —me suplicó con apremio—, y piensa en todos los lugares que hemos visitado —Inhaló y exhaló el aire de sus pulmones—. Dime: ¿con cuál de todos te quedarías si tuvieses que realizar un experimento tan peligroso, que llega a ser letal, como es mezclar cianuro con agua? —Sacó su móvil.

Yo me quedé quieto durante unos instantes, que fueron suficientes para ver lo mismo que había visto él. ¿Cómo no nos dimos cuenta antes?

—¡El taller de pintura de Carlota Grau! —exclamé, pero el inspector ya no me atendía.

Escuché como hablaba con el Comisario López y le ponía al tanto de la situación. Le solicitó una orden de registro del domicilio de los Morales Grau y le instó para que en cuanto el juez la hubiera firmado, se lo hiciera saber a la mayor brevedad posible. No había tiempo que perder.

—Nos vamos directos a ese estudio. Lo más lógico es que se haya deshecho del cianuro, pero, si hay suerte, quizás los agentes puedan encontrar algún rastro —y me explicó—. Iremos a hablar con ella a ver qué nos cuenta y en cuanto tengamos luz verde, le ponemos la casa patas arriba.

30
CARLOTA

Cogimos el coche que habíamos dejado aparcado en la calle y pusimos rumbo a Los Cerezos. Nuestra idea era continuar por el Paseo del Prado para seguir por el Paseo de Santa María de la Cabeza y de ahí incorporamos a la M-30, pero tan solo habríamos recorrido un par de kilómetros cuando Jaime empezó a reducir la velocidad del Peugeot y terminó pisando el freno en el cruce con la calle Atocha.

—¿Qué pasa? —le pregunte extrañado.

—Que acabamos de pasar por un Burger King —me dijo con el rostro serio.

—¿Un Burger King? ¿Y qué tiene que ver una hamburguesería con el cianuro? ¿Se le ha ocurrido alguna idea? —Con los recursos que tenía el inspector, tal vez se le hubiera pasado por la cabeza que el veneno lo habían introducido en un trozo de carne.

—No tiene absolutamente nada que ver, simplemente estoy pensando que la orden puede tardar un buen rato y si llegamos ya, nos vamos a tirar un montón de horas en esa casa, y tu cabeza no está para tanto trote —me aclaró—. Tal vez, lo mejor sea comer algo rápido y esperar hasta las cuatro para ir. Ya sabes que preferiría otro tipo de restaurante, pero como aún es pronto y prefiero dejarme los festines para ocasiones más solemnes, este sitio es el

ideal, ¿te parece bien?

—Perfecto. Si el asunto va para largo, es mejor no pasar hambre —y le confesé—. Estoy un poco nervioso, así que soy de su misma opinión. Nos quedamos.

Elegimos nuestros menús y nos sentamos en una de las mesas. Yo me sentía muy cansado, pero no tenía ninguna intención de decírselo.

Mientras masticábamos sin prisa me estuvo contando que entre que redactaban la solicitud, le llegaba al juez y este comprobaba que se cumplían todos los requisitos, podían pasar horas. Después nos fuimos a una cafetería cercana y nos tomamos un café; Jaime no paraba de echarle vistazos al teléfono. Ahí volví a manifestarle mis dudas acerca de lo remota que era la posibilidad de que encontrásemos restos del ácido cianhídrico.

—Novato, ¿no te han dicho nunca que eres un cenizo? Si estás un poco alterado, te pido, por favor, que te controles —y continuó—. Eso quiere decir que si lo siguiente que se te ha ocurrido es que el mamporro que te endilgaron no tiene nada que ver con el caso, es mejor que cierres la boca y no me lo digas —Cogió el abrigo y se levantó—. Vamos que son las cuatro y Carlota Grau ya habrá hecho la siesta.

A las cuatro y veinte ya veíamos el campo de golf y diez minutos después llamábamos al telefonillo. Una voz de mujer nos preguntó por el asunto que queríamos tratar. Le dijimos que éramos policías y que teníamos urgencia en hablar con la señora Morales. Tras unos minutos de espera se escuchó el sonido de apertura y empujamos la verja. Concluimos que Carlota no se sorprendería de nuestra aparición, supondría que se trataba de su agresión. Llegamos hasta la puerta de la casa y tuvimos la gran suerte de que la asistenta nos condujera directamente al estudio de la artista. Dio unos golpecitos y la abrió. Nos cedió el paso y la señora de servicio se retiró.

Carlota se había colocado en la misma posición en que la encontramos la primera vez que la visitamos, de espaldas a nosotros admirando su obra y con un pincel en la mano. La diferencia era que la bata que llevaba ahora era rosa y que se encontraba sentada en un taburete. En esta ocasión tuvo el detalle, aunque no se giró, de dirigirnos la palabra nada más sentir nuestra

presencia. Quizá sentía vergüenza de que le viéramos la cara.

—¿Hay alguna novedad respecto a mi agresión? ¿Lo han trincado?

En ese momento se volvió hacia nosotros y aunque llevaba el pelo suelto, su repelente cara me impresionó de nuevo; el estado de la frente y del ojo eran de una deformidad repulsiva.

—Sobre eso, todavía no tenemos nada nuevo, señora Grau, pero estamos en ello —le aclaró el inspector—. Como también lo estamos sobre el asesinato de Carolina Martín, y estamos aquí para que nos explique si usted sabía que su marido acababa de terminar una aventura con ella —Jaime estaba muy tranquilo.

—Sí... —titubeó— Siempre sospeché que mi marido estaba secretamente enamorado de «doña Perfecta», y necesitaba una confirmación; por eso contraté los servicios de un detective —Unas lágrimas comenzaron a rodar por su maltrecha cara.

En ese instante sonó el móvil de Jaime, con un: «Disculpe», atendió la llamada. Si estaba excitado no se le notó, simplemente miró la pantalla e hizo una mueca que me pareció una sonrisa.

—Diga —Silencio mientras él hacía gestos afirmativos con la cabeza—. Perfecto. Que me avisen cuando lleguen —Y colgó—. Perdona, se trataba de un tema urgente. Continuemos —Y miró a la pintora—, nos reconoce que sabía de esta última relación.

—Sí, pero como ya había finalizado y no quería perder a mi marido, me lo callé —Le salió un hipido—. Pero de poco me ha servido, quiere divorciarse.

—Así son las cosas... —y siguió preguntando— ¿Podría decirnos dónde se encontraba el día 24 de diciembre entre las cinco y las nueve de la noche?

—¿Y por qué tengo yo que contestar a esa pregunta? —Levantó la barbilla y se la noté más afilada. Sin lugar a dudas, aquella mujer era una bruja.

—Porque, si no nos contesta a nosotros y además nos convence,

tendrá que hacerlo delante del juez —Respiró—. Si no tiene nada que ocultar, por su propio bien, le aconsejo que nos responda.

—Estuve aquí con mis hijos —Hizo un gesto de desprecio con la boca.

—¿Algún testigo que lo corrobore, además de Nando?

—Mi marido estuvo conmigo hasta las seis... —e hizo una mueca que pretendió ser una sonrisa ladina— y la asistenta estuvo aquí hasta las ocho.

—¿Y por qué llegaron tarde a la cena en casa de sus tíos?

—Eso mismo le pregunté yo a Fernando. ¡Yo qué sé de dónde vino!
—Por su operada mejilla rodaron unas lágrimas.

El timbre del móvil de Reyes interrumpió la conversación.

—Ahora comprobaremos su versión —Cogió el móvil—. ¿Sí? —Se hizo una pausa— Llamad —y dirigiéndose a Carlota, le comunicó—. Señora Grau, en la puerta se encuentran otros compañeros que traen una orden judicial para proceder al registro de su casa. Le informamos de que tenemos serias sospechas de que en esta propiedad se han llevado a cabo manipulaciones de sustancias consideradas altamente peligrosas.

—Pero ¡¿qué me está diciendo?! —chilló. Su mirada de odio, a pesar de utilizar un solo ojo, se hizo más evidente— ¡Aquí no se ha producido ninguna manipulación de nada! ¡Este error lo van a pagar muy caro!

La criada debió asustarse al ver a los policías y les abriría sin preguntar porque, sin avisar a la señora, aparecieron seis policías y un letrado de la administración que nos saludaron al llegar a nuestra altura.

—Bienvenidos —y les ordenó con voz suave—. Por favor, no os dejéis nada. Llevaos todas las pinturas y tarros y que los analicen. ¡Removed todo, hasta la última piedra! —y mirándome a mí, dijo— Que revisen hasta las zapatillas de Nando si hace falta.

Carlota se derrumbó y comenzó a llorar desesperadamente. La dejamos jurando que ella no sabía de lo que le hablábamos, que estábamos locos y que nos íbamos a arrepentir.

Nos fuimos hacia la salida y en la puerta de la casa nos topamos con una asustada asistenta que miraba sin dar crédito a lo que veía. Aprovechamos y le preguntamos sobre su paradero la tarde del día 24. Confirmó lo asegurado por su jefa. Estuvo hasta las ocho al cuidado de los niños.

El coche nos esperaba en la carretera y una vez dentro tuve la intención de empezar con mi sarta de interrogantes, pero me contuve; esa mujer nos acababa de decir la verdad, pero al mismo tiempo su secreto inconfesable la hacía sospechosa de asesinato, así que únicamente le hice una pregunta.

—Jefe, ¿y si ha sido Fernando? Ese tipo nos ha mentado respecto a las tardes del 23 y 24 de diciembre, y habló con Carolina el día de su muerte — Torcí la boca—. Además, Elena nos dijo que, si se enteraba de que su hermana estaba embarazada de otro, le iba a sentar muy mal; recuerde que ya comentamos que estaba loco de amor por Carolina y —lo miré de reojo— ocasión también tuvo.

—Vamos a esperar a ver qué encuentran los chicos —Sacó el cigarro electrónico y se puso a *vapear*—. Mañana tenemos que hablar con Fernando, que nos aclare dónde estuvo él y qué sucedió entre las ocho y las ocho y media — y me dijo —. Recuerda que el forense nos dio el margen entre siete y ocho y media para la hora de la muerte.

—Pues Carlota tuvo que correr mucho.

—Necesito pensar —dijo a modo de respuesta.

El resto del trayecto nos mantuvimos en silencio, teníamos muchos indicios a los que darles vueltas. Jaime me sugirió que nos fuésemos a descansar, yo tenía que ir reponiéndome del golpe. Eran casi las ocho de la tarde y al día siguiente nos esperaba una dura jornada, entre otras cosas pensábamos asistir al funeral de Carolina. Sería un buen momento para verlos a todos juntos.

Me dejó en casa y nos despedimos. Subí a mi apartamento y me metí directo en la cocina, recordé que llevaba muchas horas sin comer. Cogí cuatro rebanadas de pan de molde y del paquete de lonchas saqué varias de queso y

las adorné con una rodaja de salchichón. Comencé a devorar el primer bocadillo. Entonces fui consciente de que hacía un par de días que no comprobaba el correo y estaba esperando uno en concreto. Me fui corriendo al ordenador y lo encendí.

Allí estaba, en verdad Angelines era eficiente, el último mensaje de la bandeja de entrada me indicaba que la sagaz señora se había acordado de enviarme la documentación que le había solicitado. Era breve, así que, mientras acababa de engullir el segundo sándwich, tuve tiempo de leerlo dos veces y le respondí solicitándole un nuevo favor. Con un poco de suerte lo podría saber al día siguiente.

Me di una ducha rápida, a pesar de que en la calle hacía un frío como para reventar las venas de los globos oculares, me notaba sudado de todo el día. Me preparé mi socorrido vaso de leche con galletas, enchufé la televisión y busqué un canal donde retransmitiesen una película. Tenía la intención de desconectar la mente y pronto lo conseguí. Me tomé un analgésico y bostecé.

13 de enero de 2017

31

FERNANDO

La alarma de mi despertador comenzó a pitar. Con la mejilla pegada cuidadosamente a la almohada, estiré el brazo para apagarla y apreté el pequeño botón, pero mi plan no funcionó, seguía sonando. Lo volví a intentar y obtuve el mismo resultado. Me acababa de despertar y todo estaba a oscuras. Estaba aturdido y encendí la lamparita. En el reloj parpadeaban en rojo unas cifras, las 6:08. No podía ser el despertador, pero seguía escuchando el sonsonete. Mi cerebro estaba espeso, así que traté de concentrarme en un segundo y llegué a la conclusión de que tenía que tratarse del teléfono. Me incorporé y lo cogí de encima de la mesilla, pude leer el nombre de la persona que no paraba de insistir. Rápidamente presioné la tecla de aceptar.

—¡Ché, jefe! ¿Qué pasa? ¿Han encontrado el ácido? —le pregunté con apremio mientras con la otra mano me quitaba una legaña.

—Buenos días, Manolo —Su voz sonaba lejana—. ¡Vístete ya y baja!
—Me sonó a orden edulcorada.

—Pero ¿qué pasa?

—Pasa que voy en el coche y te recojo en cinco minutos. No desayunes, he comprado unos bollos en una panadería y el café nos lo tomamos en la comisaría. ¡Baja!

—¿Han encontrado el cianuro? —Le volví a insistir.

—De momento no hay nada. Tenemos que esperar a los resultados del laboratorio, pero aparentemente la cosa no pinta bien —Y cambió de tema—. Lo que han encontrado son las fotos que demuestran que Carlota sabía de la infidelidad de su marido, y... ¡la uña! —exclamó—. Como Carolina todavía se encuentra en el depósito, fácilmente han podido comprobar que coincide. ¡Baja que ya estoy llegando!

Me vestí cogiendo unos vaqueros limpios y me cambié la camisa. Me fui directo al baño, me lavé cara y me eché desodorante. Agarré el plumífero, bajé por las escaleras y salí como un meteorito del portal; allí estaba el Peugeot gris. Me introduje en su interior y asalté al inspector.

—¿Dónde estaba?

—En el asiento del copiloto del coche de Fernando Morales —Pisó el acelerador.

—¡Joder! ¿Qué coche es?

—Un Audi Q7 de color azul —me respondió sin dejar de mirar la calzada—. Pero no es azul marino, es metalizado...

—¡Ché, ché, ché! ¡Fernando! —Los interrogantes me invadían— ¿Cómo lo hizo? —yo mismo me respondí— Forcejearon en el coche y él no se dio cuenta de que a ella se le rompió una uña. ¡Claro! —Dudé unos instantes— Y Carlota Grau nos dijo que su marido estuvo con ella hasta las seis de la tarde del día 24. ¡Pudo hacerlo!

—No elucubres tanto —me calmó—. Se ha cursado una orden de arresto preventivo contra él. Ahora nos lo traerán —y rió—. No pensarás que te levanto a estas horas para darme un paseíto contigo —y dijo como para sí—. Solo espero que la prensa no se entere de que tenemos retenido a este tío hasta que lo tengamos todo hilado.

—Hoy es el funeral de Carolina, ¿no nos íbamos a pasar? —le recordé.

—Esto es más importante y no podemos estar en dos sitios a la vez. Que vayan algunos agentes y nos informen. Total, ya sabemos quiénes van a

estar.

Llegamos y saludamos a los pocos que se encontraban de guardia. Nos hicimos un café en la máquina, me abstuve de la leche, y bajamos a nuestro cuartel general. Tragamos deprisa los pastelitos que había comprado Jaime y me bebí tan rápido el caliente café que me hirvió hasta la faringe. Sonó el móvil de Jaime y nos confirmaron que el señor Morales ya se encontraba en las dependencias policiales y que había rechazado la presencia de un letrado, alegando que él mismo era abogado penalista y le sobraba para defenderse. «Traedlo a la sala de interrogatorios, por favor», les indicó el inspector. Nosotros también nos dirigimos a la misma habitación.

Para acceder a la estancia había dos puertas: la primera daba acceso a la sala de interrogatorios propiamente dicha, constaba de una mesa y dos sillas. La otra puerta te llevaba a un apartado desde el que se podía seguir la conversación y donde la pared, con un rectangular boquete acristalado, te permitía ver sin ser visto y escuchar sin ser oído. Utilizamos la primera entrada y esperamos su llegada.

Cuando lo vimos aparecer, me impactó contemplar a aquel hombre de rostro tan demacrado. La mañana de nuestra primera entrevista se me presentó como cansado y un poco abatido, pero ahora se me apareció como un famélico desecho humano. Había perdido varios kilos y esa extrema delgadez lo hacía envejecer; los deportivos pantalones le estaban grandes y las ojeras eran mucho más profundas y marcadas, hasta las invisibles canas de su espeso y rubio pelo se me hicieron más evidentes.

—Tome asiento, por favor, señor Morales —Como un autómata se sentó en la silla que le ofreció Jaime. Él ocupó la de enfrente y yo me quedé de pie—. ¿Sabe por qué está usted aquí?

Fernando pareció dudar.

—En realidad, no —Se restregó la cara con las manos—. Me han comunicado que han encontrado una uña de Carolina en mi coche, pero no tengo ni idea de lo que me están hablando —Se acurrucó hacia delante—. Ella estuvo alguna vez en el automóvil, igual se le rompió y allí se quedó —Hizo una pausa—. Pero no sé, el coche lo llevé a lavar antes de Navidad y

hacía tiempo que Carolina no subía, tal vez no lo limpiaron tan a fondo.

—Usted está aquí —le explicó el inspector— porque estamos investigando el asesinato de Carolina Martín. Si aparece su uña debajo de uno de los asientos de su coche, entienda que se encuentra en un grave aprieto, así que, por su bien, le rogaría que nos preste su máxima colaboración —Lo observó para ver que lo había entendido—. Empecemos por el principio, Fernando. Por cierto —se interrumpió—, ¿le apetece un café? Quizás le venga bien para poder aclararse las ideas —El detenido asintió y yo me retiré para transmitir el recado. Volví a entrar—. Sabemos que mantuvo una relación sentimental con la señorita Martín desde septiembre hasta noviembre del año pasado y...

—Sí, y no me arrepiento de nada —le interrumpió el detenido— Con Carolina fui muy feliz —Miraba hacia el infinito—. Tanto que, aún sin ella, me voy a divorciar.

—¿Era usted el padre del hijo que esperaba? —Nosotros sabíamos la verdad, pero Jaime quería comprobar si el secreto inconfesable de Fernando era el responsable de la muerte de la mujer; necesitábamos conocer la perspectiva del señor Morales.

Llamaron a la puerta y le sirvieron el café.

—Supongo que sí, pero me enteré por ustedes de que ella estaba embarazada —Parecía que se le iban a saltar las lágrimas—. No se imaginan cómo me llegué a sentir, perder a la mujer que quieres y enterarte, por unos policías, que también pierdes un hijo —Se puso azúcar y dio un sorbo.

—Volvamos a la tarde del día 23. Si no recuerdo mal, nos dijo que llegó al edificio de Grau&Co sobre las ocho y cuarto —y le habló muy despacio—. Le ruego que lo piense bien y nos explique, paso a paso, qué sucedió.

—Sí, serían sobre las ocho y cuarto cuando me presenté en la planta octava. Necesitaba hablar con Carolina porque no quería que se marchase a Londres, tenía que convencerla —Volvió a frotarse los ojos—. El otro día les mentí porque mi mujer estaba delante.

—Continúe —le instó Jaime.

—Al salir del ascensor, por el rabillo del ojo, vi a Guillermo cerrando la puerta, parecía que se marchaba, pero como no estaba seguro de que fuera consciente de mi presencia y yo tenía prisa, me fui directo al despacho que me interesaba y me crucé con Miguel, que salía de allí. En cuanto entré le supliqué a Carolina que volviera conmigo, pero ella me dijo que ya hablaríamos en otro momento porque estaba muy liada, así que a los dos minutos tuve que salir —Bebió lentamente—. Pensaba marcharme, pero Bernardo estaba por allí y aproveché para comentarle unos temas. Charlaríamos unos quince minutos. Al salir me topé con Álvaro que se estaba preparando un café y nos despedimos felicitándonos las fiestas.

En ese instante Jaime y yo nos miramos, ahora ya teníamos toda la tarde del 23 cuadrada. Todo coincidía.

— ¿Y ya no volvió a ver a Carolina?

—No.

—¿Y de qué tenía que hablar con Bernardo? —Reyes no se iba a dejar nada en el tintero.

—Eran cuestiones acerca de Construimos. Sobre un dinero que había desaparecido. Todos cargaban contra mi hermano, pero yo lo defendía porque todo el mundo es inocente hasta que no se demuestre lo contrario— Fernando estaba extenuado, pero, por el momento, lo iba contando todo con exactitud.

—Y usted pensaba que Gervasio era inocente —afirmó Reyes.

—¡No lo sé! —exclamó, y los pómulos se le hundieron más— Quiero pensar que sí, pero es cierto que el dinero no está. Carolina lo repasó varias veces y ella tenía la certeza de que se lo había llevado Gervasio.

En ese momento se abrió la puerta y asomó el rostro de Angelines. Me hizo una seña con la mano y salí. Como estaba cansado, aproveché para hacerle un gesto a Jaime e indicarle que me sentaba un rato en el otro lado, él asintió. Abandoné la sala y Angelines me agarró la mano y metió en ella un papel, me guiñó un ojo y se marchó a sus quehaceres. Yo le eché un vistazo y me lo guardé en el bolsillo. Escuché desde mi asiento como Jaime le iba preguntando uno a uno por todos los representantes de Construimos. Yo me había prestado a sustituirlo cuando lo considerase oportuno y continuar con el

interrogatorio; él me lo había agradecido, pero yo sabía que aquello no iba a pasar, el inspector era incansable.

Jaime estaba completamente concentrado en sus preguntas cuando un móvil comenzó a sonar, se tocó el bolsillo y sacó su teléfono. Puso cara de desconcierto, lo dejó sobre la mesa y se palpó la chaqueta, sacó otro móvil. Era ese. Se levantó, pidió disculpas a Fernando y se pasó a mi sala.

—Es el teléfono del inspector Hernández —me explicó, creyendo que así disipaba mi curiosidad, pero no lo entendí. Descolgó.

—Diga, inspector Hernández al habla —. Sí, claro, Pilar, ¿cómo me iba a olvidar de usted con lo encantadora que es? — Por supuesto que hace usted muy bien en llamarme —. Sí, claro que sé dónde es —. Por favor, no se mueva que vamos para allá —Pulsó el botón rojo y me miró.

—¿Qué pasa? —Yo estaba en ascuas.

—Era Pilar, la vecina, está en el funeral de Carolina. Asegura que acaba de ver el mismo coche que entró en casa de la víctima la tarde del 24 de diciembre. Vámonos —Y dio una calada al cigarro electrónico.

—¿Y Fernando?

—Que se espere, que le den de comer si quiere —y añadió—. Lo podemos tener aquí hasta 72 horas. Tenemos tiempo para que nos cuente qué hizo la tarde del día 24.

Y con zancadas rápidas nos dirigimos hacia nuestro Peugeot gris. Calculamos que en unos veinte minutos podríamos estar con Pilar.

32
PILAR

Mientras nos dirigíamos al tanatorio comencé a expresar en voz alta mis cavilaciones.

—A Fernando lo encuentro hecho polvo —y continué—. Si fue él, lo más seguro es que discutiendo se le fuese la mano.

—Rociar a alguien con ácido cianhídrico yo no lo consideraría como que se le ha ido la mano —puntualizó Jaime.

—Me refiero a la pelea que pudo ocurrir antes. Tal vez, sí que le insistió demasiado.

—Desde luego, ocasión tuvo, viven muy cerca —Exhaló vapor—. Pero mejor vamos a esperar a ver que nos cuenta la vecina, porque el señor Morales, por el momento, nos está diciendo la verdad.

—Sinceramente, ¿cree que es fiable lo que nos pueda decir Pilar? —y le aclaré— Ya nos informó de que estaba muy oscuro y lo que pudo distinguir, en el fondo, es una mera suposición.

—Ahora nos enteraremos. De lo que no me cabe la menor duda es de que un coche está implicado en esta historia.

Llegamos al tanatorio y nada más cruzar las puertas de cristal, vimos a Pilar, esperándonos cara a su móvil, sentada en el ondulado banco de la

recepción. Abrigo negro y media melena perfecta, estaba impecable. Se levantó rápido, parecía alterada, y vino a nuestro encuentro.

—Buenos días, Pilar —la saludamos, y volvimos a salir al exterior.

—Buenos días o buenas tardes —Se apartó el flequillo de la cara y nos sonrió—. Es que cuando se hace la una ya no sé qué decir, siempre me ha pasado lo mismo. Recuerdo que...

—Sí, a mí me pasa lo mismo —la cortó Jaime temeroso de que aquella señora nos tuviese un rato disertando sobre las horas—. Pero mejor si nos cuenta cómo ha sido capaz de distinguir el vehículo.

—Pues verán —y se puso a contarnos—, a mí me avisó el señor Álvaro Jiménez de que hoy era el funeral de Carolina. Este hombre es estupendo, fíjese que acordarse de mí, después de tres o cuatro años que no viene por Los Cerezos. Bueno —pensamos que nos iba a hablar del coche—, es estupendo, menos para su mujer, ¡lo que le van las faldas a este hombre! —Y volvió a acicalarse el cabello— ¡Uy!, es que este mechón es muy rebelde, cuando estoy en casa me pongo una pinza, pero en estos casos no me la voy a poner.

—El coche, Pilar —la instó Reyes.

—Sí, sí. Pues cuando ha finalizado la misa, me he retirado junto con la mayoría y cuando he llegado, justo al punto en el que nos encontramos ahora, lo he visto pasar lentamente —y susurró—. El coche no es que fuese oscuro, es que es negro —Y nos miró con cara de triunfo.

—Ya —dijo Jaime—. ¿Y cómo puede estar segura de que ese era el automóvil en cuestión?

—Por el dibujo que llevaba. Es que, aquel día, cuando vinieron ustedes, estaba tan nerviosa que no lo recordé, pero, ahora que lo he visto, lo he reconocido. Ya les dije que el coche pasó por debajo de la farola que está justo al lado del garaje de Carolina y pude verlo durante un segundo.

—¿Ha tomado el número de la matrícula? ¿Cómo era el dibujo? —le preguntó Reyes impaciente.

—No, pero resulta que iba a llamar a mi hija porque muchos viernes

comemos juntas —Se retiró el flequillo— y como hoy venía aquí y no sabía muy bien a la hora que iba a terminar, había quedado con ella que la avisaría cuando acabara —y prosiguió—. Mi hijo es el que nunca queda conmigo, claro que los hombres son diferentes, por eso me alegré tanto cuando nació la niña.

—Muy bien, nos iba a hablar del dibujo —el inspector resopló.

—Pues que como llevaba el teléfono en la mano, le he hecho una foto. He pensado que así sería más fácil —Ella puso cara de expectación—. Si tengo que empezar a explicarles cómo es la pintura, seguro que me hago un lío.

—Más que perfecto, enséñenosla, por favor —le pidió.

Pilar buscó la imagen y ampliándola para poder observar mejor el dibujo, nos tendió el móvil. Literalmente nos abalanzamos sobre él.

—¡*Ché*, joder! —exclamé sin poder contenerme.

La fotografía estaba un poco borrosa por el movimiento, pero pudimos distinguir perfectamente el cuadrilátero azul con la punta inferior en ojiva y un cuervo en el centro, los leones amarillos y las M entrelazadas se veían peor, pero no había duda sobre a quién pertenecía ese coche.

—¡Es el escudo de los Gómez-Cuervo! —volví a exclamar— ¡Pintado en la puerta de un Porsche Cayenne negro!

—Sí, sí —afirmó Pilar—. Conducía el líder del partido Construimos. Miren que me gusta a mí ese hombre. Se le ve íntegro y honesto y, encima, amigo de Carolina. Lo pienso votar en las próximas elecciones. Llegará a presidente —zanjó.

—Pilar —le dijo el inspector—, no sabe cuánto nos está ayudando. Estamos en deuda con usted.

—Para nada, ¡Virgen Santísima! Los ciudadanos estamos para eso y nuestra obligación es ayudar —y piropeó a Jaime—. Por cierto, inspector, le digo yo que hoy sí que va como Dios manda, así es como tiene que ir siempre: como un señor, que es lo que usted es.

—Muchas gracias —El inspector le sonrió y le asió levemente el

brazo—. Si necesita cualquier cosa de nosotros, no dude en volver a llamarme —E hicimos amago de alejarnos.

—¡Inspector! —lo llamó.

—¿Si? —Se volvió a mirarla.

—Pues veré, *umm...* Es que no sé si será importante, pero, de todas maneras, yo se lo voy a decir —Abrió mucho los ojos y se arregló el pelo por instinto.

—La escuchamos, cuéntenos.

—¿Se acuerda que les dije que cuando me iba a casa de mi hija había varios coches aparcados en la acera? —le salió una risita nerviosa—, pues resulta que a la salida de mi garaje hay una de esas bandas para que moderes la velocidad, sí de esas que te hacen subir y bajar, bien, pues en la bajada deslumbré al ocupante de uno de los vehículos —Increíblemente hizo una pausa—. A mí me supo muy mal y le levanté el brazo como disculpa; cuando me lo hacen a mí, me molesta muchísimo. Este pobre se tuvo que cubrir la cara con las manos.

—Siga, por favor —la apremió Jaime.

—Sí, sí —y finalizó—. Pues que ese hombre estaba hoy aquí. En realidad, ya lo había visto otras veces, pero pensé que sería familiar de algún otro vecino.

—No habremos tenido tanta suerte y lo habrá fotografiado, por casualidad —dijo un esperanzado Jaime.

—Pues sí, él no se ha dado ni cuenta. Le he hecho la foto en la iglesia, nada más verlo —y prosiguió—. No es que me guste hacer estas cosas en un lugar sagrado, pero he pensado que tal vez se me escapara más tarde y como lo tenía cerca, he pensado que el Señor me perdonaría.

—La perdona seguro.

Y ella volvió a buscar en el móvil y nos mostró la imagen. «Esta mujer es una mina de información», me dijo Reyes al oído.

—¡Ché, ché, ché, jefe! —exclamé yo, Jaime tan solo resopló.

Ante nuestros ojos se plantificó la cara del sombrío Gervasio. Redujo la instantánea y allí estaba con su traje gris y su corbata negra, supuse que muy atento a las palabras del sacerdote.

—¿Es interesante para ustedes? —quiso saber la vecina llena de expectación.

—Más de lo que se pueda imaginar —Y cambió de tema—. La entierran en el cementerio de la Almudena, ¿no?

—Sí. Por lo visto los Grau tienen allí un panteón y han decidido enterrarla junto al que fue su marido. ¿Se imaginan? Tantos años juntas y jamás hubiese supuesto que Carolina era viuda. Claro que ella era muy discreta y nunca hablaba de temas personales, pero, fíjese, con la de veces que hemos estado jugando al golf, y ella tan calladita.

—Pilar —la interrumpió Reyes, y cogiendo carrerilla verbal se sinceró —, quiero confesarle que soy el inspector Jaime Reyes y mi compañero es el subinspector Manuel Serra, lo de inspectores Hernández y Fernández lo dejo para aquellos testigos que no son de fiar y filtran informaciones a la prensa. Como antes no la conocía, no me podía arriesgar a darle mi verdadero nombre, pero ahora que sé quién es, me parece que es lo mínimo que debo hacer —Había puesto sus manos sobre los brazos de la mujer—. Confío ciegamente en su prudencia y le reitero mi invitación a llamarme siempre que necesite ayuda de la policía, que espero que no suceda nunca. Ha sido un verdadero placer conocerla y, si alguna vez necesito a alguien para que realice un servicio de vigilancia, es muy posible que me ponga en contacto con usted.

Pilar estaba tan extasiada que enmudeció. Con la mano izquierda se agarraba las solapas de su abrigo y miraba al inspector con admiración. Los ojos le brillaban de entusiasmo. Aquella mujer acababa de convertirse en incondicional seguidora del inspector Reyes. Pero no podía recriminarla, hacía tiempo que yo también lo era. Aquel hombre tenía un imán especial.

—Yo también le quiero decir algo —acertó a pronunciar Pilar—. Pensé que eran padre e hijo por la afinidad que se veía entre ustedes, pero lo de Hernández y Fernández no me lo creí.

La señora estaba exultante. Jaime sonrió y ella me agarró del brazo y me susurró: «¡Qué hombre!», y suspiró.

Seguimos nuestro camino y le pregunté al inspector si nos íbamos a dirigir al cementerio de La Almudena. Él miró el reloj y dudó, finalmente decidió que no, ya era tarde y probablemente allí no quedaría nadie, nuestro viaje sería en balde. Lo más conveniente era localizar a Miguel y a Gervasio, y que se acercaran a prestar declaración a comisaría.

33
FERNANDO

Volvimos a comisaría, pero antes paramos a tomar un almuerzo. Acabamos en un restaurante italiano y pedimos una ensalada para compartir y un plato de espaguetis con almejas para cada uno. Me di cuenta de que agradecí cambiar el tipo de comida, hacía días que no paraba en casa y echaba de menos una de mis sopas calientes. Al menos, aquella lechuga y aquel tomate me dieron la sensación de comer algo sano. Obviamos el postre y nos dispusimos a seguir con nuestro trabajo, teníamos que finalizar el interrogatorio de Fernando y todavía teníamos que avisar para que localizaran a Miguel y a Gervasio.

A los cinco minutos nos encontrábamos frente a la fachada de la comisaría. La cara de Jaime se transfiguró al ver a un reducido grupo de personas, cargados con grabadoras y micrófonos, arremolinados junto a la puerta.

—¿Cómo carajo se ha enterado la prensa de que tenemos retenido a este tío? —preguntó al aire— Y eso que no son muchos; dentro de nada aparecerán más, Fernando Morales es una buena pieza —Se mesó el cabello.

—Supongo que cualquiera que tenga interés en que este caso salga a la luz les puede haber dado el soplo.

—O cualquiera que esté celebrando que Fernando esté aquí dentro —

Se tocó pensativo la barbilla—. Vamos, entremos por detrás o nos acribillarán.

Así hicimos y conseguimos esquivar a los periodistas. Vimos a Angelines trabajando en su escritorio.

—Angelines, buenas tardes—la saludó Jaime con jovialidad—Veo que no estamos solos, tenemos ahí fuera a la «santa compañía».

—Pues antes había más —comentó ella dando un respingo—, pero les he dicho que se equivocaban de lugar y les he dado otra dirección —Y nos advirtió—. De todas maneras, ya sabe cómo se las gastan y dentro de una hora volverán.

—Mira que eres lista, lo que no entiendo es que una mujer tan interesante e inteligente como tú nunca se haya casado.

—Por eso mismo, inspector —Se puso a ordenar unos papeles.

—¿Por eso mismo, qué? —quiso saber Jaime. Ella levantó la vista de los documentos y lo miró.

—Por eso mismo que soy inteligente, no me he casado —Y se abrochó un botón de la chaqueta de punto rojo.

—Angelines, eres genial y maravillosa —y soltó una carcajada—. Además, tienes el don de la oportunidad —Noté como ella se tragaba la sonrisa—. Me haces reír cuando menos me lo espero. Por favor, que localicen a Miguel Gómez-Cuervo y a Gervasio Morales.

Bajamos las escaleras, y antes de pasar a la sala nos anunciaron que el detenido había comido pollo con patatas y había descansado un rato. Ya nos estaba esperando, pero recordé que todavía me quedaba una cuestión por esclarecer, que todavía no podía discernir si era importante o no, y le pedí a Jaime que me esperase y no comenzase con la cuestión de dónde estuvo el día 24; esa parte no me la quería perder. Me miró con resignación y me dio el visto bueno para que hiciese un breve mutis por el foro, la condición era que no me hiciese esperar mucho, él también estaba impaciente por conocer los movimientos del señor Morales. Le prometí que, si no lo resolvía por teléfono, estaría de vuelta en minutos. Él me respondió que se entretendría

con un poco de paja, nunca se sabía si entre el heno se podrían encontrar hilos de oro.

A la media hora entreabrí la puerta, asomé la cabeza y pasé. Levanté el pulgar para que Jaime supiera que me había ido bien y me puse detrás de la silla del inspector, de cara al interrogado. Estaba cabizbajo y lloroso, me invadió un sentimiento de solidaridad hacia aquel hombre. En ese momento estaba diciendo lo mucho que quería a Carolina y cuánto la echaba de menos.

—¡Yo no la maté! —gritó con desgarro— ¡Yo la quería!

—Tranquilícese, señor Morales y cuéntenos con detalle qué hizo la tarde del día 24 —le indicó Reyes de modo conciliador.

—Estuve en mi casa hasta las seis de la tarde aproximadamente —No paraba de frotarse los ojos—. A esa hora cogí el coche y me fui a Guadarrama, quería hablar con Elena —sollozó.

—Continúe, por favor, y explíquenos para qué quería verla.

—Quería pedirle, mejor suplicarle, que intercediese por mí ante su hermana. Yo estoy convencido de que Carolina me quería y necesitaba una explicación de por qué se marchaba —Se sonó—. Había pensado decirle que le transmitiera a su hermana mi intención de acompañarla a Londres —Se serenó—. Verán, tengo muchos contactos y no me hubiese resultado difícil abrir otro bufete en esa capital.

—Pero, finalmente, no la vio.

—Sí, claro que sí. Estuvimos hablando una hora —y nos explicó—. Me dijo que se lo trasladaría a Carolina, que ella sabía lo mucho que su hermana me quiso en el pasado.

—¿A qué hora volvió usted a su casa? —El inspector se inclinó hacia delante con expectación.

—Sobre las ocho u ocho y media, no lo recuerdo con exactitud —Se quedó dubitativo.

—Tenemos que contrastar esta declaración porque, según Elena y Pedro, ellos estuvieron en su casa y no nos hablaron de ninguna visita.

Fernando hizo un gesto de incredulidad.

—Bueno, es que yo solo hablé con Elena, el que no estuvo fue Pedro —Parpadeó—. Recuerdo que, cuando me iba, ella me comentó que estaba un poco preocupada por él. Se estaba haciendo tarde y había cogido la moto, y eso la estaba poniendo nerviosa.

Yo abrí mucho los ojos y el inspector me respondió con un guiño. Los dos lo sabíamos, era el secreto inconfesable de Elena: estaba protegiendo a Pedro porque aquella tarde no estuvieron juntos; por eso desconfiaba de él.

El inspector le dijo que iba a por un café y le preguntó a Fernando si quería otro; este asintió con la cabeza. Aprovechamos para retirarnos a nuestro cuartel general, encargamos el pedido del señor Morales y Jaime se encendió un pitillo. Yo tenía mucho interés en hacerle partícipe de mis novedades, estaba seguro de que iban a aportar algo de luz en aquella maraña de infidelidades y corrupción.

—Jefe, ¿se acuerda que me dijo que teníamos que comprobar la denuncia por violación que le cayó a Fernando hace más de veinte años? — Jaime aspiraba su cigarro e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Continué — Pues ayer por la noche Angelines me la envió por correo y la estuve leyendo. Todo cierto: una joven declaró que tras tomarse unas copas se fue con Fernando a coger el coche. Le había prometido que la llevaría a casa y allí, en el parking, la forzó y la violó —Hice una pausa—. Hasta aquí, todo normal. Lo que ocurre es que no me quedé satisfecho porque, casualmente, poco antes del juicio la denunciante se retractó y pelillos a la mar, pero sobre la reputación del chico cayó una mancha que con el tiempo se fue disipando, pero nunca llegó a borrarse del todo —Exhalé aire—. En fin, que le pedí a Angelines que me ayudase a localizar a aquella chica y, como era de esperar, así ha hecho. El teléfono que me ha conseguido es el de su lugar de trabajo, un burdel de poca monta. Cuando se ha puesto, se creía que yo era un cliente satisfecho que buscaba repetir. Me he presentado sin tapujos y le he explicado que el delito ya está prescrito, además de prometerle que me acercaría a darle una gratificación, y la he podido convencer para que me contase exactamente qué sucedió. No le ha importado sincerarse y me ha confesado que aquel chico no abusó de ella, que se acostó con él porque le

habían pagado mucho dinero para que lo hiciera y posteriormente, lo acusara —Miré a Jaime que me observaba con interés y chasquéé la lengua—. Cuando le he preguntado quién le pagó, me ha dicho que no tiene ni idea, la avisaron por teléfono y alguien, que tanto podía ser hombre como mujer pues le habló con un pañuelo sobre el auricular, le dejó por anticipado un sobre en el mismo parking donde sucedieron los hechos —y proseguí con otro interrogante—. ¿Cree que ahora le han podido hacer lo mismo? ¿Le han tendido una trampa? —Reyes se quedó observando el humo que desprendía la colilla recién aplastada.

—Es muy posible —Y se rascó la barbilla, lo cual significaba que estaba pensando.

—Tenemos que hablar con Pedro —Y fruncí el ceño—. Nos tiene que aclarar dónde estuvo. Bueno, y con Miguel y con Gervasio —y le confesé—. Estoy desconcertado, todos tienen un motivo y todos han tenido ocasión.

—Tenemos que poner en orden nuestras ideas. Estamos muy cerca, lo sé. Aunque, en realidad —siguió diciendo—, hay una cosa que nos falta por saber: el secreto de Guillermo Grau —Y volvió a rascarse el mentón.

Busqué el teléfono de Elena entre mis notas y lo marqué, estaba apagado o fuera de cobertura. Repetí la misma operación con el móvil de Pedro y sucedió lo mismo. Le dije a Jaime que probablemente no hubiesen puesto el generador en marcha y se habrían quedado sin batería. La puerta se abrió y apareció Angelines.

—Siento comunicarles varias cosas —Y se estiró la chaqueta por los bajos—. En primer lugar, no se encuentran en su domicilio ni el señor Gómez-Cuervo ni el señor Gervasio Morales. Los agentes dicen que lo más seguro es que se hayan ido a pasar fuera el fin de semana —Hizo una mueca de disgusto con la boca—. La siguiente mala noticia es que cada vez hay más periodistas en la puerta y quieren que alguien les aclare por qué está aquí detenido el señor Fernando Morales y si está relacionado con la muerte de Carolina Martín. ¿Qué les digo?

Jaime sacó su móvil e hizo una llamada, colgó y le dio instrucciones a Angelines.

—Diles que se marchen. El comisario López les comunicará las últimas novedades mañana por la mañana.

La mujer arrugó la frente y se marchó.

—Ya sé que me va a decir que soy un blando, pero ¿le puedo pedir un favor? —Puse cara de súplica y el levantó la barbilla para que continuase con mi petición— Me gustaría decirle a Fernando Morales lo que he descubierto acerca de la falsa acusación. Creo que, después de tantos años, se merece saberlo.

—De acuerdo —me sonrió con condescendencia—. Y de paso, le preguntamos si tiene alguna idea acerca de quién pudo gastarle semejante putada ¡Menuda acusación! —Y dejó caer la cuestión— ¿Tendría ya la suerte de conocer a los grandilocuentes Grau en aquella época?

Fernando seguía en la misma habitación, jugando con la cucharilla del café; parecía ido y salió de su abstracción al vernos allí delante. Cogí la silla de Jaime y me senté a su lado. Me faltaron pies para contarle la verdad. Cuando empecé a hablarle, me miró con incredulidad, pero, a medida que continuaba, una luz brillante iba iluminando sus ojos, las lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas hasta que su compostura no aguantó más y se desplomó, llorando y riendo, sobre la mesa. Sé que en esos momentos se olvidó de que estaba detenido por ser sospechoso de la muerte de Carolina Martín. Le acababan de quitar una pesada cruz de los hombros y se sentía liberado, eso era lo que le importaba. El inspector le preguntó si sospechaba de alguien capaz de hacerle una cosa así. Negó con la cabeza; probablemente, no le importaba. A pesar de encontrarse en las dependencias policiales, Fernando era un hombre libre.

Lo dejamos a solas con su conciencia y volvimos al cuartel general, Reyes sacó su cajetilla de tabaco.

—¿Lo vamos a soltar? —Yo sentía pena por aquel hombre y creía que se trataba de otra víctima de aquella trama.

—Mañana —sentenció—. Yo también creo que este tío es inocente, pero la uña está en su coche; si no fue él, nos tiene que aclarar cómo pudo llegar hasta debajo del asiento del copiloto —y añadió—. Todavía nos tiene

que contar de qué habló con Carolina la mañana del día 24 que, si no recuerdo mal, fueron dos minutos. Además, tenemos que encontrar a los otros tres fulanos para verificar sus coartadas. Sabemos seguro que Pedro ha mentido y Gervasio también —Exhaló una bocanada de humo—. Fernando se queda en el calabozo y tú y yo nos vamos a descansar, sobre todo tú —Apagó el cigarro en su cenicero portátil—. Salgamos por la puerta trasera y esquivemos a la prensa por si acaso queda alguno haciendo guardia.

14 de enero de 2017

34
JAIME

A las seis de la mañana ya estaba despierto, estaba nervioso e intranquilo. Me quedé dando vueltas en la cama. Tenía la intuición de que nos estábamos acercando. Confiaba en la inocencia de Fernando, pero como la uña estaba en su coche, me fue imposible no hacer conjeturas sobre lo que podría haber sucedido. Tal vez, antes de ir a Guadarrama, se pasó por casa de Carolina y discutieron; cuando esta lo quiso echar, él insistió demasiado y a ella se le rompió la uña. Por cuestiones del azar se quedó enganchada en la chaqueta de Fernando. Una vez en el coche, y al quitársela y dejarla sobre el asiento contiguo, la uña se desprendió y cayó al suelo. Aunque, si lo pensaba bien, aquella historia era demasiado enrevesada.

Además, estaban las cuestiones de Miguel y Gervasio, ¿qué hacían por allí? Quizás, con respecto a Miguel, Pilar se equivocó. ¿Y dónde estaba Pedro? Teníamos que localizarlos a los tres.

A las seis y media me puse en pie, decidí llegar un poco antes a comisaría; me vendría bien darle una vuelta a los indicios que teníamos y ponerlos en común con Jaime, pero me volví a confundir, Jaime ya estaba allí.

—¡Qué bien que hayas madrugado! —me saludó— Me acaban de informar de que el detenido ha pasado una buena noche: ha desayunado y se

encuentra preparado para proseguir con el interrogatorio.

Reyes estaba pletórico y su camisa rosa pálido y el pelo mojado con raya al lado le daban un aspecto de hombre íntegro.

—¡Estupendo! —y le pregunté— ¿Iremos luego a cazar a los tres osos? Léase: Miguel, Gervasio y Pedro.

—No, tendremos que esperar. Ninguno se encuentra en su domicilio —No pareció contrariado.

Mientras le informaba de mis inquietudes nos avisaron de que el señor Morales nos estaba esperando en la sala y fuimos a su encuentro.

—Buenos días —le dijimos, y nos colocamos en la misma posición que el día anterior.

—Buenos días —nos respondió con una cordialidad inusual en un detenido. La noticia recibida la tarde anterior le había causado una mella muy positiva; hasta su aspecto físico se había visto beneficiado.

—Esperamos que la noche no le haya supuesto un tormento, aunque le tengo que decir que parece menos afectado que ayer —Fernando hizo un amago de sonrisa—. En fin, continuemos con el interrogatorio —Y Reyes empezó con su examen—. Ya nos dijo que no había vuelto a ver a la víctima desde la tarde del 23, pero no nos aclaró si se puso en contacto telefónico con ella. ¿Lo hizo?

—Sí, lo recuerdo como si fuese ayer. La llamé por la mañana; quería decirle que me iba con ella, pero no me dejó.

—¿No le dejó, qué? ¿Irse o hablar con ella?

—Hablar. No me dejó hablar —protestó el señor Morales—. Parecía mucho más relajada. Me dijo que tenía que resolver un problema con Guillermo y me emplazó al día 25 por la tarde para hablar los dos solos con más tranquilidad.

—¿Por eso la llamó tantas veces el día de Navidad?

—Sí, como se suponía que teníamos que vernos a última hora, intenté localizarla —Torció el labio—. Pero ya no me atendió —Se repasó el pelo,

pasándose la mano desde la frente hasta la nuca.

En ese momento se abrió la puerta y el comisario López entró en escena. Saludó y nos pidió que saliésemos un momento. Se le veía preocupado.

—Varias cosas, ¿cuándo creéis que podremos dar el caso por cerrado? —Se tocó la calva y resopló— No te quiero meter prisa, Reyes, pero me están presionando por todas partes. Los periodistas están ahí afuera, esperando mi declaración, y todavía no tengo claro lo que les voy a decir — Estiró el cuello hacia delante y hacia atrás—. De muy arriba me aprietan para que soltemos a este tipo y dejemos en paz a los Grau. ¿Es culpable?

—Pensamos que no, pero queremos que nos cuente todo lo que sabe y estar seguros de que la tarde del crimen no fue a visitar a la víctima —y prosiguió—. En cuanto nos largue todo, lo soltamos. Pero sé que estamos estrechando el círculo y pronto se sabrá la verdad.

—Está bien —El comisario volvió a tocarse la calva—. Voy a hablar con la prensa... Si alguno quiere acompañarme, está invitado —Jaime y yo agachamos la cabeza y nos quedamos mirando hacia nuestros zapatos— Tranquilos, ya me lo esperaba —Y se alejó con paso decidido.

No tuvimos tiempo de regresar a la sala de interrogatorios, una alterada Angelines apareció presurosa por el pasillo, alzando la voz para que distinguiésemos nuestros nombres y la esperásemos. Se cruzó con el comisario y lo saludó con un gesto de cabeza. Al acercarse comprobé que su rostro mostraba excitación.

—Un chaval, con una pinta no muy respetable, acaba de dejar este sobre para ustedes. Lo ha tirado en el suelo y después se ha marchado como alma que lleva el diablo —Y nos lo extendió.

Era de tamaño un poco más grande que el A4 y de color marrón. En el derecho había escrito con letras de periódico: «Inspectores caso Fernando Morales». Le dije a Reyes que, si no fuera porque este estaba menos sobado, era el mismo que yo sostuve entre mis manos la noche en que fui atacado: el mismo tamaño, la misma textura, el mismo grosor, la misma flexibilidad. Jaime lo abrió y extrajo el contenido. Efectivamente, fotos. Angelines soltó

un: «¡Oh, qué horror!» y se marchó corriendo. Jaime las iba pasando y, tras cada una, me miraba y elevaba las cejas. Solo se le escuchaba repetir: «Umm».

—¿Qué significa esto? —Y lo observé con incredulidad.

—Significa que el señor Álvaro Jiménez mantuvo relaciones sexuales con una señorita que, por el aspecto y porque de otro modo no tendría sentido que nos hubieran hecho llegar las fotos, juraría que menor de edad.

Las imágenes eran tan explícitas que podían haber sido sacadas de cualquier revista de pornografía barata, si no fuera porque el rostro de Álvaro se distinguía a la perfección. Por lo demás, no había lugar a ninguna duda sobre lo que estaban haciendo aquellos dos, no habían dejado ni un resquicio a la imaginación. El problema radicaba en que la chica que lo acompañaba era demasiado joven para aquel hombre, calculé no más de dieciséis años. Y, si tenía menos, el señor Jiménez incurría en un delito penal. En cualquier caso, aquel tipo era un perverso.

—¿Cree que Álvaro estaría dispuesto a matar por estas fotos? —le pregunté con verdadera curiosidad.

—A matar, no sé, pero a partir cabezas te diría que sí —Y alzando la voz me dijo con brusquedad—. Que localicen a este degenerado. ¡Y que venga toda esa pandilla de cabrones! ¡Del primero al último! —y ya, más calmado, se pronunció— Tienen que explicarnos muchas cosas.

—¿Se refiere a los tres que ya buscamos? —le pregunté, porque ya no sabía a quiénes se refería.

—Me refiero a todos, Manolo, a todos. ¡De la primera al último! —Se frotó los ojos.

Noté como las pulsaciones me golpeaban en las sienes. Mi corazón bombeaba más deprisa de lo normal y una extraña sensación empezó a corroerme el estómago. Me vi empujado a exclamar con entusiasmo.

—¡¿Y si estas son las famosas fotos que Carolina vio la tarde del 23?! En ese caso, Álvaro no solo estaría dispuesto a partir cráneos, también sería capaz de matar para que no vieran la luz. Son lo suficientemente destructivas

como para acabar con la reputación de cualquiera —Me acerqué a él y bajé la voz—. Tal vez Carolina las encontró y las fotografió a su vez con el móvil —Jaime se sujetó el mentón.

—No lo veo claro —reflexionó—. ¿Y quién crees tú que nos ha hecho este regalo? Mercedes seguro que no, entre otras cosas, porque ya no las tiene.

—Del hada madrina no tengo ni idea, jefe, pero debe ser alguien a quien le gusta saber lo que hacen los demás —Me vino una imagen a la cabeza y continué— ¿Carlota? A ella la atacaron por algo...

Jaime se quedó mirándome y enarcó una ceja, después se volvió hacia la sala para seguir interrogando al señor Morales y fui tras él. Se acomodó en su silla y se inclinó hacia Fernando. Yo me quedé detrás del detenido.

—¿Desde cuándo conoce a Álvaro Jiménez? —le preguntó con agresividad.

—Desde hace muchísimos años —parecía sorprendido—, entonces él era el novio de Carmita, una íntima amiga de Carlota, después se casaron, y de eso nos conocemos.

—¿Sabía que Álvaro era el padre del hijo que esperaba Carolina?

Aquella cuestión lo cogió desprevenido, pero se mantuvo en su sitio.

—Eso no es posible, Carolina detestaba a Álvaro, aseguraba que toda su galantería no era más que una tapadera que encubría su misoginia y que, si su esposa tuviera un poco de dignidad, se divorciaría —y finalizó—. El padre soy yo.

—Perfecto, pero supongamos que Carolina hubiese decidido tener una aventura con él. ¿Qué pensaría usted? —Jaime se inclinó un poco más sobre la mesa.

—Eso es imposible, no me lo puedo ni imaginar.

Jaime alzó la vista y me hizo entender que, aunque le presentásemos la prueba de paternidad, lo seguiría negando. Lo intentó por otro frente.

—¿Tiene conocimiento de unas fotos en las que aparece el señor

Jiménez en actitud más que cariñosa con una joven menor de edad? —Reyes añadió— Quizás Carolina le comentó algo, o incluso el propio Álvaro.

—No tengo ni idea de lo que me está hablando —Fernando se quedó pensativo—. Es cierto que Álvaro siempre ha sido un depravado y de él me puedo creer cualquier cosa, incluso que se hiciera fotos o se grabara en la cama, pero a mí no me lo ha contado.

—Gracias —dijo el inspector—. Repasemos otros asuntos. ¿Qué nos puede contar de Pedro? ¿Se llevaba bien con la señora Martín?

—Bueno —y carraspeó—, no se llevaban mal, ella decía que era un buen chico... pero vago, y estaba un poco harta de darles dinero. Me llegó a comentar que a veces notaba que a Elena le daba vergüenza aceptar su dinero y su ropa, pero que a él no le importaba en absoluto.

—¿Y qué nos dice de su mujer? ¿Sabe que este otoño contrató los servicios de un detective privado y se enteró de su último romance con Carolina? —El señor Morales estaba abrumado y volvió a tocarse el pelo— ¿Piensa que los celos son un buen motivo para que su esposa quisiera acabar con la vida de Carolina?

El inspector ya no se andaba con rodeos y Fernando tardó unos segundos de más en responder, estaba meditando la cuestión.

—No sabía que hubiese contratado un detective para espíarme —Y alzó la mirada—, pero, si lo hizo, lo mejor hubiera sido acabar con Carolina cuando teníamos una relación. Ahora, ¿para qué? Imagino que el detective también le diría que ella me dejó.

—¿Y cómo era la relación de Carolina con Mercedes y Miguel? —Jaime no iba a dejarse a ninguno en el tintero.

—Con Mercedes, el único trato que le conozco era el profesional y, si coincidían en algún evento, charlaban como si tal cosa de temas intrascendentes. En realidad, la opinión de Carolina era que Mercedes era una pobre chica que se daba aires de grandeza para encubrir su falta de estudios y su ignorancia —Inhaló aire y lo expulsó—. Con Miguel se llevaba bastante bien. A veces comentaba que toda su presunción se la debía de agradecer a su mujer y que no entendía cómo un hombre como él se había dejado chupar la

sangre por una parásita como Mercedes.

Jaime y yo volvimos a cruzar nuestras miradas. Todo encajaba, y Fernando cada vez se nos aparecía más inocente.

—Y los Gómez-Cuervo, ¿tendrían algún motivo para desear que Carolina abandonase este mundo?

Fernando recapacitó.

—Que yo sepa, ninguno —Empezó a repiquetear los dedos sobre la mesa.

Mi estómago empezó a rugir para llamar mi atención, miré el reloj y me sorprendí al comprobar que eran las tres de la tarde; con razón me sentía tan hambriento. Pensé que sería positivo hacer una pausa para comer algo y comentar todas las novedades del día, que eran muchas. Así que me arremangué y levanté el brazo para señalarle la hora a Jaime, que él decidiera si le parecía correcto hacer una pausa. Llegué a la conclusión de que sí se lo pareció, porque comentó que se imponía un descanso para almorzar. Me alegré de su decisión. Además de tener hambre, nos encontrábamos en pleno mes de enero y los tres estábamos sudando.

Reyes y yo nos dirigimos a la salida. Íbamos tan enfrascados en la conversación que nos olvidamos de utilizar la puerta trasera. Escuché como unos periodistas murmuraban el nombre del inspector Reyes y se preguntaban quién sería el que lo acompañaba. Apretamos el paso, pero uno de ellos nos persiguió y nos alcanzó. Se dirigió a Jaime y llamándolo por su apellido, le preguntó por la acusación que recaía sobre Fernando Morales. Jaime, muy digno, se detuvo y le contestó que lamentándolo mucho, pues sabía que estaba haciendo su trabajo, no estábamos autorizados a responder a sus preguntas, que para más información contactara con el comisario López. A la cuestión sobre mi identidad volvió a repetir que no estábamos autorizados.

Nos dirigimos al asador que se encontraba en las proximidades para recargar fuerzas. Jaime aseguraba que nada mejor que un buen chuletón para reponer energías. Mientras esperábamos sentados a la mesa nos trajeron una botella de agua y proseguimos discutiendo sobre los últimos acontecimientos.

—Le estoy dando vueltas y creo que Fernando tiene razón: el motivo de Carlota para cargarse a Carolina está caducado —Di un trago—. Es más, veo que Fernando tiene más motivos que ella para acabar con la vida de la chica. ¿Se da cuenta de que no puede asumir que el niño fuera de Álvaro?

—En eso te doy la razón, Manolo, pero Fernando es inocente, aunque se pasase a saludar a Carolina, serían las seis de la tarde. No tuvo tiempo —Y se estiró el labio varias veces con el pulgar y el índice—. Respecto a Carlota, lo único que tengo claro es que en este crimen ha habido precipitación, y los celos tendrían que venir de mucho antes. Claro que puedo estar equivocado.

—¿Y Álvaro? ¡Dios santo! Ese tío está loco —Y bajé la voz porque nos estaban sirviendo la carne—. ¿Cree que pudo matarla porque descubrió las fotos? ¿Y fue él quién casi nos mata a Carlota y a mí?

—Esas preguntas ya te las he respondido antes —Y prosiguió mientras cortaba la chuleta—. Además, ¿por qué se va a enfadar Carolina con Álvaro, si hacía años que conocía su comportamiento sexual?

—Quizás porque esta vez las cosas eran diferentes —le expuse—. Un hijo es un hijo y tener un padre en la cárcel no es plato de buen gusto. Aunque también sería interesante averiguar quién ha sido ese buen samaritano que nos ha hecho tan grato favor acercándonos las fotografías.

—Para mí la cuestión es: ¿por qué ahora? —esta vez fue Jaime quien me interrumpió— *Umm...* Esas fotos deben de llevar, como mínimo —hizo un cálculo rápido— veintidós días circulando. ¿Quién protege a Fernando? La única que se me ocurre es su mujer —Pidió unos cafés.

—¿Aún no se le ha despertado la neurona? —sonreí.

—Casi, porque ya empiezo a ver muchas cosas —Me devolvió la sonrisa y sorbió el café—. ¿Sabes? Desde que me hablaste de la coincidencia entre los pecados capitales y la personalidad de nuestros sospechosos, mi mente se dedica a hacer juegos y se pregunta: ¿quién pudo hacerlo? ¿Fue el todopoderoso Guillermo, a quien su gula y su ambición lo llevaron a quitarse de en medio a una Carolina que se llevaba con ella demasiada información y, tal vez, acabó con la vida de su hijo? —Enarcó una ceja— ¿O fue su hermana Elena quien, sin ningún interés en trabajar, se convertía en una mujer muy

rica si se quitaba de encima a su querida Carol? ¿Y Pedro? Tienen el mismo motivo, la pereza se los come —Dio otro trago—. ¿O fue Bernardo en un arranque de ira? Si se deshacía de Carolina, se quitaba a su principal competidora y podría hacer y deshacer a su antojo —y prosiguió—. ¿Y Álvaro, el rey de la lujuria? Padre de un niño al que no deseaba y comprometido con unas imágenes que destrozarían su reputación —siguió con su monólogo—. ¿Y qué me dices de Mercedes y Miguel? La soberbia los corroe. Si Carolina tenía alguna documentación que pusiera en peligro el ascenso político del señor Gómez-Cuervo, cualquiera de los dos haría lo que fuera por tenerla bien lejos —Y me recordó—. No olvides las fotos de Miguel con su amante —prosiguió—. ¿Y qué pasa con Carlota? Ella siente avaricia por su marido y no está dispuesta a perderlo de ninguna manera, si sabía que él la iba a dejar para irse con Carolina a Londres, y de esa manera perder su fuente de ingresos, tiene motivo más que suficiente para cometer un crimen, pero ¿y Fernando? ¿Y si nos ha mentado y, en realidad, sabía que el hijo que esperaba Carolina no era suyo? ¿Se sintió utilizado? Él también estaba ávido por Carolina y tal vez, prefería verla muerta que con otro —Con un gesto de la mano pidió la cuenta—. Y para el final he dejado al príncipe de la envidia, Gervasio. Carolina fue quien descubrió sus movimientos en Construimos y de la que dependía su futuro en el partido; además, no podemos olvidar que estaba obsesionado con ella —Y se levantó de la silla—. Vamos que tenemos mucho trabajo por delante.

Tuvimos suerte al entrar en comisaría, no vimos a ningún periodista acechando por las inmediaciones, lo cual nos sorprendió un poco porque, a pesar de ser sábado, lo normal es que siempre exista el típico espabilado, como nosotros, que no para ni para dormir. Pasamos al interior y respiré una sensación de extraña tranquilidad. Algo me llamó la atención, miré a Jaime y noté que le pasaba lo mismo; descubrimos que lo que faltaba era Angelines. Que aquella mujer no estuviera al pie del cañón era lo que más nos desconcertaba. De repente, salió corriendo de una de las salas y se apresuró a nuestro encuentro.

—¡Vengan a la sala de audio! —dijo nerviosa— No se van a creer lo que está pasando. Iba a telefonarle ahora mismo. ¡Han interrumpido la

programación!

La seguimos por el pasillo y nos metimos en la habitación. Había otros compañeros mirando absortos la televisión.

En la pantalla se veían cientos de aves muertas en la ribera de un río. En la parte inferior, sobre una banda roja, se leía: «Última Hora. Se recomienda a la población de Igualada abstenerse de beber agua del grifo. Solo agua embotellada». Al mismo tiempo una voz femenina lo repetía sin cesar. Cambiaron de imagen y, sin quitar la señal de emergencia, emitieron otra, que debía ser de archivo, con el rostro de un hombre que nos era conocido, enfermo de obesidad. La presentadora comenzó a explicar:

En estos momentos el conocido empresario Guillermo Grau se encuentra prestando declaración, vía videoconferencia, ante el juez de guardia de Igualada. Los cargos por los que está siendo investigado son, entre otros, el de emisión incontrolada de vertidos altamente tóxicos con riesgo para la salud humana en el río Anoia. Fuentes cercanas a la fiscalía nos informan de que, a falta de comprobar la magnitud del desastre ecológico y medioambiental y el riesgo de grave perjuicio para la salud de las personas, están estudiando pedir una pena de 4 años de prisión y una multa de quince millones de euros. También se ha procedido al cierre de la empresa textil que Grau&Co mantenía en la zona. La alarma ha saltado esta mañana cuando, tras el aviso de un vecino de la localidad, los mossos d'esquadra han comprobado como centenares de patos y peces flotaban sin vida en el cauce del río anteriormente mencionado. Los primeros análisis apuntan al envenenamiento por cianuro como principal causa de la muerte. Este veneno es usado en la industria textil para la fabricación de tintes y fibras acrílicas. A estas horas todavía se desconocen las causas por las que se ha producido la fuga de esta sustancia química tan nociva. Mientras tanto, se aconseja a la población de Igualada usar, únicamente, agua embotellada. Les mantendremos informados acerca de esta noticia que acaba de llegar a nuestra redacción.

—Cianuro —escuché pronunciar a Jaime en un susurro.

—¡Ché, ché, ché, Guillermo! —atiné a exclamar.

Tras unos segundos, que nos costó reaccionar, Reyes se dirigió a mí con toda la tranquilidad de la que pudo hacer gala y, sin perder un ápice de autoridad, se hizo con el control de la situación.

—Manolo, llama a los compañeros de la sección de Medio Ambiente en Barcelona, y que algún agente te informe detalladamente de todo lo ocurrido. Le explicas que nosotros también vamos detrás de ese fulano —y añadió—. Que te indique quién ha sido el vecino que los ha alertado —Y se quedó absorto en la pantalla.

Aunque parecieron horas, tardé cinco minutos en regresar.

—¡Jefe! —Yo estaba nervioso— Todo es tal cual ha salido en las noticias. El vecino es muy conocido en la localidad, fuera de toda sospecha. Por lo visto, le gusta salir a darse una vuelta por las inmediaciones del río y esta mañana, a primera hora, se ha encontrado con todo el pastel. Nadie que esté relacionado con nuestros amigos los Grau —y continué acelerado—. Lo que me han soplado es que, por la pinta que tiene, los de la fábrica textil llevaban varios meses contaminando el Anoiá. Cuentan que había patos de los que solo quedaban unos huesos y unas plumas perdidas.

—Era Guillermo—se murmuró Jaime.

Salimos de la sala y Jaime fue a sentarse en la silla de nuestra secretaria favorita. Con un golpe de los pies, las ruedecillas giraron y se apartó del escritorio. Tiró su cuerpo hacia adelante, juntó las manos y apoyó los codos sobre las rodillas. Se mantuvo en esa postura unos minutos. Yo no sabía qué hacer; primero pensé que estaba reflexionando, pero como el tiempo se me hacía eterno, llegué a pensar que no se encontraba bien. Inesperadamente alzó la cabeza y se tocó la barbilla.

—Angelines —la llamó dulcemente—, acércate un momento, por favor —Y se dio impulso para acercarse a la mesa—. Si yo te escribo esto —Y anotó sobre un papel 24608 y garabateó su firma—: ¿qué estoy haciendo?

La mujer dudó unos instantes y puso una sonrisa pícaro.

—¿Me está apuntando algún número de la lotería para que lo compartamos y se lo va a guardar usted? ¿El sorteo de Navidad? ¿El Niño? —Y se quedó mirando a Jaime cambiando la sonrisa por un gesto que

denotaba inteligencia— Hágame otra pregunta más difícil —lo retó.

—Manolo, comprueba el número y dime si resultó premiado en la lotería de Navidad —me ordenó con urgencia.

Cogí el móvil y escribí las cifras en la página oficial habilitada para realizar las verificaciones. En menos de un segundo ya tenía el resultado en mi poder.

—Un cuarto premio: 20.000 euritos —Y no pude evitar comentar—. Pero con el dinero que mueve esta gente, ¿habría alguno que mataría por 20.000 euros? —No obtuve respuesta.

—Esto era lo que me faltaba—musitó mientras se levantaba muy despacio. Entonces, sonriendo, se dirigió a la mujer—. Angelines, ¿por qué nunca se casó conmigo? —Jaime Reyes estaba pletórico.

—Porque nunca me lo pidió —Su rostro intentó parecer estricto—. Pero le aconsejo que no me lo pida... Soy demasiado valiosa y no estoy en el mercado —Y se colocó en su mesa.

—Angelines, como siempre, eres la mejor —Jaime se agachó y sujetó la cabeza de la señora entre sus manos y le endilgó un sonoro beso en la frente—. Me voy a la sala de operaciones a recapacitar.

—¿A recapacitar? —pregunté asombrado.

No me contestó porque ya había dado varios pasos. En su lugar lo hizo Angelines, que estaba exultante.

—Se va a fumar un cigarro. Es lo que siempre hace cuando resuelve un caso.

—¿Ha resuelto el caso? —Me quedé perplejo.

—Me apuesto lo que quieras a que así es —Y se levantó y me dio una palmadita en la espalda—. Manuel, enhorabuena, sin tu ayuda no lo hubiera conseguido... tan pronto.

Bajé como un endemoniado hacia nuestro cuartel general. Allí estaba Jaime, exhalando el humo y echando un vistazo de cuando en cuando al cigarro. Se le veía satisfecho.

—Es el último que me fumo, me he prometido usar solo el cacharro que me regalaste —Se tocó el pelo y me reveló—. Hasta que he visto a los patos no me había dado cuenta de que hemos estado mirando en la dirección equivocada. La neurona que tenía floja ya se ha atornillado y me ha soplado «eso» que se nos pasaba por alto: la huella de la mesita de noche. ¿Por qué esa media huella fue la única que los de la científica pudieron encontrar en toda la casa, si el asesino llevaba guantes?

—¿Es cierto que ya lo ha resuelto? —Yo estaba impaciente y no presté mucha atención a sus palabras, solo quería saber si el caso estaba cerrado; aunque mi subconsciente se quedó con la apreciación.

—Necesitamos realizar una última comprobación: el secreto inconfesable de Guillermo Grau, y creo que lo mejor será que él mismo nos lo explique —E inhaló una potente calada. Estaba disfrutando con su cigarro—. Lo que me pone de mala leche es que hemos estado mirando demasiados frentes al mismo tiempo, cuando solo uno era el correcto; claro que, si no lo hubiésemos hecho así, tampoco hubiésemos sabido cuál era el enfoque adecuado. Aunque he de reconocer que he necesitado ver la noticia de los vertidos para saber el camino —Se quedó mirándome—. Céntrate, piensa en cualquiera de los indicios y tira del hilo; acabarás atando cabos.

Levanté la cabeza hacia el techo y me puse a repasar todas las pistas, y aunque todavía me faltaban algunas por encajar, empecé a vislumbrar la misma conclusión a la que había llegado el inspector.

Bajé la vista y me quedé observando a aquel hombre inteligente e irónico y, a la vez, tan comprensivo y humano. Crucé los brazos y me apoyé en la pared. Jaime se deleitaba con su último cigarro, y sin darme cuenta sonreí.

20 de enero de 2017

35

SUSANA Y GUILLERMO

A las once de la mañana traspasamos la verja de acceso a la residencia de los señores Grau. Cinco minutos después Susana nos estaba tendiendo la mano en el umbral de su casa, seguía llevando luto.

—No se imagina cuánto le agradecemos que nos atienda.

—Ya saben que estoy a su disposición —Susana emanaba elegancia y dignidad—. Al que le va a costar un poco es a mi marido, está muy hundido —y añadió—. Pero pasen, por favor, no se van a quedar en la puerta.

En esa ocasión me permití el lujo de entretenerme observando las obras de arte que colgaban de las paredes. Me quedé maravillado al contemplar el retrato de un hombre sobre un fondo añil. Susana se dio cuenta y se acercó a mí.

—¿También está interesado en el arte? Si le gusta, puedo hacerle un recorrido por la casa, tenemos cuadros realmente formidables. Este en concreto es de Picasso, de su época azul, es precioso —y me explicó—. Gracias a Carolina tenemos una pinacoteca. Cada vez que sacaban a subasta alguna pieza especial, me avisaba y me acompañaba a la puja, si había suerte, como ocurrió con este, nos lo quedábamos —Sonrió con pesar—. Pero he de confesarle que de entre todos nuestro favorito es el que preside el recibidor —Y lo señaló—. Es tan real que parece que estés en la Gran Vía de Madrid

—Los dos nos quedamos examinándolo y ella volvió a hablar—. En momentos como este me anima admirarlo. Antonio López es excepcional — Y cambió de tema—. Síganme, estaremos mejor en la salita.

Cambiamos de estancia. Sobre la mesa ya estaban preparados unos servicios de café, té y agua, junto con unas galletas saladas. Nos desilusionamos al comprobar que solo había tres, esperábamos que Susana hubiese convencido a su marido y él se hubiera dignado a comparecer. Nos acomodamos en los sofás marrones que componían la habitación, justo en los mismos sitios en los que nos sentamos en la anterior ocasión. La señora Grau nos miró con condescendencia.

—Inspector, cuando me llamó para concertar la cita, ya le dije que mi esposo estaba muy deprimido y no quería hablar con nadie —Levantó los hombros—. Pero seguí sus instrucciones y le comenté que ustedes creían en su inocencia y que lo iban a demostrar, así que tengamos paciencia que aparecerá —Se puso a servirnos sin preguntar—. Aprovechemos y tomemos el café mientras lo esperamos —Nos observó—. De lo que estoy segura es de que Guillermo no ha tenido nada que ver en ese sórdido asunto, sería incapaz de consentir que alguien muriera intoxicado por conseguir dinero. Es ambicioso, pero no a ese precio.

—Nosotros estamos en condiciones de explicarle todo lo que ha sucedido, pero necesitamos su colaboración para probarlo más allá de la duda —Jaime dejó la taza de café sobre la mesa de centro—. Y sabemos de sobra que su marido está libre de culpa, en ese aspecto.

—¿Qué quiere decir exactamente? —Susana frunció el ceño.

No obtuvo respuesta porque la puerta se abrió y un desmejorado Guillermo Grau entró en la habitación; ni siquiera se había preocupado de vestirse, seguía con el pijama y una bata con las iniciales GG encima. Nos levantamos y esperamos a que estuviera más cerca para alargarle la mano. Se dejó caer junto a su mujer y cogió una galleta. Nos observó con cara de expectación.

—Ya estoy aquí. ¿En qué podemos ayudarnos? Mi esposa me ha comentado que se trata de una especie de trueque.

Susana Grau hizo ademán de marcharse, pero su marido la frenó y le pidió que se quedara, quería que escuchase todo lo que teníamos que decirle.

—Verán —comenzó a decir Reyes—, esto es un poco largo de aclarar, así que, sin preámbulos, le voy a pedir que nos ayude a demostrar quién mató a Carolina Martín y de ese modo se probará que usted ha sido víctima de un complot —Guillermo se recostó en el sofá.

—Siga, por favor, estoy muy interesado en escucharle —Guillermo pareció relajarse.

—Por supuesto —dijo Jaime aclarándose la garganta—. En primer lugar, disculparme porque tengo que admitir que hasta no hace tanto usted fue un firme sospechoso como responsable de la muerte de su nuera, pero voy a evitarles mis elucubraciones, solo matizaré que la primera vez que le vimos no supe distinguir si su afectación era real o fingida; luego me di cuenta de que era cierta, así que se disiparon mis dudas acerca de en quién había pensado elegir como sucesor en la presidencia de la compañía —Hizo una pausa para beber agua—. Usted tenía claro que iba a ser Carolina, la consideraba la más competente para ocupar el puesto, ¿me equivoco? —dejó pasar unos segundos por si recibía respuesta, pero como Guillermo se puso a mirar a través de los cristales que daban al jardín, dio por buena su argumentación y continuó— Así que también nos centramos en su hijo — Susana dio un respingo y Reyes la sosegó—. Ya sé que su principal preocupación era Bernardo, estoy seguro de que también albergaron sus dudas hacia él, puesto que ninguno de ustedes se creyó nunca que la señora Martín se suicidara, por eso trataron de protegerlo, como siempre han hecho, ¿vamos bien? —Los aludidos estaban a la expectativa y no respondieron— Lo que les puedo asegurar es que Bernardo no acabó con la vida de su cuñada, lo cual no quiere decir que esté libre de pecado, los aquí presentes sabemos que es un hombre violento que ha llegado a agredir, al menos que sepamos, a su ex mujer Blanca Mendoza; pero es de suponer que ella no ha sido la única víctima. También sabemos que abofeteó a Carolina en su presencia, señor Grau —Guillermo volvió a mirar hacia el jardín. Susana abrió mucho los ojos—. Por eso quiero incidir en la denuncia por malos tratos; esa causa me trajo de cabeza y me hizo desconfiar de la propia

Carolina, ¿por qué iba a defender a un tipo que incluso le ha llegado a pegar a ella? La única respuesta plausible era por dinero —Se tomó unos segundos—. Pero cuando mi compañero comprobó que ya tenía más que de sobra cuando declaró, nos quedamos desconcertados —Chasqueó la lengua—. Así que estuvimos dándole vueltas hasta descubrir que, en esta historia de bajezas humanas, había alguien que había actuado por uno de los motivos que más engrandece al hombre: por amor —Dirigió su mirada al anfitrión—. ¿Me equivoco señor Grau? —Guillermo continuaba mirando por la ventana y Reyes se quedó mirando a la señora de la casa— Carolina actuó contra sus principios para salvarla a usted, Susana.

—¿A mí?! —exclamó atónita y tapándose la cara, se inclinó hacia delante— ¿Por qué?

—Porque, como bien nos contó, usted estaba gravemente enferma, una subida de tensión podía significar otro ictus, y supongo que su marido se lo hizo notar a Carolina. Ella era la única persona que cumplía los dos requisitos imprescindibles: podría resultar creíble en un juicio y, por usted, sería capaz de cometer perjurio.

—¡Yo no la obligué! —se defendió Guillermo, vuelto hacia su mujer— ¡Te lo juro! El doctor nos dijo que estabas muy delicada y que teníamos que evitarte cualquier tipo de alteración. Tu vida estaba en juego y Carolina se ofreció a mentir —Susana empezó a deshacerse en lágrimas.

—Pero, Susana —interrumpió Jaime con delicadeza—, usted solo acaba de recibir la confirmación, la verdad ya se la imaginaba, si no, ¿por qué le transfirió a Blanca un millón de euros desde alguna cuenta de su marido en el extranjero? —La afirmación hizo que la señora Grau sacara el rostro de entre sus manos— Fue una forma de pagar la culpa de su hijo, es más, trató de proteger a la su entonces nuera escribiendo una amenaza: «Lárgate», para que Bernardo no pudiera dar con ella y le propinase otra paliza.

—Guillermo, ¿tú sabías lo que hice? —Los ojos de Susana estaban vidriosos por el llanto.

—Sí —le confirmó—. Pero el dinero es tanto tuyo como mío, si tú lo consideraste oportuno, bien hecho estaba —Y la cogió de la mano.

—Llegados a este punto, creo, honestamente, que ustedes tienen mucho que agradecerle a Carolina, y no solo por lo anterior. Cuando nos contó que la vio el día 24 y ella estaba muy nerviosa y le habló de la limpieza, lo que trataba de hacer era avisarle de lo que estaba sucediendo en Igualada. La señora Martín tenía toda la gestión de residuos muy bien calculada, lo hemos comprobado en un memorando que tenía guardado en su iPad —Jaime volvió a beber agua—. Pero la conclusión más importante a la que hemos llegado es que ese cianuro no estaba destinado a ella; por eso tanta precipitación y riesgo que desencadenó en una cadena de errores —Noté como los señores Grau apretaban más sus manos—. Esa confusión en el móvil del crimen es lo que ha motivado que nuestras mentes se hayan dispersado. Siempre pensamos que Carolina era la destinataria del veneno, hasta que saltó la noticia de la emisión de vertidos; entonces comprendimos que ella fue solo una víctima que estuvo en el lugar y momento equivocados. El verdadero objetivo era causarle el máximo dolor a usted, Guillermo —y concluyó— El ácido cianhídrico tenía como receptor final a Bernardo y por eso obtuvieron el cianuro con tanta rapidez, porque ya lo tenían.

—¡Bernardo! —exclamaron horrorizados al unísono— ¿Por qué?

—Por el mismo motivo por el que mataron a su otro hijo —Los Grau se quedaron sin habla—. Ya les estoy explicando que el objetivo final era acabar con usted en la cárcel y con dos hijos muertos —y prosiguió—. Como sabemos que tienen la moto aquí, hemos hablado con un perito, pero nos ha comunicado que después de tanto tiempo sería imposible llegar a una conclusión definitiva. Por eso, hemos pensado que —se dirigió al señor Grau —, si se decide a colaborar con nosotros y una vez resuelto el crimen, demostraremos también esta cuestión —El rostro de nuestros interlocutores había pasado del pálido al blanco lechoso—. En definitiva, le pido que —Reyes continuó con su propuesta— nos ayude a poner en práctica un plan en el que el culpable se vea amenazado y que precipitará los acontecimientos; estamos convencidos de que así, volverá a actuar, pero esta vez contra usted, Guillermo —Hizo una pausa y lo miró a los ojos—. No voy a engañarle, el planteamiento entraña cierto riesgo, utilizan un veneno letal que introducen en un espray, pero le aseguro que vamos a estar tan pegados a usted que se va

a hartar de nosotros —Jaime le sonrió—. Vamos a ser su sombra noche y día, Guillermo, porque de usted depende que el plan resulte verosímil.

—Inspector —lo interrumpió Susana—, acaba de decir asesino, pero a veces habla en plural, ¿ha sido un error gramatical o su subconsciente le ha traicionado?

—Señora Grau, está usted en todo —Jaime arrugó la boca—. Sí, tiene razón, hay más de un implicado, pero no quiero decirles sus nombres ni darles más detalles hasta que el plan no se haya puesto en marcha. Ustedes mismos deben sospechar de todos y así, la escena será mucho más real. Solo les he adelantado que su hijo es inocente para que se queden más tranquilos... Y para avisarles de que, si no hacemos algo, tiene muchos números de ser el próximo.

—¡Pero ¿y Guillermo?! —se quejó Susana con cara de susto— ¡Corre un gran peligro!

—¿Está seguro de que hay más de uno? —preguntó Guillermo sin hacer caso de la observación de su mujer.

—Sí, en concreto dos, pero cómo lo sabemos ya se lo explicaré más adelante, ahora necesito que me diga si va a colaborar con nosotros —Reyes inclinó el cuerpo hacia sus interlocutores.

—¡Esto es una barbaridad! —exclamó Susana. De tanto tocarse el pelo había terminado por despeinarse. Era la primera vez que la veía perder la compostura.

—Lo sabemos, pero queremos que no se olviden de que se lo deben a Carolina y a Willy y, por supuesto, no se olviden de Bernardo; ahí ya no podremos estar nosotros para protegerlo —sentenció Jaime.

—Les ayudaré —pronunció Guillermo con dignidad.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué quieren acabar con mi marido?—preguntó Susana en tono de súplica.

—Porque no sé si lo sabe, pero —Jaime juntó las manos, apoyó los codos sobre sus rodillas y se quedó mirando fijamente a Guillermo; este agachó la cabeza— su marido tampoco es un santo. Aunque esto lo dejamos

para que él mismo se lo explique —Y levantándose, continuó—. Señor Grau, le agradecería que nos acompañase hasta la puerta, así tendremos tiempo de que nos hable de su pecado y, de paso, le devuelvo las llaves de la sede de Construimos.

4 de marzo de 2017

36

LOS SIETE PECADOS CAPITALES

A las nueve menos cuarto de la noche un Bentley Bentayga gris marengo cruzó la verja que daba acceso a la parcela de propiedad de Susana y Guillermo Grau en la urbanización Puerta de Hierro; Bernardo Grau y su esposa, Laura Alonso, elegantemente ataviados, dejaron el coche en el garaje y se apearon. Jaime y yo no perdíamos detalle desde una de las ventanas de la casa. Dos minutos después la misma operación fue realizada por un Porsche Cayenne negro, con el dibujo de un blasón en las dos puertas delanteras, al volante iba Miguel Gómez-Cuervo y junto a él Mercedes Grau. Tras ellos apareció un BMW X5 color berenjena; su interior iba ocupado por Álvaro Jiménez y Carmita del Real. Pisándole las ruedas estaba el Q7 azul de Fernando Morales, de copiloto se veía a una Carlota Grau con el pelo recogido en un moño. Un minuto después se distinguió la parrilla de un Range Rover azul marino, en el viajaban un peripuesto Gervasio Morales acompañado por su recatada esposa, Yolanda. El último en hacer acto de presencia fue un nuevo y flamante Ferrari rojo, cuyo piloto, Pedro Muñoz, tuvo que dar un frenazo para no pasarse de largo la entrada, distinguimos como su acompañante, Elena Martín, lo reñía por ir a una velocidad superior a la permitida. Ese día ninguno llegó tarde a la cita.

Susana Grau, vestida de largo, como la ocasión requería, se dedicó a atender debidamente a todos sus invitados, que lucían rigurosa etiqueta, como

indicaba la invitación. Una camarera iba ofreciendo copas de champagne como bienvenida y otra sirvienta portaba una bandeja con canapés para los asistentes. Una vez estuvieron todos reunidos en el vestíbulo, adornado con varios centros de flores, acompañaron a la anfitriona y se introdujeron en el amplio comedor. Los visitantes volvieron a comentar lo magnífica que era la lámpara de cristal de Murano que colgaba del techo y que caía justo en el centro de la mesa primorosamente arreglada. En el extremo izquierdo de la misma, ocupando la presidencia, se encontraba el magnífico Guillermo Grau. Uno a uno se acercaron a saludarlo y siguiendo las instrucciones de la señora de la casa, se colocaron en su sitio. Susana se sentó enfrente a su marido.

Mientras se servía el primer plato, consistente en una ensalada de langosta con vinagreta emulsionada de limón y albahaca, la conversación giró en torno a temas triviales; ninguno se atrevía a comentar la situación personal del señor Grau. Este aparecía abatido y prácticamente no participaba de la tertulia y, aunque había perdido unos kilos, esta pérdida apenas había hecho mella en su inmensidad. Retiraron los servicios y les presentaron una exquisita lubina salvaje con patatas a lo pobre, los allí presentes se dedicaron a elogiar el buen aspecto de aquel pescado. Pero, en realidad, lo que todos pensaban, y no se atrevían a preguntar, era el motivo de aquella cena y el porqué de su presencia en la misma. Cuando llegaron a los postres, trufas blancas adornando unas copas de fresas con nata, todos se mantenían a la expectativa. No fue hasta los cafés y las copas cuando Guillermo se decidió a hablar y exponer el motivo de aquella reunión. Se levantó de la silla, haciendo tanto ruido al arrastrarla que todos enmudecieron, y se quedaron observándolo en silencio, a la expectativa. Él les fue clavando la mirada uno a uno y terminada la ronda, se dignó a pronunciarse.

—Sé que os estaréis preguntando qué significa esta cena y por qué estamos aquí —Se subió las gafas y las colocó en su sitio—. Aunque la pregunta debería ser —calló unos segundos para captar toda la atención—: ¿por qué habéis venido sin dudarlo? —Otro silencio— Yo os lo voy a decir: por miedo... Miedo a lo que os pueda pasar —Se quedó observándolos—. Todos sabéis que me encuentro en libertad bajo fianza y que me han retirado

el pasaporte por riesgo de fuga —Hizo una pausa y el silencio no podía ser más audible—. Se supone que no estoy para fiestas y que lo mejor sería que me metiera en la cama hasta esperar el día del juicio —Cogió un puro que tenía en la mesa y empezó a cortarlo sin prisas—. Eso mismo es lo que me recomienda mi mujer, que coma sano y de paseos dentro de este recinto, que es mi casa, y que para mí se ha convertido en una jaula de oro —Cogió la copa y le dio un trago al whisky—. Y así estaba haciendo, hasta que me he dicho: ¡basta! —gritó— Sé, como la mayoría de los aquí presentes, que Carolina estaba conspirando en mi contra —les lanzó una mirada general—, pero esa deuda ya está saldada —Se puso a chupar el puro—. Lo que he tenido es mucho tiempo para pensar, y he llegado a la conclusión de que muy posiblemente no actuara sola y contara con la colaboración de algún otro cabrón —Susana se tapó los ojos con disgusto, el resto no podía apartar sus miradas de él—. Así que os voy a proponer dos opciones —Fumó y soltó el humo—. O, de la forma que estiméis más conveniente, se delata al cómplice... o todos lo vais a lamentar —Y continuó con sus amenazas—. Álvaro —el señor Grau cambió su posición y se dirigió al señor Jiménez—, tú fuiste el primero en el que pensé, por eso, a pesar de tus súplicas y juramentos acerca de tu inocencia, te puse de patitas en la calle, pero con mucha facilidad puedo hacer que no encuentres un trabajo decente en lo que te resta de vida; eso, por no hablar de que te vayas olvidando de conseguir la jugosa cantidad que ibas a recibir en concepto de indemnización —Y añadió—. Conseguiré que tu contrato blindado no tenga validez —Álvaro se quedó examinando su plato y no hizo ninguna mención. Guillermo desvió la mirada y la enfocó en el mayor de los hermanos Morales—. Gervasio, tú también has sufrido las consecuencias de esta conspiración, te has quedado sin la gallina de los huevos de oro. ¡Qué lástima! Con lo bien que te venía mi dinero extra —y exhalando las palabras al tendido, proclamó—. Por si alguno todavía no se ha enterado Gervasio ha sido cesado como tesorero de Construimos —Y prosiguió, volviendo a orientarse hacia el aludido—. Pero no creas que vivo en la inopia y que desconozco que pretendías derrocar me de mi puesto en el partido —y bajó la voz—. Tu posición puede ser peor si acabo con esas dos tiendas de mala muerte que aún mantienes; te quedarás sin nada —Pareció que Gervasio iba a decir algo, pero se contuvo y únicamente negó con la

cabeza. Guillermo volvió a un tono normal de dicción—. Lo que no sé es en qué grado participó Carolina, pero la que sí sé que colaboró activamente con Gervasio fue mi apreciada sobrina Mercedes —Ahora su atención se fijó en ella—. No te has quejado, pero doy por hecho que has notado que ya no recibes ninguna transferencia de tu amado tío, ¿verdad? —Él pensaba proseguir con su discurso, pero ella lo interrumpió.

—Tío, ¡¿cómo puedes decir semejante barbaridad?! —Su tierna mirada se mezcló con otra de incredulidad.

—¡Guillermo, no sabes lo que dices! —El marqués defendió a su esposa.

—Por supuesto que sé muy bien lo que digo, Miguel —El tono de Guillermo fue autoritario—. De hecho, también desconfío de ti. Probablemente ellos actuaran bajo tu dirección —afirmó—. Así que los dos podéis ir dejando de lado vuestras aspiraciones de ocupar la Moncloa y, de paso, te despides también de los negocios que mantenemos en el extranjero; y esto también te lo puedes ir aplicando tú, Fernando —Y centró su interés en el recién mencionado—. No sé qué tipo de relación te unía con Carolina, pero cuando un hombre está enamorado, es capaz de hacer cualquier cosa que le pida una mujer: ¿en qué te pidió que la ayudaras? ¿Eras tú el que la secundaba para estafarme? —Fumó— Yo creo que sí —El menor de los Morales abrió la boca, pero, inmediatamente, la cerró sin pronunciar palabra—. Y en esto también te incluyo a ti, mi estimada Carlota, tu avaricia es tal que, por no perder el dinero de tu marido, has preferido ser una cornuda encubridora que una digna divorciada —La cara de asco de la sobrina todavía se hizo más plausible. Su tío aprovechó la pausa para dar un trago—. A partir de ahora, lo que veréis es cómo disminuyen vuestros ingresos —Y su cuerpo se inclinó hacia ellos—. Te voy a dejar sin clientes y sin paraísos fiscales, Fernando —Sonrió con maledicencia y enfocó sus ojos hacia la señorita Martín—. A la que no le ha ido nada mal es a ti, Elena, ¿me equivoco? —Estaba utilizando un tono irónico— Te han faltado pies para instalarte en el domicilio de tu llorada hermana, ¿no erais tan felices en Guadarrama? —Adoptó una actitud bondadosa— Bueno, Pedro, a ti solo darte mi enhorabuena, ¡menudo coche! ¡Ni en tus mejores sueños te hubieses

imaginado conduciendo un auto como ese! Pero claro —continuó—, esto me da que pensar y me pregunto: ¿no serán estos dos los que participaban con la hermana, y por eso los quería introducir con tanto apremio en la compañía? —Dio otra calada— Desde dentro todo es más fácil, ¿cierto? —Pareció que Pedro iba a hacer ademán de levantarse, pero su novia le estiró de la manga de la camisa y él se quedó quieto— Pues que sepáis que voy a conseguir que la herencia se quede en suspenso y que no recibáis ni un euro, es más, tendréis que devolver las propiedades de las que ya estáis disfrutando —y añadió—, Ferrari incluido —Entonces se volvió hacia su derecha, donde un rígido Bernardo escuchaba impasible—. A ti, hijo, por ser el que más me duele, te he dejado para el final —Guillermo aparecía más suavizado— porque, para mi desgracia, también desconfío de ti. Sé que has dudado acerca de tu futuro en Grau&Co porque los dos sabemos que tú no eres el más idóneo para dirigirla, así que como te dejé fuera de la textil, te he visto capaz de confabular contra tu propio padre, sin Carolina de por medio y sin mí, la compañía es tuya.

—¡Papá, no puedes estar hablando en serio! —se atrevió a exclamar Bernardo.

Pero su padre no le hizo caso, se irguió lo que pudo y echó un vistazo alrededor. Se llevó el puro a los labios con parsimonia y chupó el Habano un par de veces. Tras el paréntesis prosiguió con su disertación.

—Por todo ello, y a menos que me presentéis un culpable, he tomado la determinación de llevar a la ruina a Grau&Co y terminar con la farsa de Construimos —sonrió con desgana—. Ya estoy cansado de que todos me chupéis la sangre. En poco tiempo las acciones no valdrán nada y el partido caerá en el olvido —Se fijó en Susana, quien en ese instante tenía la vista fija en una bombilla de la lámpara—. Los únicos que de verdad me importan son mi mujer y mi nieto, pero ellos no tienen de qué preocuparse, me encargaré de que su nivel de vida no se vea afectado en absoluto. Por lo demás —concluyó—, vosotros y vuestras vidas no me interesan lo más mínimo —Y volvió a dirigirse a su esposa—. Querida, ¿nos retiramos? Estoy un poco cansado y me gustaría que me acompañaras.

Ella, con el rostro compungido, pero manteniendo su cuerpo

orgullosamente recto, se levantó con una elegancia extraordinaria y se acercó a Guillermo. Él le ofreció su brazo y ella se lo tomó. Antes de desaparecer por la puerta volvió a amenazarlos.

—Os doy de plazo hasta el próximo sábado, tenéis una semana —sentenció—. Por cierto, el que quiera puede quedarse un rato más para seguir disfrutando de mi hospitalidad, como siempre habéis hecho.

En cuanto el matrimonio desapareció de la estancia, unos a otros comenzaron a escudriñarse en silencio. Estaban perplejos, pero ninguno alzó la voz, solo se atrevieron a susurrar a sus respectivas parejas y, en medio de aquel callado murmullo, fueron abandonando, veloces, sus asientos. Todos sospechaban de todos.

Jaime y yo nos quedamos observándolos hasta que arrancaron los coches.

10 de marzo de 2017

37

GUILLERMO

Eran las siete de la tarde y el cielo de Madrid amenazaba lluvia. Jaime y yo llevábamos exactamente seis días pegados a los talones de Guillermo. Estábamos cansados y tensos, y no sabíamos en qué momento los criminales entrarían en escena. Guillermo les había dado el plazo de una semana y faltaba un día para que se cumpliese; empezábamos a dudar de si aquella esperada aparición ocurriría. Teníamos que esperar, pero la verdad era que yo estaba un poco desmoralizado. De vez en cuando me ponía de pie y me asomaba por el ventanal del despacho de Guillermo, allí estaba escondido por si teníamos que entrar en acción; en cualquier momento se podría abrir la puerta. Jaime y los dos policías que nos acompañaban se encontraban en sus puestos.

El que no podía controlar sus nervios era Guillermo, cada día que pasaba lo llevaba peor. A pesar de que no tenía muchas ganas de salir a la calle, se había forzado a hacerlo para dar más oportunidades a los asesinos y toda la semana estuvo acudiendo a su despacho, pero nadie se había presentado y parecía que a la mayoría se los hubiese tragado la tierra.

A las siete y cuarto unos nudillos llamaron a la puerta del presidente de la compañía. Me quedé quieto. «Adelante», dijo Guillermo y la puerta se abrió. Ante los ojos de Guillermo apareció su hijo, seguido de sus sobrinas y

respectivos maridos y tras ellos: Gervasio, Álvaro, Elena y Pedro. Bernardo se erigió en portavoz.

—Papá, hemos venido aquí porque nos parece una canallada lo que piensas hacernos —Guillermo lo observaba con hastío a través de sus lentes—. Hemos estado discutiendo y ninguno participó con Carolina, fue ella sola la que tramó toda esta historia de la emisión de residuos tóxicos para desacreditarte —Se escucharon murmullos de aprobación—. Ella te odiaba porque consideraba que era la que hacía todo el trabajo y tú no le dabas más que las migajas —Bernardo apretó los puños—. Tenía dos alternativas: o marcharse a Londres o hacerte ver que ella era mucho más lista que tú —Las venas comenzaban a palpar en el cuello del ponente—. Así que se decidió por la última alternativa y nos ha hecho cargar con las culpas a todos, especialmente a Álvaro y a mí —Se aflojó el nudo de la corbata—. Y es una inmoralidad que tengamos que pagar justos por pecadores, en este caso, pecadora.

—Mira, Bernardo —la voz de Guillermo era suave pero implacable—, si lo que venís a decirme es que no traéis a ningún culpable, estáis perdiendo el tiempo.

—Papá —le suplicó—, es que no hay culpable —El tono de piel de Bernardo empezaba a subir de color—. ¡¿No lo entiendes?!

—Eso ya no me importa —le respondió buscando un puro en el cajón—. Que uno de vosotros se inmole por los demás y deje mi nombre más limpio que el cáliz de una iglesia de monjas —Cortó el Cohíba y lo encendió—. ¿Voluntarios? —Hizo un paréntesis— En fin, como deduzco que no hay ninguno, os agradecería que os marchaseis, tengo que revisar toda la documentación para que mañana mis abogados puedan ocuparse de todos los trámites y todavía me voy a tener que quedar aquí un buen rato.

—¡Guillermo, por favor! —exclamaron algunas voces.

—Cerrad la puerta al salir —los cortó. Y les recordó—. Si alguno cambia de opinión, ya sabéis que tenéis hasta mañana.

Entre cuchicheadas quejas de escepticismo fueron saliendo. Guillermo se volvió a mirar a Jaime y este le contestó poniéndose el dedo sobre la boca.

Guillermo resopló, se levantó y se dirigió al mueble bar. Todo estaba tan silencioso que, a pesar de la tormenta que estaba cayendo sobre Madrid, escuchamos los movimientos del vigilante de seguridad. Eran las ocho. Nuestro protegido parecía un lobo enjaulado yendo de un lado para otro y dando tragos al whisky de vez en cuando. No podía estarse quieto y de tanto en tanto nos hacía preguntas que no respondíamos. Unos veinte minutos después oímos unos golpecitos en la puerta, era Bernardo, quien sin molestarse en abrir ni en esperar contestación, se despidió de su padre. A los diez minutos Guillermo se puso en pie para estirar las piernas y comprobar que el guardia seguía su ronda. Desde donde me encontraba vi que la luz general del pasillo estaba ya apagada, solo funcionaban las de emergencia, dejándolo todo en penumbras y confiriendo a la planta octava un aspecto siniestro.

Guillermo se acercó a su butaca y dejando caer todo el peso de su cuerpo en ella, se puso a mirar la tempestad; el agua caía con fuerza y el ruido que hacía al chocar contra el cristal era el único sonido que rompía el cargante silencio. Empezó a sudar y se llevó la mano al pecho, pero no dijo nada. Me invadió una sensación de desasosiego, solo nos faltaba que le diera un infarto. Ni siquiera se había acabado la copa, pero volvió a dirigirse al mueble bar y cogió otro vaso; con la mano agarró unos hielos y se sirvió todo el whisky que cupo en el recipiente. Acto seguido se encendió un puro y se deleitó con su aroma. Cuando menos lo esperábamos, se puso a hablar.

—¿Saben? No dejo de pensar en mi mujer, tengo ganas de que todo esto acabe para volver a casa con ella —Se quedó como mudo—. ¿No han escuchado un ruido? No, solo son mis nervios —Se volvió a levantar y encendió la lámpara de su escritorio—. Está muy oscuro y esta tormenta me está sacando de quicio.

—*Shhhh* —Fue la única contestación que le dio el inspector.

—Tengo un mal presagio —Guillermo no paraba—. Necesito salir a la calle y respirar, siento que me ahogo —Miró el reloj—. Son las nueve. Tengo tiempo de bajar, darme una vuelta y volver.

—¡Ni se le ocurra! —se escuchó decir a Jaime en tono muy bajo— Va a mandar toda la operación al garete y es muy peligroso que baje usted solo,

ahora no podemos acompañarle. Le pido que no lo haga.

—Vuelvo enseguida, solo necesito ver los coches circulando. Necesito despejarme y necesito... no pensar en la muerte.

Mis latidos se activaron y un escalofrío me recorrió la nuca. Si se iba, lo estropearía todo. Vi que la tormenta se había tornado furiosa; gruesas gotas golpeaban contra el cristal. Pero a Guillermo pareció no importarle, y cogiendo un paraguas se precipitó a la salida.

Me puse en pie y cubierto por la cortina, me apoyé contra el cristal para observar los movimientos de Guillermo. Sigilosamente Jaime vino a mi lado y entreabrimos la ventana.

—Este tío la va a cagar —me dijo pasándose la mano por el pelo. Yo no hice comentario alguno, pero era de su misma opinión.

Pudimos distinguir como abría su paraguas marrón, aunque la tempestad era de tal magnitud que un simple paraguas hacía imposible resguardarse del viento y del agua que salpicaba con rabia. Hacía mucho frío y no se veía un alma en la calle.

No llevaba rumbo fijo y optó por ir hacia la izquierda. Un pequeño coche gris se puso en marcha. El vehículo se movía muy despacio. El magnate dobló una esquina, el coche también. Lo estaban siguiendo.

Cambiamos de posición para poder observarlo. Menos mal que había tomado la dirección desde la que podíamos verlo. Guillermo paró un momento, y por el movimiento del paraguas dedujimos que había girado la cabeza. Un paraguas negro acababa de doblar la misma esquina y se aproximaba a él con paso rápido; posiblemente un transeúnte cualquiera, pero pareció que Guillermo se inquietó porque, a duras penas, apretó el paso. Su cuerpo se movía pesadamente y pensé que el efecto del agua en sus pantalones y zapatos todavía le dificultaría más el movimiento. El paraguas negro cogió velocidad, el coche gris también. Lo iban a alcanzar. ¿Y si no era un transeúnte cualquiera? La distancia entre los paraguas se iba acortando. Mi ritmo cardiaco se aceleró y empecé a escuchar las pulsaciones en mis sienes. Intuí que a Guillermo le estaba pasando lo mismo porque noté que quería correr, pero le resultaba imposible. El paraguas negro le pisaba los talones, el

coche aceleró. Pensé que en pocos segundos desaparecerían de nuestro campo visual, pero tuvimos tiempo de ver como los paraguas se unían y el marrón salía volando. Había sido un grave error que Guillermo hubiese salido, tal vez, en esos momentos, ya estuviera muerto.

Jaime sacó el móvil e hizo una llamada. Todo estaba en orden. A los diez minutos volvimos a ver a Guillermo con todo el cuerpo empapado y la cara llena de gotas, podrían haber pasado por agua, pero por la hinchazón de sus ojos supe que había llorado.

Mientras se quitaba los zapatos nos pidió disculpas y cogió el vaso de whisky que había dejado sobre la mesa. Hicimos como si nada hubiese pasado y moviéndonos como lagartijas nos colocamos en nuestros puestos; no queríamos hacer ningún ruido. Aunque tal vez la operación ya no tuviera sentido.

—¡Menudo susto me he llevado! Cuando he notado que me tocaban el hombro, se me ha escapado el paraguas —Nos explicó en voz baja—. Creía que me iban a matar, pero era Bernardo, ha decidido volver porque necesitaba que le creyese, pero me lo he quitado de encima sin contemplaciones. De todas formas —continuó—, el paseo me ha sentado bien y me encuentro mucho más despejado.

Nadie le contestó. Se encendió otro puro y bebió. Se arrellanó en su butaca y se puso a mirar por el ventanal; parecía imposible, pero la tormenta arreciaba con más furia. Ya no se distinguían los árboles ni el paseo; todo era negrura. A través del cristal solo se veía el reflejo de la luz de la lámpara y la silueta de Guillermo Grau; exhaló una bocanada de humo y dijo:

—Ya no voy a hablar más, pero necesito decirles que es la primera vez que percibo el olor de la muerte; pido perdón por mis pecados —Y pareció relajarse.

Así pasamos otra media hora; el tiempo se me hacía insoportable. Hasta que vimos que la puerta se abría sigilosamente. Todo mi cuerpo se puso alerta. Guillermo ni siquiera se movió, se quedó observando a través de la ventana a las dos figuras vestidas negro que se le acercaban lentamente.

—Buenas noches, tío —La voz de Carlota Grau sonó inconfundible.

Guillermo dio un último trago a su copa.

—No os esperaba a estas horas —Intentó que su voz sonara firme. Seguía mirando hacia el cristal—. ¿Habéis cambiado de opinión y me traéis un cabeza de turco?

—En realidad, no —le respondió—. Estamos aquí porque no estamos de acuerdo con tu decisión.

—¿De dónde salís? —les preguntó el señor Grau.

—Te estábamos esperando. ¡No sabes el susto que nos has dado cuando te hemos visto salir! Menos mal que hemos podido ver que te dejabas la lámpara encendida y hemos supuesto que regresarías. ¡Qué bien!

Vi que Carlota sacaba unas máscaras de una bolsa que llevaba cargada al hombro. Miré a Guillermo y observé cómo tomaba aire, pero procuré mantenerse erguido sin dejar de mirar hacia la ventana. Se iban acercando muy despacio. Sacó algo más de la bolsa. Mis músculos se tensaron. Guillermo se olvidó del puro y la ceniza comenzó a caer sobre la tapicería.

—Sí —Carlota volvió a hablar—. Hubiese sido una tragedia que mañana no te hubiesen encontrado aquí, muerto de un infarto.

—¿Me podéis responder a una cuestión? —preguntó el señor Grau con aplomó— ¿Por qué matasteis a Willy? ¿Qué mal os había hecho él?—La respuesta se hizo esperar unos segundos.

—Porque su padre es un cabronazo, por eso —emitieron unas calladas risas—. Lo sabes, ¿verdad? —Y la dulce señora marquesa Mercedes Grau tomó las riendas de la explicación— Lo cierto es que, antes de morir, nos gustaría que nos aclarases cómo fuiste capaz de estafar a tu propio hermano —Hizo una pausa, pero al no obtener respuesta, continuó—. Parece que no te acuerdas, pero nosotras sí. Nunca podremos olvidar el mes de junio del 2003, cuando nuestro padre murió. Nos quedamos anonadadas al descubrir que apenas había herencia, solo teníamos la casa de la calle Arga, un detalle muy bonito que tuviste, y unas pocas tierras donde cultivar patatas. Pero lo que no dejábamos de preguntarnos era: ¿por qué te habías convertido en millonario con el petróleo de las tierras y nuestro padre no tenía nada? Tuvimos que revisar todos sus papeles hasta descubrir que te había vendido su parte por un

precio irrisorio —Había odio en su voz—. Y entonces pensamos: ¿por qué nuestro padre prácticamente le regaló su parte a su hermano? Rebuscamos en el contrato de compra-venta y ¡oh, casualidad! El petróleo se descubrió en junio de 1964 y tuviste la gran fortuna de firmar la adquisición en mayo de ese mismo año. ¡No sabes el tiempo que perdimos hasta dar con la clave! Ya tenías en tu poder los resultados de las prospecciones petrolíferas desde el mes de marzo que, como bien sabemos, eran positivos. Por culpa de tu estafa hemos tenido que vivir de tu caridad durante todos estos años. Y eso, no iba a consentirlo.

No hubo tiempo para más explicaciones, ellas ya se habían colocado las caretas y supongo que Jaime pensó que no podíamos correr riesgos innecesarios.

—¡Ahora! —aulló, saliendo de detrás del mueble bar.

Yo, que seguía agazapado tras una de las tupidas cortinas, me abalancé sobre la figura de Carlota para hacerme con el espray antes de que pudiera esparcirlo por la habitación; pero tomé tanto impulso que, al chocar, nos golpeamos contra la mesa. Se escuchó un crujido de plástico resquebrajado y caímos al suelo rodando unos metros. Su cuerpo, que ya tenía debajo, se movía con rapidez y le dio tiempo a presionar el émbolo del frasco. Durante un segundo vi como cientos de diminutas chispas de ácido cianhídrico se dirigían a mis ojos. Mientras trataba de reducir a Carlota mi mente no dejaba de repetir que a lo mejor me quedaba un minuto de vida. «¡Cuidado, Manolo!», escuché gritar a Jaime. Fui lo más rápido que pude y sujeté el brazo de mi asaltante, pero escuché el sonido que hacía al volver a comprimir el pistón. ¡Estaba dispersando el gas!

Jaime y los compañeros ya se habían hecho con Mercedes y parecía que tenían controlada la situación. Como pude, apreté la mano de Carlota, a quien ya tenía inmovilizada, y conseguí que soltara el vaporizador, que cayó a un par de metros de distancia. Empezó a toser y a convulsionar; trataba de llevarse las manos a la garganta. Se estaba asfixiando. «¡Se está ahogando!», grité. Y durante un segundo Reyes y los dos agentes que nos habían acompañado se volvieron a observar la situación. Yo intentaba quitarle la careta.

Tan solo fue un segundo, pero suficiente para que Mercedes se deshiciera de los policías y, con un movimiento rápido, se arrojó a por el espray. Se hizo con él y elevando el brazo, se enfrentó a todos nosotros para que lo viésemos. Me quedé paralizado. Entonces sucedió lo que ninguno de nosotros se hubiese imaginado. Con la mano que le quedaba libre se deshizo de la careta y, bajo la luz de aquella lamparita, nos descubrió su rostro y se puso a hablar:

—Podría decirles que, si se acercan a mí, los rociaré sin piedad, pero eso ya no tiene sentido —Nos observó con suficiencia— Así que como bajo ningún concepto consentiré verme encerrada con unas sucias y apestosas reclusas, y mucho menos verme sometida al escarnio público, prefiero despedirme.

Y sin más, se esparció el ácido cianhídrico por la cara. Le quedaban treinta segundos de vida, durante los cuales todos permanecemos en silencio y sin dejar de mirarla. Jaime se acercó y, sin contemplaciones, le arrebató el espray. Ella todavía le sonrió con desdén, pero no había más que hacer, enseguida escuchamos sus ahogos. Aproveché para quitarle la máscara al cuerpo sin vida que tenía entre mis piernas. Allí yacía Carlota, con aquellos minúsculos ojos muy abiertos. Se los cerré. Mercedes se desplomó. Las dos estaban muertas.

—¡Abrid las ventanas! —ordenó Reyes a los dos agentes— Manolo, ¿estás bien? —Yo no recordaba haber sentido tanto pánico en mi vida. Supuse que estaba bien, porque habían pasado varios minutos y seguía vivo. Hice además de quitarme la careta, necesitaba respirar— ¡Ni se te ocurra! — me mandó nervioso— Ahora te la quitaré yo con mucho cuidado.

Y sin deshacerse de los guantes cogió un trapo y limpió la máscara; después, con mucho tiento, procedió a quitármela. Era imprescindible que ni una sola gota rozara mi piel. Lo consiguió y sentí un indescriptible alivio. Lo metió junto con el trapo y el vaporizador en una bolsa de plástico herméticamente cerrada y lo introdujo en la misma bolsa en que lo había transportado Carlota. Eché una ojeada y me di cuenta de lo absurda que llegaba a ser la situación: parecía, más bien, un grupo de submarinistas a punto de darse un chapuzón que una emboscada para pillar a unas asesinas.

Entonces Jaime dio la orden de proceder a deshacerse de las caretas. Lo hicieron y nos sentimos a salvo.

Miré de reojo a Guillermo y comprobé que continuaba sentado en su sillón. Le había dado la vuelta y asistía a la escena como un mero espectador. Era el único que no se había puesto la máscara; de la impresión, se le había olvidado en un hueco de la butaca. Para serenarse se estaba llenando el estómago con dosis de whisky. Se dio cuenta de que lo miraba y con un gesto me preguntó si quería un trago, utilicé la cabeza para decir que sí. Apretó el botón del mando y el asiento comenzó a elevarse hasta dejarlo incorporado, se quedó mirando el suelo. Regueros de agua se colaban por los ventanales y un gran charco empezaba a inundar la moqueta, pero nadie se atrevió a cerrar los cristales, aunque ya había pasado el peligro, todos necesitábamos sentir el húmedo viento.

Guillermo Grau se dedicó a servir copas; las íbamos a recibir como una bendición. Se nos acercó con dos vasos a rebosar, aceptamos las bebidas que nos ofrecía y fuimos a sentarnos al escritorio del magnate. Teníamos que hacer tiempo hasta que llegasen el juez, el forense y la científica. Pero no se harían esperar mucho. Los refuerzos que se habían quedado vigilando en el coche gris entraron en ese momento.

—Inspectores, siempre estaré en deuda con ustedes —Siguió bebiendo—. Disculpen, pero todavía me tiemblan las piernas —nos confesó—. Entiendan que para mí, además de lo peligroso de la situación, ver como tus propias sobrinas, que las conozco desde que nacieron, intentan matarte es, cuanto menos, impactante. Aún no he salido de mi estupor. Pero verlas muertas en mi despacho... —Y se levantó a por unas almendras.

—Si le sirve de algo, a mí también me tiembla todo el cuerpo y tampoco acabo de creerme que esto haya sucedido —dije. Jaime parecía el más sereno.

—Manolo, te doy mi enhorabuena por cómo le has parado los pies a Carlota —Estaba serio—. Pero te pido que la próxima vez no me lo hagas pasar tan mal, no sé qué hubiera pasado si tu careta se llega a romper, como le ha sucedido a ella.

Llegaron los de la científica, Jaime les dio las explicaciones pertinentes y volvió a nuestro lado.

—Jefe, supongo que ahora nos cogeremos unos días de vacaciones, estoy reventado —comenté, dejando el vaso sobre la mesa—. Por cierto, señor Grau, este whisky es de los buenos, ¿no? Me está sentando como los besos de mi madre cuando era niño.

—¿Cuántas botellas quiere? Se las envío a la comisaría —Engulló un puñado de frutos secos—. Ahora que se va a tomar un descanso, podrá disfrutarlo relajadamente.

—Bueno, solo tiene dos días; el lunes vuelta al trabajo —explicó Jaime. Me dejó boquiabierto.

—No es por quejarme, pero ¿recuerda cuánto tiempo llevamos sin dormir? —Miré a Guillermo en busca de solidaridad— Si de tantos días que llevamos pegados al señor Grau, me da la sensación de que su vida es la mía.

—Eso es cierto —me apoyó Guillermo—. Llevan en mi casa desde el sábado de la semana pasada, cosa que les agradezco infinitamente —Dio otro trago—. Por cierto, pueden volver cuando lo deseen, mi casa es la suya. Y también quiero disculparme por mi paseo de esta tarde. Sé que no debí salir, pero estaba sufriendo tal tensión que me sentía como una rata enjaulada. Denles las gracias a los agentes del coche que me ha seguido hasta el último momento.

—Está bien, el jueves te reincorporas —cedió Jaime con una gran sonrisa—. Es verdad que desde que tuvo lugar la cena de las amenazas hemos estado pegados a usted, Guillermo, noche y día. Pero ha valido la pena. Aunque hubiese sido mejor que las dos acabasen en la cárcel y no así.

—En realidad, prefiero trabajar los primeros días y después irme a Valencia y aprovechar el fin de semana; son las Fallas —y cambiando de tema, propuse—. ¿Nos vamos a tomar algo y después a casa? ¡Estoy molido! —Me dirigí al señor Grau— ¿Se viene con nosotros?

—Les doy las gracias por la propuesta, pero mejor la semana que viene —Se enjugó el sudor de la frente con uno de sus pañuelos GG—. Estoy demasiado abatido como para irme de cena; además, estoy deseando ver a

Susana. Pero será un placer invitarles a cenar la semana que viene y que me cuenten los pormenores de la investigación. Recuerden que nos prometieron una explicación —Los tres nos levantamos.

Antes de dirigirnos al ascensor me puse a cerrar todas las ventanas. Las fui sellando una tras otra, a pesar de que estaba convencido de que aquella habitación necesitaba purificarse. Conseguí frenar el vendaval, pero pequeños regueros de agua siguieron correteando por las paredes.

15 de marzo de 2017

38

CENA PARA TRES

Eran las nueve y media de la noche y tenía que darme prisa para llegar puntual a la cena que teníamos pendiente con Guillermo Grau. Así que metí unas cuantas cosas en la maleta, la cerré, la dejé preparada en la puerta para el día siguiente y salí corriendo. Estaba deseando llegar a Valencia y disfrutar de las Fallas; echaba de menos el olor a pólvora de las *mascletàs* y necesitaba desconectar.

Entré en el restaurante y allí estaban los dos, hablando en lo que parecía una animada charla. Me senté y tras los saludos, pedimos la comida y me integré en la conversación. Guillermo se puso a hablar del entierro de sus sobrinas.

—Ha sido todo muy íntimo —contaba—. Lo poco que sé es a través de los maridos, pero no tienen muchas ganas de hablar. Susana y yo nos hemos negado a ir, aunque eso no quiere decir que no estemos muy afectados. ¡Cómo nos íbamos a imaginar que nuestras sobrinas tuviesen tanto veneno dentro!

—No me extraña —intervine yo—. Supongo que ha sido un golpe muy duro para toda la familia, aunque existieran desavenencias.

—Por eso, mi mujer y yo vamos a atender las peticiones de Miguel y Fernando y vamos a tapar el asunto. Están sufriendo mucho por sus

respectivos hijos; lo vamos a dejar en un suicidio, como en realidad ha sido: un suicidio y un accidente —Con la copa de vino en la mano, nos observó—. Mercedes, que ya llevaba tiempo sufriendo una profunda depresión, vino a verme acompañada de Carlota. La notamos rara, pero jamás hubiésemos imaginado que se hubiese tomado una caja entera de somníferos. Al desplomarse, Carlota se abalanzó en su auxilio, con tan mala suerte que tropezó con la alfombra y cayó contra la mesa; se desnucó. Los médicos tampoco pudieron hacer nada por la vida de Mercedes —Sus ojos seguían clavados en los nuestros—. Ustedes hagan lo que tengan que hacer, pero nosotros estamos filtrando esa noticia —Dio un sorbo—. Por desgracia, Carolina y Willy ya están muertos —Hizo una pausa—, pero sus asesinas también y yo, gracias a ustedes, sigo vivo, ¿qué ganamos con un escándalo? ¿Qué unos niños se vean señalados de por vida? ¿Perjudicar a Construimos? ¿Qué durante mucho tiempo se hable de nosotros? —Se apoyó contra el respaldo de la silla— Además, me siento culpable; me siento como un jabalí que se ha comido a su jabato. Mejor dejar las cosas como están; en unos meses las aguas volverán a su cauce.

Pensé que, de paso, tanto él como Bernardo, Miguel y Fernando pasarían más desapercibidos y se podrían librar de que la unidad de delitos económicos los investigara por blanqueo de capitales y malversación de fondos. Pero no lo dije en voz alta.

—Nos deja sin palabras —comentó Jaime cruzando los brazos—. Ahora el asunto está en manos del juez, no sé qué opinará él al respecto. Lo cierto es que a sus sobrinas ya no se las puede procesar y nosotros no vamos a filtrar ninguna información a la prensa, a pesar de su insistencia. Si no se levanta el secreto de sumario, tal vez consiga su propósito. Pero no va a ser fácil.

—En fin, ya les he contado mi plan. Ahora es su turno y me gustaría que me explicasen cómo llegaron a la conclusión de que mis sobrinas acabaron con la vida de Carolina —Y se sirvió unos espárragos.

—Le iba a comentar que esto no debe salir de aquí, pero, en vista de lo que nos acaba de decir, sé que así será —Jaime se colocó la servilleta sobre las piernas y empezó—. En primer lugar, le diré que cuando el forense nos

dijo que Carolina tenía hematomas en los brazos hechos desde atrás, ya me dio una pista de que podían ser dos, pero en cuanto nos dijo que la habían rociado con un espray, la teoría cobró fuerza en mi cabeza. Si había una lamparita con el cable roto es que hubo un forcejeo, o sea, que Carolina trató de defenderse y se le partió una uña. Entonces es imposible que alguien la pudiese sujetar con las dos manos por detrás y le esparciera el ácido. Tuvieron que ser dos —Hizo una pausa para beber—. Y ya que sabemos quiénes fueron, me inclino a pensar que la cabeza pensante fue Mercedes; intuyo que Carlota siempre se ha dejado arrastrar por su hermana.

—No se equivoca —intervino Guillermo—. Desde pequeñas Mercedes siempre fue la más dominante. Pero, por favor, continúe que me parece muy interesante.

—Bueno, en cuanto a quiénes eran los asesinos, reconozco que nos costó un poco más, porque el caso era realmente enrevesado con tantos sospechosos y tantos indicios; y lo más triste, todos tenían motivos para quitarse de encima a Carolina, incluso usted —Cogió los cubiertos y se puso a cortar la carne—. Se me hizo la luz cuando me di cuenta de que el verdadero objetivo era usted, aunque de lo que ya estaba seguro, una vez que mi mente lo vio, fue de que la mezcla de cianuro y agua se había hecho en el estudio de Carlota. Así que ella se convirtió en firme sospechosa —Masticó y tragó—. Como el que vivía en esa casa era Fernando, también sospechamos de él; además, tuvo la mala suerte de que la uña apareciese en su coche, y este hecho me hizo perder la perspectiva. Pero cabía la posibilidad de que la discusión con Fernando fuese anterior a la muerte y esa uña se perdiese en otro sitio. Pero resultó que no, porque Fernando nos dijo la verdad: estuvo en su casa hasta las seis y después se fue a Guadarrama; no tuvo tiempo. Tuvimos que repasar todas las llamadas y corroborar que su declaración cuadraba. Él estaba enamorado de Carolina y habían quedado en verse el día 25. Así que volvimos a pensar en Carlota y, aunque nos dijo que estuvo en su casa y la asistente confirmó que estuvo con los niños hasta las ocho; en realidad Carlota estuvo en su estudio y salió sin ser vista.

—¿Y entonces, quién la agredió y para qué?

—Ese fue otro de los puntos que nos llevó a resolver el crimen. La

agresión a Carlota puso histérica a su hermana —Miró a Guillermo—. Cuando usted nos dio la llave de Construimos, intentamos averiguar qué contenía un sobre que Mercedes protegía, pero, como ya sabe, aquello acabó en un desastre. La suerte fue que Manolo pudo distinguir que eran fotos, así que cuando Carlota, para proteger a su marido, pues de todos los sospechosos ella era la única que se la jugaría para no perder a Fernando, cometió el error de enviarnos el sobre con las fotografías de Álvaro, nos dimos cuenta de que aquellas dos, cada una con una copia en su poder, habían tramado algo contra él —Hizo una pausa y respiró. Casi no estaba comiendo—. Pero ¿qué estaban tramando? Cuando vimos que el río Anoia había sido envenenado con cianuro, atamos cabos. Mercedes y Carlota estaban chantajeando a Álvaro con esas fotos y él, obligado por ellas, se deshacía de los residuos tóxicos en el río. De hecho, desde el mes de septiembre le estaban pagando un plus por hacerlo. Se puso nervioso cuando empezó la investigación y trató de hacerse con las fotos. Por eso agredió a Carlota, para amenazarla y recuperar las fotografías. La mañana que seguimos a Mercedes y vimos que subía con el sobre a la sede de Construimos, Álvaro también la siguió y quiso robarlo. Tuvimos la mala pata de que esa noche coincidiese con Manolo.

—Entonces, fue ahí cuando se dieron cuenta de que Mercedes era la otra asesina —afirmó Guillermo.

—La confirmación la tuvimos cuando una testigo nos aseguró que había visto el coche de Miguel a una hora clave en casa de Carolina —Me dio lástima comprobar que Jaime no estaba probando bocado. Más que una cena parecía un interrogatorio—. Miguel no pudo ser porque estaba con su amante y además, prefiere coger la moto. Sin embargo, Mercedes, a pesar de que nos dijo que había estado en su casa, pudo perfectamente desaparecer de su enorme mansión sin que la echaran de menos, cogiendo el coche de su marido; sus hijas son mayores y estarían jugando con el iPad o hablando con el novio —Guillermo prestaba máxima atención—. Aunque ya le repito que hasta que no vimos el verdadero móvil del crimen, que era usted, fuimos un poco perdidos; Carlota, por la avaricia de no perder el dinero de su marido si se iba a con Carolina a Londres, tenía un motivo para deshacerse de ella. En cambio, Mercedes, aparentemente, no tenía ninguno. Por eso, cuando por fin

comprendí lo que estaba pasando, concluí que el secreto de Mercedes, haber vivido de la caridad de su tío todos estos años, era un motivo de peso para deshacerse de usted. Pero seguí pensando y me pregunté: ¿por qué, si usted se había hecho rico con el dinero del petróleo, a su hermano no le había pasado algo parecido? ¿Y por qué les daba a sus sobrinas 12.000 euros mensuales? Se sentía culpable. La historia familiar que nos contó Bernardo debía tener alguna fisura; ahí debía de residir su secreto, Guillermo. Imaginé que las hermanas habrían descubierto algún tipo de estafa; y por eso tanto odio y rencor, sobre todo de la soberbia Mercedes...

Guillermo agachó la mirada, pero no pareció que quisiese hacer ninguna matización porque cambió de tema.

—Entonces, ¿Álvaro sabía que Carolina fue asesinada?

—No, pero se lo imaginó cuando apareció muerta y por eso no acababa de decirnos la verdad; tenía miedo de que pensáramos que lo había hecho él; tenía un motivo de peso, y tampoco quería que se descubriesen sus fotos; a Álvaro le perdió su lujuria.

—¿Y cuándo dejaron de sospechar de Bernardo y de mí?

—De usted antes que de su hijo —Jaime bebió agua, cruzó las piernas y prosiguió— Bernardo fue un firme sospechoso hasta casi el final; su coartada no se sostenía y su motivo era muy consistente; además, la ira le pierde en los momentos más insospechados. Lo que ocurre es que, al hilar la historia, Bernardo sobraba. También estaba el asunto de sus «accidentes», si los dábamos por ciertos, y los di para que encajara con la muerte de Willy, tenía que ser inocente —Hizo una pausa—. Aquí reconozco que llegamos a sospechar de Carolina; la muerte de su marido la convirtió en una mujer muy rica, pero pronto desechamos esta idea. Alguno de los que estuvo en Javea aquel Año Nuevo se deshizo de él.

—¿Y qué me dice de mí?

—En realidad, los motivos que podría tener usted no estaban muy claros, a menos que hubiese descubierto que ella era la culpable de la muerte de Willy, pero ya he dicho que eso lo descartamos enseguida —Dio un trago de vino—. En cuanto quiso colaborar con nosotros y nos dio la llave, empecé

a descartarlo. Cuando vi que le habían tendido una trampa con lo de la textil, supe que era otra víctima.

—¿Saben que sin darse cuenta han nombrado cuatro pecados capitales? —dijo Guillermo sonriendo— Han dicho: la ira, la soberbia, la avaricia y la lujuria. ¿Yo qué soy, la gula?

Nos quedamos de piedra con la observación; él también se había dado cuenta.

—Eso fue algo que nos llamó la atención. En este caso hemos visto una buena muestra de los defectos humanos —Jaime soltó una carcajada—. Y todavía nos quedan: la pereza y la envidia.

—¿Me está llamando gordo, inspector? —Guillermo elevó una ceja y nos quedamos descolocados, pero enseguida reaccionó— Es una broma, ¡ya lo creo que estoy gordo! —se puso a reír y prosiguió— Pero, por favor, continúen y explíquenme qué fue eso tan importante que vio Carolina, que le costó la vida.

—Esto se lo va a contar mi compañero —Me quedé sorprendido y me hizo ilusión—. Así podré disfrutar del solomillo. Casi ni lo he probado.

Cogí las riendas de la explicación.

—Con los testimonios de Miguel, Fernando y sobre todo de Álvaro, hemos podido hacer una reconstrucción de los hechos. Así que empiezo situándome en la planta octava de su edificio a las ocho de la tarde del 23 de diciembre —y comencé mi monólogo—. Carolina estaba en su despacho y llegó Miguel para hablarle de temas personales, es decir, del romance con su secretaria. Miguel nos confirmó que la encontró nerviosa y se fue a las ocho y cuarto porque notó que ella no tenía muchas ganas de hablar; momento en que se cruza con Fernando, quien también quiere hablar con Carolina; le quiere pedir que vuelva con él y que se marchen juntos a Londres. También la encuentra nerviosa, ¿por qué? —Paré para beber, tenía la boca seca— Porque ella estaba pensando en cómo abordar a Álvaro y decirle que era el padre del hijo que esperaba —Aquí hice un inciso—. Álvaro nos ha confirmado que por la mañana, a primera hora, lo llamó para concertar una cita y verse por la tarde. Lo comprobamos con la lista de llamadas que

tenemos y todo coincidía. Así que a las ocho y veinte Carolina se plantó en el despacho de Álvaro y le dio la noticia. Él estaba pasando al ordenador unas fotos que hizo con el móvil, que demostraban que estaba envenenando el río; esas fotos eran para las hermanas Grau —Tomé aire—. Debido al impacto de la noticia, Álvaro salió a por un café. Carolina se quedó sola, se acercaría al ordenador y vio las fotos. Aquí es una suposición, pero tuvo que ocurrir así. Ella, a su vez, las fotografió para tener una prueba y en cuanto Álvaro volvió, le echó en cara su crimen y lo amenazó con denunciarlo —volví a hacer un inciso—. Aquí nos surge una duda. Álvaro asegura que cuando volvió, ella se estaba chupando el dedo y parece que le dolía, pero Carolina estaba tan fuera de sí que no le dio explicaciones sobre este punto, pero a nosotros nos lleva a pensar que tal vez fue aquí cuando se le dobló la uña, aunque no se la llegó a romper. En fin —continué—, Álvaro le contó a Carolina que lo estaban chantajeando, pero que no sabía quién, así que ella se marchó sin conocer la identidad de los responsables. Por las llamadas que hizo imaginamos que intentó ponerse en contacto con todos aquellos que creyó que podían estar implicados, incluso con su hermana; aquí suponemos que para desahogarse, pero ninguno la atendió. Así que optó por retrasar su viaje y quedarse dos semanas más para solucionar todo el pastel —nos trajeron el postre y me mantuve callado mientras nos servían, cuando se retiraron, continué—. Lo que no he dicho es que Álvaro sabía perfectamente quiénes estaban detrás; es más, rápidamente se puso en contacto con sus sobrinas para avisarlas de que Carolina los había pillado. Ellas, que ya tenían el cianuro porque Álvaro se lo había dado, decidieron actuar con celeridad e imaginamos que todavía se dieron más prisa al enterarse de que Carolina iba a acudir a la cena de Nochebuena. Obligarían a Carolina a borrar las fotos y se llevaron el móvil para deshacerse de él en un contenedor. Ya conoce el resto de la historia.

—Sí, sí —dijo Guillermo mientras partía un trozo de *soufflé*—, pero antes han comentado que faltaban dos pecados capitales, y la pereza y la envidia no han salido a colación.

—¡Está usted en todo, amigo Guillermo! —exclamó Jaime con una sonrisa— La verdad es que esa fue una parte del caso que nos trajo de cabeza, porque poner cada cosa en su sitio nos ha costado bastante. En fin,

Manolo, sigue con la narración que me lo estoy pasando muy bien escuchándote. Y con eso de que mañana te vas a Valencia, estás que te sales.

—Perfecto —le contesté con entusiasmo, y miré a Guillermo—. Las pistas que nos trajeron de cabeza fueron: un papelito con unos números y una uña desaparecida —Me reí porque recordé algo—. ¡Ah! Y un sueño que no dejaba descansar al inspector. Él solito llegó a la conclusión de que ese sueño significaba que la casa estaba llena de huellas imposibles de identificar y sin embargo, había una media huella clarísima en la mesita de noche de Carolina. ¿Por qué, si los asesinos llevaban guantes? —no les di oportunidad para que me respondieran— Porque era de otra persona. Así que como Fernando nos dijo que fue a Guadarrama y nos confirmó que Pedro no estaba, pensamos que fue él. Y aquí le regalamos el testimonio de Pedro —Y seguí contando—. El 21 de diciembre Carolina se acercó a Guadarrama para invitar a comer a Elena y a Pedro. En un momento dado Elena fue al baño, y el destino quiso que un hombre pasase vendiendo lotería. A Carolina y a él se les ocurrió compartir uno de los números y ella se lo guardó, firmándole, como una broma, un papel con el número; al final no se lo dio y todo quedó en eso, hasta que llegó el sorteo y Pedro recordó su número; era un cuarto premio. Así que la llamó y le dijo si le importaría que se lo diese a Elena como regalo de Navidad. Carolina accedió y le dijo que pasase a recogerlo el 24 por la tarde y que, si no estaba en casa, entrase con la llave de emergencia y que lo cogiese de la mesita de noche —Bebí agua—. Entonces se presentó en moto en casa de Carolina y llamó, pero no le abrieron, por lo que cogió la llave y entró. Vio que su cuñada estaba muerta y se asustó; asegura que el pánico se apoderó de él y que no le dejó pensar con claridad; por eso subió a la habitación y cogió el boleto. Aunque tuvo la precaución de borrar las huellas de la llave y volver a dejarla debajo del pino. Como no le había dicho a Elena nada sobre el dichoso número, y ella pensaría que había ido a pedirle dinero a Carolina, prefirió callar y que el tiempo pasara.

—¡Dios mío, qué inútil es ese chico! —Guillermo no salía de su asombro— Ya sabía que eran vagos, pero esa estupidez la desconocía.

—Ahí tiene la pereza —intervino Jaime—. Y no sé cuál de los dos es más inepto, si Pedro por callarse o Elena por sospechar de él y no preguntar

—y soltó una carcajada—. Lo mejor es que, como en el cuento de *La Lechera*, pensando en el dinero que todavía no tenía en la mano, reservó una botella de Dom Perignon y un 5 Jotas, con tan mala suerte que lo recogió el día de nuestra visita. ¡Hay que joderse!

—Sin desperdicio. ¡Vaya par! Seguro que a partir de ahora se dedicarán a malgastar el dinero que les ha tocado de la herencia porque, aunque sea para los padres, lo manejará todo Elena, y esa no tiene dos dedos de frente —y siguió preguntando—. ¿Y la envidia?

—Uff... Esa cuestión fue todavía más difícil —comentó Jaime—. Cuéntalo, Manolo, que te lo sabes muy bien y así me tomo el café y le doy unas caladas al cigarro electrónico.

—Sin nuestra testigo, que es la mejor —proseguí—, no hubiésemos podido cerrar el caso. Perdimos un tiempo precioso tratando de averiguar dónde estaba la uña. Le dimos mil vueltas por si el forcejeo se había producido en otra parte, pero, como ya le digo, nuestra testigo nos dio la solución. Nos informó de que había visto a Gervasio en la urbanización pasadas las ocho de la tarde. Así que no le quedó más remedio que confesar que fue a «asegurarse» de que Carolina se encontraba bien, como nosotros sabemos que hacía bastante a menudo. Vio que Pedro salía de la casa y se dejaba la puerta abierta, así que entró. Allí se encontró a Carolina muerta en el sofá; por eso estamos convencidos de que Gervasio siempre pensó que el asesino era Pedro. En cualquier caso, dice que se agachó para rezar junto a su cuerpo, al menos esa es su versión —dije con cara de escepticismo—, y vio la uña en el suelo; quiso llevarse un recuerdo de Carolina y después, por cosas del azar, se le caería en el coche de su hermano. Nuestra interpretación es que, al ver la uña, la envidia y los celos se le apoderaron y su mente maquinó la idea de inculpar a su hermano. Bueno —aclaré—, ya le digo que estas son suposiciones nuestras. Imaginamos que en ese momento todavía no sabría cómo hacerlo, sería después cuando se le ocurrió dejarla en el coche de Fernando; no podía soportar que fuese un triunfador y, sobre todo, que tuviese a Carolina —me quedé pensativo y volví a hablar—. Esto nos lleva a deducir que hace más de veinte años ya le intentó endosar una violación, pero, por desgracia, no lo vamos a poder demostrar.

—¿Y esto lo sabe Fernando? —Guillermo no podía dar crédito— Es indignante. ¡Eso también es un delito!

—Sí, se lo hemos contado, está pensando en denunciarlo por falso testimonio y delito contra su honor. Aunque, si se deciden a taparlo todo... Ustedes mismos. No obstante, con un poco de astucia, se podría pillar a Gervasio —Y miré de reojo al inspector que se estaba rascando la barbilla, estaba pensando.

—¡Menuda historia! Siete pecados y un asesinato. ¡Qué curioso! ¿Cómo lo llaman entre ustedes: «El caso de Carolina Martín» o «El caso de los pecados capitales»? —y cambió de tema— ¿Pedimos unas copas?

—Por mí, perfecto —aceptó Jaime—. No sé si tú podrás —me miró—, con eso de que mañana te vas a tu tierra.

—Claro que sí. Para un día que puedo estar relajado y sin problemas... No lo voy a desaprovechar.

—Pues que sean tres copas —dijo Jaime muy animado.

EUGENIA DALMAU MARTÍNEZ

Eugenia Dalmau es licenciada en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad de Valencia, ciudad en la que nació. Perfeccionó su formación en Estados Unidos y los últimos 20 años el trabajo la ha llevado a viajar por Europa y América; y como, según dice, el lugar más insospechado o cualquier noticia le puede inspirar una historia, y las situaciones más absurdas o el comportamiento de alguien, un personaje; tras años viendo posibilidades y escribiendo cuentos y micro relatos por puro placer se ha decidido a publicar su primera novela: El pecado que mató a Carolina Martín, donde se combina el suspense con personajes y situaciones que se dan en la vida cotidiana más a menudo de lo que se podría imaginar. Y si no... ¿por qué se habla de los pecados capitales? Solo hay una respuesta: porque existen.

www.eugeniadalmau.es